

George Bernanos

Los grandes cementerios bajo la luna

«El panfleto más importante que jamás
se ha escrito contra el fascismo.»

HANNAH ARENDT



SE

El escalofriante relato de la represión franquista durante las primeras horas de la Guerra Civil. Se trata de un clásico del ensayo bélico. Un libro de culto, prohibido durante muchos años en España. El libro es el testimonio de un hombre católico y de ideología conservadora que se atreve a denunciar el uso sacrílego de sus propias ideas para justificar la barbarie franquista.

A Bernanos, el estallido de la Guerra Civil española le sorprendió en Mallorca, donde residía por entonces. Si bien apoyó en un principio el levantamiento militar, de acuerdo con sus convicciones ideológicas, pronto su fe en el fascismo decaería tras ser testigo de la depuración generalizada que, en forma de fusilamientos masivos, llevaron a cabo las nuevas autoridades locales, siempre con la connivencia de la Iglesia, hasta convertir la otrora apacible isla en un «pudridero»; imagen —según observa con lucidez— «... de lo que será el mundo mañana».

Con voz ruda y airada, que huye de cualquier sentimentalismo y desemboca a menudo en violencias verbales, el caudal de su elocuencia no sólo denuncia el horror de las dictaduras y la perversión del sentimiento religioso, sino que ahonda en la psicología del ser humano enfrentado a un mundo en holocausto; y al que aconseja «volver al espíritu de la infancia» como forma de comprender y de poder salvar su alma.



Georges Bernanos

Los grandes cementerios bajo la luna

ePub r1.1
Titivillus 13.08.15

Título original: *Les grandes cimetières sous la lune*
Georges Bernanos, 1938
Traducción: Juan Vivancos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Si sintiera inclinación por la tarea que emprendo hoy, probablemente me faltaría valor para seguir, porque no creería en ella. Solo creo en lo que me cuesta. Si algo aceptable hice en esta vida, al principio me pareció inútil, inútil hasta la ridiculez, inútil hasta la aversión. El demonio de mi corazón se llama «¿para qué?».

Antes creía en el desprecio. Es un sentimiento muy escolar que pronto se transforma en elocuencia, como la sangre de un hidrópico se transforma en agua. La lectura prematura de Barres me había proporcionado ilusiones al respecto. Lamentablemente, parecía que el desprecio de Barres —o al menos el órgano que lo segrega— sufría una retención perpetua. Para llegar a la amargura, un despreciador debe empujar muy hondo la sonda. Así el lector, sin saberlo, no participa tanto del sentimiento mismo como del dolor de la micción. ¡Paz al Barres de *Leurs figures*! El que nos gusta entró en la muerte con una mirada de niño altivo, y con su pobre sonrisa crispada de jovencita pobre y noble que nunca encontrará marido.

¿Por qué el nombre de Barres al comienzo de este libro? ¿Por qué en la primera página del *Sol de Satán* el del gentil Toulet? Porque en este momento, como en aquella otra tarde de septiembre «llena de luz inmóvil», vacilo en dar el primer paso, el primer paso hacia vosotros, ¡oh, rostros ocultos! Porque cuando haya dado el primer paso, sé que ya no me detendré, que iré, a trancas y barrancas, hasta el final de mi tarea, a través de días y días tan parecidos entre sí que ya no los cuento, que están como apartados de mi vida. Y realmente lo están.

No soy un escritor. Me angustio al ver una hoja de papel en blanco. El recogimiento físico que requiere este trabajo me resulta tan odioso que hago lo posible por evitarlo. Escribo en los cafés, a riesgo de que me confundan con un borracho, y acaso lo sería si las poderosas repúblicas no gravaran con impuestos, implacablemente, los alcoholes consoladores. En su lugar, me paso la vida bebiendo cafés con leche dulzones, con mosca dentro. Escribo en las mesas de los cafés porque no podría pasar mucho tiempo alejado de la cara y la voz humana de las que creo haber intentado hablar noblemente. Allá los suspicaces sí, en su idioma, dicen que «observo». No observo nada. La observación no lleva muy lejos. Bourget se pasó la vida observando a la gente de mundo y ni siquiera se mantuvo fiel a la primera imagen que se había formado de ella ese maestrillo con fama de chic inglés. Sus

duques sentenciosos parecen notarios y, cuando quiere que parezcan naturales, le salen tontos de remate.

Escribo en las salas de los cafés lo mismo que antes en los vagones de tren, para no engañarme con criaturas imaginarias, para hallar, con un vistazo al desconocido que pasa, la justa medida de la alegría o el dolor. No, no soy escritor. Si lo fuera, no habría esperado a tener cuarenta años para publicar mi primer libro, porque quizá estaréis conmigo en que a los veinte años habría podido, como cualquier otro, escribir las novelas de Pierre Frondaie. Tampoco rechazo el nombre de escritor por una suerte de esnobismo al revés. Siento un gran respeto por el oficio al que mi mujer y mis hijos deben, gracias a Dios, el no morir de hambre. Y hasta sufro humildemente el ridículo de no haber sino emborronado con tinta esa cara de la injusticia cuyo ultraje incesante es la sal de mi vida. Toda vocación es una llamada —*vocatus*— y toda llamada debe transmitirse. Aquellos a quienes va dirigida mi llamada no son muchos, evidentemente. No van a cambiar los asuntos mundiales. Pero es para ellos, para ellos para quienes he nacido.

* * *

Compañeros desconocidos, viejos hermanos, juntos llegaremos, algún día, a las puertas del reino de Dios. Tropa exhausta, tropa extenuada, blanca por el polvo de nuestros caminos, queridos rostros duros a los que no he sabido enjugar el sudor, miradas que han visto el bien y el mal, que han hecho lo que debían, que han asumido la vida y la muerte, ¡oh, miradas que nunca se han rendido! Así os volveré a encontrar, viejos hermanos. Tal como os soñó mi infancia. Porque había salido a buscaros, corría hacia vosotros. Tras el primer recodo, habría visto el resplandor de las hogueras de vuestros campamentos. Mi infancia solo os pertenecía a vosotros. Tal vez, un buen día, un día que yo sé, seré digno de ponerme al frente de vuestra tropa inflexible. ¡Quiera Dios que nunca vuelva a ver los caminos dónde os perdí el rastro, cuando la adolescencia extiende sus sombras, cuando el jugo de la muerte se mezcla en las venas con la sangre del corazón! Caminos de la comarca de Artois, al final del otoño, leonados y olorosos como animales, senderos que se pudren bajo la lluvia de noviembre, grandes galopadas de nubes, rumores del cielo, aguas estancadas... Yo llegaba, empujaba la verja, arrimaba al fuego mis botas enrojecidas por el aguacero. El alba llegaba mucho antes de que hubieran entrado en el silencio del alma, en sus profundas guaridas, los personajes fabulosos apenas formados, embriones sin miembros, Mouchette y Donissan, Cénabre, Chantal, y usted, la única de mis criaturas cuyo rostro creí distinguir a veces, sin atreverme a ponerle nombre —cura entrañable de un Ambricourt imaginario—. ¿Erais entonces mis maestros? ¿Lo seguís siendo ahora? Bien sé cuán vana es esta vuelta al pasado. Mi vida, desde luego, ya está llena de muertos. Pero el más muerto de todos es el niño que fui. Sin embargo, llegado el momento, será él quien ocupará su lugar al frente de mi vida, reunirá mis

pobres años hasta el último y, como un jefe joven a sus veteranos, tras agrupar a la tropa dispersa, será el primero que entre en la Casa del Padre. Al fin y al cabo tendré derecho a hablar en su nombre. Pero no hablamos en nombre de la infancia, porque tendríamos que hablar su idioma. Es ese idioma olvidado, ese idioma que voy buscando de libro en libro, ¡imbécil de mí!, como si ese idioma pudiera escribirse, se hubiera escrito alguna vez. Da igual. A veces recupero alguno de sus acentos... y es eso lo que os hace prestar oídos, compañeros desperdigados por el mundo, que por azar o hastío habéis abierto un día mis libros. ¡Idea singular, la de escribir para quienes desdeñan la escritura! Amarga ironía la de tratar de persuadir y convencer cuando mi certeza profunda es que la parte del mundo aún redimible solo pertenece a los niños, los héroes y los mártires.

Palma de Mallorca,

enero de 1937

PRIMERA PARTE

I

«¡**H**e jurado emocionaros, ya sintáis amistad o ira, da lo mismo!». Así hablaba yo antes, en la época de *La Grande Peur*, hace siete largos años. Ahora no me preocupo demasiado de emocionar, al menos provocando ira. La ira de los imbéciles siempre me dio tristeza, pero hoy más bien me espantaría. En todo el mundo retumba esa ira. ¿Qué cabía esperar? Lo único que pedían era no entender nada e incluso se juntaban varios para ello, porque el hombre es incapaz de ser necio o malvado él solo, condición misteriosa reservada seguramente al proscrito. Al no entender nada se juntaban, no con arreglo a sus afinidades particulares, demasiado débiles, sino según la modesta función que debían al nacimiento o al azar y ocupaba por entero su pequeña vida. Porque las clases medias son casi las únicas que proporcionan al verdadero imbécil. La superior se arroga el monopolio de una clase de idiotez perfectamente inutilizable, una idiotez de lujo, y la inferior no pasa de unos toscos y a veces admirables esbozos de animalidad.

Fue una insensata temeridad desarraigar a los imbéciles, verdad vislumbrada por Maurice Barrès. Una colonia de imbéciles fuertemente aferrada a su terruño natal como un banco de mejillones a la roca puede resultar inofensiva, e incluso brindar al estado y a la industria un material valioso. El imbécil, de entrada, es un ser de costumbres e ideas preconcebidas. Si se le saca de su ambiente, guarda entre sus dos valvas fuertemente apretadas el agua del charco que lo ha alimentado. Pero la vida moderna, no contenta con transportar de un lado a otro a los imbéciles, los mezcla con una suerte de furor. La máquina gigantesca, al máximo de revoluciones, los traga por miles y los disemina por el mundo, a merced de sus enormes caprichos. Ninguna sociedad distinta de la nuestra ha hecho un consumo tan prodigioso de estos desdichados. Lo mismo que Napoleón a los *Marie-Louise*^[1] del campo francés, los devora cuando su concha aún está blanda y ni siquiera, les deja madurar. Sabe perfectamente que con la edad y el grado de experiencia que es capaz de alcanzar, el imbécil se forja una sabiduría imbécil que lo volvería coriáceo.

Lamento expresarme tan naturalmente con imágenes. Desearía con toda mi alma hacer estas reflexiones tan sencillas en un idioma sencillo, como ellas. Pero entonces no se comprenderían. Para empezar a vislumbrar una verdad cuya evidencia se nos presenta a diario, es preciso hacer un esfuerzo del que pocos hombres son capaces. Confesad, por lo tanto, que la sencillez os repugna, que os da vergüenza. Lo que llamáis con ese nombre es justamente lo contrario. Sois fáciles, y no sencillos. Las conciencias fáciles son también las más complicadas. ¿Por qué no iba a ser igual con las inteligencias? A lo largo de los siglos, los Maestros, los Maestros de nuestra especie, nuestros Maestros han abierto las grandes avenidas de la mente que van de

certeza en certeza, los caminos reales. ¿Qué os importan a vosotros los caminos reales si vuestro pensamiento es oblicuo? A veces el azar os lleva a alguno de ellos y no lo reconocéis. Por eso nuestro corazón se encogía de angustia cuando una noche, al salir del laberinto de las trincheras, sentíamos de repente, bajo nuestras suelas, el suelo aún firme de uno de los caminos de antaño, apenas visible bajo la capa de hierbas, el camino lleno de silencio, el camino muerto por el que un día resonaron los pasos de los hombres.

La verdad es que la ira de los imbéciles llena el mundo. Reíd si queréis: de ella no se libraré nada ni nadie, es incapaz de perdonar. Evidentemente, los doctrinarios de derechas e izquierdas, como es su oficio, seguirán clasificando a los imbéciles, denominarán sus especies y géneros, definirán cada grupo según las pasiones y los intereses de los individuos que los componen, su ideología particular. Para ellos no es más que un juego. Pero estas clasificaciones responden tan poco a la realidad que el uso reduce implacablemente su número. Es evidente que la proliferación de partidos halaga ante todo la vanidad de los imbéciles. Les da la impresión de que escogen. Cualquier dependiente os dirá que el público atraído por la exposición del género de temporada, una vez saciado de mercancías y después de haber puesto a prueba los nervios del personal, pasa por la misma caja. Hemos visto nacer y morir gran cantidad de partidos, porque son casi el único medio de que dispone cada periódico de opinión para retener a su clientela. No obstante, este método de desmenuzamiento choca con la desconfianza natural de los imbéciles, y el rebaño inquieto se recompone continuamente. Cuando las circunstancias, y en especial las necesidades electorales, aconsejan un sistema de alianzas, esos desdichados olvidan de inmediato las distinciones que, por otro lado, habían hecho solo a duras penas. Ellos mismos se reparten en dos grupos, y así la difícil operación mental que se les plantea queda reducida al mínimo, pues ya solo tienen que pensar contra el adversario, lo cual les permite utilizar su programa marcado simplemente con el signo negativo. Por eso les hemos visto aceptar a regañadientes unas designaciones tan complicadas como, por ejemplo, monárquicos o republicanos. Clerical o anticlerical gusta más, porque las dos palabras solo significan «a favor» o «en contra» de los curas. Conviene añadir que el prefijo «anti» no pertenece a nadie en particular, porque si el hombre de izquierdas es anticlerical, el hombre de derechas es antimasón o antidreyfusista.

A los empresarios de prensa que manosearon estos eslóganes hasta la saciedad seguramente les gustaría oírme decir que no distingo entre ideologías, que todas me desagradan por igual. Pues no: sé mejor que nadie lo que un chico de veinte años puede dar de sí, de la sustancia de su alma, a esas toscas creaciones del espíritu partidista que guardan tanto parecido con una opinión auténtica como ciertas bolsas marinas con un animal —una ventosa para chupar y otra para evacuar, la boca y el ano que incluso, en algunos pólipos, forman una sola—. Pero ¡a quién no entrega su alma la juventud! A veces la arroja a manos llenas, en los burdeles. Como esas moscas tornasoladas con reflejos azules y dorados, pintadas con más esmero que las

estampas de misal, los primeros amores rondan los cadáveres.

¿Qué cabía esperar? Ni siquiera creo en la relativa ventaja de las coaliciones de ignorancia y de ideas preconcebidas. La condición indispensable para pasar realmente a la acción es conocerse a sí mismo, saber de qué se es capaz. Ahora bien, estas personas se juntan únicamente para sumar los pocos motivos que tienen para sentirse superiores a los demás. ¿Qué más da, entonces, la causa que pretenden defender? Solo Dios sabe, por ejemplo, lo que le cuesta al resto del mundo el exiguo ganado santurrón mantenido con gran esfuerzo por una literatura especial, difundida en miles de ejemplares por toda la superficie de la tierra y que se diría hecha para desanimar a los descreídos de buena voluntad. No les deseo ningún mal a los santurrones, solo querría que no me machacarais los oídos con su presunta ingenuidad. Preguntad al primer cura que os encontréis y, si el hombre es sincero, os dirá que nadie está tan alejado como ellos del espíritu de la infancia, de su clarividencia sobrenatural, de su generosidad. Son intrigantes de la devoción, y los gordos canónigos literarios que atiborran a estas larvas con la miel que liban en los ramilletes espirituales tampoco son unos ingenuos.

La ira de los imbéciles llena el mundo. Es fácil de entender que la Providencia, que los hizo sedentarios, tenía buenas razones para ello. Ahora vuestros trenes rápidos, vuestros automóviles y vuestros aviones los transportan con la rapidez del rayo. Cada pequeña población de Francia tenía sus dos o tres clanes de imbéciles, perfectamente descritos con los famosos «Arroz y Ciruelas» de *Tartarín en los Alpes*. Vuestro profundo error es creer que la tontería es inofensiva, o por lo menos que hay formas inofensivas de tontería. La tontería no tiene más fuerza viva que una carroñada de 36, pero cuando se pone en movimiento arrambla con todo. ¿Cómo es posible, si ninguno de vosotros ignora de lo que es capaz el odio paciente y vigilante de los mediocres, que disperséis su semilla a los cuatro vientos? Porque si las máquinas os permiten intercambiar a vuestros imbéciles no solo de ciudad en ciudad y de provincia en provincia, sino de nación en nación o incluso de continente en continente, las democracias toman de esos desdichados la materia de sus supuestas opiniones públicas. De modo que gracias a los desvelos de una prensa inmensa, que machaca continuamente con unos cuantos asuntos simplones, la rivalidad de los «Ciruelas y Arroz» toma un cariz universal que Alphonse Daudet, sin duda, no había imaginado.

Pero ¿quién lee hoy en día *Tartarín en los Alpes*? Más valdrá recordar que el gentil poeta provenzal, que tantas veces elevó a un rango superior, por encima de sí mismo, la consumación del dolor y el genio de la simpatía, reúne en un albergue de montaña a una docena de imbéciles. El glaciar está ahí al lado, suspendido en el azul inmenso. Nadie se acuerda de él. Tras varios días de falsa cordialidad, recelos y hastío, los pobres diablos encuentran un modo de dar rienda suelta a la vez a su instinto gregario y al sordo rencor que los corroe. El partido de los Estreñidos exige ciruelas pasas de postre. El de los Suelos, como es lógico, pide arroz. A partir de

entonces desaparecen las disputas personales y cunde la concordia entre los miembros de cada facción rival. No es difícil imaginar, entre bastidores, a un aficionado ingenioso y perverso, seguramente vendedor de arroz o de ciruelas pasas, sugiriendo a esos miserables una mística adecuada al estado de sus intestinos. Pero tal personaje sobra. La tontería no inventa nada; para sus fines, sus fines de tontería, se sirve admirablemente de todo lo que le brinda el azar. Y por un fenómeno, ay, mucho más misterioso, la veréis situarse por sí misma a la medida de los hombres, las circunstancias o las doctrinas que provocan su monstruosa capacidad de entontecimiento. Napoleón, cuando estaba en Santa Helena, presumía de haberse aprovechado de los imbéciles. Al final fueron los imbéciles quienes se aprovecharon de Napoleón. No solo, como cabría pensar, porque se volvieran bonapartistas. También porque la religión del Gran Hombre, adaptada poco a poco al gusto de las democracias, produjo ese patriotismo bobalicón que todavía tiene tanto poder sobre sus glándulas, un patriotismo que nunca conocieron sus antepasados y cuya cordial insolencia, con su trasfondo de odio, duda y envidia, se expresa —si bien con desigual fortuna— en las canciones de Déroulède y en los poemas guerreros de Paul Claudel.

¿Os aburre que hable tanto de los imbéciles? Más me cuesta a mí hacerlo. Pero es que quiero convencerlos de algo: a hierro y fuego nunca acabaréis con los imbéciles. Porque, repito, ellos no inventaron el hierro, ni el fuego, ni los gases, pero utilizan a la perfección todo lo que les evita el único esfuerzo del que son realmente incapaces, el de pensar por sí mismos. ¡Prefieren matar a tener que pensar, eso es lo malo! Y vosotros les proporcionáis mecánicas. La mecánica está hecha para ellos. Mientras llega la máquina de pensar que están esperando, que exigen, que está al llegar, se conformarán gustosamente con la máquina de matar, incluso les va como un guante. Hemos industrializado la guerra para ponerla a su alcance. A su alcance está, en efecto.

Si no es así, ¿cómo me explicáis por qué arte de magia se ha vuelto tan fácil convertir a un tendero, un pasante de agente de bolsa, un abogado o un cura en un soldado? Lo mismo aquí que en Alemania, en Inglaterra o en Japón. Es muy sencillo: extendéis el delantal y cae un héroe dentro. No blasfemaré contra los muertos. Pero el mundo conoció un tiempo en que la vocación militar era la más respetada después de la del sacerdote, y apenas le iba a la zaga en dignidad. Vuestra civilización capitalista no se distingue precisamente por alentar el sacrificio, da prioridad absoluta a lo económico; y no deja de ser extraño que, en estas condiciones, disponga de tantos hombres de guerra como uniformes pueden proveer sus fábricas...

Hombres de guerra como seguramente no se han visto nunca. Los tomáis de la oficina, del taller, sin que rechisten. Les dais un billete al Infierno con el sello de la oficina de reclutamiento y unas botas nuevas que suelen calar. El último estímulo, el supremo saludo de la patria, consiste en una mirada huraña del brigada reenganchado del almacén de vestuario, que les llama tarados. A continuación se apresuran hacia la

estación un poco achispados, pero cuidando de no perder el tren al Infierno, lo mismo que si fueran a comer en familia, un domingo, a Bois-Colombes o a Viroflay. Solo que esta vez bajarán en la estación Infierno. Un año, dos años, cuatro años, el tiempo que haga falta, hasta el vencimiento del billete circular que les ha dado el gobierno, recorren el país bajo una lluvia de fundición de acero, procurando no comer sin permiso el chocolate de los víveres de reserva, o atentos a un descuido de su compañero para birlarle el paquete de vendas que les falta. El día del ataque, con una bala en la barriga, corretean como pollos de perdiz hasta el puesto de socorro, se acuestan sudorosos en la camilla y se despiertan en el hospital, de donde salen poco después tan dócilmente como entraron, con una palmada cariñosa del médico militar, un buen tipo... Luego regresan al Infierno, en un vagón sin cristales, rumiando de estación en estación el vino agrio y el queso o deletreando a la luz del quinqué la hoja de ruta llena de signos misteriosos, no muy seguros de estar en regla. El día de la Victoria... ¡caray, el día de la victoria esperan volver a su casa!

En realidad no vuelven, por el famoso motivo de que «el Armisticio no es la Paz» y hay que darles tiempo para que se den cuenta. El plazo de un año ha parecido conveniente. Habrían bastado ocho días. Habrían bastado ocho días para demostrarles a los soldados de la gran guerra que una victoria es una cosa que se mira de lejos, como la hija del coronel o la tumba del Emperador, en los Inválidos; que un vencedor, si quiere vivir tranquilo, solo tiene que entregar sus galones de vencedor. De modo que volvieron a la fábrica, a la oficina, tan dóciles como salieron. Algunos incluso tuvieron la suerte de encontrarse en el pantalón de antes de la guerra una docena de bonos de su figón, el figón de antes, a veinte céntimos la comida. Pero el nuevo figonero no quiso saber nada.

* * *

Me diréis que esas personas eran santos. No, os lo aseguro, no eran santos. Eran resignados. En todos los hombres hay una enorme capacidad de resignación, el hombre es resignado por naturaleza. Por eso dura. Porque, bien pensado, de otro modo el animal lógico no habría soportado ser el juguete de las cosas. Hace milenios que el último de ellos se habría roto la cabeza contra los muros de su cueva, maldiciendo su suerte. Los santos no se resignan, por lo menos tal como lo entiende el mundo. Si sufren en silencio las injusticias que soliviantan a los mediocres, es para dirigir con más ímpetu contra la Injusticia, contra su rostro de bronce, todas las fuerzas de su alma grande. Las iras, hijas de la desesperación, se arrastran y retuercen como gusanos. La oración, al cabo, es la única rebelión que se mantiene firme.

El hombre es resignado por naturaleza. El hombre moderno más que los otros, debido a la soledad extrema en que le deja una sociedad que apenas conoce entre los seres relaciones que no sean de dinero. Pero estaríamos muy equivocados si creyéramos que esta resignación lo convierte en un animal inofensivo. La resignación

concentra en él unos venenos que lo mantienen listo, llegado el momento, para toda suerte de violencias. El pueblo de las democracias no es más que una muchedumbre, una muchedumbre a la que mantienen perpetuamente en vilo el Orador invisible, las voces que llegan de todos los rincones de la tierra, voces que muerden sus entrañas y atacan sus nervios porque hablan el idioma mismo de sus deseos, sus odios, sus terrores. Verdad es que las democracias parlamentarias, más excitadas, carecen de temperamento. Las dictatoriales tienen fuego en las entrañas. Las democracias imperiales son democracias en celo.

* * *

La ira de los imbéciles llena el mundo. En su ira, la idea de redención les atormenta, porque está en el fondo de toda esperanza humana. Es el mismo instinto que arrojó a Europa contra Asia en el tiempo de las Cruzadas. Pero entonces Europa era cristiana, los imbéciles pertenecían a la cristiandad. Ahora bien, un cristiano puede ser cualquier cosa, un bruto, un idiota o un loco, pero de ninguna manera puede ser un imbécil. Me refiero a los cristianos que han nacido cristianos, cristianos de estado, cristianos de cristiandad. En una palabra, cristianos nacidos en plena tierra cristiana, y que se crían libres y consuman una tras otra, bajo el sol o el aguacero, todas las estaciones de su vida. ¡Dios me libre de compararlos con los zoquetes que los curas cultivan en tiestecitos, protegidos de las corrientes de aire!

Para un cristiano de cristiandad, el Evangelio no es solo una antología de la que se lee un trozo cada domingo en el misal y que puede cambiarse por *El jardín de las almas piadosas* del padre Prudent o las *Floreillas devotas* del canónigo Boudin. El Evangelio informa las leyes, las costumbres, las penas y hasta los placeres, porque en él se bendice la humilde esperanza del hombre y el fruto de su vientre. Podéis tomarlo a broma, si queréis. No conozco muchas cosas útiles, pero sé lo que es la esperanza en el Reino de Dios, ¡y no es poco, palabra de honor! ¿No me creéis? Peor para vosotros. Tal vez esta esperanza vuelva a estar con su pueblo. Tal vez la respiremos todos, un buen día, todos juntos, una mañana de los días, con la miel del alba. ¿No os interesa? Da lo mismo. Los que entonces no quieran recibirla en sus corazones por lo menos la reconocerán por esto: los hombres que hoy desvían la mirada a vuestro paso, o se burlan en cuanto les habéis dado la espalda, caminarán derechos a vuestro encuentro, con una mirada de hombre. Por esto, repito, sabréis que vuestro tiempo ha pasado.

* * *

A los imbéciles les atormenta la idea de redención. Por supuesto, si le preguntáis al primero que os encontréis, os dirá que esa idea nunca le pasó por la cabeza, o que no

sabe muy bien de qué le estáis hablando. Porque un imbécil no dispone de ningún instrumento mental que le permita adentrarse en sí mismo, solo explora la superficie de su ser. Pero veamos: porque un negro, con su miserable azada, solo acierte a arañar el suelo lo suficiente para que brote un poco de mijo, la tierra no deja de ser fértil y capaz de dar otras cosechas. Además, ¿qué sabéis de un mediocre mientras no le hayáis observado entre otros mediocres de su especie, en la comunión de la alegría, el odio, el placer o el horror? Es verdad que cada mediocridad se defiende con uñas y dientes de cualquier mediocridad de otro tipo. Pero los inmensos esfuerzos de las democracias han acabado superando el obstáculo. Habéis logrado una hazaña prodigiosa, única: habéis destruido la seguridad de los mediocres. A pesar de que parecía inseparable de la mediocridad, su sustancia misma. Para ser mediocre, sin embargo, no es imprescindible ser bruto. Habéis empezado embruteciendo a los imbéciles. Vagamente conscientes de lo que les falta, y de la irresistible corriente que les arrastra hacia unos destinos insondables, se encerraban en sus costumbres, hereditarias o adquiridas, como aquel famoso norteamericano que cruzaba las cataratas del Niágara en un tonel. Habéis roto el tonel y los desdichados ven pasar las dos orillas a la velocidad del rayo.

Un notario de Landerneau, hace un par de siglos, no creería que su ciudad natal fuera a durar más que Cartago o Menfis, pero tal como van las cosas, mañana se sentirá tan seguro en ella como en una cama armada a la intemperie en una plaza pública. El mito del Progreso, sin duda, les ha sido muy útil a las democracias. Han tenido que pasar uno o dos siglos para que el imbécil, acostumbrado por muchas generaciones a la inmovilidad, viera en este mito algo más que una hipótesis emocionante, un acertijo. El imbécil es sedentario, pero siempre ha leído con gusto los relatos de los exploradores. Imaginaos que uno de estos viajeros sin salir de casa nota, de pronto, que el suelo se mueve. Corre a la ventana, la abre, busca la casa de enfrente, un chorro de espuma sibilante le da en la cara y descubre que ha partido. Aunque la palabra «partida» no es la más adecuada en este caso. Como la mirada del hombre moderno ya no se puede posar en nada fijo —causa bien conocida del mareo—, el pobre diablo no tiene la impresión de ir a ninguna parte. Quiero decir que sus agobios siguen siendo los mismos, mas tiene la impresión de que se acrecientan merced a un efecto de perspectiva. Ninguna otra manera realmente nueva de copular, ninguna manera nueva de palmarla.

Todo esto es sencillo, muy sencillo. Mañana lo será aún más. Tan sencillo que ya no se podrá escribir nada inteligible sobre la desdicha de los hombres, cuyas causas inmediatas se resisten al análisis. Los primeros síntomas de una enfermedad mortal proporcionan al profesor elementos para dar brillantes lecciones, pero todas las enfermedades mortales acaban en lo mismo: el corazón se para. No hay mucho que decir al respecto. Vuestra sociedad no morirá de otro modo. Todavía estaréis discutiendo sobre los porqués y los cornos y ya las arterias habrán dejado de latir. La imagen me parece adecuada, porque la reforma de las instituciones llega demasiado

tarde, cuando la decepción de los pueblos es ya irreparable, cuando el corazón de los pueblos está roto.

* * *

Sé que este lenguaje arrancará una sonrisa a los promotores del realismo político. ¿Qué es un corazón de pueblo? ¿Dónde está? Los doctrinarios del realismo político sienten debilidad por Maquiavelo. A falta de algo mejor, los doctrinarios del realismo político han puesto de moda a Maquiavelo. Es la última imprudencia que deberían haberse permitido los discípulos de Maquiavelo. ¿Os imagináis a un tahúr que antes de sentarse a la mesa de juego obsequiara a sus compañeros con un pequeño tratado de su manera de hacer trampas, y le añadiera una dedicatoria halagüeña para cada uno de esos señores? Maquiavelo escribía para un reducido círculo de iniciados. Los doctrinarios del realismo político le hablan al público. Luego los jóvenes franceses, en un derroche de inocencia y cortesía, repiten sus axiomas de un cinismo provocador, lo cual escandaliza y enternece a sus buenas madres. La guerra de España, después de las de Abisinia, brinda la ocasión para un sinfín de profesiones de fe de inmoralidad nacional que harían revolverse en sus tumbas a Julio César, Luis XI, Bismarck y Cecil Rhodes. Pero Julio César, Luis XI, Bismarck y Cecil Rhodes no esperarían cada mañana la aprobación comprometedora del maestrillo realista, seguido de toda la clase. Un verdadero discípulo de Maquiavelo empezaría por hacer que prendieran a esos pelmazos.

¡No toquéis a los imbéciles! Es lo que el Ángel podría haber escrito con letras doradas en el frontón del Mundo Moderno, si este mundo tuviese un ángel. Para desatar la ira de los imbéciles basta con ponerles en contradicción consigo mismos, y las democracias imperiales, en el apogeo de su riqueza y su poderío, no podían dejar de correr ese riesgo. Y lo corrieron. Seguramente el mito del Progreso era lo único que podían compartir esos millones de hombres, lo único que colmaba su avidez, su moralismo sumario y el viejo instinto de justicia legado por sus mayores. Un empresario vidriero de la época de Guizot que, si consultamos estadísticas indiscutibles, diezmaba sistemáticamente distritos enteros para las necesidades de su comercio, también tendría, como todos nosotros, sus crisis de depresión. Por mucho que se rodeara el cuello con una corbata de raso, se pusiera en el ojal una escarapela de un palmo y fuera a cenar a las Tullerías... ¡qué queréis! Hay días en que uno se siente el alma. Ah, por supuesto, los biznietos de esas personas son unos chicos fetén, como se llevan ahora, limpios, deportivos, más o menos bien emparentados. Muchos de ellos se proclaman monárquicos y hablan de los blasones de sus antepasados con el mentón altivo de un descendiente de Godofredo de Bouillon que proclamara sus derechos sobre el reino de Jerusalén. ¡Menudos farsantes están hechos! Su excusa es que les falta el sentido social. ¿De quién lo iban a heredar? Además, los crímenes del oro tienen un carácter abstracto. ¿O es que tal vez hay una virtud del oro? La historia

está repleta de víctimas del oro, pero sus restos no desprenden ningún olor.

Se podría relacionar este hecho con una propiedad bien conocida de las sales del metal mágico, que preservan de los efectos de la podredumbre. Si un vaquero con el seso trastornado mata a dos pastorcillas después de violarlas, la crónica reproduce su nombre y lo convierte en un epíteto infame, en un nombre maldito. Mientras que los «Señores del Comercio de Nantes», los Grandes Traficantes de esclavos, como les llama con respeto el senador de la Guadalupe, pudieron apilar montañas de cadáveres sin que toda esa carne negra exhale a través de los siglos más que un ligero aroma a verbena y tabaco de España. «Los capitanes negreros, al parecer, fueron personas de noble prestancia —prosigue el honorable senador—. Llevaban peluca como en la corte, espada al cinto, zapatos con hebilla de plata, trajes bordados, camisas con chorrera y puñetas de encaje». «Un negocio semejante —concluye el periodista— no deshonoraba en absoluto a quienes lo practicaban ni a quienes lo costeaban. ¿Quién no era negrero, en alguna medida, entre los financieros y los burgueses? Los armadores que financiaban aquellas costosas y lejanas expediciones dividían el capital empleado en varias partes, y esas partes, cuyo interés solía ser enorme, eran una inversión muy codiciada por todos los padres de familia».

Para ganarse la confianza de esos padres de familia, los capitanes negreros cumplían escrupulosamente con su deber, como lo demuestra este relato que citaba *Candide* el 25 de julio de 1935, tomándolo de un interesante libro, de entre otros ejemplos del mismo tenor:

Ayer, a las ocho, atamos de pies y manos a los negros más culpables y, tumbándolos de bruces sobre la cubierta, mandamos que los azotaran. Además les hicimos unas escarificaciones en las nalgas para escarmentarlos. Después de haberles dejado las nalgas en carne viva con los latigazos y las escarificaciones, les pusimos pólvora, jugo de limón, salmuera y pimienta, todo ello majado y mezclado con una droga que añadió el cirujano y les frotamos las nalgas para impedir que se gangrenaran y además para que les escociera en las nalgas, gobernando siempre a barlovento, con la amura a babor.

Aquí tenemos, de paso, un buen ejemplo de la prudente discreción de la sociedad de antaño, cuando se hallaba en la necesidad de proponer casos de conciencia a los imbéciles. La prensa italiana pasa hoy bastantes apuros para justificar ante los suyos la destrucción masiva, con gas mostaza, del material abisinio. Toda esta mística de la fuerza desanima a los imbéciles, porque les impone una concentración mental que es muy cansada. En definitiva, pretende obligarles a adoptar el punto de vista de Mussolini. Por otro lado, este último mantiene una curiosa actitud ante el público de nuestro país. Mussolini es un recio obrero, y ama la gloria. Por lo que ha leído en los manuales, piensa que el pueblo francés tiene, más que ningún otro, un sentido de la

justicia, un respeto a la debilidad y la desgracia. A la vista de esas aldeas cuyos defensores han logrado destruir todo asomo de vida, incluida la de los roedores y los insectos, se dirige a los descendientes de aquellos Señores del Comercio de Nantes, que han acudido con sus damas, sus damitas y los chicos que se preparan para la Escuela Central. Al principio le da un poco de vergüenza, supongo, pero luego se anima, habla de la grandeza que desde que el mundo es mundo abruma a los miserables, del Poder y del Imperio. Los buenos burgueses se miran unos a otros, muy incómodos. ¿Por qué nos ha traído aquí Mussolini? Estos paisajes son aún más tristes que el cementerio de Montmartre, y mi esposa es impresionable debido a su tensión. No es el mejor momento para gastar frases a propósito de un simple asunto de negros. Nuestros antepasados también amasaron su fortuna con los negros, como este señor, pero no se creyeron por ello en la obligación de elaborar una filosofía. ¿El negocio es verdaderamente rentable, sí o no?

* * *

La idea de grandeza nunca ha tranquilizado la conciencia de los imbéciles. La grandeza es una superación perpetua, y los mediocres probablemente no disponen de ninguna imagen que les permita representarse su ímpetu irresistible (por eso solo la conciben muerta y petrificada en la inmovilidad de la Historia). Pero la idea del Progreso está hecha a su medida. La grandeza impone grandes sacrificios. Mientras que el progreso va por sí solo a donde lo arrastra la masa de las experiencias acumuladas. Por consiguiente, basta con no oponerle más resistencia que la del propio peso. Es una colaboración como la de un perro con el río por el que baja nadando sin fuerzas. Cuando, después de un último inventario, el antiguo maestro vidriero calculaba la suma exacta de sus beneficios, aún tendría un recuerdo para el moderno colaborador que acababa de escupir sus pulmones en la ceniza del horno, entre el gato sarnoso que dormita y la cuna donde chilla un aborto con cabeza de viejo. El autor de *Standards* nos recuerda la célebre respuesta del empresario norteamericano al periodista que acaba de visitar la fábrica y echa un trago con su anfitrión antes de ir a la estación.

—¿Dónde demonios mete usted a los obreros viejos?, —pregunta—. Ninguno de los que he visto parecía tener más de cincuenta años...

El otro vacila un momento, apura su copa y le dice:

—Coja un puro, vamos a dar una vuelta por el cementerio mientras echamos una calada.

El maestro vidriero también debía darse una vuelta de vez en cuando por el cementerio. Y en vez de rezar —porque todos los burgueses de la época eran librepensadores— es muy posible que adoptara una actitud respetuosa, o incluso

meditabunda. ¿Por qué no? No me burlo. Los que no me conocen bien suelen considerarme un energúmeno, un panfletario. Diré una vez más que un polemista es divertido hasta los veinte años, tolerable hasta los treinta, pelma hacia los cincuenta y obsceno a partir de entonces. Los pruritos polemistas, en un viejo, me parecen una forma de erotismo. El energúmeno se sulfura a la mínima, como dice el pueblo. Lejos de sulfurarme, me paso el tiempo tratando de comprender, único remedio contra esa especie de delirio histérico en que acaban cayendo los desdichados que no pueden dar un paso sin tropezar con una injusticia escondida cuidadosamente en la hierba, como un cepo. Trato de comprender. Creo que me esfuerzo por amar. Es cierto que aún no soy lo que se dice un optimista. El optimismo siempre me ha parecido una astuta coartada de los egoístas, que disimulan así su satisfacción crónica consigo mismos. Son optimistas para no tener que apiadarse de los hombres, de su desdicha.

Es fácil de imaginar la página que habría inspirado a Proudhon, por ejemplo, la frase del norteamericano. No creo que sea tan despiadada como parece. Además, ¡habría tanto que decir de la piedad! Los espíritus delicados suelen calibrar la profundidad de este sentimiento por las convulsiones que provoca en ciertos apiadados. Pero estas convulsiones expresan una reacción contra el dolor muy peligrosa para el paciente, pues confunde fácilmente en el mismo horror al sufridor con el sufrimiento. Todos hemos conocido a esas mujeres nerviosas que no pueden ver un animalito herido sin deshacerse en muecas de disgusto poco halagüeñas para el animal, que probablemente solo aspira a meterse en su madriguera para curarse tranquilo. Algunas contradicciones de la historia moderna se me han revelado en cuanto he tenido en cuenta un hecho que, por otro lado, salta a la vista: el hombre de nuestro tiempo tiene el corazón duro y la tripa sensible. Como después del Diluvio, mañana la tierra quizá pertenecerá a los monstruos blandos.

* * *

Es lícito pensar, por lo tanto, que ciertas naturalezas se defienden instintivamente de la piedad con una justa desconfianza en sí mismas, en la brutalidad de sus reacciones. Los imbéciles aceptaron dócilmente, desde hace siglos, la enseñanza tradicional de la Iglesia sobre cuestiones que, a decir verdad, les parecían insolubles. ¿Qué importa la opinión de un reducido número de seres originales sobre si el Sufrimiento tiene o no valor expiatorio, incluso sobre si se le puede amar, cuando el sentido común, como la Iglesia, tolera que las personas razonables lo eviten por todos los medios? Antaño a ningún imbécil se le habría ocurrido pensar en el carácter universal del Dolor, pero el dolor universal era discreto. Hoy en día, para hacerse oír, dispone de los mismos medios poderosos que la alegría o el odio. Los mismos tipos que reducían poco a poco, sistemáticamente, las relaciones familiares hasta limitarlas al intercambio indispensable de esquelas de nacimiento, boda o defunción, para no gastar sus exiguas reservas de sensibilidad afectiva, ya no pueden abrir un periódico ni mover el

dial de su radio sin enterarse de catástrofes. Es evidente que para librarse de semejante obsesión, a estos infelices no les basta con oír una vez por semana, en la misa mayor, distraídamente, la homilía sobre el sufrimiento pronunciada por un buen cura bien orondo con quien compartirán luego el cordero dominical. De modo que los imbéciles han abordado resueltamente el problema del dolor, lo mismo que el de la pobreza. Corresponde a la ciencia vencer el dolor, piensa el imbécil con su lógica inflexible, y el economista se encargará de la miseria, pero mientras tanto es preciso sublevar contra esos dos azotes a la opinión pública pues, como todos saben, no hay nada que se le resista. ¿Qué es eso de honrar al pobre? El pobre no necesita que le honren, sino que le libren de su pobreza. El pobre se siente tan pobre que ni siquiera se atrevería a coserse en su solapa grasienta la condecoración más humilde, ¡y le habláis de honor! ¿Honrar al pobre? Ya puestos, ¿por qué no a los piojos de la pobreza? Esas ilusiones orientales podían valer para la época de Jesucristo, que por otro lado nunca fue un hombre de acción. Si Jesucristo viviera en nuestros días tendría que hacerse una posición, como todo el mundo, y bastaría con que dirigiera una modesta fábrica para que comprendiera que la Sociedad moderna, al exaltar la dignidad del dinero y subrayar la infamia de la pobreza, cumple su función con el miserable.

El hombre nace orgulloso y el amor propio, siempre pedigüeño, está más hambriento que el vientre. ¿Acaso un militar no se siente recompensado de los peligros mortales por una medalla de latón? Cada vez que mermáis el prestigio de la riqueza, lográis que el pobre se sienta reivindicado. Su pobreza le da menos vergüenza, la soporta y es tal su locura que acabaría por amarla. Pues bien, la sociedad, para su maquinaria, necesita pobres que tengan amor propio. La humillación le arrebatara muchos más que el hambre y de mejor clase, de la de los que corren a echarse en la camilla pero aguantan hasta el último aliento. Aguantan como sus semejantes mueren en la guerra, no tanto por el placer de morir como por no pasar vergüenza ante sus compañeros, o para fastidiar al brigada. Si no los tenéis con el alma en vilo, acosados por el casero, el tendero, el portero, bajo la amenaza perpetua de un deshonor asociado a la condición de pordiosero, de vagabundo, puede que no dejen de trabajar, pero trabajarán menos o querrán trabajar a su manera, sin respetar las máquinas. Un nadador cansado que siente bajo sí una profundidad de cinco metros se esfuerza más que si araña con los dedos de los pies una playa de arena fina. Y observad vosotros mismos que cuando los métodos de la economía liberal tenían todo su valor educativo, toda su eficacia, antes de la deplorable invención de los sindicatos, el auténtico obrero, el obrero formado a vuestro cargo, estaba tan convencido de que debía redimir todos los días con su trabajo el deshonor de su pobreza que, viejo o enfermo, evitaba con el mismo horror el asilo o el hospital, no por un afán de libertad sino por vergüenza, la vergüenza de «no poder valerse por sí mismo», como decía en su admirable lenguaje.

La ira de los imbéciles llena el mundo. Seguramente es menos temible que su piedad. La actitud más inofensiva del imbécil frente al dolor o la miseria es la indiferencia imbecil. ¡Pobres de vosotros si, pertrechado con su caja de herramientas, tiende sus manos torpes, sus crueles manos hacia esas articulaciones del mundo! Pero ya ha acabado de rebuscar y ha sacado de la caja un par de cizallas enormes. Como es un hombre práctico, está convencido de que el dolor y la pobreza no son más que vacíos, carencias, nada en definitiva. Le sorprende que se resistan. ¡Así que el pobre no es simplemente, por ejemplo, un ciudadano al que solo le falta una cuenta en el banco para parecerse a todo hijo de vecino! Claro, hay pobres de esos, aunque muchos menos de los que se piensa, porque la vida económica del mundo, precisamente, está falseada por los pobres que se han vuelto ricos, que son falsos ricos, pues conservan en su riqueza los vicios de la pobreza. Pero además esos pobres seguramente no eran ya pobres de verdad, como tampoco ahora son ricos de verdad: una raza bastarda. Sin embargo, ¿qué crédito va a dar a semejantes sutilezas el mismo imbecil cuya mayor ilusión es que los individuos solo se distingan entre ellos, de un pueblo a otro, por la mala jugada que les han hecho al enseñarles lenguas distintas, y esperan que el desarrollo de las instituciones democráticas y la enseñanza del esperanto traigan la reconciliación universal? ¿Cómo les explicaréis que hay un Pueblo de los Pobres, y que la tradición de este pueblo es la más antigua de todas las tradiciones del mundo? ¿Un pueblo de pobres, no menos irreductible que el pueblo judío? Con este pueblo se puede tratar, pero no fundirlo en la masa. Mal que bien, habrá que dejarle sus leyes, sus costumbres y esa experiencia tan original de la vida con la que vosotros no podéis hacer nada. Una experiencia que se parece a la de la infancia, ingenua y a la vez complicada, una sabiduría torpe y tan pura como el arte de los viejos imagineros.

Insisto, no se trata de enriquecer a los pobres, porque todo el oro de vuestras minas probablemente no bastaría. Por otro lado, lo único que conseguiríais sería aumentar el número de falsos ricos. Ninguna fuerza detendrá el perpetuo derrame del oro, reunirá en un solo lago de oro los millones de regueros por donde se cuele, más escurridizo que el mercurio, vuestro metal encantado. No se trata de enriquecer al pobre, sino de honrarle, o mejor dicho de rendirle honores. Ni el fuerte ni el débil pueden vivir sin honor, pero el débil tiene más necesidad que nadie de honor. Esta máxima, por lo demás, no tiene nada de particular. Es peligroso dejar que los pobres se envilezcan, la podredumbre de los débiles es un veneno para los fuertes. ¿Cuán bajo habrían caído las mujeres —vuestras mujeres— si de común acuerdo, a lo largo de los siglos, pese a tener medios suficientes para someterlas en cuerpo y alma, no hubierais decidido, prudentemente, respetarlas? ¿Os parece absurda la idea de que un tratante millonario pueda ceder el paso a un honrado pobre diablo? Pues cuidado, entonces, no vayáis a encontraros un día con que algún muchachote pueda pensar lo mismo ante una mujer cualquiera, vieja o joven, fea o bonita, todas ellas sin posibilidad de exigir un trato considerado. Respetáis a la mujer y al niño, y a ninguno

de vosotros se os ocurre pensar que su debilidad es una suerte de invalidez algo vergonzosa, apenas confesable. Si las costumbres han prevalecido así sobre la violencia, ¿por qué no ha de ceder, a su vez, el vil prestigio del dinero? Sí, el honor del dinero sería poca cosa sin vuestra complicidad solapada.

* * *

«Pero ¿acaso no ha sido siempre así?». Más bien habría que decir que si los hombres del dinero a menudo han disfrutado de los beneficios del poder, este poder nunca le ha parecido legítimo a nadie, nunca hubo, nunca habrá una legitimidad del Dinero. En cuanto le preguntan se esconde, se agazapa, desaparece bajo tierra. Ni siquiera hoy su situación en la sociedad que controla difiere mucho de la del gañán que se acuesta con su ama, viuda y talluda. Saca su provecho, pero en público llama «mi señora» a su amante y le habla con la gorra en la mano. A las reinas de belleza y los artistas de cine se les hacen recibimientos triunfales. En cambio, no veréis a uno de los Rockefeller recibido en la estación del Norte por los aplausos de las mismas personas ardientes que se agolpan alrededor de Tino Rossi, sin que les preocupe dar la impresión, con sus indiscretos arrebatos, de que sienten envidia por el pequeño curso de voz de ámbar. En cambio les avergonzaría mostrar el mismo entusiasmo al señor Ford, aunque fuera tan guapo como Robert Taylor. El dinero es el amo, sea. Pero ni siquiera tiene un representante oficial; como una simple potencia de tercera fila, no aparece en los cortejos con uniforme de gala. En ellos se ve al Juez, de rojo y con piel de conejo, al Militar engalanado como un Suizo de catedral, al propio Suizo abriendo paso al Prelado violeta, al Gendarme, al Prefecto, al Académico que se le parece, a los Diputados vestidos de negro. No se ve al Rico, aunque sea quien paga la fiesta y pueda ponerse muchas plumas en el sombrero.

Charles Maurras pronunció una vez una frase rebotante de grandeza y dignidad humana: «Lo que me asombra no es el desorden, sino el orden». Lo que debería llenarnos de asombro es que, incluso en este mundo que le pertenece, el dinero siempre parece avergonzado de sí mismo. Hace poco Roosevelt recordaba que la cuarta parte de la fortuna estadounidense está en manos de sesenta familias, que en realidad, por el juego de las alianzas, se reducen a unas veinte. Algunos de estos hombres, que ni siquiera ostentan un galón en la manga, disponen de ocho mil millones. ¡Ah, ya lo sé! A nuestros jóvenes realistas de derechas les hará mucha gracia: «¡Las doscientas familias, ja, ja, ja!». ¡Pues claro que sí, hombre! No sé si existe un País Real, como tratan de hacer creer los doctores que os inspiran, pero desde luego existe una fortuna real de Francia. Esta fortuna real debería garantizar nuestro crédito. Pues bien, de sobra sabéis que no es así. Cincuenta millones divididos en monedas de cinco francos que descansan en una talega son absolutamente incapaces de contrarrestar la influencia de un solo millón que se moviliza con rapidez y maneja los cambios aplicando los principios de la guerra

napoleónica: «¿Qué importa el número de regimientos que os enfrente el enemigo, si os las arregláis para ser más fuertes allí dónde él es más débil?». Y si los escudos de cinco libras son difíciles de movilizar, ¿qué decir de los campos, de los bosques?

No es descabellado, entonces, afirmar que la riqueza de una nación, por enorme que parezca comparada con el capital poseído por un reducido número de particulares, está a merced de las empresas de estos últimos. Creo compartir en esto la opinión de Charles Maurras, que ha estudiado mucho antes que yo el mecanismo de la conquista judía. ¿Por qué demonios no iban a adoptar los plutócratas franceses los métodos de aquellos con quienes casaron a sus hijas? Jóvenes realistas, sé que estas consideraciones no trastornan en absoluto vuestras noches inocentes. ¿Qué os importan a vosotros los campos, las viñas? «El franco se hunde. ¡Mala pata! El gobierno va a caer». Por desgracia el problema no se plantea exactamente como pensáis. No temo por el franco, mis pobres muchachos, sino por vosotros. El franco acabará recuperando su valor y ese valor, tarde o temprano, corresponderá al lugar que ocupe Francia en el mundo, a la necesidad que tenga el mundo de mi país. El enemigo lo sabe. El enemigo solo espera el momento en que sus consejeros franceses hagan un guiño, en silencio, a los consejeros militares. Entonces... entonces el franco subirá poco a poco la cuesta, hijos míos, pero no será ni mucho menos por los medios que hoy se utilizan para hacerlo bajar. Lo revalorizaréis con vuestra sangre, imbéciles.

La vida de los agentes de bolsa sería una tragedia griega si estos señores creyeran que lo que intercambian, en efectivo o a plazos, no son billetes sino hombres. La vida de un agente de bolsa no debe ser una tragedia griega. El pueblo, sin embargo, siempre ha barruntado que el fino hilo de metal precioso brotaba de los cementerios, luego se hundía, a veces, quién sabe dónde, para resurgir, un buen día, en otros cementerios, unos cementerios recientes. ¿Qué queréis que os diga? El pueblo no reacciona igual que nosotros ante el misterio del Dinero, la lectura de los economistas no ha alterado su instinto. Es natural que sea sensible sobre todo a la crueldad del dios color de luna, que descarga en los pobres diablos todo el peso de sus frustraciones sentimentales. En efecto, sabemos que el Príncipe del Mundo oculta bajo su coraza una herida inconfesable, que su corazón colérico rabia ante la idea de pasar por un imbécil frente a unos auténticos amos y señores a los que ansiaría seducir. Los aduladores que invita a su mesa, pese a estar retribuidos con largueza, se guardan los cubiertos en los bolsillos, mientras los esclavos escupen disimuladamente en las fuentes. Reconoceréis que este monarca no debe de tener muy alta estimación de sí mismo.

* * *

Porque si el Dinero no reclama aún el reconocimiento público de su soberanía, no es

tanto por astucia y prudencia como por una timidez insuperable. Los que se libran de su dominación conocen su fuerza, céntimo más o menos. El desconoce la de ellos. Los Santos y los Héroeos saben lo que piensa, y él no tiene ni la más remota idea de lo que pueden pensar de él, realmente, los Santos y los Héroeos.

Cierto es que el simple amor al dinero solo produce maniáticos, obsesos a los que la sociedad apenas conoce, que gimotean y se pudren en las regiones tenebrosas, como los champiñones. La avaricia no es una pasión sino un vicio. El mundo no es de los viciosos, como imaginan las castidades torturadas. El mundo es del Riesgo. Esto hará reír a los Prudentes cuya moral es la del ahorro. Pero aunque ellos mismos no arriesgan nada, viven del riesgo de los demás. Y a menudo, gracias a Dios, mueren de él. De repente un ingeniero desconocido decide, ante el asombro de sus allegados, que va a fabricar un pájaro mecánico; un corredor ciclista, a la hora del vermú, apuesta a que pilotará esa máquina; y no pasarán treinta años antes de que a los Ahorradores les caigan del cielo bombas de mil kilos. El Mundo es del riesgo. Mañana el Mundo será de quien más arriesgue, de quien asuma con más aplomo su riesgo. Si tuviera tiempo os prevendría contra una ilusión frecuente en los devotos. Los devotos suelen creer que una humanidad sin Dios, como ellos dicen, se hundirá en un pantano de depravación, por decirlo en su lenguaje. Esperan un nuevo Bajo Imperio. Podemos estar seguros de que se verán defraudados. La parte podrida del Imperio era esa caterva de altos funcionarios saqueadores, fauna cínica y farsante a más no poder, presta a tragarse todas las supuraciones de África y Asia, a chupar el colector de esos dos continentes. Con el refinamiento de esos patanes pasa como con la mayoría de las tradiciones escolares. Desde hace siglos los pedantes proponen a la admiración de los jóvenes a unos Petronios y Lúculos legendarios saliendo de los baños de vapor para hacerse restregar por efebos. Bien mirado, si se lavaban tanto era porque apestaban. En vano se untaban nardo y bálsamos por las llagas vergonzosas que mencionan Juvenal y Luciano. Añadiré que, incluso los sanos, tan glotones que se recostaban para llenarse mejor la panza y una vez llenos se vaciaban como odres, metiéndose los gruesos dedos anillados de oro hasta el fondo del gáznate, sin tomarse la molestia de incorporarse, al final de la comida debían de necesitar un lavado a fondo... Eso sí, vivían en villas suntuosas. La verdad es que el hombre romano nunca me ha gustado. Pero han tenido que pasar muchos años para que empiece a descubrir en él no solo su grosería demasiado ostensible, sino también cierta necesidad profunda. No me refiero a su prodigalidad colosal, imbécil, a las morenas engordadas con esclavos, a las lenguas de ruiseñor, a las perlas diluidas en falerno ni a tantas otras bromas desorbitadas e igual de estúpidas, cuya vulgaridad asquearía hasta a un marsellés. Estoy pensando en otras diversiones supuestamente diabólicas, que acaso lo fueran, de las que los docentes canosos solo hablan en voz baja, diversiones que parecen imaginadas por colegiales solitarios. Todos esos emperadores barrigones ponían mucha voluntad cuando se trataba de hacer daño. Mas para ser realmente perversos les faltaba cierta calidad humana. No se condena quien quiere. No

comparte quien quiere el pan y el vino de la perdición. ¿Cómo decirlo? Nadie puede ofender cruelmente a Dios si no tiene con qué amarle y servirle. ¿Qué tienen que ver con Dios aquellos puercos? Suetonio, al fin y al cabo, solo describió reyezuelos. ¿Qué nos importa a nosotros el viejo Tiberio chapoteando en su bañera y arrimando a la boca de unos niños de pecho el pingajo por el que, una vez, fue un hombre? Miles de disolutos septuagenarios, espoleados por las furias de la impotencia, sueñan con cosas así. Pero Tiberio no se limitó a soñarlas, lo admito. Incluso dudo que las soñara. Seguramente esas extrañas prácticas se las sugirió alguna alcahueta o alguna concubina, para vengarse de servidumbres viles y agobiantes burlándose del Amo del Mundo. Al fin y al cabo aquel Amo del Mundo no se exponía a nada, ni siquiera a una leve sanción.

* * *

Admiro a los idiotas cultos, henchidos de cultura, devorados por los libros como por los piojos, quienes afirman, levantando el meñique, que no pasa nada nuevo, que ya se ha visto todo. ¿Qué sabrán ellos? El advenimiento de Cristo fue un hecho nuevo. La descristianización del mundo sería otro. Es evidente que nadie ha observado el segundo fenómeno ni puede hacerse una idea de sus consecuencias. Observo con mucho más estupor a aquellos católicos a quienes la lectura, incluso superficial, del Evangelio no invita a reflexionar sobre el carácter cada vez más patético de una lucha anunciada, sin embargo, por un mensaje sorprendente, que no se había escuchado nunca y antaño resultó completamente incomprensible: «No podéis servir a Dios y al Dinero». ¡Demasiado bien les conozco! Si por un milagro mi reflexión desasosiega a alguno de ellos, acudirá a su confesor, quien le contestará plácidamente, amparándose en un sinfín de casuistas, que este consejo solo va dirigido a los perfectos y no tiene por qué preocupar a los propietarios. Totalmente de acuerdo. De modo que me permitiré escribir con mayúscula la palabra «Dinero». No podéis servir a Dios y al Dinero. El Poder del Dinero es opuesto al Poder de Dios.

Me diréis que es uno de esos planteamientos metafísicos que no interesan a los realistas. Perdón. Expresaos si queréis de otra forma, en vuestro idioma, me da lo mismo. En la Antigüedad había Ricos. Muchos hombres padecieron el reparto injusto de los bienes, el egoísmo, la rapacidad y el orgullo de los Ricos, aunque quizá no se piensa demasiado en los miles de labradores, pastores, pescadores o cazadores que gracias a la mediocridad de los medios de comunicación podían vivir pobres pero libres en sus soledades inaccesibles. Merece una reflexión este hecho trascendental: los desvalijadores de entonces eran funcionarios, debían ponerse humildemente a la cola detrás del general conquistador y contentarse con el botín que habían dejado los militares; y bien sabe Dios lo que eran los militares de Roma antes de que los pueblos nobles de Occidente proporcionaran verdaderos jefes guerreros, soldados, a esa tribu de sátiros. Es decir, en aquellos lejanos tiempos los hombres del dinero explotaban el

mundo al albur de las expediciones fructíferas, no lo organizaban. ¿Qué tienen en común, os pregunto, los piratas más o menos consulares que se afanaban en llenar sus arcas y luego regresaban a disfrutar de esos bienes mal habidos hasta reventar por sus excesos, con el multimillonario puritano, melancólico y dispéptico, capaz de hacer que se tambalee, con un guiño, con una firma trazada con su estilográfica de ciento veinte francos, el inmenso fardo de la miseria universal? ¿Cómo decirlo? Un tratante del siglo XVIII habría sido incapaz de imaginar esta clase de hombres, le habría parecido absurdo y en efecto lo es; se trata del producto híbrido, ya arraigado, de varias especies muy distintas. Repetís como loros que ha surgido de la civilización capitalista. No, es él quien la ha hecho. Evidentemente, no es un plan preconcebido. Es un fenómeno de adaptación, de defensa. El mal rico de antaño, el rico juerguista y escandaloso, fanfarrón, manirroto, enemigo del esfuerzo, era casi el único que había acusado el embate del cristianismo, su impulso irresistible. Pudo seguir manteniéndose en el mundo cristiano, pero no prosperar. Y no prosperó.

Los hombres de la Edad Media no eran lo bastante virtuosos como para despreciar el dinero, pero despreciaban a los hombres del dinero. Durante un tiempo protegían al judío porque el judío drena el oro, como un absceso de fijación drena el pus. Llegado el momento vaciaban al judío, exactamente igual que el cirujano vacía el absceso. No apruebo este método, solo destaco que no estaba en contradicción con la doctrina de la Iglesia sobre el préstamo con interés y la usura. A falta de abolir el sistema, se cubría de infamia. Una cosa es tolerar la prostitución y otra endiosar a las prostitutas, como hizo muchas veces la canalla mediterránea, cuya industria nacional fue siempre la venta del ganado perfumado. Es evidente que cuando unos niños, armados de tronchos de col, podían correr hasta la entrada del gueto al capitalista más opulento, marcado con la insignia amarilla, el Dinero carecía del prestigio moral necesario para cumplir sus designios.

La cristiandad no eliminó al Rico ni enriqueció al Pobre, porque nunca se propuso la abolición del pecado original. Habría retrasado indefinidamente la sumisión del mundo al Dinero, habría mantenido la jerarquía de las grandezas humanas y el Honor. En virtud de la misma ley misteriosa que proporciona un pelaje protector a las razas animales trasladadas de las regiones templadas a las regiones polares, el Rico, en un clima tan desfavorable para su especie, acabó adquiriendo una resistencia prodigiosa, una prodigiosa vitalidad. Tuvo que transformar pacientemente desde dentro, con las condiciones económicas, las leyes, las costumbres, la propia moral. Sería exagerado considerarle responsable de la revolución intelectual que dio origen a la ciencia experimental, pero, desde los primeros éxitos de esta ciencia, la respaldó y orientó sus investigaciones. Por ejemplo, aunque no fue su creador, explotó a fondo la fulgurante conquista del espacio y el tiempo con la mecánica, una conquista que solo sirve realmente a sus empresas y ha convertido al antiguo usurero clavado a su

mostrador en el dueño anónimo del ahorro y el trabajo humano. Bajo sus embates furiosos la cristiandad pereció, la Iglesia se tambalea. ¿Qué se puede hacer contra un poder que controla el Progreso moderno después de crear su mito, amenaza a la humanidad con guerras que solo él puede costear, con la guerra convertida en una de las formas normales de la actividad económica, tanto si se prepara como si se hace?

A las personas de derechas no les suelen gustar estas opiniones. Uno se pregunta por qué. Un pequeño tendero mirará como un enemigo potencial de la sociedad al inocente borrachuzo que acaba de beberse la paga semanal, y murmura: «¡Abajo la bofia!», cuando pasa delante de un guardia para demostrar que es un hombre libre. Pero ese mismo tendero se considera solidario de Rothschild o Rockefeller y, en el fondo, el muy imbécil se siente halagado. Se pueden dar muchas explicaciones psicológicas de este curioso fenómeno. Para la mayoría de nuestros contemporáneos lo que ha prevalecido es la distinción entre el propietario y el no propietario. El propietario se ve a sí mismo como un cordero amenazado por el lobo. Mas para un pobre diablo el cordero se convierte en un tiburón hambriento presto a tragarse un pececito. Las fauces sanguinolentas que se abren en el horizonte les pondrán de acuerdo cuando los devoren a los dos juntos.

Esta obsesión morbosa, nacida del miedo, modifica profundamente las relaciones sociales. Y, por ejemplo, la cortesía ya no explica una disposición del ánimo, un concepto de la vida. Tiende a convertirse en una serie de ritos cuyo significado original se ha olvidado; en una sucesión, en cierto orden, de muecas, inclinaciones de cabeza, cloqueos variados, sonrisas estudiadas, reservados a una categoría de ciudadanos que han sido adiestrados en la misma gimnasia. Los perros se comportan de modo semejante entre ellos; solo entre ellos, porque pocas veces veréis a este animal olfatear el trasero de un gato o un cordero. Así, mis contemporáneos solo gesticulan de cierta manera en presencia de personas de su clase.

Cuando yo era joven vivía en una vieja y querida casa rodeada de árboles, un minúsculo caserío de comarca de Artois, arrullado por un rumor de follaje y agua viva. La vieja casa ya no me pertenece, ¡no importa, siempre que sus dueños la traten bien! ¡Siempre que no le hagan daño, que sea su amiga, no su cosa!... ¡No importa! ¡No importa! Los lunes la gente venía a la limosna, como dicen por allí. A veces venían de lejos, de otros pueblos, pero a casi todos los conocía por su nombre. Era una clientela muy segura. Incluso se hacían favores unos a otros: «He venido también por Fulano, que anda con reuma». Cuando se congregaban más de cien, mi padre decía: «¡Caramba, el negocio se anima!». Sí, sí, lo sé, estos recuerdos no tienen interés para vosotros, disculpadme. Solo quería explicaros que me educaron en el respeto a las personas mayores, propietarias o no, sobre todo a las mujeres mayores, un prejuicio del que no han podido curarme las repelentes locuelas septuagenarias de hoy en día. Pues bien, en aquella época tenía que quitarme el gorro para dirigirme a los viejos mendigos y a ellos les parecía tan natural como a mí, no se sorprendían lo

más mínimo. Eran personas de la antigua Francia, eran personas que sabían vivir, y si olían un poco fuerte a pipa o rapé, no apestaban a tienda, no tenían esa cara de tenderos, de sacristanes, de ordenanzas, cara de haber brotado en los sótanos como champiñones. Se parecían mucho más a Vauban, a Turenne, a los Valois, a los Borbones, que a Philippe Henriot, por ejemplo, o a cualquier otro burgués de orden... ¿Que no os digo nada nuevo? ¿Estáis de acuerdo conmigo? Mejor que mejor. Los jóvenes con los que me cruzo todos los días por la calle, ¿serían capaces de dirigirse espontáneamente a un viejo obrero quitándose el sombrero? Estupendo. Lo admito, como admito que el viejo obrero no creerá que le están tomando el pelo. Entonces las cosas van mejor de lo que pensaba, entonces es que el prestigio del dinero se va a pique. ¡Qué bien! Porque vuestra distinción entre el pueblo frente nacional y el pueblo frente popular no tenía ningún valor. No lo tenía por una razón muy sencilla, al alcance del lector más fanático de *Le Jour* o *l'Humanité*, al alcance incluso de un portero opulento del barrio Monceau afiliado al CSAR^[2] por devoción a la propiedad inmobiliaria. No se clasifica por sus opiniones políticas o sociales a personas que están a merced de unas condiciones económicas absurdas, por lo que son completamente incapaces de escoger una. ¡Cómo! Las personas competentes solo se ponen de acuerdo para declarar solemnemente que estamos atrapados en un círculo vicioso, y quienes en vez de observar la danza desde fuera dan vueltas a toda velocidad, después de sopesar las razones de unos y otros y de resolver las contradicciones que para vosotros eran insolubles, llegarían tranquilamente a esta conclusión: «¡Pero si esa gente no necesita opinión política!». Evidentemente. No la necesitaría, supongo, en una época de prosperidad. Pero en el mundo las cosas van mal, no hace falta jurarlo. ¿Y acaso ese mundo no ha sido organizado por ellos, para ellos? Os quejáis de que la revolución, antaño, fracasara. ¿Quién tiene la culpa? De que el pueblo siguiera a unos malos pastores. ¿Dónde estaban los buenos? ¿Acaso debía seguir a Cavaignac o a Thiers? Decía el conde de Chambord: «Juntos y cuando ustedes quieran, reanudaremos el gran movimiento del 89». Tengo motivos para creer que un joven príncipe francés le prestó oídos. Si algún día esto se hiciera realidad — ¡Dios lo quiera! —, ¿el suelo estaría tan firme bajo vuestros pies? Me decís: «¡Vamos a salvar a Francia!». Vale. Muy bien. ¡Dudoso augurio, si todavía no habéis conseguido salvaros a vosotros mismos! «Contamos con muchos hombres de gran valía». Sí. La gente del pueblo podrá encontrarse con ellos en el círculo, en la oficina, a veces en la iglesia, o en las ventas benéficas. No es fácil organizar estos encuentros y me pregunto si en realidad son útiles. Para ser sincero, creo que vuestras conversaciones no son muy provechosas. A la primera cucharada de potaje ya andáis diciendo que todo va mal, y a los postres, con perdón, os liais a insultos como verduleras. Es totalmente cierto que el pueblo os conoce mal. ¡No importa! ¡El conoceros no eliminaría su perplejidad!, habida cuenta que unos franceses tan distintos como, por ejemplo, Drumont, Lyautey o Clemenceau emitieron el mismo juicio, hasta ahora inapelable, sobre vuestros partidos y vuestros hombres.

* * *

De modo que puedo hablar tranquilamente sin ofender a nadie. No les debo nada a los partidos de derechas, ni ellos me deben nada a mí. Es verdad que de 1908 a 1914 fui miembro de los Camelots du Roi. En aquellos tiempos pasados Maurras escribía con su estilo lo que yo acabo de escribir, lamentablemente, con el mío. La posición de Maurras con respecto a las organizaciones bien pensantes de entonces —que todavía no se llamaban nacionales— era justamente la misma que vemos hoy en el coronel La Rocque; no se puede recordar sin melancolía. No éramos personas de derechas. El círculo de estudios sociales que habíamos fundado se llamaba Cercle Proudhon, reivindicaba a ese personaje escandaloso. Apoyamos el sindicalismo naciente. Preferíamos exponernos a los azares de una revolución obrera a comprometer a la monarquía con una clase social que desde hacía un siglo se había apartado por completo de la tradición de nuestros mayores, del sentido profundo de nuestra historia, y cuyo egoísmo, necedad y avidez habían logrado restablecer una suerte de esclavitud más inhumana que la que abolieran antaño nuestros reyes. Cuando las dos Cámaras, unánimes, respaldaron a Clemenceau en su represión brutal de las huelgas, no se nos pasó por la cabeza aliarnos, en nombre del orden, con ese viejo radical reaccionario contra los obreros franceses. Éramos conscientes de que un joven príncipe moderno se entendería mejor con los dirigentes del proletariado, por extremistas que fueran, que con sociedades anónimas o bancos. Me diréis que el proletariado no tiene dirigentes, sino manipuladores y cabecillas. El problema, justamente, era dotarlo de dirigentes, seguros como estábamos de que no iría a pedírselos respetuosamente a Waldeck-Rousseau ni a Tardieu, ni los escogería entre renegados como Hervé o Doriot. En la Santé, donde pasábamos temporadas, compartíamos fraternalmente nuestras provisiones con los jornaleros y cantábamos juntos, unas veces *Viva Enrique IV* y otras *La Internacional*. En esa época aún vivía Drumont, y no hay un renglón de este libro que no pudiera firmar él con su mano, su noble mano, si yo mereciera ese honor. Por lo tanto puedo reírme en la cara de los mentecatos que me acusen de haber cambiado. Son ellos los que han cambiado. Ya no los reconozco. En realidad pueden cambiar sin apuros, pues casi todos los testigos irrecusables están enterrados, ¡y sabe Dios lo que pasaría si hablaran los muertos! ¡Qué algarabía!

Hay una burguesía de izquierdas y una burguesía de derechas. No hay pueblo de izquierdas o un pueblo de derechas, solo hay un pueblo. Todos los esfuerzos que hagáis para imponerles desde fuera una clasificación pergeñada por los doctrinarios políticos solo lograrán crear en su masa unas corrientes y contracorrientes de las que se aprovechan los aventureros. La idea que tengo de pueblo no se inspira en ningún sentimiento democrático. La democracia es un invento de intelectuales, lo mismo, a

fin de cuentas, que la monarquía de Joseph de Maistre. La monarquía no puede vivir de tesis o de síntesis. No por gusto ni por elección, sino por vocación profunda o, si lo preferís, por necesidad, nunca tiene tiempo de definir al pueblo, lo toma tal como es. No puede hacer nada sin él. Y creo, casi me atrevería a decir temo, que él no puede hacer nada sin ella. La monarquía negocia con las otras clases sociales que, por la complejidad de los intereses que defienden y que sobrepasan el marco nacional, siempre serán, en cierta medida, estados dentro del estado. Es con el pueblo con quien gobierna. Objetaréis que a veces lo olvida. Pero es que entonces muere. Puede perder el favor de las otras clases sociales y siempre le queda el recurso de enfrentarlas entre sí, de manipularlas. Las necesidades del pueblo son demasiado simples, de un carácter demasiado concreto, de una necesidad demasiado apremiante. Exige trabajo, pan y un honor que se le parezca, desprovisto en lo posible de cualquier refinamiento psicológico, un honor parecido a su trabajo y su pan. Los notarios, ordenanzas y abogados que hicieron la revolución de 1793 pensaban que se podía aplazar indefinidamente el cumplimiento de un programa tan reducido. Creían que un pueblo, un pueblo auténtico, un pueblo formado por mil años de historia, se podía dejar al fresco en el sótano mientras llegaba el momento oportuno. «Ocupémonos de las clases dirigentes, más tarde veremos». Más tarde era demasiado tarde. En la nueva casa construida con arreglo a los planos del legislador romano no se había reservado ningún sitio para el pueblo de la antigua Francia, y hubo que derribarla. Este hecho no debe extrañar. El arquitecto liberal no se había ocupado de alojar a sus proletarios más que el arquitecto romano a sus esclavos. Solo que los esclavos eran un tropel de ilotas de todas las lenguas, naciones y clases sociales, una parte de la humanidad sacrificada, envilecida. Su tribu miserable era obra de los hombres. Mientras que la Sociedad moderna deja que se destruya lentamente, en el fondo de su sótano, una admirable creación de la naturaleza y la historia. Naturalmente podéis tener una opinión distinta de la mía, pero creo que la monarquía no habría dejado que el rostro decente de mi país se deformase de un modo tan grave. Hemos tenido reyes egoístas, ambiciosos, frívolos, algunos malvados, pero dudo que una familia de príncipes franceses traicionaran el espíritu nacional hasta el extremo de permitir que un puñado de burgueses o pequeñoburgueses, hombres de negocios o intelectuales, se adelantasen cotorreando y gesticulando en el escenario, pretendiesen representar el papel de Francia, mientras que nuestro viejo pueblo, tan orgulloso, tan prudente, tan sensible, se transformaba poco a poco en esa masa anónima a la que llaman proletariado.

Al decir esto no creo que esté traicionando a la clase a la que pertenezco, porque no pertenezco a ninguna clase, me tienen sin cuidado las clases y además ya no hay clases. ¿En qué se reconoce a un francés de primera clase? ¿En su cuenta bancaria? ¿En su título de bachiller? ¿En su patente? ¿En la Legión de Honor? ¡No, no soy anarquista! Creo que es muy conveniente que el estado contrate a sus funcionarios entre los mejores alumnos de los colegios e institutos. ¿De dónde los sacaría, si no?

Por otro lado, la posición de estos señores no me parece envidiable. Os aseguro que si tuviera la posibilidad de convertir, por arte de magia, a un herrador de pueblo que canta junto a su forja en recaudador de impuestos, no creería que le estaba haciendo ningún favor. Pero admito que a estas personas se las trate con más consideración que al herrador o a mí mismo, porque la disciplina facilita el trabajo y ahorra tiempo al que manda y al que obedece. Cuando estáis delante de una ventanilla de correos, confío en que no os pongáis a discutir con el funcionario y aguardéis modestamente a que se acuerde de vosotros, a menos que os permitáis llamar su atención con una tosecilla discreta. Si el funcionario interpreta esa actitud como un homenaje a su inteligencia y su virtud, qué queréis que os diga, se equivoca. Nuestra clase media comete un poco el mismo error. Como suministra la mayor parte de los agentes de control y vigilancia, cree que es una aristocracia nacional, que cuenta entre sus filas con más jefes. No son más jefes, son más funcionarios, que no es lo mismo. Cuando escribo que ya no hay clases, fijaos bien, interpreto el sentimiento común. Ya no hay clases porque el pueblo no es una clase en el sentido exacto de la palabra, y las clases superiores se han fundido poco a poco en una sola, a la que habéis puesto precisamente ese nombre de clase media. Una clase llamada media tampoco es una clase, y menos aún una aristocracia. Ni siquiera podría proporcionar los primeros elementos de esta última. No hay nada más ajeno al espíritu aristocrático que su espíritu. Se podría definir así: el conjunto de ciudadanos convenientemente instruidos, aptos para todo, intercambiables. Por otro lado, la misma definición sirve para lo que llamáis democracia. La democracia es el estado natural de los ciudadanos aptos para todo. Cuando son muchos, se aglomeran y forman una democracia. El mecanismo del sufragio universal les viene como anillo al dedo, porque es lógico que estos ciudadanos intercambiables acaben encomendándose al voto para decidir lo que será cada uno de ellos. Lo mismo podrían usar el método de la pajita más corta. No hay democracia popular, porque una verdadera democracia del pueblo es inconcebible. El hombre del pueblo, como no es apto para todo, solo puede hablar de lo que sabe, y comprende perfectamente que la elección favorece a los charlatanes. El que charla en el tajo es un holgazán. Abandonado a sí mismo, el hombre del pueblo tendría el mismo concepto del poder que el aristócrata —al que por otro lado se parece en tantos aspectos—: el poder es de quien lo toma, de quien se siente con fuerzas para tomarlo. Por eso no le da a la palabra dictador exactamente el mismo significado que nosotros. La clase media anhela un dictador, es decir, un protector que gobierne en su lugar y la dispense de gobernar. La clase de dictadura con que sueña el pueblo, es la suya. Me contestaréis que los politiqueros convertirán ese sueño en una realidad muy distinta. Sea. Pero la distinción no deja de ser reveladora.

Lo repito, no escribo estas páginas para la gente del pueblo, que por otro lado se cuidará muy mucho de leerlas. Me gustaría que se entendiera bien que no es posible ni concebible ninguna vida nacional cuando el pueblo ha perdido su carácter, su originalidad racial y cultural, y ha quedado reducido a un inmenso depósito de

braceros embrutecidos, completado por un minúsculo vivero de futuros burgueses. El que las élites sean o no nacionales tiene mucha menos importancia de lo que creéis. Las élites del siglo XII no eran muy nacionales que digamos, como tampoco las del XIII. Es el pueblo quien le da a cada patria su tipo original. Por muchas taras que le podáis encontrar a la monarquía, este régimen por lo menos había sabido conservar lo más valioso de su herencia, porque incluso en pleno siglo XVIII, cuando el clero, la nobleza, la magistratura y los intelectuales presentaban todos los síntomas de la podredumbre, el hombre del pueblo seguía siendo poco distinto de su antepasado medieval. Es exasperante pensar que habéis logrado convertir el compuesto humano más estable en una muchedumbre ingobernable, sometida mediante la amenaza de las ametralladoras.

Francia no se reconstruirá por las élites, se reconstruirá por la base. Costará más trabajo. ¡Qué se le va a hacer! Costará lo que haga falta. Saldrá más barato que la guerra civil. A las clases medias bien pensantes les parece muy natural que los comezones imperialistas de Mussolini obliguen a Francia e Inglaterra a hacer enormes gastos de armamento. No critican a Mussolini. No es a él a quien señalan como responsable del aumento de nuestras desdichas, la causa de todo son las reformas sociales.

—Pero el pueblo está en manos de peligrosos aventureros, ¿qué hacen ustedes para librarle de ellos?

—Ya llegará el momento. No tenemos tiempo, y lo mismo que las izquierdas explotan el miedo de su clientela al fascismo, nosotros explotamos el miedo de la nuestra al comunismo, es natural. Al fin y al cabo el pueblo no cree en nuestra sinceridad. Si nos acercáramos a él perderíamos muchísimos más votos burgueses de los que ganaríamos entre los proletarios.

—Total, que ustedes se comportan momentáneamente con la clase obrera, inseminada con el virus moscovita, como lo hacen los servicios higiénicos con las poblaciones contaminadas. Mientras se resuelve la cuestión del capitalismo, la producción, la carestía de la vida, mientras se decide entre la fórmula de la Autarquía y la de la Libertad Aduanera, mientras se decide entre el patrón oro y el patrón plata, mientras se asegura la Paz Universal, por no hablar de otros problemas casi igual de importantes, ¿van a dejar al pueblo en la estacada?

—Es usted quien usa un lenguaje demagógico. No se pueden emprender reformas sociales con las arcas vacías.

—Entonces habría que empezar por llenarlas.

—Disculpe, pero no nos quedamos de brazos cruzados. Hemos reforzado la propaganda.

—Sí. Cuando el pueblo piense exactamente igual que ustedes, la cuestión social estará más cerca de la solución, y a un precio muy inferior.

Incluso con pensadores como Doriot, dudo que seáis capaces de llevar a cabo una

Reforma intelectual del proletariado calcada de la que proponía el viejo Renán para Francia. Santo Domingo había ideado algo parecido para la cristiandad, una profunda restauración de la doctrina cuyos obreros serían los Hermanos Predicadores. Al igual que los comunistas de hoy, los herejes de la época eran una amenaza para la fe y los bienes de las clases dirigentes. Estas se apresuraron a explicarles a los gobernantes que la fe podía esperar, pero la salvación de la Propiedad exigía medidas más enérgicas. De modo que los Predicadores acabaron proporcionando los agentes de una vasta operación de depuración, semejante a la que he visto en España y que en la Historia se conoce como Inquisición. Si las personas de derechas pretenden utilizar la fórmula, con ello firmarán su propia abdicación.

—¿Y si no hay otra fórmula?

—Mala suerte. Empezamos a darnos cuenta de que la Paz Militar debe comprarse cada veinte años con el sacrificio de varios millones de hombres. Si la Paz Social sale tan cara, probablemente es porque el sistema no vale nada. ¡Váyanse!

II

A menudo me echan en cara que soy demasiado injurioso con las personas de derechas. Podría contestar que esas brutalidades son sistemáticas y de ellas espero una cartera en el futuro gobierno de Unión Nacional, al lado —por ejemplo— de Doriot. No conozco a Doriot. Nunca le he oído. Solo sé que habló en los Ambassadeurs con gran éxito. También sé que durante un breve paso por París, una insigne dama francesa cuyo nombre prefiero callar, como solo disponía de unas horas, exclamaba entre los aplausos de sus bellas amigas: «¡Vamos a ver a Doriot! Antes que nada, Doriot», y se mostraba entusiasmada con los legendarios tirantes de Doriot. «¡Qué temperamento! Tiene que cambiar de camiseta después de cada discurso. ¡Dicen que acaba con ella empapada, querida!». No creo que el antiguo dirigente de las Juventudes Comunistas sea capaz de grandes arrebatos poéticos, pero en fin, es posible que —tal vez sin darse cuenta— experimente algo parecido cuando desde el estrado vea ante sí las caras embobadas que antes había sobado vigorosamente con sus fuertes puños. En la época de Abd el-Krim todos esos necios y necias pensaban que el muchacho era un traidor a sueldo de Moscú. Todos ellos y ellas estarán dispuestos hoy a encomendarle el futuro de la Patria, si piensan que es lo bastante listo como para engañar a quienes antes eran sus amigos.

Pero yo no haré la brillante carrera de Doriot ni la de Millerand, ni tampoco la del Peregrino de la Paz^[3]. Porque no desprecio a las personas de derechas, por lo menos con ese desprecio que tanto les gusta y con el que se crecen. En ellos, sin duda, se advierte un extraño complejo, en realidad fácil de explicar si se piensa en su excesiva preocupación por el qué dirán, por la respetabilidad —análoga al pudor físico de los anglosajones—, que no es pura hipocresía sino más bien el efecto de una timidez hereditaria cultivada por la educación, la reserva verbal, la muda complicidad de todos. La dignidad habitual de los bien pensantes, más que un alejamiento natural de la chusma, expresaría una defensa secreta y ansiosa contra una propensión cuya fuerza no se atreven a medir. Si tuviera tiempo de escribir una Fisiología del Bien Pensante, creo que haría hincapié en este aspecto. Se habla continuamente de burguesía. Pero es inútil dar ese nombre a unos tipos sociales muy distintos. Tardieu, por ejemplo, es un burgués —trescientos años de burguesía, como le gusta decir—. Por cada burgués de este tipo se hallarán mil buenas personas cuyos papás o abuelos, primos o primas, todavía andan arreando las vacas. No me burlo de ellos. Sabe Dios que preferiría la compañía de esos rumiantes a la del ministro de resplandeciente dentadura. Admitiréis conmigo, sin embargo, que no deja de ser curioso tropezarse a cada poco con unos buenos mozos que hablan de lucha de clases con crispación de meñiques, suspiros y ademanes exasperados, como si perteneciesen a no se sabe qué

humanidad superior, cuando una apresurada adaptación ha convertido a la mayoría de ellos en seres socialmente apátridas. Estos mestizos pertenecen tanto a partidos de izquierdas como de derechas. Pero creo que los caracteres de la especie están más marcados en el bien pensante que se cree, o hace como que se cree, o intenta creerse heredero de una suerte de privilegio espiritual, y habla de su paquete de Shell o de Royal Dutch como un Montmorency de su patrimonio. Si solo pusieran a prueba la paciencia de las personas de la alta sociedad, que por lo demás se disponen a casarse con sus hijas en cuanto la cotización sea realmente favorable, no me preocuparía lo más mínimo, ¡líbreme Dios! Pero las personas de la alta sociedad son tan necias que hace tiempo los adoptaron, con la ilusión de acercarse al pueblo, de caminar con su tiempo, precepto común a todos los sedentarios. Acaso piensen que sus aliados son más sólidos, más resistentes. ¡Grave error! Por mucho que un ciudadano se vista de *tweed* en un buen sastre, se distinga con un cargo administrativo, incluso haya heredado de un padre ahorrador un inmueble de renta en el barrio de Ternes, un ascenso demasiado reciente a esa clase tan mal definida que se llama Burguesía (¿qué tendrá que ver con la burguesía fuertemente arraigada de la antigua Francia?) autoriza a atribuirle las taras y la fragilidad de la Edad Ingrata; esa edad ingrata acosada por las manías de la infancia y la edad adulta. Y la palabra ingrata es la adecuada en este caso: ¿a quién iban a mostrar gratitud estas personas? Se han hecho a sí mismas, dicen. Se sorprenderían mucho si les recordaran que también tienen deberes para con la clase de la que han salido, donde todavía apencan los suyos. ¿Acaso no es bastante el ejemplo y el ánimo que les dan? «¡Qué nos imiten! ¡Qué espabilen!». Si acaban de salir de las inmensas canteras de la miseria, ¿cómo no les va a atormentar el miedo a recaer en ellos? Si hay una revolución, el hombre linajudo solo teme, si acaso, por su cabeza. El pequeñoburgués teme por todo, depende por completo del orden establecido, el Orden Establecido al que ama como a sí mismo, porque ese establecimiento es el suyo. No esperéis que mire sin odio las gruesas manos negras que agarran los faldones de su lindo chaqué y tiran de él hacia atrás.

—¡Vuelve con nosotros, hermano!

—¡Quita de ahí, canalla, no sabes con quién estás hablado! ¡Socorro, querido duque! ¡Mi mujer puso una mesa petitoria junto a su esposa en el último rastrillo de las Damas Tradicionalistas del faubourg Saint-Honoré, cuya divisa es: Dios y mi Derecho!

* * *

¡Menudo anarquista está hecho, Bernanos! Diréis. ¿Por qué se empeña en privar a esa buena gente de una inocente satisfacción del amor propio, si están orgullosos de compartir con lo más selecto la defensa del Orden y la Religión? Sin duda. Pero yo también puedo tener mi opinión sobre el modo de defender el Orden y la Religión. En el reino animal, como en el humano, la lucha entre especies demasiado próximas

adquiere enseguida caracteres de ferocidad. ¿Creéis que esa buena gente es más capaz que vosotros de comprender a otra buena gente que se le parece? Se parecen, en efecto, de ahí la gravedad del malentendido que los separa. Por el esfuerzo que hace un hombre para salir de su clase social se puede medir el poder de su reacción, a veces inconsciente, contra esa clase, su espíritu, sus costumbres, porque la avaricia por sí sola no puede explicar un sentimiento mucho más profundo, en cuya raíz se hallaría el recuerdo aún punzante de ciertas humillaciones, de ciertos sufrimientos de la infancia, heridas que varias generaciones no siempre acaban de cicatrizar. Quién no ha sonreído ante las quejas de la pequeño-burguesa enfrentada a su chacha: «¡Estas chicas no están hechas de la misma madera que nosotras, querida!». El sargento reenganchado siente la misma decepción ante el soldado de tropa, y si la opinión del vinatero sobre su clientela tampoco es muy halagüeña, la de su hijo, bachiller, será claramente pesimista.

La dejación de las verdaderas élites ha permitido que poco a poco, frente al proletariado obrero, se alzara un proletariado burgués. No tiene la estabilidad de la antigua burguesía, ni sus tradiciones familiares, ni mucho menos su honradez comercial. Los azares de la anarquía económica lo renuevan continuamente. ¿Cómo podríamos llamar a esa hornada de pequeños comerciantes cuyo número ha crecido desmesuradamente con la inflación de la posguerra, a pesar de las bajas causadas por las quiebras diarias? ¿Merecen siquiera el nombre de comerciantes? Antaño un comerciante solía ser un productor. Las dificultades de abastecimiento, la escasez de mercancías, su diversidad en una época en que no existía la fabricación en serie, las exigencias de una clientela acostumbrada a transmitirse de generación en generación los objetos domésticos más humildes, el control severo de la opinión provincial, el juego natural de las alianzas y las amistades, la obligación de cumplir, al menos en apariencia, los preceptos del Decálogo sobre el respeto a la propiedad ajena, hacían del negocio un arte. Hoy cualquier desharrapado puede alardear de pertenecer al gremio si ha alquilado una tienda y se apunta como décimo o vigésimo intermediario entre el industrial que se arruina para producir barato y el cliente imbécil cuyo destino es dejarse robar. No nos engañemos por el aspecto de un antro sórdido, con el escaparate carcomido y el cristal rajado que, cada vez que se abre la puerta con un tintineo de campanilla cascada, arroja sobre la acera un olor absurdo a cebollas y pis de gato. La observación de algunas telarañas, tejidas paradójicamente en rincones inaccesibles incluso a los moscardones, demuestra que la paciencia del que acecha acaba saliéndose con la suya. Es cierto que los escaparates demasiado brillantes espantan a los pobres diablos, que abrigan la ilusión —¡tan enternecedora, al fin y al cabo!— de que el pequeño comerciante practica el pequeño beneficio. La prueba de que esas trampas repelentes engordan al insecto que se agazapa en ellas es la asombrosa proliferación de tenderos después de la guerra, un fenómeno que podéis comprobar fácilmente con la lectura del Bottin^[4]. ¡Oh!, sin duda, la quiebra acecha al

acechador, que no se sacia todos los días. Pero aguantará hasta el final, aunque, por falta de crédito, tenga que abastecerse en los cubos de basura. No estoy exagerando. Imaginad, por ejemplo, que mañana se suspendiera el control oficial de las carnes vendidas en carnicerías. Por muy buen concepto que tengáis del detallista, habréis de admitir que enseguida, en el fondo tenebroso de las neveras, brotarán todas las floraciones de la podredumbre. Da igual si lo admitís o no: nosotros lo vimos. Vimos prosperar —lo vimos años atrás con nuestros propios ojos—, en las aldeas derruidas, bajo los obuses, al pequeño comerciante, libre por unos meses de la vigilancia distraída de los poderes públicos, de la envidia de sus colegas e incluso de los reproches de la clientela, porque, dicho sea entre nosotros, ¿qué reproches va a hacer el andrajoso combatiente de las trincheras? Éramos jóvenes, y muchas de esas personas tenían el pelo gris... También tenían hijas.

Les vimos. Tenían, como se suele decir, la sartén por el mango. Nuestra única venganza era que cuando venían mal dadas y se suspendía el abastecimiento, el hambre les obligaba a comer sus propias conservas, la sed a beber su vino pobre en alcohol pero rico en mohos y hongos. Se hinchaban entonces con una grasa mala que escurría en forma de sudor gris por sus abultados mofletes, mientras sorbían un bebistrajo con una risa desagradable en sus dientes sucios. Porque apenas disimulaban su desprecio hacia nosotros, abrevaban a los gendarmes a costa nuestra, deploraban nuestras malas costumbres y nunca se olvidaban, cada primavera, de exhibir en su escaparate, en previsión de la próxima ofensiva, unas horribles coronas mortuorias, probablemente fabricadas en las cárceles. Me diréis que el pudridero de las guerras siempre ha criado larvas como esas. Es que no les conocisteis. Nunca tuvisteis ocasión de beber con ellos el aguardiente de la amistad, con el cierre echado, entre su esposa atormentada por las varices y su hija de tufo intenso. Eran personas lamentablemente desprovistas de imaginación y por lo tanto poco dignas de lástima, pero tampoco se parecían a los saqueadores de cadáveres que antaño seguían a los ejércitos. ¡Qué va! Ellos no se arriesgarían a una descarga de fusilería ni a seis meses de cárcel. Estaban ansiosos de estimación pública, eran implacables con la chusma, severos con los jóvenes que malgastaban su dinero, con las mujeres que «no se respetaban», con los deudores infieles. No me preguntéis qué ha sido de ellos. Tampoco vamos a pensar que todos ellos murieran el día del armisticio, no. La inflación los vomita, la deflación se los traga. No los reconocéis, porque no se distinguen del rebaño. No eran monstruos. Solo las circunstancias eran monstruosas, y ellos las sufrían o, más bien, adaptaban a ellas las pocas ideas generales que tenían. Acomodaban sus almas a ellas. La prueba de que no tenían nada de aventureros ni de refractarios es que en cuanto ahorraban algo se establecían y casaban a sus hijas con notarios. Después pensaban en el pasado como un hombre piensa en el tiempo de su juventud, en sus amoríos. «¿Te acuerdas de esa partida de conserva de salmón rechazada por la Intendencia, que luego la compró bajo mano, a treinta céntimos la

lata, una tras otra? Con eso ganamos quince mil francos». Se conformaban, eran conformistas, no aspiraban a otra cosa, solo esperaban tener posibles, como ellos dicen, reunir dinero suficiente. «Salimos de la Legalidad para entrar en el Derecho», afirmaba el tercer Bonaparte, que es uno de los tipos más curiosos de la Historia. Ellos también salían del Código aprovechando los bombardeos para entrar en la honradez, la decencia, lo que ellos llaman compostura. Por desgracia, las estadísticas, que prometen tantas maravillas, se desmayan en cuanto las presionan un poco, a semejanza de muchas personas de su sexo. No obstante, sería curioso saber cuántos de estos negociantes han vuelto a caer en el proletariado del que habían salido. Por mi parte, creo que ya están muy admitidos en las clases medias. El desprecio que sentían por su clientela militar lo dirigen ahora al conjunto de los «holgazanes» que peroran en los sindicatos en vez de hacer como ellos, trabajar cada cual para sí mismo, apañárselas. En cierto sentido, no se equivocan. No tienen tanto que temer de la dictadura del proletariado como de la organización de esta clase, de su acceso a la libertad, a la independencia, al honor. Todo se lo deben a la anarquía moral, mental y social del último siglo, a la decadencia de las élites, al sometimiento de los trabajadores. Si un régimen humano lograra incorporarlos a la nación, el absurdo prestigio del comercio, recuerdo de tiempos pasados, pronto sería un mal sueño; o bien el verdadero comercio ocuparía su lugar, que no es pequeño, a expensas de los intermediarios que exprimen la sustancia del pueblo y se abaten como piojos sobre cualquier industria liberadora. Cualquiera de nosotros ha tenido ocasión de conversar con un obrero especializado cuya cultura, evidentemente empírica, es la de un aprendiz de ingeniero. ¿No os parece injusto que el último imbécil que llegue, siempre que tenga medios para pagar la patente, pueda considerarse socialmente superior al primero porque consigue sacar beneficio de una mercancía cuyo precio inicial, demasiado bajo en relación con la enorme sobrecarga de comisiones, acaba siendo irrelevante?

El proletariado burgués, cuya semblanza acabo de trazar, no tiene tradición ni principios, pero tiene instinto. Ese instinto le avisa del peligro que corre y de que su suerte está unida a cualquier reforma social profunda, que le devolvería a la nada. Las personas de derechas, nacionales o clericales, se creyeron muy listas cuando le incorporaron en masa a las clases medias para que, en la famosa guerra por el orden, ocupara el lugar de la infantería. Prefiero decirles de una vez que así comprometen gravemente la causa que pretenden defender, porque supeditan a unos aliados que no tienen nada que perder, salvo a sí mismos, unas tradiciones valiosas e incluso el principio mismo del orden, pues lo único que cabe esperar de ellos es una resistencia ciega y rencorosa a cualquier cambio. Si hay un espectáculo que da ganas de vomitar, es el de los monárquicos franceses mendigando los servicios de la Democracia en su forma más baja y original, porque lo que hoy inunda las asociaciones llamadas nacionales es precisamente el público que agrada a los pioneros de la república radical, y esas famosas capas profundas sobre las que ha germinado.

Siempre hago esfuerzos por hablar sin ironía. De sobra sé que la ironía nunca ha conmovido el corazón de nadie. Ella misma, a menudo, no es más que el gemido de un corazón herido. Ahora se revela ante el mundo la tragedia sin principio ni fin, porque no tiene sentido ni meta. Por lo menos una meta confesable. La guerra de la desesperación, coartada sangrienta de los partidos reducidos a la impotencia, incapaces de crear nada, unos opuestos a toda vuelta atrás, otros a toda marcha hacia delante, pero unos y otros incapaces de definir o, simplemente, de concebir el atrás y el delante. Cada uno se limita a gritar con la mano en el corazón: «¡Mis intenciones! ¡Mis intenciones!». ¿Qué importa que vuestras intenciones sean buenas? Lo que hay que ver es quién las aprovecha. ¿Dónde están vuestras intenciones, entre nosotros, hombres de orden? Galopan por todos los caminos de la tierra. Vuestras buenas intenciones se han desbocado. Vuestras buenas intenciones se han vuelto locas. Es inútil, por mucho que silbéis no van a volver... El nacionalismo, por ejemplo, criado en la vieja e indulgente casa lorenesa de Maurice Barres, alimentado con una tinta preciosa, ¡qué recorrido ha hecho después, hasta Japón, hasta China! Los poderosos amos del oro y de la opinión universal enseguida se lo arrebataron a los filósofos y los poetas. ¡Mi Lorena! ¡Mi Provenza! ¡Mi Tierra! ¡Mis Muertos! Ellos decían: mis fosfatos, mi petróleo, mi hierro. Cuando tenía quince años, luchábamos contra el Individualismo. ¡Mala suerte! Ya había muerto. Cada nación de Europa tenía ya en el fondo de sus entrañas un pequeño estado totalitario bien formado. Si alguien ponía la oreja sobre su ombligo, seguramente oiría los latidos de su corazón... ¡Y el Liberalismo, Dios mío! ¡Cómo lo hemos vapuleado! Por desgracia, nuestros golpes no le afectaban. Velado por varios académicos con uniforme, esperaba en coma la hora de la muerte, que anunciaría el primer cañonazo de la guerra. En fin: nuestras intenciones eran puras, demasiado puras, demasiado inocentes. No teníamos que haberlas dejado salir solas. Ahora están muy gastadas.

No digo esto por el placer de poner en apuros a los Doctores. ¿Para qué? Es absurdo creer, con Jean-Jacques [Rousseau], que el hombre nace bueno. Nace capaz de hacer más bien que mal, más de lo que pueden imaginar los Moralistas, porque no fue creado a imagen de los Moralistas, sino a imagen de Dios. Y su sobornador no es solo la fuerza de desorden que lleva en su interior: instinto, deseo, comoquiera que lo llamemos. Su sobornador es el mayor de los ángeles, caído desde la cima más alta de los Cielos. La experiencia de la Historia, sin duda, es provechosa para los juristas y los políticos, pero el hombre sobrepasa siempre, por algún lado, las definiciones con que se pretende delimitarlo. Por lo menos el hombre del que estoy hablando. Ese no quiere la felicidad, como os gusta decir, quiere la Alegría, y su Alegría no es de este mundo o, por lo menos, no del todo. Sois libres, por supuesto, de creer únicamente en el *Homo sapiens* de los humanistas, pero entonces no podéis darle a la palabra el

mismo significado que yo, porque vuestro orden, por ejemplo, no es el mío, vuestro desorden no es mi desorden, y lo que llamáis mal solo es falta de algo. El hueco dejado en el hombre, como la marca del sello en la cera. No digo que vuestras definiciones sean absurdas, pero no serán nunca comunes con las mías. Porque yo puedo recurrir a las vuestras, pero vosotros no podéis servir de las mías. Que a veces, en otros tiempos —solo en otros tiempos—, os permitieron alcanzar la grandeza, porque vuestras civilizaciones se hundían justo cuando creéis que son inmortales, como esos niños portentosos que son portadores del germen fatal y no pasan de la adolescencia. Entonces tenéis que dejar sitio a los escritores, que reflexionan durante siglos sobre el desastre y se prodigan en explicaciones de los porqués y los cornos. No haréis nada duradero para la felicidad de los hombres porque no tenéis la menor idea de su desdicha. ¿Me he explicado bien? Porque nuestra parte de felicidad, nuestra miserable felicidad, es en todo terrenal, volverá a la tierra con nosotros el último día; pero la esencia de nuestra desdicha es sobrenatural. Los que se hacen una idea clara y distinta de esa desdicha, a la manera cartesiana, no soportan su peso solos. Al contrario. Incluso se podría decir que el mayor infortunio es soportar la injusticia, no sufrirla. «¡Soportáis sin comprender!», gritaba el viejo Drumont.

Allá en Mallorca vi pasar por la Rambla unos camiones repletos de hombres. Rodaban con estruendo a ras de las terrazas multicolores, recién fregadas y chorreando, con su alegre murmullo de verbena. Los camiones estaban grises por el polvo de las carreteras, grises también los hombres sentados de cuatro en cuatro, con las gorras grises ladeadas y las manos extendidas sobre los pantalones de dril, muy formales. Los sacaban todas las noches de los caseríos perdidos, cuando volvían del campo; partían para su último viaje, con la camisa pegada a los hombros por el sudor, los brazos aún cargados del trabajo del día, dejando la sopa servida en la mesa y a una mujer que llega demasiado tarde a la entrada del jardín, sofocada, con un hatillo envuelto en el paño nuevo: ¡Adiós! ¡Recuerdos!

Se nos está poniendo sentimental, me dicen. ¡Dios me libre! Simplemente repito, nunca me cansaré de repetir que esas personas no habían matado ni herido a nadie. Eran campesinos semejantes a los que conocéis, o más bien a los que conocían vuestros padres, y a los que vuestros padres estrecharon la mano, porque se parecían mucho a aquellos insumisos de nuestros pueblos franceses adoctrinados por la propaganda de Gambetta, a aquellos viñadores del Var, a quienes Georges Clemenceau, el viejo cínico, llevaba antaño el mensaje de la Ciencia y el Progreso Humano. Pensad que acababan de tenerla, su república —¡Viva la República!—, que todavía, la noche del 18 de julio de 1936, era el régimen legal reconocido por todos, aclamado por los militares, aprobado por los farmacéuticos, médicos, maestros, en suma, por todos los intelectuales. «No hay duda de que eran buenas personas, en

efecto —replicarán seguramente los obispos españoles—, porque la mayoría de esos desdichados se convirtieron *in extremis*. Según nuestro Venerable Hermano de Mallorca, solo el diez por ciento de esos queridos hijos rechazaron los sacramentos antes de ser despachados por nuestros buenos militares». Es un porcentaje alto, lo reconozco, y dice mucho del celo de su Eminencia. ¡Que Dios se lo pague! No voy a juzgar, al menos por ahora, esta forma de apostolado. Pero suponiendo que se adopte próximamente a este lado de la frontera, reconoceréis que tengo derecho a preguntarme lo que podemos esperar los católicos franceses. Escribo estas últimas páginas en Toulon. Supongamos, por ejemplo, que al volver de Salamanca, adonde Charles Maurras no dejará de acudir un día de estos para saludar al generalísimo Franco, el autor de *Antinea* emprende la depuración preventiva de su ciudad natal. Dudo que el cura de Martigues pueda esperar unos resultados tan consoladores. De modo que probablemente convendrá ser más rigurosos.

No supondréis que crea a Maurras capaz ni mucho menos de exterminar a la población de Martigues. Seguirá repartiendo sus laboriosas jornadas entre la calle Vernueil, la imprenta del Croissant y —eso espero— la Academia, cuyas puertas acaban de abrirse a causa de sus clamorosos encarcelamientos. Y entre dos puertas del palacio Mazarino se le oír hablarle al duque de La Forcé, lamentablemente distraído por la corriente de aire, de una Francia no menos imaginaria y poética que la Provenza de Mistral y cuyo destino es acabar como ella, en un museo, un museo maurrasiano. A su pensamiento, más atormentado que violento —obsesionado continuamente por la objeción y, en su ansia violenta por alcanzarla, por dominarla, manipulado demasiadas veces por ella—, le hacía falta el estímulo de la soledad, en la que se habría fortalecido una voluntad patética que toda acción real podría aflojar, que todo contacto humano estorba, esa especie de obstinación misteriosa cuyo principio debería buscarse en lo más profundo del alma, en la parte reservada del alma adonde solo llega la mirada de Dios. Ninguno de los que antes le honraron dejará hoy de apenarse al oírle repetir los temas más manidos del Orden Moral, hablar el idioma del 16 de Mayo. Los grandes razonadores siempre han tenido la debilidad de creer en la opinión común y confiar en seducirla. Pero al final es ella la que los devora. Por lo demás, temo que Maurras, en el umbral de la vejez, se deje engañar por supuestas superioridades sociales cuya peor impostura es proclamarse solidarias de la antigua Francia, cuando solo son sus desechos, unos desechos que el vigoroso organismo de antes seguramente habría eliminado a su debido tiempo. Ojalá la Academia le depare al veterano de la controversia una jubilación decente, llena de sombra y de silencio, adornada con las pálidas flores de la retórica, aunque sinceramente habríamos preferido para él un humilde huerto de presbiterio provenzal. La admiración de los imbéciles no habrá contribuido a su gloria. Se ha disuelto en ella como una perla en el vinagre.

No lo encuentro nada extraño. Al fin y al cabo, cualquiera de nosotros tiene que hallar, tarde o temprano, los fermentos que vencerán su resistencia, y esos fermentos no son los mismos para todo el mundo. El autor de *Antinea* debe de tener más de setenta años, y a esa edad sabe Dios lo que quedará de mí, aunque todavía me tenga en pie, porque solo una mediocridad extrema nos permite durar tanto como nuestras vísceras, morir con nuestro último aliento. Muchas veces he pensado que el destino de un hombre público debe considerarse cerrado cuando ya parezca que se han fijado por adelantado las formalidades de sus exequias. Con perdón de Maurras, sabemos que las suyas serán una gran manifestación de unión nacional con los corifeos habituales —Jean Renaud, Doriot, Taittinger, Bailby, Chiappe, Tardieu y otros—. También se verán sombras: Jacques Piou, Déroulède, Clemenceau, qué sé yo... ¿Por qué no Ribot o Jonnart? Pero no estarán Drumont ni Péguy; ni yo.

... Ni yo, porque si estoy vivo, ese día mi sitio estará en alguna de las iglesias de París cuya gran sombra dulce vio surgir tantas veces, al despuntar el alba, con el ruido de los coches lecheros, el viejo hombre inflexible, terminado su trabajo y llevando en el bolsillo de su legendario gabán su periódico recién hecho, en el que mezclaba las más altas lecciones de la Historia con sus rencores literarios o domésticos. Si estoy muerto, espero ir a esperarle a la puerta que desconozco, aunque seguramente nos bastaría con extender la mano para rozar con los dedos su umbral tan cercano, su umbral sagrado. El cadáver del ilustre escritor, helado ya, recibirá más abajo los servicios de Borniol y los homenajes de otros veinte mil Bornioles políticos y patriotas, veinte mil Bornioles machos o hembras, con sus insignias, sus oriflamas, sus cánticos guerreros, veinte mil Bornioles que, de generación en generación, desde hace un siglo, llevan gravemente en la tierra, al son de «*La Marsellesa*», las esperanzas de la Patria.

... Pero qué Paz en las alturas...

III

No trataré de justificar con argumentos las páginas que siguen y menos aún el sentimiento que me mueve a escribirlas. Una vez más, pero esta vez más que nunca, hablaré en mi idioma, convencido de que solo lo entenderán quienes lo hablan conmigo, lo hablaban mucho antes de leerme, lo hablarán cuando yo ya no esté, mucho después de que se haya extinguido la frágil memoria de mí y de mis libros. Solo ellos me importan. No desprecio a los demás. Muy lejos de despreciarles, me gustaría entenderles mejor, porque entender ya es amar. Lo que separa a los seres, lo que les enemista, acaso no tenga ninguna realidad profunda. Las diferencias con que nuestra experiencia y nuestro juicio trabajan en vacío se disiparían como sueños si pudiéramos elevar sobre ellas una mirada lo bastante libre, porque nuestro peor infortunio es la pobre imagen de nosotros que damos a los demás, una imagen en la que un oído fino descubre zonas de un horrible silencio. No escribo estos nuevos capítulos de la *Grand Peur* por placer, ni siquiera por gusto, sino porque seguramente ha llegado el momento de escribirlos, porque no pretendo gobernar mi vida. Nadie, excepto los santos, ha gobernado nunca su vida. Todas las vidas están bajo el signo del deseo y el miedo, a menos que estén bajo el signo del amor. Pero el amor, ¿no es a la vez miedo y deseo? ¡Qué más da mi vida! Solo quiero que permanezca fiel hasta el fin al niño que fui. Sí, lo que tengo de honor y ese poco de valentía, lo tengo de ese ser, hoy misterioso para mí, que correteaba bajo la lluvia de septiembre por los prados empapados, con el corazón encogido por la próxima vuelta al colegio, los patios fúnebres donde pronto le recibiría el negro invierno, las clases malolientes, los comedores con olor a fritanga, las interminables y pomposas misas mayores, en las que la pequeña alma agobiada no podía compartir nada con Dios, como no fuera el hastío; del niño que fui y que ahora es para mí como un antepasado. Sin embargo, ¿por qué habría de cambiar? ¿Por qué iba a cambiar? Las horas están contadas, las vacaciones siempre se acaban y el porche negro que me espera es aún más negro que el otro. ¿Por qué iba a perder el tiempo con los hombres serios, «hombres dignos, honrados», como los llaman aquí en España? Hoy, no menos que ayer, su frivolidad me repugna. Solo que antes sentía esa repugnancia sin saber por qué. Además tenía miedo de convertirme en uno de ellos. «Cuando usted tenga mi edad...», decían. ¡Pues bien, ya la tengo! Puedo mirarles a la cara, seguro ya de librarme de ellos. Me río de su cordura, una cordura que se parece a su cara, generalmente marcada por una astucia austera, siempre desilusionada, siempre vana. Yo, desde luego, no esperaría ser infalible en mis juicios, si emitiera juicios, como hace Henri Massis. Ciertamente podría seguir el ejemplo de muchos y, como un viejo escribano experto, poner de relieve las simpatías y antipatías, las incomprensiones, los rencores y, temblando de odio, balbucear en nombre de la Razón supuestas sentencias inapelables. Tampoco

intentaré cautivar. Mucho menos escandalizar. Por lo demás, no tengo nada nuevo que decir. Seguramente las desgracias que anuncio no serán muy distintas de las que ya defraudaron nuestras esperanzas. No os impido darles la espalda. Cuando, con trece años, leía por primera vez *La Francia judía*, el libro de mi maestro —tan sabio y tan joven a la vez, de una juventud eterna, de una juventud religiosa, la única capaz de llegar al corazón de los niños— me descubrió la injusticia, en el sentido exacto de la palabra, no la Injusticia abstracta de los moralistas y los filósofos, sino la injusticia real y viva, con su mirada helada. Si yo hubiera sostenido solo esa mirada, probablemente mi destino habría sido como el de tantos otros que, a través de los siglos, se quebraron contra su pecho de bronce. Más tarde comprendí que los solitarios estaban destinados a ser las presas de ese Satán hembra, cuyo macho se llama Engaño. ¿Qué importan los demás? ¿Qué le importan a la Bestia, tan vieja como el tiempo, los débiles que traga, como hace la ballena con un banco de alevines de salmón? O bien la Injusticia no es más que el otro nombre de la Estupidez —no lo creo— porque siempre está tendiendo sus trampas, midiendo sus golpes, unas veces se arrastra y otras se levanta, adopta todos los rostros, incluso el de la caridad. O bien es lo que imagino, tiene en alguna parte de la Creación su voluntad, su conciencia, su monstruosa memoria. Si lo pensáis un poco veréis que no puede ser de otro modo, que estoy expresando en mi idioma una verdad fruto de la experiencia. ¿Alguien se atrevería a negar que el mal está organizado, que es un mundo más real del que nos muestran los sentidos, con sus paisajes lóbregos, su cielo pálido, su frío sol, sus crueles astros? Un reino a la vez espiritual y carnal, de una densidad prodigiosa, de un peso casi infinito, ante el cual los reinos de la tierra parecen figuras o símbolos. Un reino al que solo se le enfrenta, en realidad, el misterioso reino de Dios, que nombramos, ay, sin conocerlo realmente, sin concebirlo siquiera, y pese a todo esperamos su llegada. De modo que la Injusticia pertenece a nuestro mundo familiar, pero no por completo. Con la cara lívida y un rictus parecido al de la lujuria, marcada por la repelente abstracción de una avidez indecible, está entre nosotros, pero el corazón del monstruo late en algún lugar, fuera de nuestro mundo, con una lentitud solemne, y a ningún hombre le será dado jamás penetrar sus designios. Solo desea a los débiles para provocar astutamente a su verdadera presa. La verdadera presa de la Injusticia son precisamente quienes responden a su desafío, se enfrentan a ella, creen ingenuamente que pueden ir a su encuentro como David al de Goliat. Pero ella solo derriba, solo aplasta de un golpe con su peso a los miserables que desprecia. Con los demás, nacidos para odiarla, los únicos que despiertan su monstruosa avidez, es toda astucia. Resbala entre sus manos, se hace la muerta en el suelo y luego, enderezándose, les pica en el talón. A partir de entonces le pertenecen sin saberlo, llevan en las venas ese veneno helado. ¡Pobres diablos convencidos de que el reino de la Injusticia puede dividirse contra sí mismo, y oponen la injusticia a la injusticia! Doy gracias al buen Dios por haberme dado buenos maestros a la edad en que todavía se ama a los maestros. De no ser por ellos, a veces creo que la evidencia de la

estupidez y la crueldad me habrían reducido a polvo, como a muchos otros que sufrieron prematuramente el embate de la vida y ya solo tienen apariencia de hombres, se parecen a los hombres como la piedra conglomerada se parece a la piedra. Amé apasionadamente a mis maestros de juventud, demasiado como para no haber ido un poco más allá de sus libros, de sus ideas. Creo que he experimentado profundamente su destino. A la Injusticia no se la vence, no se la doblega. Todos los que lo intentaron cayeron en una injusticia mayor o murieron desesperados: Lutero y Lamennais están muertos, Proudhon está muerto. La agonía de Drumont, más resignado, acaso no fuera menos amarga. La de Charles Maurras puede ser más difícil todavía si la Providencia no depara al viejo escritor, entre la vejez y la muerte, una zona de serenidad, impenetrable para los imbéciles. Yo lo sé. Si vosotros también lo sabéis, no os culparé si dais la espalda a unas desgracias que os parecen inevitables. Pero me gustaría convencerlos de que les prestéis atención un momento, no para retrasar su desenlace, quizá irremediable, sino para que las veáis, siquiera una vez, con vuestros propios ojos. No son ni mucho menos como pensáis. No responden a la idea que os habéis hecho de ellas. Están hechas a vuestra medida, aunque no lo creáis. A la medida de vuestro miedo. Probablemente son ese mismo miedo, no creo estar hablando a la ligera, acabo de ver un desdichado país entregado a esa clase de demonio. Muy equivocados estaríais si os imaginárais ese demonio como un diablillo pálido, extenuado por un cólico. Vuestra imaginación confunde los primeros síntomas de la enfermedad con la enfermedad misma. El miedo, el auténtico miedo, es un delirio furioso. De todas las locuras que podemos cometer, es sin duda la más cruel. Nada iguala su impulso, nada puede resistir su embate. La ira, que se le parece, no es más que un estado pasajero, una brusca disipación de las fuerzas del alma. Además es ciega. El miedo, en cambio, cuando se supera la primera angustia, forma con el odio uno de los compuestos psicológicos más estables que existen. Me pregunto incluso si el odio y el miedo, especies tan próximas entre sí, no habrán llegado a la última fase de su evolución recíproca, si no se fundirán mañana en un sentimiento nuevo, desconocido aún, del que a veces creemos sorprender atisbos en una voz, en una mirada. ¿A qué vienen esas sonrisas? El instinto religioso, que permanece intacto en el corazón del hombre, y la Ciencia, que lo explota de forma insensata, hacen que lentamente surjan imágenes inmensas de las que se apoderan enseguida los pueblos con una avidez furiosa, y que son de las más pavorosas que el genio humano ha presentado nunca a sus sentidos, a sus nervios tan terriblemente afinados para los grandes acordes de la angustia.

* * *

Los mismos que pretenden resolver todos los problemas de la vida política o social con ejemplos tomados de la historia romana seguramente me responderán que el miedo es bien conocido por los psicólogos y no se puede decir nada nuevo sobre un

asunto tan manido. Yo soy de otra opinión, probablemente porque no tengo la misma idea de la humanidad que esos Doctores. Después de definir al hombre, hablan de la humanidad como lo liaría un naturalista de cualquier especie animal. Tampoco sé si el naturalista estaría en lo cierto, porque las especies animales parecen muy capaces de evolucionar. No se puede descartar, por ejemplo, que el sistema nervioso del hombre haya sufrido alteraciones profundas, aunque todavía difíciles de descubrir. El miedo a la Muerte es un sentimiento universal que se presenta de muchas formas, algunas de ellas seguramente fuera del alcance del lenguaje humano. Solo hubo un hombre que las conoció todas: Cristo en su agonía. ¿Estáis seguros de que aún no nos quedan por conocer las más refinadas? Pero no es este mi punto de vista. Una especie animal, mientras los siglos no modifiquen sus caracteres, nace, vive y muere con arreglo a su propia ley, y el papel que representa en el inmenso drama de la Creación es siempre el mismo, repetido indefinidamente. Nuestra especie, desde luego, tampoco se libra de esta monótona gravitación. Gira alrededor de un destino invariable como un planeta alrededor del sol. Pero como el planeta, es arrastrada con su sol hacia otro astro invisible. No es misteriosa por su destino, sino por su vocación. De modo que los historiadores no saben mucho de su verdadera historia. En su presencia son como el crítico de teatro delante del actor cuya vida íntima ignora por completo. A veinte años de distancia, la misma mujer representa Rosina, y sigue siendo la verdadera Rosina. Pero la adolescente se ha vuelto mujer.

Creo que este mundo se acabará un día. Creo que nuestra especie, a medida que se acerca a su fin, cobija en el fondo de su conciencia sentimientos que desconcertarían a los psicólogos, los moralistas y otros cagatintas. Según parece, el presentimiento de la muerte gobierna nuestra vida afectiva. ¿Qué será de ella cuando el presentimiento de la muerte dé paso al de la catástrofe que acabará con toda la especie? Evidentemente el antiguo vocabulario podrá servir. ¿Acaso no llamamos con la misma palabra, amor, el deseo que acerca las manos temblorosas de dos jóvenes amantes y ese abismo negro en el que se precipita Fedra con los brazos abiertos y un aullido de loba?

* * *

No presumo de haber descubierto formas nuevas de odio o de miedo durante los dos últimos años. Pero sí de haber estado en el lugar del mundo más favorable para ciertas observaciones muy valiosas, ya confirmadas por la experiencia. Por muy ingenuas que hayan sido siempre las personas de derechas, o muy fuerte el instinto que las lleva a escoger las causas o a los hombres destinados de antemano a la impopularidad, acaso convengan conmigo en que la guerra de España ha perdido el carácter de una explosión del sentimiento nacional o cristiano. La primavera pasada, cuando intentaba prepararlas para ciertos desengaños, se reían de mí. Hoy ya no se

trata de explosión, sino de incendio. Y un incendio que se prolonga más de dieciocho meses empieza a merecer el nombre de siniestro, ¿no os parece? Yo vi, viví en España el periodo prerrevolucionario. Lo viví con un puñado de jóvenes falangistas, honrados y valientes. Aunque no estaba del todo conforme con su programa, notaba que a ellos y a su jefe les embargaba un violento sentimiento de justicia social. Afirmo que su desprecio por el ejército republicano y sus estados mayores, traidores a su rey y a su juramento, no era menor que su justa desconfianza hacia un clero experto en chanchullos y apaños electorales con la pantalla de Acción Popular y por persona interpuesta, el incomparable Gil Robles. ¿Qué fue de estos muchachos?, os preguntaréis. Dios mío, os lo diré. La víspera del pronunciamiento no había más de quinientos en Mallorca. Dos meses después eran quince mil, gracias a un reclutamiento desvergonzado, organizado por militares interesados en destruir el Partido y su disciplina. Bajo la dirección de un aventurero italiano llamado Rossi, la Falange se había convertido en una policía auxiliar del Ejército a la que se encomendaba sistemáticamente el trabajo sucio, en espera de que sus jefes fueran ejecutados o encarcelados por la dictadura y sus mejores elementos despojados de sus uniformes e incorporados a la tropa. Pero, como dice Kipling, esa es otra historia. Allí donde el general del episcopado español pone el pie, la mandíbula de una calavera se cierra sobre su talón y tiene que sacudir la bota para soltarse. ¡Buena suerte, señorías!

* * *

Podéis pensar lo que queráis del general Franco. Pero os aseguro que no habría encontrado a veinticinco españoles que le siguieran si hubiera cometido la imprudencia de dar a entender que el pronunciamiento, presentado por él como una operación de limpieza, duraría más de tres semanas. Napoleón III era, sin duda, un señor muy distinto del general episcopal. No obstante, si la noche del 1 de diciembre hubiera podido prever que dos años después aún estaría, con un ejército de italianos, alemanes y árabes piojosos en los altos de Montmartre, bombardeando Notre Dame, lo que hubiera en sus venas de sangre real se le habría subido a la garganta y le habría ordenado al futuro mariscal Saint-Arnaud que echara a puntapiés en el trasero al obispo que fuera tan repugnante como para darle garantías con sus oraciones, suponiendo que el episcopado francés hubiera contado alguna vez entre sus filas con semejante sinvergüenza. Imaginad que nuestros católicos se hubieran tomado en serio, en 1936, las frases sobre la explosión del sentimiento católico en la católica España: todavía estaríamos en los comienzos de nuestra Guerra Santa. Más desprovistos que nuestros vecinos de tropas extranjeras, deberíamos prepararnos, detrás del generalísimo Moreau de la Meuse, para una nueva guerra de los Cien Años.

No me ofendan suponiéndome más sensible que los demás. Les aseguro a esas señoras que la visión de la sangre no me excita, no me produce horror ni placer, ni siquiera simple curiosidad, pero seguramente es porque no tengo, como ellas, un órgano capaz de transmitir a la corteza cerebral esa clase de pruritos. La discreta reserva fisiológica que acaban de leer no debe interpretarse como una confesión de debilidad, o bien es una debilidad común a todos los individuos de mi sexo. He visto morir a muchos. Es posible que tuviera un sitio reservado en las modestas fosas de la última guerra, al lado de mis compañeros. Pero veo abrirse, sin ningún vértigo, las inmensas fosas del mañana. Hace mucho que los revolucionarios, verdaderos o falsos, abusan de la mística terrorista. El terrorismo no es privativo de los revolucionarios, aunque alardeen de él. En realidad, la Historia demuestra que el sistema le sirve a todo el mundo, y el Terror de los Reyes Católicos en Flandes era un terror en toda regla.

* * *

Estaréis de acuerdo conmigo en que, si yo fuera propenso a ataques de nervios, al oír los primeros tiros me habría marchado de Mallorca con mi mujer y los chicos. Vuelvo a ver... vuelvo a ver esa mañana deslumbrante de domingo. Llevábamos semanas esperando, sin creerlo, el golpe de mano anunciado por Primo de Rivera. ¿Qué cabía esperar de los militares? El ejército español, principal autor y beneficiario único del tremendo desbarajuste marroquí, rigurosamente expurgado de sus elementos reaccionarios, gobernado por logias masónicas de oficiales contra las que ya se había quebrado la voluntad del primer Primo, era además violentamente anticlerical. (Lo sigue siendo, como casi toda la población masculina de España y se verá, seguramente, en un futuro próximo). Todavía hoy pienso con amargura que con un poco menos de respeto por las vidas humanas, por las vidas españolas (respeto tradicional en los Borbones), Alfonso XIII habría ahorrado a su país un calvario atroz aunque solo fuera llevando al paredón al general Sanjurjo que, contra todo pronóstico, le negó el apoyo de la Guardia Civil, dando una puñalada por la espalda a la Monarquía. Nada me impedirá tampoco lamentar que no se tomara una medida semejante con el aviador comunista Franco, cuya propaganda había desmoralizado a un cuerpo considerado hasta entonces fiel, y que, disfrazado de fascista, ayer todavía comandaba la base aérea de Palma.

* * *

No esperábamos nada de los militares ni menos aún de los clericales. Hasta el último día, la Acción Popular, que agrupaba a la mayor parte de los viejos partidos

moderados, se mostró ferozmente demócrata, apasionadamente parlamentaria. Su aversión a la Monarquía no era menor que la que sentía por la Falange, la cual, por su parte, le negaba sus votos. Para hacernos una idea de su doctrina, imaginemos que podría haber sido el resultado de los desvelos laboriosos de Louis Marín y Marc Sangnier trabajando juntos bajo el control de los reverendos padres de *Études*. A la menor sospecha de ilegalidad estos señores desaparecían por una trampilla, de donde les sacaban bañados en lágrimas. Las dictaduras, entonces, les daban muchos reparos. Para ellos Hitler era el Anticristo, y las hermanitas del Sagrado Corazón de Palma hacían rezar todas las noches a sus alumnas por el Negus. El «por todos los medios» de Charles Maurras, fórmula cuyo carácter inofensivo han demostrado sobradamente treinta y dos años de experiencia, se citaba con espanto. El famoso jesuita Leburu criticaba a los monárquicos y los aristócratas ante públicos numerosos, y los obreros de la CNT no le ahorran aplausos. Admitiréis, entre paréntesis, que este detalle no es muy tranquilizador para los jóvenes comunistas franceses que los chicos de la JOC arrastran consigo a los sermones. ¿Qué plazo han fijado en secreto los estados mayores democristianos para convertir a estos desdichados, so pena de ser ejecutados con una bala en la cabeza por los piadosos militares de la próxima Cruzada?

* * *

Hago esta pregunta sin reírme. No hay motivo para reírse. Me gustaría tener ante mí a uno de esos inocentes Maquiavelos con sotana y pinta de creer que a un gran pueblo se le maneja como a una clase de sexto, a uno de esos que, ante la catástrofe, ponen cara de dignidad ofendida, como un maestro ante sus alumnos revoltosos. ¡No gastaríamos demasiada elocuencia con él! Sencillamente le diría:

—¿Es cierto que un gran partido demócrata, social y parlamentario, agrupaba a la inmensa mayoría, a casi todos los electores y electoras católicos de España, sí o no?

—Sin duda.

—¿Lo aprobaba la Acción Católica, proporcionándole dirigentes?

—No podemos negarlo.

—¿Alguno de sus oradores o de los militantes de esa cruzada pacífica aludió públicamente, a lo largo de estos años, a la dolorosa necesidad de emplear la violencia si se producía un revés electoral?

—No lo creemos.

—¿Acaso no condenaban solemnemente la violencia en nombre de la política, la moral o la religión?

—Por supuesto.

—Uno de los teólogos que hoy justifican la guerra civil con argumentos tomados de santo Tomás de Aquino, ¿habría estado de acuerdo con esgrimirlos entonces, siquiera como simple hipótesis?

—No osaríamos afirmarlo.

—¿Le habrías dado vuestra aprobación si, ocho días antes de la última consulta electoral, declaraba que en caso de derrota los devotos y las devotas de Acción Católica deberían recurrir a esos métodos con la bendición del episcopado?

—Nos tomas por imbéciles.

—No, ni siquiera por picaros. Porque a fin de cuentas, ¿no disponíais de poderes suficientes en los años anteriores a estos acontecimientos lamentables? ¿Acaso el presidente de la república no era uno de los vuestros? Asimismo, el presidente del gobierno, Lerroux, que acababa de perder en el escándalo de los juegos de azar la escasa provisión de honor que tenían él y su familia, había brindado a Gil Robles los restos, algo gangrenados, del antiguo Partido Radical. ¡Oh, vosotros nunca os negáis a recibir al hijo pródigo, siempre que sea él mismo quién aporte el ternero, eso hay que reconocerlo! En una palabra, erais dueños de la situación, permíteme que te diga que hasta marzo de 1936 erais dueños de la situación. Pues bien: varias semanas después de la caída de vuestro gobierno tutelar las cosas estaban tan mal que el único recurso era la cirugía. ¿No te parece extraño? ¿Gobernabais o no?

—Contemporizábamos.

—Era lo único que podíais hacer, inocentes Maquiavelos. Después de contribuir a la caída de la primera dictadura y luego de la monarquía, intentabais una vez más reagrupar vuestras tropas, estabais en celo, en pleno celo democrático, toda el agua de ese desdichado país, por lo demás escasa, no habría bastado para apagaros. Si alguien lo pone en duda no necesita aprender español, le bastará con releer en francés el número de *Études*, por ejemplo, en el que los juiciosos jesuitas de la calle Monsieur saludaban la llegada de la nueva república. Estabais presos de esa demagogia. Lamentablemente, vuestra idea de la política siempre ha sido laboriosamente sentimental. Os gustaba el poder, pero no queríais correr sus riesgos. Vamos a ver: ¿habíais previsto la guerra civil, sí o no? Si no la habíais previsto es que erais imbéciles; si la habíais previsto, ¿por qué no mostrasteis vuestra fuerza, según la frase célebre, para no tener que utilizarla? Repito que Gil Robles era ministro de la Guerra. Si entonces le hubiera preguntado, no cabe duda de que, tras pedir consejo al piadoso cardenal Gomá, me habría contestado con la mano en el corazón: «¿Por quién me ha tomado? No me apartaré de la legalidad». A lo que el piadoso cardenal seguramente habría añadido: «Cuando la legalidad sea militar, bendeciremos la legalidad militar».

* * *

Así que bendecís. Entonces habrá que escoger entre gobernar y bendecir. Las democracias no os dan suerte. Sin embargo, ninguno de vosotros ignora que el juego natural de la democracia coloca alternativamente en el poder al más fuerte y al más astuto. Si tuvierais sentido de la ironía —es decir, un poco menos de orgullo— os reiríais de vosotros mismos al veros presidir, con caras beatíficas de circunstancias, un juego tan brutal como el póquer de ases. Tan brutal, que vuestra afectación no

puede seguir su ritmo feroz. Mientras con sonrisa insinuante masculáis los textos que consagran la indiscutible superioridad del más fuerte, el más astuto ha tomado ya el poder, y basta una significativa mirada suya para que corráis apresuradamente a la biblioteca dispuestos a arrancar una apología de la astucia a esos mismos textos, que luego entregaréis solemnemente al más fuerte, quien durante vuestra ausencia ha vuelto a ser legítimo. ¿Por qué demonios —¡sí, por qué demonios!— empeñarse en que el alcalde o el cura regularicen amaños de una noche o incluso de una hora? Creo haber inventado, hace poco, una verdadera constitución democrática que ahorrará esfuerzos y tiempo a los casuistas. Gracias al desarrollo de la maquinaria y a la semana de seis horas, los ciudadanos cambiarían de autócrata los sábados por la tarde. Los teólogos redactarían sus conclusiones esa misma noche, de modo que en la misa mayor parroquial los militares y los funcionarios podrían jurar sobre los Santos Evangelios fidelidad eterna al soberano semanal, con la conciencia tranquila. Queda por solucionar, ciertamente, la cuestión de la bandera. Para ahorrar gastos y reemplazar fácilmente esos emblemas sagrados, propongo que se use el papel de arroz con que los chinos hacen los pañuelos.

Por los mismos motivos, creo que es mejor no exigir a los mismos expertos una definición de la Guerra Santa. La Universidad de París ya había discutido el asunto con Juana de Arco, y aquellos doctores, pese a su condición misericordiosa, optaron sin vacilar por los grandes remedios. Como no podían condenar a la hoguera los escritos de la pastorcilla —que además no sabía escribir—, acabaron quemándola a ella misma; exactamente, al fin y al cabo, como queman las iglesias los extremistas españoles. Piedad para los incendiarios.

Recuerdo aquella luminosa mañana de domingo. El mar, el dulce mar palmesano, estaba como un plato. El camino que sale de Porto Pi y desemboca en la carretera aún estaba envuelto en sombras azules. Como en el penúltimo capítulo del *Diario de un cura rural*, la gran moto roja rutilante rugía como una avioneta bajo mi cuerpo. La detuve a los dos kilómetros, delante de un surtidor de gasolina. El cierre metálico del garaje estaba medio echado.

—¿No pensará ir a la ciudad esta mañana? —me preguntó el dueño.

—Pues sí, voy a Santa Eulalia, a misa de siete.

—Vuelva a casa —me dijo—, allá están combatiendo.

Solo entonces me di cuenta de que la carretera estaba vacía. También lo estaba la calle Catorce de Abril. Por debajo del Terreno, esa calle tuerce bruscamente y te deja a la entrada del interminable muelle reservado a los pesqueros, a lo largo de la vieja muralla que vio ondear las banderas sarracenas.

—¡Alto!

Todavía estoy oyendo el chirrido creciente de mis frenos en el silencio solemne. Cinco o seis hombres, armados con fusiles y empapados en sudor, me rodearon.

—No hagamos tonterías —les digo en mi cómico español—, soy el papá de Ifí.

—¡Apártese, señor, no se quede en el campo de tiro!, —gritaba desde lejos un teniente de la Falange.

Sus hombres ocupaban la parte baja de la calle, desafilados tras los árboles... ¿El campo de tiro? ¿Qué campo de tiro?... Al fondo, muy al fondo del enorme muelle desmesuradamente vacío, a una distancia que nunca me había parecido tan enorme (ni me lo ha parecido después), se veía, abierto como unas fauces, el portón del cuartel de caballería.

—¡Pobre amigo mío!, —le dije al teniente—. No podrá resistir a la tropa con lo que tiene ahí.

(El ejército republicano, lo reconozco, no me inspiraba ninguna confianza. Temía que cometiese un nuevo perjurio).

—Los soldados están con nosotros —dijo el teniente.

* * *

Si algo he sacado en claro de mis experiencias en España, es que creo haberlas abordado sin prejuicios de ningún tipo. Aunque no soy demasiado sutil, en el sentido que le dan a esta palabra los canónigos diplomáticos, tampoco soy candoroso. Por ejemplo, nunca se me ocurrió considerar «leales» a los republicanos españoles. Su lealtad, lo mismo que la de sus adversarios, era sin duda condicional. En materia de lealtad, como diría Céline, son tal para cual. Sus componendas políticas me tienen sin cuidado. El mundo necesita honor. Honor es lo que falta en el mundo. El mundo ha perdido su amor propio. Pues bien, ningún hombre sensato tendrá la peregrina ocurrencia de aprender las leyes del honor con Nicolás Maquiavelo o Lenin. Igual de necio es preguntárselas a los casuistas. El honor es un absoluto. ¿Qué tendrá que ver con los doctores de lo relativo?

Los republicanos españoles no tuvieron el menor escrúpulo en utilizar a los generales felones contra la monarquía. Si esos felones, a su vez, les traicionan, no hay motivo para rasgarse las vestiduras. De modo que en principio no tenía nada que objetar a un golpe de estado falangista o requeté. Creía y aún creo saber cuál es la parte legítima, la parte ejemplar de la revolución fascista, hitleriana o incluso estaliniana. Hitler, Stalin y Mussolini se dieron perfecta cuenta de que solo la dictadura podría vencer la avaricia de las clases burguesas, una avaricia que además ya no tiene sentido, porque esos infelices se agarran a unos privilegios desprovistos de meollo nutritivo y corren peligro de morir de hambre junto a un hueso tan sustancial como una bola de marfil. No es el uso de la fuerza lo que me parece censurable, sino su mística: la religión de la fuerza puesta al servicio de un estado totalitario, de la dictadura de la Salvación Pública considerada no como un medio, sino como un fin.

Es cierto que mis ilusiones sobre la gesta del general Franco no duraron mucho:

unas semanas. Mientras duraron, hice sinceros esfuerzos por vencer la repugnancia que me inspiraban algunos hombres y algunas consignas. Confieso que la llegada de los primeros aviadores italianos no me disgustó. Cuando, avisado por un fiel amigo romano del peligro que corría mi familia y en especial mi hijo si se producía un avance repentino de los milicianos catalanes desembarcados en Porto Cristo, el cónsul de Italia vino a informarme amablemente de la buena disposición de su gobierno, se lo agradecí calurosamente, aunque llegaba demasiado tarde y yo estaba decidido a no pedir ni recibir ningún favor. En una palabra, estaba dispuesto a afrontar cualquier violencia. Sé lo que es la violencia de los violentos. Puede sublevar a quien la observa a sangre fría, pero no le revuelve el estómago. Sabía muy bien de lo que serían capaces los jóvenes con quienes tenía amistad si se enfrentaban a unos adversarios combativos. Pero ante ellos solo había una población aterrorizada. La población mallorquina siempre se caracterizó por su indiferencia política. En tiempos de carlistas y cristinos, George Sand nos cuenta que aquí acogían con la misma indiferencia a los fugitivos de los dos bandos. Por lo demás, a esta circunstancia se debe que la pareja vagabunda no hallara asilo en Palma. La sublevación de 1934 en Cataluña, pese a su cercanía, no tuvo aquí ninguna repercusión. Según el jefe de la Falange, en la isla no habría ni cien comunistas realmente peligrosos. ¿Dónde los iba a reclutar el partido? Es un país de pequeños hortelanos, de aceitunas, almendras y naranjas, sin industria, sin fábricas. Mi hijo se pasó un año recorriéndolo en reuniones de propaganda sin que ni él ni sus camaradas tuvieran ningún enfrentamiento serio con sus adversarios, más allá de algunos puñetazos. Afirmino, afirmino sobre el honor que en los meses anteriores a la guerra santa no se cometió en la isla ningún atentado contra las personas ni contra los bienes. «En España se mataba», me diréis. Ciento treinta y cinco asesinatos políticos entre marzo y julio de 1936. Sea. Por eso el terror de derechas pudo tener un carácter de venganza, quizá feroz, ciega y ampliada a los inocentes, contra los criminales y sus cómplices. En Mallorca, como no hubo actos criminales, solo pudo ser una depuración selectiva, un exterminio sistemático de sospechosos. La mayoría de las condenas legales impuestas por los tribunales militares mallorquines —luego hablaré de las ejecuciones sumarias, mucho más numerosas— solo sancionaron el crimen de «desafección al movimiento salvador», expresada con palabras o incluso con gestos. Una familia de cuatro personas, de excelente burguesía, el padre, la madre y sus dos hijos de dieciséis y diecinueve años, fue condenada a muerte por el testimonio de una serie de personas que aseguraban haberles visto aplaudir, en su jardín, al paso de unos aviones catalanes. La intervención del cónsul estadounidense salvó la vida a la mujer, que era de origen puertorriqueño. Me diréis, quizá, que en los sumarios de Fouquier-Tinville hay muchos ejemplos de este concepto de justicia revolucionaria. Precisamente por eso el nombre de Fouquier-Tinville es uno de los más repugnantes de la historia.

* * *

Es posible que esta última observación exaspere a muchas personas decentes que no se descubren en el espejo ningún parecido con Fouquier-Tinville. Les aconsejo que desconfíen. Nunca desconfiamos lo bastante de nosotros mismos. ¿Acaso no bastan a veces veinte días de juerga inocente en Montmartre para resucitar, en un respetable cincuentón que vive apaciblemente de sus rentas en Quimper o Landerneau, al adolescente vicioso que había quedado relegado en el olvido, que creía muerto? ¡Vaya!, así que os parece verosímil la humanidad burguesa de las novelas de François Mauriac, ¿y dudáis de que el olor de la sangre alguna vez pueda subírseles a la cabeza a esas personas? Sin embargo, he visto cosas raras. Una joven de treinta y cinco años, de la especie inofensiva que allí llaman «beata», que vive apaciblemente con su familia después de un noviciado interrumpido y dedica a los pobres el tiempo que no pasa en la iglesia, de repente siente un terror nervioso incomprensible, habla de posibles represalias y no quiere salir sola. Una amiga muy querida, cuyo nombre no puedo desvelar, se apiada de ella y, para tranquilizarla, la aloja en su casa. Poco después la devota decide volver con su familia. La mañana del día señalado para su partida, su caritativa anfitriona la interroga cariñosamente:

—Venga, hija mía, ¿de qué puedes tener miedo? Eres una ovejita de Dios, ¿quién iba a desear la muerte de una persona tan perfectamente inofensiva como tú?

—¿Inofensiva? Usted no sabe nada. Cree que soy incapaz de hacer un favor a la religión. Todos piensan lo mismo que usted, nadie desconfía de mí. Pues bien, puede usted informarse. He mandado a ocho hombres al paredón, señora...

Sí, ya lo creo, he tenido ocasión de ver cosas curiosas, raras. Conozco en Palma a un muchacho de buena familia, el más sencillo, el más afable, el más cordial, al que antes todos querían. Su manita de aristócrata, delicadamente rolliza, guarda en la palma el secreto de la muerte de cien hombres, quizá... Un día una visitante entra en el salón de este caballero y ve en la mesa una rosa magnífica.

—¿Te gusta esa rosa, querida amiga?

—Ya lo creo.

—Más te gustaría si supieras de dónde procede.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—La he cogido en la celda de la señora M... a la que hemos ejecutado esta mañana.

* * *

¡Oh, claro! Paul Claudel, por ejemplo, diría que no conviene revelar estas verdades, que podrían ser perjudiciales para las personas honradas. Yo creo que el mayor favor que se les puede hacer es, justamente, prevenirles contra los imbéciles o los canallas que hoy en día explotan con cinismo el gran miedo, el Gran Miedo de los Bien Pensantes. Esos pequeños miserables, que vemos brotar como hongos sobre la

desesperación de las clases dirigentes claudicantes, una proliferación que ha puesto en evidencia el abyecto y ridículo asunto del CSAR, se cuchichean unos a otros la consigna de la próxima carnicería: «Fuera escrúpulos. ¡Salvemos el pellejo!». Las clases dirigentes han cometido ya muchas injusticias. Me gustaría que lo reconociesen antes de dejarse arrastrar por unos aventureros a una refriega en la que tienen muy pocas posibilidades de salvar el pellejo y las riquezas, pero con toda seguridad perderán el honor. ¿Mi franqueza les compromete? Lo admito. Pero nunca les comprometerá tanto como lo han hecho ellas mismas al declararse ciegamente solidarias de una represión equívoca, de la que cabe decir, como mínimo, que no sabemos a quién beneficiará, en España o en el extranjero.

En realidad me gustaría que tuviesen razón, que, incapaces de correr la gran aventura detrás de un Mussolini o un Hitler, y al no poder contar más que con unos politiquillos mediocres o unos descerebrados sin vergüenza, hubiesen decidido arreglárselas solas con un coste mínimo y reunir un fondo para comprar a varios generales en apuros y encargarles la depuración de mi país, probablemente demasiado rico en hombres; ¿no deberían ocultar sus planes? «¡Pero si nunca han hecho esos planes!». Supongamos que no. Entonces han conseguido que todos crean exactamente lo contrario. Incluso han gastado para ello mucho dinero. Me estoy imaginando el diálogo entre algún solemne imbécil, representante de las clases dirigentes claudicantes, y los directores de periódicos de derechas convocados en su despacho:

—¡Señores, no se nos comprende! La prensa de izquierdas ha lanzado una campaña de calumnias contra nosotros. Nos acusan de estar dispuestos a defender nuestros privilegios con la violencia, a nosotros, que siempre nos hemos declarado partidarios de la unión de las clases sociales bajo el respeto escrupuloso a la Ley. A nosotros, educados en la religión del sufragio universal, las huestes de Moscú nos acusan de pactar con la dictadura. Fanáticos de la libertad de conciencia, pretenden acusarnos de querer resucitar la Inquisición. Fieles lectores de Eugène Sue, dicen que tenemos envenenadores a sueldo, como los jesuitas que denuncia el gran escritor. Excombatientes y patriotas, que somos capaces de quebrantar la fraternidad de las trincheras. ¡Qué digo, señores! ¡Nacionalistas, o mejor dicho nacionales, nacionales como el palacio de Versalles o la Legión de Honor, que pactamos con el extranjero, nos armamos a su costa y estamos dispuestos a luchar a su lado contra nuestros hermanos! Unos miserables incluso propagan la especie de que no vacilaríamos en hacer que los andrajosos de Abd el-Krim fusilaran a los obreros franceses. Señores, ha llegado el momento de reaccionar. En nombre de las clases dirigentes claudicantes, a las que tengo el honor de representar, empezad inmediatamente una sonora campaña a favor del general Franco, que hace exactamente lo que dicen que queremos hacer nosotros. Una espada de honor para ese militar estaría bien. Los monárquicos nos han prometido la de Enrique IV, pero ese monarca, pacificador de los franceses, no nos comprometería lo suficiente. Sabemos, por otro lado, que la

policía española y la italiana están montando una pequeña y linda empresa de provocación llamada CSAR. Cuando esas policías quemen a sus agentes, lo que por supuesto no tardará en ocurrir, ¡cuidado! ¡No cometáis la torpeza de sacarnos del apuro! Afirmad cada mañana que la Cagoule no existe: nadie tendrá ya dudas de que son de los nuestros. Nuestras clases dirigentes claudicantes no pueden perder una ocasión tan buena de batir el récord de impopularidad. Por añadidura, una carta colectiva del episcopado francés a favor del CSAR, calcada de la de los obispos españoles, tampoco vendría nada mal. En fin, señores, ánimo, pónganse manos a la obra y por una vez no discutiremos el precio.

* * *

Las derechas españolas no fueron tan estúpidas, es justo reconocerlo. Me diréis que no tuvieron tiempo de reflexionar. ¿Acaso me tomáis por imbécil? Entre las elecciones de marzo y el pronunciamiento del 19 de julio pasaron tres meses y medio. Hasta un niño comprendería que doce tristes semanas no habrían bastado para organizar una sublevación de la Guardia Civil y el ejército. A menos que penséis que el general Franco se limitó a avisar a sus cómplices por telegrama: «Mañana me sublevo. ¿Qué decide usted?». Un telegrama sin cifrar, por supuesto, con respuesta pagada. ¡Seguro que a Hitler y Mussolini les avisó por teléfono desde las Canarias, el día del asesinato de Calvo Sotelo! También me gustaría creer que hasta el último momento al episcopado lo habían mantenido en la ignorancia de lo que preparaban tantos personajes que le eran familiares, y que al parecer no tenían mucha confianza en la discreción de Sus Ilustrísimas. Por otro lado, ¿por qué iban a defenderse de haber contribuido desde el principio, con su aliento y sus oraciones, a una guerra santa, «nuestra santa guerra»? ¿Qué tenía de malo?

No, las derechas españolas no fueron tan estúpidas. Hasta el último momento se declararon contrarias a toda clase de violencia. La Falange, convicta de purgar a sus adversarios con aceite de ricino, todavía el 19 de julio de 1936 estaba tan mal vista que cuando la misma mañana del golpe de estado mataron casi delante de mí a un joven falangista de diecisiete años apellidado Barbará, el personaje al que las conveniencias me obligan a llamar Su Ilustrísima, el obispo de Mallorca, después de pensarse mucho si este violento merecía exequias religiosas —el que a hierro mata a hierro muere—, se conformó con prohibir que sus sacerdotes se presentaran en el oficio con sobrepelliz. Seis semanas después, cuando llevaba a mi hijo en moto a los puestos avanzados, me encontré al hermano del muerto tendido en la carretera de Porto Cristo, ya frío, bajo un sudario de moscas. La antevíspera los italianos habían sacado de la cama en medio de la noche a doscientos vecinos de este pueblo cercano a Manacor, considerados sospechosos, les habían llevado por hornadas al cementerio, les habían ejecutado con un tiro en la cabeza y habían quemado los montones de cadáveres cerca de allí. El personaje a quien las conveniencias me obligan a llamar

obispo-arzobispo había mandado al lugar a uno de sus curas que, chapoteando entre la sangre, impartía absoluciones entre descarga y descarga. No me extendo más sobre esta función religiosa y militar para no herir, en lo posible, la susceptibilidad de los heroicos contrarrevolucionarios franceses, sin duda hermanos de los que vimos, mi mujer y yo, huir de la isla a la primera amenaza de una hipotética invasión, como cobardes. Me limito a observar que esta matanza de miserables indefensos no arrancó ni una palabra de condena, ni siquiera la más inofensiva reserva de las autoridades eclesiásticas, que se conformaron con organizar procesiones de acción de gracias. Como podéis suponer, a esas alturas cualquier alusión al aceite de ricino se habría considerado inoportuna. Al segundo Barbará le hicieron exequias solemnes, el ayuntamiento decidió dar el nombre de los hermanos a una de sus calles y la nueva placa fue inaugurada y bendecida por el personaje a quien las conveniencias me siguen obligando a llamar Su Ilustrísima el obispo-arzobispo de Palma.

* * *

Seguro que estas verdades escandalizarán a un reducido número de almas sinceras. Pero las desgracias que anuncio les escandalizarán cien veces más. La Cruzada dura ya dos años, de modo que no me pueden acusar de apresuramiento cuando pinto su verdadero rostro, el que he visto yo, no otro. ¿No serán los apologistas quienes se han apresurado un poco? ¿El mero hecho de su prolongación no demuestra que desconocían su verdadero carácter? Hace quince meses, de creer a un pobre destajista del periodismo como, por ejemplo, Héricourt, los aviones de Pierre Cot se bastaban para detener el exterminio fulminante de un puñado de saqueadores de iglesias que por su parte, a la primera ráfaga de ametralladora, huían como conejos. ¿Por qué el esfuerzo combinado de Alemania e Italia no ha cosechado aún la victoria decisiva que Queipo de Llano anuncia todas las tardes en su charla?

—Es que España estaba más gangrenada de lo que pensábamos.

—Sea. Pero ¿no es la misma España que en 1934 dio a vuestra CEDA católica la mayoría en las Cortes? ¿Así que en vez de avanzar, retrocedéis?

—Nos lo temíamos.

—Entonces vuestros métodos no valen mucho.

De ser cierto que una operación tan sangrienta no ha dado a este desdichado país ni un solo cristiano más, ¿no tendré razón al preveniros contra los escritores italianos en lengua francesa que nos incitan a lanzarnos, también nosotros, a una cruzada en pos de unos jefes que se parecen como hermanos a los iniciadores del Movimiento? Pero no se trata de un cristiano más o menos. Temo algo mucho peor para la Iglesia. El episcopado español, evidentemente, creyó que tenía la sartén por el mango tras la toma de Bilbao. ¿Se equivocó, sí o no? Si Sus Ilustrísimas me hubieran preguntado en ese momento, les habría contestado: «Desconfiad. Ya tendrán tiempo. Ya tendrán tiempo de adherirse. Antes los eclesiásticos temían comprometerse con las

monarquías frente a las poderosas repúblicas. Hoy son las democracias las que pueden comprometerles frente a las dictaduras. En realidad los reyes no se mostraron muy rencorosos. Me pregunto si las democracias serán tan buenecitas. Los pueblos no comprenden la ironía».

* * *

El terror revolucionario en España no plantea ningún problema nuevo. Es evidente que en Cataluña, por ejemplo, la sublevación de la policía y el ejército dio paso a los asesinos. Imaginad que el gobernador militar de París encabeza un movimiento insurreccional. Si Chautemps, para defenderse, cometiera la imprudencia de armar a los hombres de la calle, ¿de qué fuerzas regulares dispondría, una vez reprimida la sedición, contra esos peligrosos colaboradores? La chusma es lo que es. La conocemos desde hace mucho. «Se trata de vencerla». Sin duda alguna, pero no podéis reprimirla a placer. Porque representáis el Orden y el Estado. ¡Qué le vamos a hacer! Ni el Orden ni el Estado os pertenecen. Son el legado de quienes ya no están, el patrimonio de quienes todavía no están. No vivís en vuestra casa sino en la casa común, bendecida por Cristo. Si la demoléis so pretexto de enterrar en los escombros a los que la saquean, ¿dónde dormirán vuestros hijos? Me temo que estas consideraciones os parecerán inspiradas por un idealismo insensato. Peor para vosotros. Deberían resultarles familiares a los monárquicos franceses si no se hubieran convertido en intelectuales mediocres, en filosofadores pelmazos. ¡Peor para ellos! El respeto de nuestros príncipes al viejo patrimonio de sus antepasados, su timidez a la hora de defenderlo contra su pueblo, esa mirada del día de la abdicación, esa mirada amorosa y calculadora, esa mirada del propietario legítimo posada en el último momento sobre tantas cosas preciosas, frágiles, que prefiere abandonar antes que abocarlas a la destrucción: fue en Mallorca donde, de pronto, comprendí su sentido. «¡Nosotros no somos tan tontos!», pensarán los mequetrefes realistas de la nueva generación maurrasiana.

* * *

A quienes me reprochan mis críticas a los eclesiásticos que han pagado ya con tanta sangre sus errores y pecados, podría responderles que es difícil prevenirles de otra manera contra esos errores y pecados. Hoy es fácil afirmar que la Santa Inquisición no era más que una organización política al servicio de los reyes de España, pero hasta el más descarado bien pensante admitirá conmigo que sus contemporáneos no lo sospecharon. Si en el siglo XVI yo hubiera defendido esa tesis en la ilustre Universidad de Salamanca, por ejemplo, habrían considerado que mis ideas eran peligrosas y quizá me habrían quemado en la hoguera. Supongamos que la Cruzada

acaba mal. En una futura historia de la Iglesia leeréis que la carta colectiva del episcopado español no fue más que un exceso de celo de Sus Ilustrísimas, una torpeza lamentable, que no afecta en absoluto a los principios. Por escribir lo mismo ahora voy a concitarme la desaprobación de Paul Claudel. Pues bien, estoy harto de esas tonterías. ¿Quién sabe? A lo mejor el autor de la futura historia de la Iglesia utilizará algún día estas modestas páginas para respaldar su argumentación, para demostrar que la opinión católica unánime no estaba con ellos.

* * *

¿Queréis que os sea sincero? El Terror me parece inseparable de las revoluciones de desorden, porque de todas las fuerzas de destrucción el Terror es la que va más lejos, la que hiere más hondo, la que alcanza la raíz del alma. Cuando veo que vertéis ese ácido en un miembro de la cristiandad, aunque esté gangrenado, me siento con derecho a deciros que la vais a quemar entera, la vais a quemar hasta la última fibra, hasta el germen. Os aseguro que yo tampoco estoy por encima de las pasiones. Las provocho lo menos posible, por miedo a que me devoren. Pero las llamo por su nombre, las nombro. Comprendo muy bien que el espíritu del Miedo y el de la Venganza —aunque la segunda ¿no es acaso la última manifestación del Miedo?— inspiran la contrarrevolución española. No me sorprende en absoluto que ese espíritu la haya inspirado. El problema es que la siga sustentando. Por lo tanto escribo, en lenguaje claro, que el Terror habría agotado su fuerza hace mucho si la complicidad más o menos confesada, o incluso consciente, de los sacerdotes y los fieles no hubiera logrado darle un carácter religioso.

* * *

Escribo estas líneas, repito, sin la menor intención de cautivar o convencer. No alardeo de dar lecciones de sabiduría a los demás, cuando no he sabido conducir irreprochablemente mi pobre vida. No os presento ningún plan de reorganización pergeñado mientras lleno la pipa. Es cierto que el espectáculo de la injusticia me apesadumbra, pero probablemente es porque me recuerda la injusticia de la que soy capaz. Si no fuera así, trataría de aguardar en paz, tomando ejemplo de los santos, nuestros padres, la llegada del Reino de Dios. Sí, aceptaría la injusticia, toda la injusticia, bastaría con que tuviera fuerza suficiente. Tal como soy, solo podría aceptarla por cobardía, a menos que adornara mi cobardía con un nombre favorecedor, como el de escepticismo, porque no me siento capaz de profanar el nombre divino de Caridad. Si tengo que cuestionar a la Iglesia, no será con el ridículo propósito de contribuir a reformarla. No creo que la Iglesia sea capaz de reformarse humanamente, por lo menos tal como lo entendían Lutero o Lamennais. No la quiero

perfecta, está viva. Como el más humilde, como el más pobre de sus hijos, va renqueando de este mundo al otro; comete pecados, los expía, y si apartáis un momento la vista de sus pompas, la oiréis rezar y sollozar con nosotros en las tinieblas. ¿Cuestionarla, por qué?, me diréis. Pues porque siempre está en cuestión. Porque todo se lo debo a ella, todo me llega a través de ella. El escándalo que me llega de ella me ha herido en el fondo del alma, en la raíz misma de la esperanza. O mejor dicho, no hay más escándalo que el que ella da al mundo. Me defiendo de ese escándalo del único modo que sé, tratando de entender. ¿Me aconsejáis que dé la espalda? Quizá podría hacerlo, en efecto, pero no hablo en nombre de los santos, hablo en nombre de las buenas personas que se me parecen como hermanos. ¿Tenéis la custodia de los pecadores? Pues bien, el mundo está lleno de miserables a los que habéis decepcionado. A nadie se le ocurriría echaros en cara esta verdad si vosotros mismos estuvierais dispuestos a reconocerla humildemente. No os reprochan vuestros pecados. No es con vuestros pecados con lo que tropiezan, sino con vuestro orgullo. Seguramente contestaréis que, orgullosos o no, disponéis de los sacramentos que permiten alcanzar la vida eterna y no se los negáis a quien está en condiciones de recibirlos. Dios proveerá lo demás. ¿Qué más queréis?, me diréis. Nosotros, ay, querríamos amar.

IV

Si yo hubiera regresado de España con espíritu panfletario, no habría tardado en presentarle al público una imagen de la guerra civil capaz de conmover su sensibilidad, o acaso su conciencia. Al público, por desgracia, le gustan los horrores, y para hablarle a su alma es mejor no escoger el jardín de los suplicios como marco de la entrevista, si no queréis ver cómo aparece poco a poco en su mirada soñadora algo muy distinto de un sentimiento de indignación, o de un sentimiento cualquiera... ¡Niños, sacaos las manos de los bolsillos!

También debo decir que después de pasar tres años en el extranjero, encontraba mi país tan profundamente dividido contra sí mismo que ya no lo reconocía, literalmente. La de 1937 fue sin duda una de las primaveras francesas más trágicas, una primavera de guerra civil. Las rivalidades políticas daban paso a las rivalidades sociales, en una atmósfera agobiante de espanto recíproco. ¡El Miedo! ¡El Miedo! ¡El Miedo! Fue la primavera del Miedo. Muy poderosas tenían que ser las fuerzas de la vida para que los castaños volvieran a florecer, en ese ambiente viscoso. Ni siquiera reconocía los rostros. «¡Hay que acabar con esto cuanto antes!», balbucían las personas pacíficas. Habría podido traducir esa máxima al español. «¡O ellos o nosotros!», se desafiaban, por encima de las viejas torres de Notre-Dame, los burgueses de Auteuil o Passy y el proletario de Ménilmuche, aunque todos los días se codearan en las obras de la Exposición, mojadas por la lluvia.

No tenía nada que decirles a las personas de izquierdas. Con quienes quería hablar era con los de derechas. Al principio creí que sería fácil. De entrada pensaba que estaban mal informados. Pero no, lo estaban tan bien como yo.

—¿Que hay italianos en España? ¡Mejor! ¡Cuanto más, mejor! ¿Que hay alemanes? ¡Perfecto! ¿Ejecuciones sumarias? Excelente. ¡Dejémonos de sensiblerías!

—Pero sus periódicos que...

—Nuestros periódicos dicen lo que hay que decir. Espero que a usted no se le ocurra hablar de lo que no debe. No pensará hacerle el caldo gordo a Jouhaux, ¿eh? ¡Imagínese que un carpintero metálico de la Exposición cobra cien francos diarios! Sí, señor mío.

¿Qué iba a decir? Por otro lado, tampoco tenía mucho que decir. Solo esto: «Antes detestabais hasta la palabra misma de violencia. Ahora estáis dispuestos a hacer la revolución. Cuidado. El fascismo y el hitlerismo os proponen modelos de revolución. No creo que saquéis gran provecho de ellos, pues no parece que sirvan demasiado los intereses de vuestra clase, ni casen con vuestros hábitos y prejuicios. Hitler y Mussolini serán lo que sean, pero no son de los vuestros. En confianza: no

les gustáis mucho. Además, tienen honor. Dudo que ciertas actitudes sociales vuestras les caigan muy simpáticas, que permitieran, por ejemplo, que los tenderos suban continuamente los precios a la vez que, invocando el interés nacional, critican el principio del aumento proporcional de los salarios, desastroso, según ellos, para nuestra economía. No creo que os dejaran maquinar contra vuestra propia moneda, mientras emplazáis a Jouhaux para que inculque a los suyos el espíritu del desprendimiento patriótico. En una palabra, dudo que los tenderos detallistas, cuya abnegación está salvando a Europa (según Giraud, que el otro día presidió su banquete gremial), se encontraran muy a gusto en una revolución hitleriana o fascista. (¡Que ellos mismos vayan a verlo! ¡A ver si se dan cuenta!). Pero en fin —habría proseguido—, no sé qué modelo de revolución escogeréis. Yo he visto justamente la clase de revolución más peligrosa para vosotros, la que no debéis hacer. Sé que os gusta decir, con un tonillo que conozco bien, ante ciertas debilidades de la gente de vuestra clase: “Hay cosas que no se hacen”. Pues bien, la revolución que acabo de ver es una de esas cosas. El mundo no va a aceptar un Terror clerical, burgués o militar. Por mucho que lo justificuéis con la amenaza de otro Terror: este no es un asunto de Moral, sino de Historia. Veo en ello, ante todo, una fatalidad histórica contra la que os vais a estrellar».

* * *

Mis razones valen lo que valen. Me gustaría que pudieran bastarse a sí mismas. Quien haya reflexionado un momento sobre la situación de los partidos bien pensantes tal como la han mostrado los incidentes del proceso La Rocque, sobre el espíritu de los adeptos, sobre la calidad de los jefes, y no quiera entender que aún les faltan los primeros elementos necesarios para una verdadera restauración nacional, que dar un golpe de mano en estas condiciones no puede desembocar en la creación de un orden nuevo sino en la consolidación del orden actual con todas sus taras, a fuerza de fusilar o meter en la cárcel a los «descontentos» y los «espíritus rebeldes»; quien no quiera ver que, aunque no faltan buenos franceses, carecen de dirigentes y doctrina, que su primer deber es encontrarse, reconocerse, romper todo vínculo con unos intereses y unos políticos que ya deberían estar bien servidos por la prensa y les comprometen frente a los adversarios de buena fe, a los que deben llegar, a los que deben impresionar, a los que deben ganarse cueste lo que cueste —a cualquier precio—, cueste lo que cueste, de lo contrario le costaría a Francia; quien soporta que unos miserables abortos de las letras den a nuestras luchas sociales el carácter de una guerra religiosa, una guerra de la civilización contra la barbarie, incluyendo en la segunda a los proletarios que se envenenan en la taberna y en la primera al tabernero opulento que les envenena; a ese no le atañen las líneas que siguen. No apelo a la piedad de nadie. De sobra sé que en aquel siglo XVI tan parecido al nuestro, en vano les habría echado en cara sus injusticias a los miembros de la Liga de los Guisa, a

sabiendas de que ellos me habrían replicado con las injusticias de los hugonotes, ni sus acuerdos con España, que justificarían con los de los seguidores de la Reforma con Inglaterra; y sin embargo, años después, los hugonotes y los liguistas se abrazaron y, ya sin María de Médicis ni el asesino Concini, todos los franceses, guiados por Enrique IV, arrebatarían los Países Bajos a los zorros de El Escorial y convertirían a nuestro país en el amo de Europa. Sí, me lo dije y todavía me lo sigo diciendo. Incluso creo que si las circunstancias me hubieran llevado a la Península, esa ampliación del campo visual acaso me hubiera desanimado de sacar provecho de mis experiencias. Pero la clase de Terror del que hablaba antes, la he observado en una isleta que se puede recorrer de punta a punta en un día, en una sola etapa de moto. Era como si la España nacionalista, pateada apresuradamente por los reporteros, estuviera concentrada y al alcance de la mano. Me diréis que allí el Terror pudo tener un carácter más cruel. No lo creo. Repito que allí el Terror no respondía a la provocación de otro Terror y que el mallorquín nunca tuvo fama de cruel, como el andaluz, por ejemplo, o el asturiano. En aquel escenario reducido pude conocer a todos los personajes. De una sola ojeada veía el ademán que manda y el que ejecuta, a los jefes y a los comparsas. Hablé con unos y otros. Escuché sus justificaciones, compartí a veces sus remordimientos. La idea que tengo de ellos, al cabo de tantos meses, sigue siendo humana, creo.

* * *

Si la palabra Terror os parece demasiado fuerte buscad otra, ¡qué más da! Es posible que le deis un significado de seísmo, que os evoque incendios, casas derruidas, cadáveres lacerados por el populacho. Pero el Terror del que hablo no puede revivir ninguna de esas imágenes, precisamente porque quienes lo organizan son personas para quienes el orden en la calle es una necesidad absoluta. Es pueril representarse a un asesino con trazas de bandido de melodrama. Maximilien Robespierre era un burgués muy como Dios manda, deísta y moralista. No os quepa duda de que habría preferido la colaboración de otros burgueses como él a la de los siniestros revolucionarios azuzados por Danton. Si hubiera tenido un ejército disciplinado, una policía intacta, una magistratura leal, un clero dócil, una administración laboriosa, habría matado igual, incluso a muchos más, sin que el servicio de las diligencias, las postas o los caminos se hubieran resentido. Es absolutamente inicuo juzgar los rigores de la guerra civil, en uno y otro bando, por los mismos signos externos. El Terror de los Reyes Católicos en Flandes derramó más sangre que ninguna sublevación campesina. El saqueo de una ciudad por la chusma, aunque no cueste ni un solo cadáver, siempre será un espectáculo atroz. Cuando los oficiales de marina me visitaban en Palma, me hablaban de la limpieza de las calles, el buen funcionamiento de los tranvías y cosas así. «Vamos a ver: el comercio es próspero, la gente pasea, ¿y dice usted que se mata? ¡Quia!». No sabían que un comerciante se

jugaba la vida si cerraba su tienda. Tampoco sabían que esa administración, tan preocupada por la moral, prohibía el luto a los parientes de los ejecutados. ¿Cómo demonios iba a cambiar el aspecto exterior de una ciudad por el hecho de que el número de presos se duplicara, triplicara, decuplicara, centuplicara? Y si matan discretamente a quince o veinte desdichados cada día, ¿los tranvías dejarán de rodar, los bares de llenarse y las iglesias de resonar con el canto del tedeum?

A mi entender, Terror es todo régimen en que la vida o la muerte de los ciudadanos, huérfanos de la protección de la ley, están a merced de la policía estatal. Para mí, un régimen de Terror es un régimen de Sospechosos. Vi funcionar un régimen así durante ocho meses. Más exactamente, necesité diez meses para descubrir, engranaje a engranaje, su funcionamiento. Lo digo, lo afirmo. No exijo en absoluto que me crean. Sé que algún día todo se sabrá: mañana, pasado mañana, ¿qué más da? El reverendísimo obispo de Palma, por ejemplo, sabe lo mismo que yo, más que yo. Siempre he pensado que Nuestro Santo Padre el Papa, atormentado, según cuentan, por el problema de la guerra civil española, estaría muy interesado en interrogar a este dignatario bajo juramento.

¿Qué es un régimen de Sospechosos? Un régimen en que el poder considera lícito y normal no solo agravar desmesuradamente el carácter de ciertos delitos para someter a los delincuentes a la ley marcial (el gesto de levantar el puño castigado con la muerte), sino también exterminar de forma preventiva a los individuos peligrosos, es decir, a los sospechosos de llegar a serlo. Para descubrir a estos elementos indeseables hay que asegurarse la colaboración de los delatores. El régimen de Sospechosos también es, por lo tanto, el régimen de la delación.

Todo esto está escrito sobre el papel, pero hay que verlo, hay que comprenderlo. Imaginemos una islita muy tranquila, muy apacible, con sus almendros, sus naranjos, sus viñas. La capital apenas tiene más importancia que una vieja ciudad cualquiera de nuestras provincias francesas. La segunda ciudad, Sóller, no es más que un pueblo grande. Los pueblos, aislados entre sí, encaramados en una ladera o diseminados por el llano, se comunican con carreteras malas por las que circulan unos pocos cacharros de motor jadeante. Cada uno de estos pueblos es un mundo cerrado, con sus dos partidos, el de «los curas» y el de «los intelectuales», al que se suma tímidamente el de los obreros. También hay un señor, que solo se deja ver en las grandes ocasiones, pero conoce a sus siervos y hace tiempo que tiene enfilados a los rebeldes, en compañía del cura, su compadre. No importa: gracias a la cortesía de las costumbres españolas, ese mundo vive en armonía y en las fiestas bailan todos juntos. De un día para otro o casi, cada uno de estos pueblos tuvo su junta de depuración, un tribunal secreto, voluntario, formado generalmente así: el burgués propietario o su administrador, el sacristán, la criada del cura, varios campesinos bien pensantes y sus esposas, y por último los jóvenes alistados apresuradamente por la nueva Falange, a

menudo conversos recientes, ansiosos de hacerse valer, ebrios del espanto que provocan en los pobres diablos la camisa azul y el gorro con pompón rojo.

Lo he dicho ya y lo seguiré diciendo. Quinientos falangistas el 17 de julio. Quince mil varias semanas después, luego veintidós mil. En vez de controlar este reclutamiento desaforado, la autoridad militar lo favorece con todo su poder, porque tiene un plan. Llegado el momento, una vez hecho el trabajo, nada le será más fácil que desarmar a una muchedumbre que, con su avalancha, ha relegado a los viejos mandos, que han sido reemplazados por otros hechos a su medida, mandos policiales. Después se les arrojará por hornadas a la clase de tropa. La depuración habrá terminado.

Porque depuración es la última palabra de esta guerra. Todos lo saben, o empiezan a saberlo, o lo sabrán. El «Hay que acabar con esto» que los viles impostores traducen más o menos así: «¡Liberemos el sepulcro de Cristo!», no significaba otra cosa que el exterminio sistemático de los elementos sospechosos. A nadie le debe extrañar. Tal era exactamente, en 1871, el propósito unánime de la gente de Versalles. Dos siglos antes del Terror las mismas fórmulas sirvieron para justificar la matanza en las cárceles de la noche de San Bartolomé, que Catalina de Médicis, en una carta al Papa, compara con la victoria de Lepanto (esa misma noche, en Roma, encendieron fogatas festivas). Todos los Terrores se parecen, todos son equivalentes; no me haréis distinguir entre ellos, he visto demasiadas cosas, conozco demasiado bien a los hombres, soy demasiado viejo. El Miedo me repugna en todo el mundo, y tras las bellas palabras de los asesinos no hay más que eso. Solo se mata por miedo, el odio no es más que una coartada. No creo que el señor Hitler y el señor Mussolini sean semidioses. Pero hago simplemente honor a la verdad si digo que son hombres sin miedo. Jamás habrían permitido que en sus países se perpetraran matanzas, jamás habrían presidido, con uniforme de soldado, esos grandes Tribunales del Miedo.

En Mallorca la depuración tuvo tres etapas, bastante diferentes, y un periodo de preparación. En este último hubo ejecuciones sumarias, perpetradas a domicilio, pero con un cariz, real o aparente, de venganzas personales más o menos reprobadas por todos, que se contaban los detalles en voz baja. En esto apareció el general conde Rossi.

El recién llegado, por supuesto, ni era general, ni era conde, ni se llamaba Rossi. Era un funcionario italiano, miembro de las Camisas Negras. Una hermosa mañana le vimos bajarse de un trimotor escarlata. Primero visitó al gobernador militar, nombrado por el general Goded. El gobernador y sus oficiales le recibieron cortésmente. Remachando sus palabras con puñetazos en la mesa, declaró que venía a traer el espíritu del Fascio. Días después el general y su Estado Mayor entraban en la cárcel de San Carlos y el conde Rossi se hacía con las riendas de la Falange.

Enfundado en un mono negro con una enorme cruz blanca en el pecho, recorrió los pueblos, conduciendo él mismo su coche de carreras, al que trataban de seguir, envueltos en una nube de polvo, otros coches repletos de hombres armados hasta los dientes. Todas las mañanas los periódicos daban cuenta de estos circuitos oratorios en los que, flanqueado por el alcalde y el cura, anunciaba la Cruzada en una extraña jerigonza, mezcla de mallorquín, italiano y español. El gobierno italiano, por supuesto, tenía en Palma colaboradores menos estridentes que aquel bruto gigantón, que un día, en la mesa de una gran dama palmesana, mientras se limpiaba los dedos en el mantel, dijo que necesitaba por lo menos «una mujer diaria». Pero la misión particular que le habían encomendado estaba perfectamente a tono con su índole. Era la organización del Terror.

A partir de entonces, todas las noches, unos equipos reclutados por él operaron en los caseríos y los arrabales de Palma. Allí donde estos señores ejercían su celo, se repetía la misma escena. La misma llamada discreta a la puerta del piso confortable o de la casa rural, los mismos pasos en el jardín envuelto en sombras, o en el descansillo el mismo cuchicheo fúnebre, que un miserable escucha al otro lado de la pared, con la oreja pegada a la cerradura y el corazón encogido de angustia: «¡Síguenos!»... Las mismas palabras a una mujer asustadísima, las mismas manos temblorosas que recogen varias prendas de vestir tendidas unas horas antes, y el ruido del motor que sigue roncando allá abajo, en la calle.

—No despiertes a los chicos, no vale la pena. Me lleva a la cárcel, ¿verdad, señor?

—Perfectamente —contesta el asesino, que a veces no tiene ni veinte años.

Luego la subida al camión, donde se encuentra con dos o tres compañeros, igual de sombríos, igual de resignados, con la mirada perdida... «¡Hombre!». La camioneta rechina, se pone en marcha. Un momento más de esperanza, mientras no se desvía de la carretera. Pero luego aminora la marcha, se mete, traqueteando, en la hondonada de un camino de tierra. «¡Bajad!». Bajan, se ponen en fila, besan una medalla, o tan solo la uña del pulgar. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Colocan los cadáveres al borde del terraplén, donde a la mañana siguiente los encontrará el enterrador, con la cabeza reventada y la nuca posada sobre una repugnante almohada de sangre negra coagulada. Digo enterrador porque se han preocupado de hacer lo que había que hacer no lejos de un cementerio. El alcalde escribirá en su registro: «Fulano, Mengano, Zutano, muertos de congestión cerebral».

* * *

Me parece estar oyendo de nuevo las protestas de los lectores bien pensantes: «¿Qué pasa? ¿Siempre vamos a ser nosotros? ¿Es que solo matan los nuestros?». No digo que sean los vuestros. Solamente os prevengo, con todas mis fuerzas, contra los

politiqueros y los periodistas que, después de vivir tanto tiempo de vuestra necesidad, de vuestra timidez, de vuestra impotencia, cosquillean al burgués francés en la entrepierna y le susurran al oído que es un machote, que él también puede hacer su terror como el que más, cuando saben perfectamente que ese Terror, lejos de liberar a los bien pensantes, lo que hará será unir la suerte de esos desdichados a la hez de la nación, única capaz de llevar a cabo realmente el Terror, ya sea de izquierdas o de derechas. Si creyera que las personas de derechas son capaces de tomar el poder por la fuerza, no digo que les incitara a la guerra civil, pero los politiqueros de izquierdas me tienen tan asqueado que seguramente diría: «¡Muy bien! De acuerdo, hijos míos, siempre que no os comportéis recíprocamente como cerdos, ¡adelante!». Pero ni los de izquierdas ni los de derechas son capaces de enfrentarse realmente. Solo conseguirían reventar la gran alcantarilla, que empezaría a vomitar su fango hasta que el extranjero, en vista del nivel alcanzado, mandara a sus poceros de camisa parda o camisa negra. ¿Lo habéis entendido, memos? Desde hace cincuenta años, con el nombre de progresistas, oportunistas, liberales, demócratas, patriotas o nacionales, detrás de los caudillos más variados, habéis perdido en todos los juegos, todas vuestras empresas han fracasado miserablemente —¿qué provecho sacasteis del 6 de febrero?, ¿del escándalo Stavisky?, ¿de la mafia?—, ¡y pretendéis que veamos, sin decir nada, cómo os embarcáis en una aventura tan peligrosa! ¡Ni siquiera sabéis poner ventosas y os quieren endosar una operación quirúrgica que no brinda a nuestro país más de una posibilidad entre veinte de salvarse!

* * *

La primera etapa de la depuración duró cuatro meses. Durante esos cuatro meses, el extranjero, primer responsable de esas carnicerías, siempre ocupó un lugar de honor en todos los oficios religiosos. Solía llevar de asistente a un capellán local, con pantalones y botas, cruz blanca en el pecho y pistolas al cinto. (A este cura lo fusilaron luego los militares). Nadie habría osado poner en duda los poderes discrecionales del general italiano. Sé de un pobre religioso que le suplicó humildemente el perdón para tres jóvenes presas de origen mexicano, a las que consideraba inocentes después de haberlas confesado. «Está bien —contestó el conde, que se iba a la cama—. Lo consultaré con la almohada». A la mañana siguiente mandó a sus hombres para que las mataran.

Así, hasta diciembre, las cañadas de la isla, en las cercanías de los cementerios, recibieron regularmente su fúnebre cosecha de mal pensantes. Obreros, campesinos, pero también burgueses, farmacéuticos, notarios. Cuando le pedí a un amigo médico la placa que poco antes me había sacado uno de sus colegas radiólogos —el único radiólogo de Palma—, me contestó sonriendo: «No sé si la encontraremos... Al pobre X... se lo llevaron de paseo el otro día». Estos hechos son del dominio público.

Cuando ya casi había terminado la depuración casa por casa, hubo que pensar en las cárceles. Estaban llenas, imaginaos. Llenos también los campos de concentración. Llenos los barcos desarmados, los siniestros pontones vigilados día y noche, sobre los que, por exceso de precaución, al caer la noche, pasaba una y otra vez el lúgubre pincel de un foco que yo veía, ay, desde mi cama. Entonces empezó la segunda fase, la depuración de las cárceles.

Porque muchos de esos sospechosos, hombres y mujeres, se libraban de la ley marcial a falta del más mínimo delito material al que pudiera agarrarse un tribunal militar. Entonces empezaron a sacarlos en grupos, según su lugar de origen. A mitad de camino la carga se vaciaba en una fosa.

Lo sé... No me dejáis seguir. ¿Cuántos muertos? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Quinientos? La cifra que voy a daros me la proporcionó uno de los jefes de la represión palmesana. El cálculo popular es muy distinto. Pero no importa. A primeros de marzo de 1937, al cabo de siete meses de guerra civil, estos asesinatos ascendían a tres mil. Siete meses son doscientos diez días, es decir, un promedio de quince ejecuciones diarias. Me permito recordar que la isleta se puede recorrer fácilmente en un par de horas, de punta a punta. Un automovilista curioso, a costa de un poco de fatiga, habría podido ganar fácilmente la apuesta de ver cómo reventaban quince cabezas mal pensantes diarias. El reverendísimo obispo de Palma no ignora estas cifras.

Evidentemente, os cuesta leer esto. A mí me cuesta escribirlo. Más me costó verlo, oírlo. ¿Menos de lo que os imagináis, acaso?... Mi mujer y yo aguantamos a pie firme, no por hacernos los valientes ni por pensar que podíamos ser muy útiles — poco habríamos podido hacer—, sino más bien por un sentimiento de solidaridad profunda con la buena gente cuyo número aumentaba cada día, que había compartido nuestras esperanzas, nuestras ilusiones, que había tratado de defenderse paso a paso contra la evidencia, para acabar compartiendo nuestra angustia. Ellos no eran libres y nosotros sí. Pienso en los jóvenes falangistas o requetés, en los viejos sacerdotes (uno de ellos, por pronunciar unas palabras imprudentes, tuvo que tragar, a punta de revólver, un litro de aceite de ricino). Si hubiera vivido allí en contacto con hombres de izquierdas, es probable que su manera de protestar hubiera despertado en mí ciertos reflejos indómitos que no siempre puedo controlar. Pero la decepción, la tristeza, la piedad y la vergüenza unen mucho más que la rebelión o el odio. Te despiertas por la mañana agobiado, sales de casa y en la calle, en la mesa del café, a la entrada de la iglesia, tropiezas con alguien a quien hasta entonces habías supuesto en el bando de los asesinos, y que te dice con lágrimas en los ojos: «¡Basta, no puedo más! ¡Mire lo que acaban de hacer!». Pienso en aquel alcalde de una pequeña ciudad a quien su mujer había preparado un escondite en la cisterna. El infeliz, a cada alerta, se acurrucaba en una especie de nicho, a unos centímetros del agua reposada. Le

sacaron de allí en pleno diciembre, tiritando de fiebre. Le llevaron al cementerio y le metieron una bala en el vientre. Y como no se daba prisa en morir, los verdugos, que estaban echando un trago cerca de allí, volvieron con una botella de aguardiente, un poco achispados. Introdujeron el gollete en la boca del agonizante y luego le rompieron en la cara la botella vacía. Repito que estos hechos son del dominio público. No temo un desmentido. ¡Ah, la atmósfera del Terror no es como imagináis! La primera impresión es de un tremendo error que lo confunde todo, que mezcla inextricablemente el bien y el mal, a los culpables y los inocentes, el entusiasmo y la crueldad. ¿Lo habré visto bien?... ¿Lo habré entendido bien?... Os dicen que eso va a acabar, que ya ha acabado. Respiráis aliviados. Respiráis hasta la siguiente matanza, que os pilla desprevenidos. El tiempo pasa... pasa... ¿Y luego qué? ¿Qué queréis que os diga? Curas, soldados, esa bandera roja y oro —ni oro para comprarla, ni sangre para venderla...—. Cuando has nacido para amar algo, es duro contemplar cómo se envilece.

Por lo demás, he de confesar que en circunstancias como esta, algunos periódicos franceses nos reconfortaban extraordinariamente. Cuando uno ha visto, semana tras semana, llegar aviones fascistas bendecidos por el arzobispo de Palma, y las costas, antes desarmadas, erizarse de baterías, cuando uno ha oído a los oficiales de marina italianos alardear públicamente en los cafés del bombardeo de Málaga, resulta excitante descifrar en tu propia lengua las monótonas denuncias de una prensa agazapada en cada estación de la frontera pirenaica, con el ojo en la cerradura de los retretes, tomando notas convulsivamente en el papel de esos excusados. Durante siete meses, ni una sola vez en siete meses, la menor alusión a los desmanes de italianos y alemanes, ni una sola. ¡Cómo es posible! ¡Los que nunca se ponían de acuerdo — PPF, PSF, AF, SF, JP, LPF—, hete aquí que después de la campaña de Abisinia están todos unidos, todos solidarios, solidarios con el nuevo Imperio! Las citas de estos patriotas encajaban tan a la perfección en los artículos de los periodistas italianos o españoles que parecían hechas a la medida, curioso... ¡Vamos! Ningún francés que haya pasado más de seis meses allende los Pirineos puede desconocer el odio secular de las derechas españolas, en especial del ejército y el clero, a nuestro país. Este odio se ha puesto de manifiesto muchas veces durante la guerra. «Solo la chusma y yo amamos a Francia», decía Alfonso XIII. No sé lo que pueda valer, dentro de nuestras propias fronteras, el derrotismo nacional de los nacionales. Pero creo que el más amargado de esos señores se habría indignado con los comentarios despectivos que sazaban la prosa de su propaganda... Todavía estoy oyendo a un comandante que una noche, en Manacor, bajo el fuego del crucero republicano *Libertad*, creyendo ingenuamente que me haría gracia, me afirmaba en un francés chapurreado pero con un tono de viril y fraternal condolencia: «Qué le vamos a hacer, señor mío, nuestros países son dos crápulas de cuidado». (Era catalán).

Me quedé en Mallorca todo el tiempo que pude, porque allí miraba de frente a los enemigos de mi país. Este humilde testimonio tenía su precio, pues, al no tener ningún vínculo con los rojos de allí ni de otra parte y ser bien conocido como católico y monárquico, estaba proclamando, por poco que yo valiera, una Francia eterna, que ha sobrevivido a los Armagnac y a los Borgoñones, a los Guisa y a los hugonotes, y a todos los «Frentes» de distinto pelaje, porque es instintivamente justa y libre, porque tiene un solo hogar, su casa, la Casa de Francia donde, cruzado el umbral, todos seremos iguales, hijos de la misma madre. Mal que les pese a los imbéciles, a Francia no la despreciarán en el mundo mientras conserve su propia estimación. El que hable no como un politiquero, sino como un francés, puede estar seguro de que siempre le entenderán. En Palma todos sabían que mi hijo era teniente de la Falange y me veían a menudo en misa. También era notoria mi vieja amistad con varios jefes insurgentes, temidos por los sospechosos. ¿Por qué, entonces, personas a las que apenas conocía me hablaban libremente, cuando la menor indiscreción por mi parte les habría costado la libertad o la vida? Pues bien, como lo pienso lo digo. Todavía se sabe en el mundo que un francés no es un soplón de la policía, vaya, que un francés es un hombre libre. Eso probablemente nunca se les ocurrió a los turiferarios del general Franco.

* * *

No vayáis a pensar que la depuración en las cárceles acabó con el trabajo de los equipos de depuración a domicilio; solo lo frenó. Los pueblos aislados respiraron aliviados, pues el servicio se concentraba ahora en las inmediaciones de Palma. No por ello se logró el objetivo de la autoridad militar, que era reducir el escándalo. Antes, a los parientes de los ejecutados les bastaban unos pasos para reconocer a sus muertos. Ahora tenían que hacer un viaje costoso y someterse a tediosas formalidades, por el gran número de hombres y mujeres que lo solicitaban, máxime cuando los registros de las cárceles rara vez coincidían con el cuaderno del enterrador, lo que daba lugar a desagradables equivocaciones. En última instancia, como las fosas comunes no revelaban sus secretos, a las familias solo les quedó un recurso. El funcionario benévolo les invitaba a rebuscar en el montón de ropa para tratar de descubrir una camisa o un calzoncillo del muerto.

Intento escribir esto sin florituras. No añadiré nada dedicado a quienes me crean capaz de afirmar hechos sin tener pruebas, o basándome en simples rumores. No estoy denunciando una mafia más o menos hipotética. Son hechos públicos. Aprobados por la mayoría, desaprobados por algunos, nadie los puso en duda. Lamentablemente, se necesitarían muchas páginas para explicar que ya no causaban indignación. La razón y el honor los condenaban, pero la sensibilidad estaba embotada, anulada por el estupor. Las víctimas y los verdugos estaban aturridos por

el mismo fatalismo. Sí, la guerra civil no me dio miedo de verdad hasta el día en que descubrí que, casi sin darme cuenta, estaba respirando su aire infecto y sangriento. ¡Que Dios se apiade de los hombres!

Podría poner muchos ejemplos de esta apatía —en el sentido exacto de la palabra—. Me limitaré a una entrevista con unas monjas de Porto Cristo publicada por extenso en todos los periódicos de Palma —*El Día*, *Almudaina* («Diario católico», ponía en la cabecera), *Última Hora*—. La minúscula población de Porto Cristo fue el lugar de desembarco de las tropas catalanas en 1936. Como no pudieron afianzar su posición, a las seis semanas volvieron a embarcarse. Esas monjas dirigían un internado que, al ser verano, estaba vacío. Pues bien, la superiora le contaba con inspiración al periodista la entrada de los rojos, el primer contacto de sus monjitas espantadas con los milicianos de Barcelona, quienes les ordenaron bruscamente que preparasen camas para los heridos. En medio del desorden, de pronto aparece un suramericano, una especie de gigante pistola en mano, que se presenta así:

—Hermanas, soy católico y comunista. Al primero que les falte el respeto le vuelvo los sesos.

Durante un par de días se afana, abastece a las enfermeras, venda con ellas a los heridos, cuyo número aumenta sin cesar, y en los pocos momentos de descanso mantiene con la superiora una divertida controversia que ella refiere con mucha gracia al periodista. Por fin despunta el alba del tercer día y la religiosa termina así su relato: «Oímos un intenso tiroteo, los heridos se alarman, los milicianos se van corriendo, nosotras nos arrodillamos suplicando al cielo por nuestros libertadores. Los gritos de ¡Viva España!, y ¡Arriba España!, empiezan a resonar en nuestros oídos, las puertas se abren. ¿Qué más puedo decirle? Los valientes soldados entran por todos lados y arreglan cuentas con los heridos. A nuestro suramericano le matan el último».

Días después, cuando le expresé mi asombro al periodista madrileño que había escrito el artículo, publicó una especie de justificación laboriosa de la que recuerdo esto: «Algunas almas generosas se creen en el deber de rebelarse contra las necesidades de la guerra santa. Pero quien hace la guerra tiene que someterse a sus leyes. Y la primera ley de la guerra es esta: ¡Ay de los vencidos!».

* * *

La autoridad militar, al advertir un creciente repudio hacia sus decisiones que podría tornarse peligroso por el descontento que cundía en la Falange, despojada bruscamente de sus armas y sus jefes, optó por un tercer método de depuración aún más discreto. Era así de sencillo: los presos a los que se consideraba indeseables recibían un buen día la noticia de su absolución y consiguiente puesta en libertad.

Firmaban en el registro de la cárcel, acusaban recibo de sus objetos personales devueltos, hacían el petate y cumplimentaban una a una las formalidades indispensables para eximir a la administración penitenciaria de toda responsabilidad futura. A las diez de la mañana les liberaban de dos en dos. Es decir, que al cruzar la puerta se encontraban en una callejuela vacía, frente a un camión, rodeados de hombres armados. «¡Silencio! ¡Os llevamos a casa!». Les llevaban al cementerio.

* * *

La persona a quien las conveniencias me aconsejan llamar Monseñor, el obispo de Mallorca, firmó la carta colectiva del episcopado español. Espero que la pluma le temblara en sus viejas manos. Por fuerza tuvo que enterarse de todos esos asesinatos. Se lo diré a la cara, donde y cuando haga falta. Le presentaré también este testimonio. Uno de los canónigos de su catedral, a quien conoce bien, famoso predicador, licenciado en teología, parecía estar completamente de acuerdo con la autoridad militar. Esta parcialidad preocupaba a una de sus penitentes, que sin embargo nunca se había atrevido a hablarle de ello. Al tener conocimiento de los hechos que acabo de contar, creyó llegado el momento de romper el silencio. El muy desgraciado la escuchó sin revelar la menor sorpresa.

—Entonces, ¿usted desaprueba...?

—Yo no apruebo ni dejo de aprobar —contestó el siniestro sacerdote—. Por desgracia, no tiene usted ni idea de las dificultades de nuestro ministerio en esta isla. En la última junta general de los párrocos, presidida por Monseñor, tuvimos la prueba de que el año pasado tan solo el catorce por ciento de los mallorquines cumplían el deber pascual. Una situación tan grave justifica medidas excepcionales.

Vaya si las justificaba... Varias semanas antes de Pascua, la autoridad religiosa, de acuerdo con la autoridad militar, hizo un censo de fieles. A cada persona en edad de cumplir con su deber pascual se le dio un formulario. En el anverso ponía:

1937

Sr., Sra. o Srta.....

Domiciliado en....., calle....., n.º....., piso....., comulgó
en la iglesia de.....

En el reverso:

Se recomienda cumplir el deber pascual en su parroquia. Quien lo haya cumplido en otra iglesia deberá entregar el justificante a su rector.

Un cupón, fácil de separar gracias a un trepado, llevaba esta indicación:

Para la buena administración, es obligatorio separar este cupón y entregárselo al párroco debidamente cumplimentado. También se puede depositar en la caja destinada a tal efecto.

¿Es preciso añadir que los confesonarios dejaron de estar vacíos? Fue tal la afluencia de penitentes sin experiencia que el párroco del Terreno se vio en la necesidad de repartir otra hoja. Después de la observación, singular pero sumamente oportuna, de que la principal dificultad en el acto de la confesión no consiste tanto en revelar los pecados como en saber lo que hay que decir («en no saber qué confesar o cómo expresarse»), en quince líneas daba la fórmula de un examen de conciencia muy reducido. La hoja llevaba además esta posdata:

N. B. No olvides colocar tu billete del cumplimiento en el cajón del cancel para poder formar el censo.

Ningún cura mallorquín osaría negar que esta medida, tomada en pleno Terror, no haría más que multiplicar los sacrilegios. ¿Qué más se puede decir? Dios conoce los nombres de aquellos irreductibles, no muchos, que, creyéndose seguramente sus enemigos, aún conservaban en sus venas, sin saberlo, la suficiente sangre cristiana como para sentir la afrenta a su conciencia y negarse a estas imposiciones insolentes. ¡Ojalá vuelvan a encontrar a Cristo! ¡Ojalá, llegado el día, puedan juzgar a sus jueces!

Este carácter de venganza ejercida en nombre del Altísimo, evidentemente, puede resultar halagador para unas razas con demasiada sangre judía o mora en sus venas. Pero si es capaz de exaltar a muchos fanáticos, creo que a la inmensa mayoría de los españoles les presta un servicio, en realidad, mucho más modesto: para unos es una excusa hipócrita que les libra de remordimientos, al permitirles descargar toda la responsabilidad en el otro mundo sobre los robustos hombros de sus confesores. Los otros aceptan la fórmula lo mismo que han aceptado el vocabulario fascista o el material de guerra entregado a crédito por los italianos. ¡Hombre!

* * *

Sería erróneo creer, por ejemplo, que los militares se muestran más feroces que los tenderos, de los que ahora son simples instrumentos, como antaño los soldados del general Galliffet. Confieso que por un momento me sorprendió la soltura con que un capitán mallorquín, chusquero, llegado a la edad de retiro y tan cansado que apenas

se le veía en el café sin su «señora» y su «señorita», aplicaba todas las tardes a unos pobres diablos, que se le parecían como hermanos, una ley que de ley ya solo tenía el nombre. Mencionaré en especial el caso del exalcalde de Palma, un notorio y anciano médico, a favor del cual habían ido a testificar espontáneamente varios superiores de casas religiosas y esposo de una mujer conocida por su piedad. Lo único que se pudo alegar en su contra fue su afiliación al Partido Radical. Eso no le libró de la condena a muerte y el fusilamiento, un amanecer de primavera tardía, atado a una silla, trasladado de la cama de hospital al lugar de sacrificio después de que las enfermeras pasaran toda la noche, su última noche, reanimando con inyecciones su corazón desfalleciente. Al mostrar mi asombro por el hecho de que le hubiesen hecho esperar más de seis meses una muerte inevitable, obtuve esta respuesta: «No es culpa nuestra, le mantuvimos vivo mientras duraron las formalidades de la confiscación». Porque el desdichado era rico.

Repito que no estoy presentando ninguna acusación. No espero que crean mi palabra, mas no me cansaré de repetir que Mallorca está a veinticuatro horas de Marsella. Para qué voy a dar muchos testimonios, si algún día cercano los escépticos podrán recogerlos, aún calientes, en el lugar. El viejo Lenotre, en un libro que, no obstante, es digno de elogio, solo evoca el fantasma del tribunal revolucionario. La sala bulliciosa repleta de gritos, sollozos y carcajadas no es más que una cripta silenciosa, poblada de sombras. Pero el viejo Lenotre escribía más de un siglo después de los hechos. El París de 1793, por otro lado, era una suerte de encrucijada. Por el contrario, la isleta mallorquina es un frasco cerrado. En él la sangre tardará en secarse.

Si les preguntara a los militares acerca de estos hechos, me dirían que aplicaban una consigna y lo hacían públicamente, como podrán comprobar todos los curiosos si consultan una colección de cualquier periódico de Palma, donde aparecen reseñados los hechos. Por mucho que les dijera que un juicio no es una consigna, los oficiales jueces se reirían de mí.

«¡Qué sabrá usted! En Barcelona o Valencia tenemos compañeros de promoción que hacen exactamente lo mismo que nosotros, solo que contra otra categoría de ciudadanos. Al salir de la Academia Militar nos destinan a Artillería, Caballería o Infantería con arreglo al número de nuestra promoción. Ahora nos meten en la Justicia. Desde luego, como arma es un poco rara, pero mientras la cosa quede entre nosotros, no se pierde mucho. Mil civiles rojos en Valencia, mil civiles blancos en Sevilla. Es lo que, en las damas, se llama aclarar el juego. Además, ¿a santo de qué se preocupa de nuestras conciencias? Como buenos españoles, no nos hacemos preguntas superfluas sobre el bien y el mal, a diferencia de ustedes los franceses. Suponiendo que exista, si es que hay una sola posibilidad de que exista, ¿iremos al infierno? La respuesta la darán nuestros sacerdotes. Si están en lo cierto o no, ¿qué quiere que le hagamos? Nos basta con mantenernos al margen. Si ellos han interpretado mal la ley, ¡peor para los reverendos! Después de todo, a lo mejor Dios

nos los entrega en el otro mundo para que les juzguemos. Pueden estar seguros de que les aplicaremos el reglamento sin vacilar. Mientras tanto, cada cual a lo suyo. Imagine que cambian las tornas: entonces entenderíamos perfectamente que esos eclesiásticos se proclamasen de nuevo hombres misericordiosos y afirmasen que nunca desearon, para los grandes pecadores, más penitencia que la habitual de los confesionarios, seis padrenuestros y seis avemarías. Nos parecería natural que nos entregasen, aquí abajo, al brazo secular, si no encontraban otro modo de demostrar su buena voluntad a los vencedores. Una vez decidida nuestra suerte, aceptaríamos de buena gana el auxilio de su santo ministerio, con el mismo ánimo que aún ayer, según el cardenal Gomá, lo acogieron los republicanos que mandábamos al paredón. Entonces nos cuidaríamos de sacar un tema de conversación embarazoso para ellos, y para nosotros carente ya de interés, porque la expresión de su pesar llegaría demasiado tarde y solo nos estaría permitido llevarnos el secreto a la tumba. ¡Menudo negocio! En cambio, a falta de algo mejor, su absolución siempre podría servirnos. No nos preocupa lo más mínimo quién tiene razón en esto. Para ustedes los franceses la idea de poder es casi inseparable de la de justicia. En cambio nosotros, que tenemos demasiada sangre judía en las venas, creemos que una de las grandes ventajas del poder es que permite ser justo o injusto a voluntad. Es posible que no tengamos la misma idea de Dios que ustedes. Desde hace siglos pensamos que es mejor estar a buenas con la fe que con la conciencia. Queremos que una perfecta ortodoxia nos garantice los buenos oficios de la Iglesia, que se conformará con las obras siempre que le echemos un poco de voluntad, aunque sea en el último momento. La idea de que la fe es un don de Dios tan preciado que compromete terriblemente a quien la recibe y le convierte sobrenaturalmente en deudor de tantos desdichados a quienes les ha sido negado, por una misteriosa predestinación cuyo mero pensamiento debería llenarnos de espanto, ni siquiera nos pasa por la cabeza, lo reconocemos. Preferimos servirnos bienamente del pasaporte que nos han dado. Aunque no nos garantice del todo la entrada en los templos celestiales, por lo menos nos da acceso en este mundo a la inmensa basílica donde muy raro sería que entre tantos santos milagrosos, cada cual con su receta, no encontráramos algún día una devoción ajustada a nuestro caso. Un sistema así nos evita entrar en el debate al que usted quiere arrastrarnos. Por ejemplo, no nos planteamos la cuestión de la buena fe. La buena fe, para nosotros, no es una circunstancia más atenuante que la borrachera. Durante siglos hemos visto cómo ahorcaban o quemaban en la hoguera a criminales seguramente de buena fe, pues ofrecían su vida en testimonio. Y puede estar seguro de que la mala fe tampoco nos quita el sueño. Por ejemplo, muchos de nosotros eran demócratas. Odiábamos a los hijos de nobles, a los sobrinos de arzobispos. Es duro mandar al paredón a un compañero de promoción con el que en otro tiempo hemos brindado a la salud del ejército republicano y de la nueva bandera tricolor, y nos hemos burlado de los aristócratas y los curas. Pero nuestros compañeros reaccionarios procuran no complicar las cosas. Saben cómo manejar nuestro amor

propio. En realidad, les parece algo de lo más natural. Ustedes los franceses acabarían despreciándonos. Preferirían los refractarios a los renegados, al menos en el fondo de su corazón. Con semejantes escrúpulos, nuestra Santa Inquisición no habría funcionado ni ocho días. El secreto de su prolongado poder, de un prestigio que el terror por sí solo no explica, consistió en bendecir y honrar en nombre de Dios tanto al cobarde que salva su vida como al hombre sincero que proclama libremente la verdad que desconocía. Para ello tuvo que rehabilitar el acto que más repugna a vuestra caballería occidental, la retractación bajo amenaza. Y al mismo tiempo rehabilitó y honró la delación. Honró y bendijo al delator. El grandioso equívoco así logrado apartó a España para siempre de vuestra senda. Sería inimaginable una Juana de Arco española. En cuanto las circunstancias nos lo permiten, siguiendo una costumbre secular, entregamos al poder, junto con la custodia de nuestros intereses terrenales, nuestra conciencia entera, a cambio de un recibo».

SEGUNDA PARTE

I

La tragedia española es un pudridero. Todos los errores por los que Europa está muriendo y que trata de vomitar con horribles convulsiones han ido a pudrirse allí. Es imposible introducir la mano sin peligro de septicemia. En la superficie del pus burbujeante van apareciendo, ay, unos rostros ayer familiares y hoy irreconocibles, pues antes de poder fijar en ellos la mirada se borran y derriten como la cera. Sinceramente, no creo que sea útil sacar de allí ninguno de esos cadáveres. Para desinfectar semejante cloaca —imagen de lo que será el mundo mañana— habría que intervenir antes sobre las causas de la fermentación.

Me apena llamar pudrideros cloaca a una vieja tierra no ya cargada de historia, sino abrumada por ella, donde unos hombres vivos sufren, luchan y mueren. Las mismas almas sensibles que simulan indignación habrían podido acusarme de sacrilegio en 1915, pues entonces, como muchos de mis camaradas, ya había emitido un juicio sobre esa guerra, la famosa guerra del Derecho, la guerra contra la guerra. Las carnicerías que se preparan ahora no son diferentes, pero como involucran un número mayor de valores espirituales, por no decir su totalidad, el caos será aún más repugnante, sus pudrideros más hediondos.

* * *

¿Hay hombres? Los hombres no importan si su sacrificio es vano. Hay intenciones. Tampoco importan, si las malas anulan las buenas y las buenas, repartidas entre los dos bandos enemigos, se enfrentan y acaban por devorarse. La patria es una idea santa. Pero cuando, en nombre de la patria, llevéis mucho tiempo sembrando el muermo y el tifus, ¿qué quedará de la patria y el patriotismo, imbéciles?...

La guerra de España es un pudridero. Es el pudridero de los principios verdaderos y falsos, de las buenas y las malas intenciones. Cuando se hayan cocido juntos en la sangre y el barro, veréis en qué se han convertido, veréis qué sopa habéis preparado. Si hay un espectáculo digno de compasión, es el de esos infelices agachados desde hace meses alrededor de la olla de la bruja, pinchando con su tenedor para sacar cada cual su tajada: republicanos, demócratas, fascistas o antifascistas, clericales y anticlericales, pobre gente, pobres diablos. ¡A vuestra salud!

* * *

En mi juventud los prelados y académicos liberales replicaban a cualquier objeción: «La Democracia es incontenible». Ahora lo incontenible es su hundimiento, en el que

os arrastra. Vemos cómo os hundís. Acaso ya no exista en el mundo ninguna legitimidad de la cual pueda esperar que, según la magnánima expresión de nuestros mayores, haya «cursado Derecho». Pero no por ello me harán declarar a favor de una explotación cínica, burlona, de unos Principios o príncipes a los que ya no sé servir. La cristiandad hizo a Europa. La cristiandad ha muerto. Europa va a reventar, así de sencillo. La democracia social ha explotado la idea de justicia y no ha cumplido ninguna de sus promesas, salvo la del servicio militar obligatorio y la nación armada. La democracia parlamentaria, la idea de derecho. La democracia imperialista reparte hoy a manos llenas la idea de grandeza. La democracia guerrera moviliza a niños de siete años, prostituye el heroísmo y el honor. Las democracias autoritarias arrastrarán con ellas hasta el recuerdo de lo que fue la libre monarquía cristiana. ¿Qué cabe esperar? Los eclesiásticos dirán al respecto lo que puedan. Sus predecesores del siglo XVI también se dejaron enredar por los políticos realistas del Renacimiento, y yo digo, afirmo, proclamo que entonces vendieron a la Cristiandad, pagaron con sangre cristiana a sus pintores, escultores, orfebres, efebos y ramerías. Lo que me apena de sus sucesores es que son honrados y lo dan todo por nada. La verdad es que ya no hay mucho que vender. Ahora ya solo queda ridiculizar hasta lo grotesco nuestras decepciones y desdichas.

Admito que Benito Mussolini podría sobrepasar a Alejandro o César. Pero por respeto a su persona y su genio, me niego a situarme entre aquellos a los que desprecia en secreto junto con su maestro Sorel, a los que Proudhon, su otro maestro, llamaba con acierto «los afeminados». Este gran hombre, en pro de su nuevo imperio, puede sacar el provecho que desee de una tradición cuyo sentido no comprende; porque ese sentido es sobrenatural. Nunca puse en duda que Charles Maurras fuese más ducho que yo en teología. Es posible, después de todo, que Mussolini no le vaya a la zaga en este aspecto. Pero se equivocan cuando hablan de cristiandad. El cristianismo reside esencialmente en Cristo. Ni Maurras ni Mussolini son cristianos. Seguramente yo no tengo ninguna autoridad para aprobar o condenar a los eclesiásticos que se creen capaces de jugársela al estado totalitario como antaño alardeaban de burlar a la revolución democrática. La penúltima alianza de partidos no nos engañó. La próxima tampoco nos engañará. Además, ya sé cómo acaban esas combinaciones, útiles en los tiempos de cancillerías. Cuando la opinión pública te está apuntando con los miles de cámaras fotográficas de la prensa universal no es el momento de jugar a Robert Houdin. Digáis lo que digáis de las mentiras de la prensa, no por ello su lectura dejará de sorber —con peligro, ciertamente— el juicio de los pobres diablos. ¿De qué sirve, por otro lado, halagar a los políticos realistas? ¿Acaso esperáis que tengan escrúpulos sentimentales? Se jactan de su ingratitud como si fuera una virtud. Los comicastro de derechas ya habían considerado un triunfo personal la farsa del imperio etíope. Después se tragaron la farsa de la Cruzada española. Occidente, cuyo adalid más insigne era H. Massis, acaba de descubrir* otro protector que a cambio de sus servicios pedirá, os lo aseguro, algo más que un sillón

en la Academia. Es Japón, la cristiandad japonesa, el caballeresco Japón que ha ganado en China sus espuelas de oro. Mañana tendréis a otro cristiano totalitario: Stalin. Con Hitler, Mussolini y el Mikado, ya tenemos a cinco salvadores totalitarios, si incluimos en la cuenta al autócrata portugués cuyo nombre no recuerdo.

No soy en absoluto contrario a la fuerza ni a los métodos de fuerza. ¿Por quién me habéis tomado? Fui a la guerra por mi propio pie, no como un perro apaleado. Después de combatir durante cuatro años, ¿iba a hacer melindres por varios miles de muertos más o menos? ¿En nombre de qué escrúpulos? Si la Santa Sede tuvo a bien permitir que los sacerdotes manejasen ametralladoras, sería una imprudencia por mi parte criticar este hecho, aunque los desfiles de la DRAC^[5], si he de ser sincero, a veces me dan que pensar. Por otro lado, nadie me ha pedido mi opinión al respecto, y si lo hiciera acaso llegaría demasiado tarde. Dado que el R. P. Janvier está de acuerdo con Paul Claudel en poner como ejemplo a los niños de nuestro país la Cruzada del general Franco, después de haber prestado nuestros curas a la Guerra Laica de la Justicia y el Derecho, no pensaréis ahora negárselos a la Otra, ¿verdad? Es probable, por tanto, que los franceses tengamos pronto ocasión de hablar de esto.

Creo que la Cruzada española es una farsa, que enfrenta entre sí a dos popurrís de partidos que ya se habían peleado inútilmente en el terreno electoral, y seguirán peleándose inútilmente, porque no saben lo que quieren y recurren a la fuerza sin saber usarla realmente. Detrás del general Franco encontramos a las mismas personas que fueron tan incapaces de servir a la monarquía, para acabar traicionándola, como de organizar una república, después de contribuir durante mucho tiempo a su llegada; los mismos, es decir, los mismos intereses enemigos, agrupados momentáneamente por el oro y las bayonetas del extranjero. ¿Y llamáis a eso revolución nacional?

* * *

Naturalmente, me diréis que los rojos no valen gran cosa y que cualquier eslogan es bueno. ¡Simples excusas! Por mí, podéis decir que el Mikado es un buen católico, que Italia siempre ha sido el soldado del Ideal —*gesta Dei*— o, incluso, que el general Queipo de Llano está hecho de la misma madera que Bayard o Godofredo de Bouillon. Allá vosotros. Pero no habléis de Cruzada. Es posible que llegue un tiempo en que los últimos hombres libres se vean obligados, en efecto, a defender con las armas los restos de la Ciudad cristiana, porque es mil veces preferible la muerte a vivir en el mundo que estáis preparando. Pero conocemos demasiado bien la tosquedad de vuestros métodos de propaganda. Ya resulta imposible hablar de Guerra del Derecho sin que se rían hasta los estreñidos. ¡No queremos que ensuciéis así la idea de Cruzada! ¿Por qué demonios pretenden apoderarse de nuestro vocabulario los políticos realistas? ¿Es que no les basta con el suyo? Y, con perdón, ¿qué se les ha perdido allí a los obispos españoles? Cuando los cruzados fascistas se hayan

asegurado sólidas bases navales y aéreas en las costas de Levante e incendien la África francesa con la intención de sacar tajada de los saqueos que siempre suceden a los siniestros, ¿se pondrán esas Ilustrísimas del lado de Mussolini, como Obispos Protectores del Islam? Es probable que mis eminentes contradictores me hicieran llegar esta réplica: «Razonemos humanamente. Nuestras Eminencias habrían arbitrado gustosa y provechosamente el conflicto español. Por desgracia la tarea nos resultó difícil, pues las circunstancias nos llevaron demasiado deprisa y con brusquedad de la monarquía a la república, de la democracia a la dictadura. En una palabra, nos faltó la perspectiva necesaria para poder hablar en términos conciliadores con posibilidades de éxito. La prudencia nos aconseja unirnos al más fuerte, y como el más fuerte aún está en ciernes, no debemos escatimarle nuestros servicios. Ya habrá tiempo para marcar distancias. A fin de cuentas, el general Franco nos protege y venga a nuestros muertos. Bien es verdad que, igual que ustedes, detrás de esos estandartes y adornos, vemos a nuestras antiguas mayorías —tan heterogéneas, por desgracia— que nos han causado grandes decepciones. ¿Serán capaces de entenderse cuando hayan {depuesto las armas? El tiempo lo dirá. Será entonces cuando podamos volver poco a poco, con cautela, a desempeñar la función que, hemos de admitirlo, se compadece más con nuestro estado. Si no lo hiciéramos así, y en el lamentable supuesto de que no se restaurase la monarquía, podríamos quedar aislados, porque el nuevo rey tendrá que negociar con Franco, no con unas fuerzas electorales que han escapado a nuestro control, dispersadas momentáneamente por la contienda. ¡Lo sentimos por el señor Gil Robles! Cuando los ánimos se hayan apaciguado, estaremos encantados de examinar con detenimiento las posibilidades de ese excelente joven y de su CEDA reorganizada. Si el señor Georges Bernanos no fuese, en su calidad de monárquico y francés, uno de esos energúmenos imposibles de situar en ningún País Real —Jerusalén terrestre cuyas llaves custodian los Reverendos Padres jesuitas—, admitiría que, puestos a contraer compromisos, el general Franco es el que menos nos compromete, porque no lo hará durante mucho tiempo. Tarde o temprano nuestras instrucciones doctrinales sobre el respeto al poder establecido, la condena del uso de la fuerza que hicimos en otro tiempo y las muestras de respeto al sufragio universal volverán a tener sentido. Si no nos cree, será porque desconoce el rasgo más característico del hombre moderno, su desprecio por las evidencias morales, su tremenda capacidad de olvido. Por lo demás, el régimen que viene, sea una república moderada o una monarquía, no puede prescindir de nosotros para afianzarse, porque tenemos fieles de izquierda y de derecha, manejamos el astil de la balanza y podemos inclinar sus platillos a nuestro antojo. Los laicos atolondrados, que pierden las mejores jugadas por reacciones imprevisibles de amor propio, deploran nuestros aparentes compromisos. Los compromisos, puede estar tranquilo, no son lo que parecen. Una vez desmovilizadas las clases, disueltos los partidos y devueltos a sus países los italianos, alemanes y marroquíes, los generales empezarán a temblar dentro de sus grandes botas, porque

España contará sus muertos. Después de una guerra civil, la verdadera pacificación empieza siempre por los cementerios. Esa tarea nos incumbe. Nadie espera que los soldados bendigan los cementerios. Entonces verá como los generales nos piden, humildemente, su parte de olvido. Ahora la palabra cruzada está de moda y a Mussolini le encanta oírlo. ¿Quién se acuerda de palabras como esta cuando ya no son útiles? ¿A quién le importan los cruzados? Antaño nuestros predecesores sacaron a millones de hombres de nuestras dulces y viejas tierras para arrojarlos a la vorágine ardiente de Asia. ¿Hay un solo día, una sola hora del año dedicados a su memoria? Nos dirá que es un hecho antiguo y que además no deja en buen lugar a unos personajes legendarios, demasiado ilustres para que les afecte la ingratitud. De acuerdo, busquemos un ejemplo mucho más familiar, casi trivial, tomado de la historia contemporánea. Cuando, en 1886, el gobierno francés decidió expulsar a las congregaciones religiosas, muchos magistrados se negaron a aplicar una medida que consideraban ilegal y dimitieron, con el aplauso de la prensa religiosa. Años después, los pobres diablos vieron con asombro como el episcopado se arrojaba en brazos de la república. Según los necios principios que usted defiende, ¿no era el momento de pedir a los felices negociadores del acercamiento que se los reintegrara en sus puestos? Pero se cuidaron mucho de hacerlo, por delicadeza natural. Esas personas sabían vivir, y si la buena educación se comiera, nunca habrían pasado hambre. Cierto es que en esta ocasión se daba un gran banquete, pero aun así se abstuvieron de mojar su último trozo de pan en la salsa. Por lo demás, nuestros venerables colegas no se lo habrían permitido, porque el éxito de la componenda exigía que la responsabilidad por los viejos errores se endosara a unos oponentes irreductibles en su género. Y eso que estos señores solo se habían sacrificado a sí mismos. Si hubieran sido tan tontos como para dejarse arrastrar por la retórica florida de los paladines de la pluma y, en su época, hubieran hecho el papel de Judas Macabeo, habrían dejado en una situación muy incómoda a nuestros venerables hermanos. ¿Acaso nuestro Santo Padre el Papa no celebró en el altar mayor de San Pedro una misa solemne en memoria de los zuavos pontificales el día que se firmó el Tratado de Letrán? Si el señor Bernanos no estuviera cegado por la pasión, se percataría de que nuestro respaldo al general Franco llega tan tarde que este militar solo podrá sacar de él un provecho irrisorio. Además, en realidad no va dirigido a él ni a los suyos: con esta muestra inofensiva de buena voluntad esperamos tocar el corazón feroz del enigmático Hitler, de quien nos preguntamos a veces, con espanto, si no será ante todo un hombre sentimental y, por desgracia, sincero. No hay modo de saber si estos alemanes de tipo wagneriano mienten o no. Qué diferencia con los estadistas de sangre latina. Con ellos sabemos a qué atenernos: su palabra no tiene ningún valor y ambas partes se ponen espontáneamente de acuerdo para tratar al contado. En resumen, el general Franco tiene en sus manos un valor difícil de negociar. Es cierto que los quisquillosos censuran o ridiculizan nuestra prudencia. “¡Cómo! ¿Habíamos vuelto al tiempo de las Cruzadas, y no lo sabíais? Habéis tardado doce meses en

daros cuenta”. ¿Qué pretendían, que escribiéramos nuestra carta la víspera del golpe de estado? A semejantes descerebrados les contestamos que incluso los aviones italianos tardaron una o dos semanas en llegar a España. Es un argumento contundente, ¿no?».

* * *

Lo es, desde luego. Lo digo sin ironía. No pretendo acusar de impostura a los obispos españoles, porque me divierto haciéndoles hablar en un idioma que me gusta, que a mi entender expresa de un modo bastante creíble sus vacilaciones y escrúpulos. Pero tampoco me gustaría que me tomaran por imbécil. En política, los beneplácitos episcopales valen lo que valen, nunca comprometen individualmente a sus autores. La Iglesia se sirve de todo y no está al servicio de nadie. Sea. El principio tiene su grandeza, pero estaréis de acuerdo conmigo en que su valor es el de los hombres cuyos hechos inspira. Grande con los grandes, mediocre con los mediocres. Es evidente que si yo, para mi desdicha en este mundo y mi posible condena en el otro, fuese el jefe de un simple partido político y me dirigiera al general Franco en unos términos así de claros, merecería esta respuesta: «¿De cuántas bayonetas dispone?». Si dijera que mi respaldo iba a ser exclusivamente moral, se reiría de mí. Y tampoco podría desdecirme sin deshonrarme. En cambio, todos convendrán conmigo en que en el caso —por lo demás improbable— de una victoria gubernamental, el episcopado español puede estar seguro de que nadie se extrañaría si entablara negociaciones con Azaña. Este formidable privilegio abrumaría a más de uno. Sé que a mí me abrumaría. ¡Elevarse por encima del honor humano, qué silencio y qué soledad! Permanecer fiel a los aliados en el éxito, abandonarlos en el fracaso, ¿será una forma más rigurosa, más sobrenatural del deber? Acaso penséis que doy demasiada importancia a un documento con el que sus autores solo pretendían romper un silencio cada vez más difícil de mantener. «Critica usted a los obispos por hablar, pero igual les habría criticado por callar. Por otro lado, los favores políticos de la Iglesia son decepcionantes y en esta ocasión tampoco habrán decepcionado a nadie, a no ser que alguien pensara que los rojos también tenían derecho a ellos, lo cual, dicho sea entre nosotros, sería bastante paradójico». Dios mío, hay rojos y rojos. Suponed que los hombres de Valencia hubieran ganado al cabo de diez meses. El papel de rehén e intermediario ante el futuro gobierno, que corresponde hoy al general Franco, lo habrían representado los católicos vascos. Desde aquí escucho esto:

Pueblo pequeño y admirable que, en medio de la tempestad, supo permanecer fiel a su palabra y al poder legítimo (legítimo a pesar de sus pecados, porque los cristianos no admiten la rebelión), y sin embargo mantuvo alto y firme el estandarte de la fe, imponiendo a sus poderosos aliados, con el respeto a su tradición y su lengua, la libertad absoluta del culto

y la protección de sus sacerdotes. ¡Asístenos, católica Euskadi! Antes de la guerra, de entre las provincias españolas, eras la más social y la más cristiana. Aquí los reverendos padres jesuitas habían prodigado las muestras de su celo e invertido enormes capitales. Os toca hoy acabar con el yerro que ha apartado de Nos, durante algún tiempo, a las masas obreras de izquierdas. Acabáis de demostrar que se puede ser fiel a la Iglesia y a la Democracia a un mismo tiempo. Conocemos vuestro corazón, católicos de Euskadi, y la República ha recibido el testimonio de vuestra fidelidad. Os toca proclamar una vez más que si bien deploramos los excesos (a menudo explicables, cuando no, lamentablemente, justificados por el egoísmo de los malos ricos), no por ello compartimos los prejuicios de los partidos retrógrados, que bien caras cobraron a la Iglesia sus atenciones y limosnas. Los que pretenden vincular el destino del episcopado español al de una rebelión militar ya vencida olvidan que antes habíamos sacrificado alegremente la monarquía católica en aras de la democracia. Es cierto que nuestros sacerdotes, esta vez, han perecido por cientos, pero los mártires pertenecen a la Iglesia y solo a ella. Han expiado los pecados de todos y, si todos pueden compartir los méritos de su sacrificio, ¿qué hombre, qué partido tendría el descaro de adjudicarse su honor? Católicos vascos, decidles a los hermanos descarriados, vuestros compañeros de lucha, que si bien Nuestra Paternidad abraza a todos los fieles, dedica sus desvelos ante todo a las clases laboriosas y, en especial, a la clase obrera. ¿Acaso no protestamos en su día contra la represión en Asturias? Sin embargo, el estadista responsable de aquella represión era uno de los nuestros, el señor Gil Robles. ¿Cómo se nos creyó capaces de aprobar y bendecir un terror militar que, a ejemplo del otro, confundía en el mismo castigo a los jefes y la tropa, a los malvados y los descarriados, a los culpables y los sospechosos? En el ejército rebelde había personas de orden, sin duda, pero ¿acaso no eran masones los generales que lo mandaban? Solo la mala fe de ciertos escritores católicos puede llevarles a afirmar que si el general Franco hubiese violado las fronteras de la libre Euskadi, habríamos bendecido tanto a los navarros cristianos como a los moros y a los hitlerianos paganos del doctor Rosenberg. Calumnias difíciles de refutar, pues la derrota del general rebelde no nos ha permitido demostrar con hechos el cariño y la admiración que sentimos por vuestro pueblo. Pero estamos dispuestos a sumarnos solemnemente a los festejos legítimos con que todos los vascos, congregados en la ciudad santa de Guernica, milagrosamente salvada de las bombas, y encabezados por sus sacerdotes, que compartieron heroicamente sus desdichas, celebrarán su liberación con los gritos mil veces repetidos de: ¡Viva Euskadi! ¡Viva la democracia cristiana! ¡Viva la Universidad de Santander!...

Diré una vez más que no lo encuentro divertido. Intento comprender.

Evidentemente, supongo que para los obispos españoles, lo mismo que para mí, los acontecimientos humanos tienen un sentido sobrenatural, pero solo a los santos o a los visionarios les está permitido interpretar su caos. A falta de algo mejor, es legítimo que prosigamos nuestro camino en medio de estos animales salvajes, como un hombre prudente que atravesara la pradera donde unos toros rumian tranquilamente al sol, con intenciones impenetrables. Por lo demás, en las situaciones peligrosas siempre puede uno hacerse el ciego o el imbécil. No voy a perder el tiempo en calificar la actitud de los prelados italianos durante la guerra de Etiopía. Su idea personal del respeto al Tratado [de Letrán], a las leyes de la guerra, no pueden comprometerme, ni como cristiano ni como soldado. Baste con eso. Con los difusores de aceite de iperita que se habían usado en Australia contra las plagas de roedores, la aviación fascista exterminó a poblaciones enteras de pobres negros, que se pudrían amontonados delante de sus chozas, mezclados con el ganado. Si los prelados italianos declaran que esa guerra les parece caballeresca, ¿qué demonios queréis que le haga? Creo saber lo que es caballeresco y lo que no, pero si tengo alguna duda al respecto nunca se me ocurriría tomar como referencia a un eclesiástico italiano.

Hasta ahora, por lo menos, el episcopado de este país no ha presentado la conquista del tan traído y llevado Imperio como una guerra santa, como la lucha entre el Bien y el Mal. Nada está perdido. Porque debo revelaros el fondo de mi pensamiento. Creo en la guerra santa, creo que en un mundo saturado de mentira la rebelión de los últimos hombres libres es inevitable. Aunque la expresión guerra santa no me sirve del todo: los santos de verdad pocas veces hacen la guerra, y en cuanto a los otros —me refiero a los que presumen de serlo—, Dios me libre de jugarme mi última carta con semejantes compañeros. Creo en la guerra de los hombres libres, en la guerra de los hombres de buena voluntad. «¿Y eso qué es?, —me diréis—, ¿qué bichos son esos?». Para mí los hombres libres son aquellos que solo aspiran a vivir y morir en paz, pero reprochan a vuestra civilización colosal el haber desvirtuado la vida y la muerte, convirtiéndolas en motivo de burla. No me importa que no lo entendáis. Sois libres también de no tomaros en serio a unos adversarios desperdigados al azar y a la buena de Dios, que a primera vista tampoco parecen dispuestos a unirse, pues sin duda no pertenecen a la misma clase social ni a los mismos partidos, ni cumplen todos con la Iglesia. ¡Los hombres de buena voluntad! ¿Y por qué no los Mansos, los Pacíficos? Pues bien, me temo que sí. Temo por vosotros que sean justamente Mansos y Pacíficos aquellos para quienes vuestro maldito mundo no vale nada. ¿Qué esperabais? Los pobres diablos nacieron en la atmósfera de las Bienaventuranzas y en la vuestra no respiran bien. Harán lo que puedan por adaptarse, porque sienten su soledad, no se la explican del todo y siempre están dispuestos a echarse la culpa, a entrar, por falta de algo mejor, de otro asilo, en las palabras que habéis robado, las palabras mágicas —justicia, honor, patria—, como los toros de lidia en el toril tenebroso, figuración irrisoria del establo oscuro y fresco, que se abrirá para ellos en el ruedo sangriento. Ahora las palabras que habéis robado

también desembocan en la guerra. ¡Pues bien! Puestos a morir, no creo que muramos en vuestras filas. Moriremos envueltos en nuestra piel, nuestra verdadera piel, y no en vuestros ropajes siniestros. Nos pudriremos tranquilamente en nuestra piel, la nuestra, bajo tierra —nuestra tierra—, la tierra que vuestras porquerías químicas aún no han tenido tiempo de adulterar, siempre que los servicios higiénicos no nos hayan rociado de gasolina convirtiéndonos en negro animal o alquitrán.

II

Si los obispos españoles perdieran el tiempo leyéndome, seguramente me tomarían por un descontento. Creen erróneamente que su papel es el del espectador que contempla una pelea callejera desde su ventana y cuando llega el policía, por supuesto con retraso y sin haber visto nada, le da sinceramente su opinión sobre los adversarios en un tono benévolo y cortés. Por lo general el policía no añade nada importante al relato moderado de un testigo tan estupendo y se limita a llevarse detenidos a los delincuentes. Esta vez, por desgracia, no hay ningún comisario de policía capaz de decidir entre los beligerantes, y aún menos un juez de paz. La intervención del episcopado cobra así una importancia en la que no había pensado. Europa, repito, está llena de guerras. Sus Ilustrísimas, ya sean de España o de otros lugares, no pierden ocasión de lamentarse por ello. De modo que están tan enterados como vosotros y yo. Europa está llena de guerras, pero hasta el más bobo empieza a darse cuenta de que estas guerras son el pretexto y la coartada de una guerra que será la Guerra, la Guerra absoluta, ni política, ni social, ni religiosa en el sentido estricto de la palabra, la Guerra que no se atreve a decir su nombre, tal vez porque no lo tiene, porque es sencillamente el estado natural de una sociedad humana cuya extraordinaria complejidad no guarda ninguna proporción con los sentimientos elementales que la animan, expresados por otras formas más bajas de vida colectiva: vanidad, avaricia, envidia. Afortunadamente estos negros blancos todavía viven en la casa de sus antepasados. Allí, con el pretexto de mejorarla pero en realidad porque no se fían unos de otros, han puesto tantos tabiques estancos y puertas blindadas que literalmente ya no saben qué hacer para abalanzarse unos contra otros, como hacen los salvajes. Y, por ejemplo, ya nadie cree en los nacionalismos, por lo menos nadie ignora que solo son la descomposición del sentimiento de la Patria. No es menos cierto que las sociedades rivales no saben cómo deshacerse de tan molestos cadáveres, ni cómo saltar por encima sin palmar antes de que les haya dado tiempo a congregarse y cortarse recíprocamente el gaznate. Lo he dicho y lo repito: la guerra que viene será una crisis de anarquía generalizada. Como se trata simplemente de despoblar un continente en el que sobran brazos y manos debido a la perfección de su maquinaria, no hay necesidad de usar medios tan costosos como la artillería. Cuando para reducir un cincuenta por ciento la población baste con un pequeño número de espías abastecidos por los laboratorios, que vayan de ciudad en ciudad viviendo cómodamente como turistas mientras propagan la peste bubónica, generalizan el cáncer y envenenan las fuentes, ¿a eso lo llamaréis guerra, hipócritas? ¿Les condecoraréis con la Cruz de San Luis o la Legión de Honor, a vuestros corredores de muermo y cólera? Tampoco se podrá celebrar el armisticio, porque ya no habrá armisticio ni declaración de guerra, mientras los gobiernos, con la mano en el

corazón, proclamarán su voluntad pacífica y jurarán por sus grandes dioses que no tienen absolutamente nada que ver con esa extraña proliferación de epidemias. Estoy traduciendo vuestro pensamiento íntimo en imágenes cuya brutalidad os irrita y de las que podéis defenderos. ¡Pero en fin! Tampoco creo que Nuestro Santo Padre el Papa esté más seguro que yo sobre el futuro del Occidente cristiano. En conclusión, no hay nada que pueda justificar los inmensos pudrideros que se avecinan, ninguno de esos *casus belli* que antaño se acariciaban amorosamente en las cancillerías. Y sin embargo es preciso que esos pudrideros se llenen. Usted mismo, el que se encoge de hombros, usted sabe que se llenarán, que los verá repletos, a menos, señor mío, que ya esté dentro. Para esos fines delirantes solo se puede utilizar razonablemente el fanatismo religioso que sobrevive a la fe, la furia religiosa consustancial a la parte más oscura, más venenosa del alma humana. ¿Quiénes lo utilizarán? ¿Qué monstruos? Por desgracia, quizá no queden ya monstruos. Los que sueñan con sacar provecho de estas perversiones como harían con cualquier eslogan son unos infelices que no se dan cuenta de su terrible, demoníaco poder. Además, tampoco creen en el diablo. Prenderían fuego a los hombres por una jugada de Bolsa, sin haber pensado ni un momento en cómo apagarlo. No saben absolutamente nada del hombre, al que entre ellos definen como una máquina de ganar o perder dinero, una máquina de dinero. ¿Y los demás? Los demás están desesperados, desesperados sin saberlo, con esa clase ruin y algo cómica de desesperación que se llama aturdimiento, la desesperación al alcance de los imbéciles. No quieren darse cuenta, por desgracia. Aunque no soy muy viejo, he conocido el tiempo en que los imbéciles creían vivir en un mundo sólido, bien guardado, el Mundo Moderno, superior a todos los que le habían precedido, aunque necesariamente inferior al que llegaría después. Conocí el tiempo en que la palabra moderno significaba mejor. Ahora bien, la amargura desengañada de los grandes pensadores del último siglo —un sentimiento tan ajeno al francés medio contemporáneo de la Exposición de 1900 como la economía de Karl Marx o la estética de Ruskin— proporciona a la gran prensa popular sus motivos preferidos, aunque traducida a un lenguaje farragoso. Qué más da, diréis, esa gente necesita cierta cantidad de tópicos para repetírselos unos a otros como loros, con los ademanes afectados, los pavoneos y los guiños de ese volátil. Pero no se crían loros con vino perfumado con aromas del Libro de Job o del Eclesiastés. Deberían pensarlo todos esos estúpidos tan comedidos que no miden ni su propia estatura, los que citan a La Fontaine cada dos por tres, como si el perfecto poeta hubiera ido más lejos en la vida que en el amor, cuando lo único que hizo fue toquetearlos a ambos con sus viejas manos tortuosas que en vano vigilaba *madame* de La Sablière. Porque la cordura del viejo es una cordura senil, se diría que tiene su olor. No desprecio sus máximas; nueve de cada diez veces os servirán para no hacer tonterías. Pero en una vida humana son pocas las situaciones decisivas que le dan sentido, y en esos momentos la sonriente sabiduría del Bonachón solo sirve para que por un instante desatendáis la llamada imperiosa del riesgo o de la gloria —o simplemente de la

Fortuna—. En la juventud o en la prosperidad —que es otra juventud— se presta mucha atención a los razonamientos tranquilizadores de estos escépticos que pretenden estar de vuelta de todo. Pasan los años, y al cabo uno se pregunta adonde habían ido en realidad. Por ejemplo, supongamos que el delicioso Jacques Bainville hubiera vivido tanto como Matusalén. Durante novecientos años, ¿habría hecho algo más que dispensar ingenio a los imbéciles? Este demonio de sutileza era sobre todo un traficante de ilusiones, un tipo semejante al vidriero de Baudelaire. Brindaba a los mediocres, con una sonrisa forzada cuya amargura era su venganza y su secreto, la única ilusión que Natura suele negarles, la ilusión de haber entendido. Por lo demás, con estas experiencias de biblioteca pasa lo mismo que con la rutina de los viejos verdes. En su época La Fontaine dejaría boquiabierto de admiración y envidia (porque a los viejos verdes les gusta alardear) a más de un mozalbete. Pero muchos de ellos se darían cuenta enseguida de que la estrategia del buen hombre solo era adecuada para el gentil rebaño amoroso con que pobló sus *Cuentos*. En presencia de una mujer de verdad, de esas que se poseen o no, el pobre viejo discípulo de Horacio, siempre algo achispado como su maestro, seguramente no imaginaba nada mejor que introducir bajo las faldas una mano endeble, con riesgo de recibir al instante en su cara la de su diosa. Vemos así que el carrillo de los doctores en realismo, en cuanto se calientan, enrojece con el bofetón de lo real.

* * *

No nos engañemos pensando que el hombre medio experimenta pasiones medianas. Por lo general, solo parece medio si se acomoda con docilidad a la opinión media, lo mismo que un animal de sangre fría al medio ambiente. La simple lectura de los periódicos demuestra que la opinión media es el lujo de los periodos prósperos de la historia, y que hoy en día cede terreno por doquier a la tragedia cotidiana. Para formarse un juicio medio sobre los sucesos actuales haría falta la inspiración de un genio. Con sucesos medios hace el hombre medio su miel, ese elixir dulzón al que André Tardieu quiso un día atribuir propiedades embriagadoras. Es evidente que si sentáis a un hombre medio sobre un haz de leña encendido, sacaréis al mismo tiempo su secreción. Con el trasero ardiendo, correrá a refugiarse en cualquiera de las ideologías de las que antes huía con espanto. La desaparición de las clases medias se explica muy bien con la lenta y progresiva destrucción de los hombres medios. La clase media ya no se renueva. Las dictaduras aprovechan este fenómeno, pero ellas no lo han creado.

Me parece inútil contar con los hombres medios para una política media. Los hombres medios tienen los nervios a flor de piel, sería sumamente peligroso excitarles. Sin que pretenda convertirme en censor de cierta elocuencia clerical, tengo derecho a decir que, si bien en la época de Jacques Piou o en los labios del llorado Albert de Mun era inofensiva, hoy se dirige a unas imaginaciones trastornadas por la

angustia. Los contemporáneos de Jacques Piou, evidentemente, estaban indignados con la política de Combes, pero jamás se creyeron capaces de desatar una rebelión abierta contra ese minúsculo politicastro de cabeza de rata. Y eso por un motivo que debo exponer exactamente como lo pienso: entonces los negocios iban viento en popa. Esta observación no tiene ninguna intención hiriente. Ni el más optimista de los obispos españoles se atrevería a decir que muchos cristianos pueden sentirse tan consternados por la aprobación de una ley contraria a la libertad de enseñanza como por la noticia de su propia ruina, sobre todo cuando esa ruina es irremediable, pues está en función, como dicen los matemáticos, de la ruina universal. De modo que una cosa era hablar de los héroes de la Vendée a los pacíficos súbditos de Armand Fallières, y otra poner como ejemplo la guerra civil española a unos pobres diablos que dudan de todo, de la propia sociedad, y están dispuestos a decir: «¿La Cruzada? ¡Adelante con la Cruzada!...», lo mismo que cinco minutos antes pensaban: «¿El comunismo? ¿Por qué no?».

Repito, Eminencias, que Sus Ilustrísimas no parecen del todo conscientes de la responsabilidad que asumen. «La guerra civil ya dura quince meses —piensan—. Ensalzarla hoy no compromete a nada». ¡Ustedes perdonen! La idea de Cruzada está en el aire: la de las Fuerzas del Bien contra las Fuerzas del Mal. No faltaré al respeto que debo al episcopado si digo que la tarea es de aúpa, y como Sus Ilustrísimas la aprueban, tienen el deber de organizarla. No es que me crea personalmente preocupado: soy monárquico y, si he de luchar, no serán Ellas quienes me den órdenes, ni un jefe. Pero Ellas tampoco pueden dejar la idea de Cruzada en el primer recodo del camino sin tomarse la molestia de examinar quién va a recogerla. «¡Adelante por el Bien contra el Mal!», y he aquí que Japón contesta: «¡Presente!», con su impagable voz de clarinete. La ardiente caridad del nuevo campeón ondea en los cuatro extremos de Shanghai. ¿No les parece a Sus Ilustrísimas que se están burlando de sus mitras?

* * *

Siempre podrán decir que hablo en mi nombre, que es lo mismo que en nombre de nadie. Pero imaginen que hablo en nombre de cien mil hombres dispuestos a luchar. ¿Me creerían tan ingenuo como para arrojar a mi gente a la batalla con una consigna tan vaga como: exterminar a los malos? Para empezar, ¿qué malos?

—Aquellos que os señalen las personas de orden.

—No me fío de las llamadas personas de orden. ¿Por qué no designan Sus Ilustrísimas mismas a los réprobos? Porque nos hemos hecho cruzados contra los enemigos de Dios, los que el propio Dios nos señala para que acabemos con ellos.

—Los enemigos de la sociedad querida por Dios son los enemigos de Dios.

—De acuerdo. Pero justo es reconocer que la sociedad tiene dos clases de enemigos, los que la explotan desde dentro con el egoísmo y la injusticia, y los que

desde fuera se han propuesto destruirla. Si el Ángel del Señor cruzase hoy los Pirineos para abatir con su espada ardiente, en uno y otro bando, a estas dos clases de anarquistas, en el sentido exacto de la palabra, ¿no veríamos disminuir sus efectivos, Eminencias? ¿O simplemente debemos considerar enemigo a todo cismático, hereje o agnóstico que sea incapaz de recitar de corrido el Símbolo de Nicea?

—¡No hagáis tal cosa, desdichados! Herejes y agnósticos los hay, por desgracia, en todas partes. Y también están los infieles. Dejad de hacernos preguntas. No somos hombres carnales, bendecimos o maldecimos las intenciones, por lo menos tal como se expresan. El resto lo juzgará Dios.

—Por supuesto. Ustedes maldicen las intenciones, pero no se fusila por intenciones. Si solo quieren ocuparse de las intenciones, ¿por qué se entrometen en una batalla de hombres? Los hombres tienen suficientes pretextos para romperse la cabeza. ¡No nos estorben, Eminencias, salgan del campo de tiro! En cuanto se les presente una ocasión favorable volverán a ser hombres de paz y nos dejarán entre dos fuegos, como hizo Luis XVI con los suizos. No volveremos a oír hablar de ustedes hasta el día en que un buen cura, algo pálido y balbuciente, una madrugada fría que yo sé, vendrá a exhortarnos mientras unos martillazos clavan algo detrás de la pared. Por eso mi petición no tiene el carácter que ustedes podrían atribuirle. Una guerra civil es deseada por unos pocos, pero ante todo es el modo de resolver un complejo psicológico: «¡Acabemos de una vez por todas!». Al adversario no hay que reducirle, sino eliminarle, ya que la sociedad se muestra incapaz de hacerle volver a su redil. Está fuera de la ley, la ley ya no le protege. Ya solo le queda la piedad, pero en una guerra civil la piedad sería un ejemplo deplorable para la tropa. No pensarán que los soldados del general Franco habrían soportado ver como unos moros piojosos pasaban a cuchillo a unos españoles que pedían perdón en su propia lengua, si no hubiesen creído, inducidos por sus jefes, que esos compatriotas eran unos monstruos. No hay piedad en una guerra civil, y tampoco hay justicia. Los rojos de Palma, que en su mayoría eran miembros de partidos de izquierda moderada, no tenían nada que ver con los asesinatos de Madrid o Barcelona, lo que no les libró de que les mataran como a perros. A la guerra civil no se va con abogados, jueces y códigos penales en los furgones. No me gusta nada esa tarea, pero puede que algún día me la impongan. Entonces, creo que intentaré mirarla de frente, antes de remangarme. Lo que les reprocho a sus hombres de orden es que van a la injusticia igual que al burdel, rozando la pared; eso cuando no sienten la necesidad, apagado su apetito, de soltarle un sermón paternal a la pobre chica, vestida con un par de medias, que les escucha bostezando sentada al borde de la cama. La ley de los sospechosos, por ejemplo, ¿acaso no está escrita con todas sus letras en cualquier código de guerra civil? ¿A qué vienen tantos remilgos? «¡Fuego contra el que se mueva!»: convendrán en que un grave jurisconsulto no tendría mucho que decir de esta máxima. El que se mueve puede ser un herido agonizante, ¿qué importa? En Mallorca los nacionales no dejaron vivo ni a uno solo de los heridos o enfermos que hicieron prisioneros durante las

operaciones de guerra contra los catalanes, en agosto y septiembre del 36. ¿Por qué no les iban a matar, pregunto? Al estar fuera de la ley también estaban fuera de la humanidad, eran fieras —*feres*—, bestias. ¿No bastaba con eso? ¿O también vais a hacer de ellos unos réprobos? Hasta ahora la Iglesia toleraba que les eliminasen. ¿Conviene ahora dar a esa eliminación el carácter de un hecho meritorio, justificado por motivos sobrenaturales? No lo sé. Me gustaría que se precisara. Es difícil tratar a los soldados del Ejército del Mal como beligerantes cualesquiera. ¿No pertenecerían por ello a la jurisdicción eclesiástica? Su crimen es precisamente el que castigaban con más severidad los tribunales del Santo Oficio, y la historia nos enseña que ni las mujeres ni los niños se libraban de esos tribunales. ¿Qué debemos hacer con las mujeres y los niños? Me pregunto qué hay de ridículo en la cuestión que estoy planteando. Porque es falso responsabilizar de la Inquisición a la Iglesia o a los Reyes Católicos: fueron las costumbres las que la crearon. A fin de cuentas, cuando encendía hogueras por toda España, el país contaba con muchos más teólogos eminentes que hoy y, como el Evangelio se predicaba desde hacía mil quinientos años, cabe suponer que no hemos aprendido mucho desde entonces. Los usos evolucionan más despacio que las costumbres, o más bien habría que decir que las costumbres no evolucionan, pues parecen sujetas a los cambios bruscos y profundos que marcan el origen y la decadencia de los periodos históricos, como las mutaciones de las especies animales o vegetales. El mundo está maduro para cualquier forma de crueldad, fanatismo o superstición. Bastaría con que se siguieran respetando algunos de sus usos y, por ejemplo, que no se violentase su curioso sentimiento de amor a los animales, uno de los escasos logros, quizá, de la sensibilidad moderna occidental. Creo que los alemanes no tardarán en acostumbrarse a quemar a sus judíos, y los estalinistas a sus trotskistas. Lo he visto, lo he visto con mis propios ojos, lo he visto, yo, quien os habla, he visto a un pequeño pueblo cristiano, de tradición pacífica, de una extrema y casi excesiva sociabilidad, endurecerse de repente, he visto cómo se endurecían sus rostros, hasta los de los niños. De modo que es inútil tratar de mantener el control sobre ciertas pasiones cuando se han desatado. ¿Debemos utilizarlas tal como son? ¿Debemos correr ese riesgo? ¿Debemos ahogar en sangre, como los contemporáneos de Felipe II, esas grandes herejías que están en cierne, pero ya se agitan bajo tierra?

En Mallorca, durante meses, los equipos de asesinos, transportados rápidamente de pueblo en pueblo con camiones requisados para ello, mataron fríamente, con conocimiento de todos, a varios miles de individuos que se consideraban sospechosos, aunque el propio tribunal militar tuvo que renunciar a presentar contra ellos la más mínima acusación. El reverendísimo obispo de Palma estaba informado del hecho, como todo el mundo. No por ello dejó de mostrarse, siempre que tuvo ocasión, al lado de los ejecutores, algunos de los cuales tenían notoriamente en su haber la breve agonía de un centenar de hombres. ¿Será esta la actitud futura de la

Iglesia? A estas alturas la pregunta tiene mucha menos importancia para los españoles que para nosotros. Pues parece verosímil que los generales del pronunciamiento, para salvar el pellejo, permitirán la restauración de la monarquía que destruyeron hace seis años. La hazaña solo habrá costado un millón de hombres. El gasto, evidentemente, parece enorme. Pero al menos habrá librado a España por mucho tiempo de participar en cualquier cruzada. Se ha quedado al margen de Europa, detrás de sus montañas, como en el pasado. Allí la depuración ha terminado. Pienso en la depuración de mi país, que aún no ha empezado, pienso en la depuración de los franceses. Tenemos poco tiempo para ganarnos a una parte de la clase obrera. Si la lucha de las Fuerzas del Bien contra las Fuerzas del Mal está tan cerca como dicen, es menester moverse deprisa y con energía. ¿No podrían asumir ustedes sus responsabilidades, como nosotros asumiremos las nuestras cuando llegue el momento? Porque no será con Paul Claudel o el R. P. Janvier con quienes ganarán su cruzada, sino con nosotros. Por eso tengo derecho a decírselo tranquilamente a la cara, como estoy haciendo. Si unos infelices creen que ironizo, lo siento por ellos. Hoy no es Rusia la única que desea una revolución en Francia. Los otros dos estados totalitarios no sacarían un provecho menor; y será la revolución de izquierda, lógicamente, la que tendrá sus preferencias, porque sacudiría más profundamente la estructura del país, rompería sus moldes, nos apartaría de las democracias capitalistas y permitiría a los dictadores unas combinaciones más fructíferas. Es posible, pues, que nos veamos obligados a disparar los primeros. No sin riesgo de equivocarnos. Por mucha que sea su desenvoltura, ningún predicador de la Buena Guerra se atrevería a afirmar que las Fuerzas del Mal están tan bien delimitadas que nuestros golpes serían certeros. Les concedo un veinte por ciento de saqueadores, incendiarios y verdugos, y ya es mucho, no crean. Por desgracia la chusma pocas veces se pone a tiro de las ametralladoras. Pueden estar seguros de que la nuestra también dedicará sus esfuerzos a la retaguardia, a la moral de la retaguardia, a los traidores, a los espías, a los derrotistas de la retaguardia. Delante de nosotros solo quedarán los bravos obreros franceses, tan brutos, por ejemplo, como para creerme amigo de André Tardieu y dispuestos a fusilarme como tal, ¡pobres diablos! ¿Habrá que tratar como fieras a personas que aprecio?

—¡Pues trátelos como le parezca!

—Perdón. La vergüenza de las guerras civiles es que ante todo y sobre todo son operaciones policiales. La policía, en ellas, lo inspira y ordena todo. Pongamos que soy combatiente en el frente de España y trato de oponerme a las ejecuciones sumarias: me fusilan a mí también. La guerra civil no se hace con guante blanco. Su ley es el Terror, bien lo saben Sus Ilustrísimas. Los obispos españoles lo saben tan bien que se han visto en la necesidad de aludir a los excesos lamentables, a los abusos inevitables, en un tono que no tiene nada de militar. Lo siento, pero esas fórmulas de absolución general carecen de valor para mí. El error de Sus Ilustrísimas sigue siendo el mismo. Se diría que ven la guerra como una especie de carnalada, como una alegre suspensión de la moral común, con gente que se entrega a la crueldad como las

comparsas de Carnaval a sus bailes desvergonzados. Cuando los últimos farolillos se han apagado, conviene acoger al hijo querido con una sonrisa amplia y paternal: «Tranquilo, hombre, tranquilo. A veces uno no se puede negar un pequeño placer. Olvidemos eso». Pero, Eminencias, esos no son en absoluto pequeños placeres.

—No nos negará que en lo recio de la batalla los militares se vuelven feroces, semejantes al caballo de la Escritura que resopla y escarba la tierra. Lo sabemos bien gracias a Claudel, que sabe lo que es la guerra, que incluso ha escrito poemas de guerra. A fin de cuentas, si estás delante de un hombre que un momento antes ha querido matarte, es bastante excusable, aunque sea un prisionero, que le pinches un poco con la bayoneta, esa bayoneta a la que los valientes veteranos franceses llamaban Rosalía, ¿no es así?

—¡No, no! Sus Ilustrísimas se equivocan. Los guerreros, a excepción de la señora Chenal o del señor Paul Claudel, no saben nada de Rosalías. Yo creo que Rosalía debe entenderse como una bayoneta rosa de sangre. Esta broma feroz y traviesa no tiene, os lo aseguro, nada de militar. Con todo respeto, creo que traduce a un lenguaje poético las delectaciones morosas de ciertas damas privadas de ternura o atormentadas por la edad. Eminencias, muchas damas se hacen del guerrero de permiso la idea que mejor estimula sus facultades amorosas. No caigan inocentemente en la misma ilusión. Las viejas inglesas también están convencidas de que el aficionado solo va a la plaza para ver caballos despanzurrados, pero son ellas, ¡pobres queridas cosas^[6]!, las que solo tienen ojos para esas porquerías. Es posible que antiguamente la guerra formase gladiadores y beluarios. Por lo menos en los pueblos con sangre de sátiro. Pero cuando un hombre se ha enfrentado una vez al muro naranja y negro de la barrera de fuego, en medio del bramido de mil sirenas de acero, y luego, conteniendo el aliento y hundiendo en el barro sus gruesas botas, se ha alineado mal que bien con lo que queda de su sección, no tiene tiempo de pensar en bagatelas, es decir, de odiar al enemigo... No, Eminencias, no vuelvan a equivocarse, no ha bebido. Ya se emborrachará después. Está a las puertas de la muerte o acaso un poco más allá, pero no lo sabe, no sabe nada de ese desprendimiento esencial, fundamental, que ya no tiene los colores de la vida y ha adquirido una especie de transparencia sobrehumana. No hay proporción entre las fuerzas estentóreas a las que se enfrenta y la rebelión o la ira de un pobre diablo como él; y aunque a menudo se crea muy ocupado en no dejarse los calzones en las alambradas, les aseguro, Ilustrísimas, que entonces camina desnudo a los ojos de Dios. Son confidencias que pocas veces les harán, por la sencilla razón de que las puertas de la muerte no están en ninguna señal ferroviaria. Aquellos que, ingenuamente, se han dado a sí mismos el chusco nombre de Excombatientes, ya pueden regresar en familia al lugar exacto donde recibieron el bautismo de fuego, que no recuerdan nada, y a falta de otra cosa se inventan historias. Porque los recuerdos de guerra se parecen a los recuerdos de infancia.

* * *

Sus Ilustrísimas deben comprender que el heroísmo sería bien fácil de definir si anduvieran por ahí unos héroes patentados capaces de responder a las consultas de los curiosos sobre la materia. Pero los héroes no se creen héroes, como tampoco se creen santos los santos. Como ustedes saben, los segundos, mientras aguardan la decisión de la Iglesia, a veces tardía, e incluso mucho después, tienen que encomendar su gloria a unos canónigos eruditos, que los transforman a su imagen y semejanza. Hasta en la guerra las ocasiones de ser heroicos, siquiera un instante, surgen con menos frecuencia de lo que ustedes piensan. Aunque se haya hecho prisionera a toda una sección de ametralladoras, esta hazaña puede dejar una impresión algo confusa, que un elogio excesivo no tarda en volver desagradable. No se tendrá, en cambio, ninguna duda acerca de alguna experiencia modesta, tan modesta que ni siquiera sirve para un relato, en la que, de la fatiga, del asco, de la angustia, de la rebelión misma de la carne extenuada, surge súbitamente la aceptación de la muerte, no deliberada ni alegre, sino más íntima, más profunda: la reconciliación pacífica de la vida y la muerte, como un milagro de luz. Eminencias, estas palabras no van dedicadas a Sus Ilustrísimas, pues comprendo que la idea que se han hecho de los soldados de mi país es muy distinta. En este momento escribo para aliviar mi alma, porque estoy harto de oír cómo unas veces se denigra la guerra y otras se ensalza, sin entender nada de ella. Esos momentos fueron nuestros, solo nuestros, tan nuestros que la memoria suele ser incapaz de devolverlos a la trama de la vida. Fueron lo que fueron, fueron una vez, solo en apariencia se vinculan con ciertas imágenes comunes a todos, de suerte que el mecanismo de la memoria, para evocarlos, gira en el vacío. En vano indagarían sobre ellos Sus Ilustrísimas. «Es verdad —acaso les confiesen mis antiguos compañeros—. Había días en que todo nos daba lo mismo. No es ningún misterio». Habrían contestado lo mismo veinte años antes cuando, con una canción en los labios, marchaban hacia unos pueblos luminosos rebosantes de cantos de gallos y alegres tintineos de cubos en el brocal. Les veo en insólitas mañanas, en las plazuelas soleadas, con el capote aún tieso de barro y sus dichosas polainas. «¿Nos pillamos una curda? ¡Vamos!». Trataban de sonreír, con sus barbas de tres semanas y las mejillas tan hundidas que sonreían de través; ¡rostros, oh, queridos rostros, oh, rostros de mi país! Sé que emborracharse no está bien. Creían que ahogaban en un vino ilusorio, en una cerveza ácida, el miedo de ayer y el de mañana. Pero no era el miedo, era el recuerdo de la gracia recibida, porque tenían prisa por volver a ser hombres como los demás, por volver a estar en su piel de pobres electores movilizados, como antes, cuando se quitaban la ropa del domingo, se ponían el pantalón de pana y estiraban los dedos de los pies en las alpargatas.

—¿La gracia recibida? ¿Qué gracia?

—Es que no encuentro una palabra mejor: una gracia, un don. Que fueran

incapaces de valorar su precio no cambia nada, creo yo. Muchos creían incluso que era un mal presagio. «Hay días en que no le tienes apego a la vida», decían. Seguramente temían que la vida, en justa correspondencia, no les tuviese apego a ellos, que les olvidara. Y entonces pensaban tranquilamente en emborracharse, emborracharse al precio más justo. Se emborrachaban, en efecto, y volvían a ser pobres diablos. ¿Es eso lo que llamáis, creo, abusar de la gracia? Por suerte ignoraban la naturaleza de ese pecado y su gravedad. La mayoría ignoraba hasta la palabra misma de gracia. En otra ocasión discutiremos —cuando queráis— si era ignorancia u olvido, porque muchos de ellos estaban bautizados. Tan solo quiero decir que alguna vez, quizá, habían sido dignos de la gracia, de la sonrisa de Dios. Porque sin saberlo, en el fondo de sus agujeros fangosos, llevaban una vida fraternal. No es que se comportasen de un modo irreprochable unos con otros, ni que se llamasen hermanos como hacen los frailes, ya que para expresar su cordialidad solía bastarles con una palabra de tres letras que no me atrevo a reproducir^[7]. ¡Hacerle el turno de guardia a un compañero extenuado, cuando arrecia el zumbido de las granadas al caer la noche, no es moco de pavo! Lo hacían, y muchas cosas más. Se repartían el último mendrugo de pan, bebían juntos la última cantimplora de café apestoso, y con sus manazas torpes, acompañándose de: «¡Perra suerte la nuestra!», y: «¡Maldita miseria!», metían su paquete entero de vendas en el antro abierto de un vientre, sobre el que goteaba el sudor de su frente. ¡Tampoco es moco de pavo, cuando las balas de las ametralladoras petardean a la altura del hombro! De nuevo llamo la atención de las Eminencias españolas sobre este particular. Cuando se vive así es difícil odiar al enemigo. El don diario de sí mismo no inclina a ninguno de los sentimientos —odio, envidia, avaricia— que encierran al hombre en sí mismo, que lo convierten en su propio fin. Es fácil acostumbrarse a los muertos, a la visión, al olor de los muertos, pero los pudrideros son los pudrideros. Allí un bruto se transforma en un cobarde, y un cobarde se pudre, se licua. Mientras haya soldados en el mundo, no les impediréis que hagan honor al riesgo, y quien hace honor al riesgo se lo hace al enemigo. Es la ley del deporte y de la guerra.

—Pero ¿quién se lo impide?

—Pondré un ejemplo. No sé lo que hicieron o dejaron de hacer los cruzados de la Península. Lo único que sé es que los cruzados de Mallorca ejecutaron en una noche a todos los prisioneros que habían hecho en las trincheras catalanas. Llevaron ese rebaño a la playa y lo fusilaron sin darse prisa, una res tras otra. ¡No, Eminencias, no crean que estoy acusando a su venerable Hermano, el obispo-arzobispo de Palma! Como de costumbre, se hizo representar en la ceremonia por varios de sus curas que, vigilados por los militares, brindaron sus servicios a esos desdichados. Podemos imaginarnos la escena: «“A ver, Padre, ¿está ya listo ese?”. “Un momento, señor capitán, enseguida se lo paso”». Sus Eminencias afirman que en estas circunstancias han obtenido resultados satisfactorios. ¿Qué más me da? Si hubieran tenido más tiempo y, por ejemplo, se hubieran molestado en sentar a sus pacientes sobre una olla

de agua hirviendo, estos eclesiásticos seguramente los habrían conseguido mejores. Hasta habrían logrado que cantaran las vísperas, ¿por qué no? Me tiene sin cuidado. Una vez terminada la faena, los cruzados apilaron el ganado —reses absueltas y sin absolver— y lo rociaron con gasolina. Es posible que, debido a la presencia de sacerdotes de servicio, esa purificación por el fuego tuviera un significado litúrgico. Desgraciadamente, solo a los dos días pude ver a esos hombres, ennegrecidos y lustrosos, retorcidos por las llamas; algunos habían adoptado al morir unas posturas obscenas que escandalizarían a las damas palmesanas y a sus distinguidos confesores. De ellos escurrían regueros de alquitrán hediondo, que humeaba bajo el sol de agosto. A propósito, creo que el señor Bailby, director de *Le Jour*, tiene algún peso en el sindicato de periodistas. Le informo, de paso, que el barón Guy de Traversay, secretario general de *l’Intransigeant*, se encontraba entre esos muertos.

* * *

¿He de repetir que aquellas imágenes no me quitan el sueño? Son imágenes de guerra civil, muy monótonas a la larga. En 1914, un alemán, por ejemplo, era lógicamente un indeseable mientras hollara, armado, el suelo de nuestro país. Prisionero, herido o enfermo, se incorporaba de inmediato a la parte estimable de la humanidad. Ni los más idiotas de la retaguardia osarían afirmar, por lo menos en público, que los ejércitos alemanes, austríacos o búlgaros eran los Ejércitos del Mal. Pero los rojos son los rojos. Lo mismo que la caza reservada antiguamente a los inquisidores, las personas de desorden eran más temidas por su lengua que por sus armas. Estos pervertidores de conciencias pertenecen a una especie tan venenosa que el mero contacto con ellos se paga con la muerte. Volviendo al secretario general de *l’Intransigeant*, no le sirvió de nada decir que era un periodista francés. No creo que nadie me desmienta si imagino que tras un breve diálogo entre dos oficiales españoles, fue ejecutado porque le encontraron un triste papelito mecanografiado, firmado por funcionarios de la Generalidad, que le recomendaba a la benevolencia del capitán Bayo. Es perfectamente posible que un papel parecido, firmado por las autoridades nacionalistas de Palma, me hubiera deparado la misma suerte entre los republicanos. Pero no lo puedo afirmar, pues, que yo sepa, la gente de Valencia no ha fusilado a ningún periodista francés. Más fácil me resulta decir que, como los anarquistas de la FAI no tienen, según proclaman, ni Dios ni Amo, esto habría evitado buscar a mi eventual asesinato otra justificación que no fuera su real gana. Yo en cambio he tenido un trato largo, muy antiguo, con la conciencia de la gente de bien, conozco sus corazones. Si matan o admiten que se mate, es porque antes, supongo, se han puesto en regla con Dios y con sus amos, con la Ley, y sobre todo con la opinión de la gente de bien, porque tienen hijos por situar e hijas por casar. Es evidente que el capitán-cruzado que tuvo en sus manos el destino de nuestro compatriota no le creía capaz en absoluto de asesinar a curas catalanes o saquear

iglesias malagueñas. Ni culpable ni cómplice, ¿acaso moralmente responsable? Como antaño eran responsables de la matanza de rehenes, ejecutada por un centenar de granujas, los veinte mil comuneros liquidados por los soldados del general Galliffet; aunque los obispos franceses de la época no creyeron indispensable solidarizarse, en nombre de Dios, con ese militar.

* * *

Seguramente a Sus Eminencias españolas les parecerá que argumento muy despacio, pasito a pasito. ¡Tengan paciencia! Si discutimos sobre lo pasado es con una legítima preocupación por el futuro. No me cansaré de repetir que cualquier día de estos puede darnos por emprender la depuración de los franceses siguiendo el ejemplo de la depuración española, bendecida por el episcopado.

—No se preocupe —me soplan al oído Sus Ilustrísimas—. Cuando la cosa esté en marcha cerraremos los ojos.

—Si precisamente lo que quiero es que no cierren los ojos. ¡Eminencias! Si cierran los ojos, yo me conozco, de inmediato dejaría de fusilar a la chusma. Para cumplir como es debido esa tarea no necesito indulgencia, sino aliento. Tampoco estaría de más la amenaza del infierno, en caso de negligencia. Por desgracia tengo muchas tentaciones, pero ni siquiera después de una comida copiosa se me ocurre decir: «¡Lástima que la prudencia de mi director [espiritual] me impida depurar!». ¡Depurar es un trabajo difícil, una tarea agotadora! Si algún día tengo que ponerme a ello, ¿a quién diantres quieren Sus Ilustrísimas que me dirija?

—Nuestras Eminencias no saben mucho de esas extravagancias. Usted solo sirve para soldado raso de la Cruzada, o acaso para cabo, pues dice que obtuvo ese modesto grado en la última guerra. Sería insólito queuviésemos que animarle a matar. ¿No es acaso su cometido de soldado? Demasiado prestigio tiene ya el Mal, y nos arriesgaríamos a escandalizar a los débiles con un quijotismo que no se compadece en absoluto con la santidad de nuestro ministerio. Nunca nos ha pasado por la cabeza la idea de honrar a los enemigos de la Iglesia. Es menester, por el contrario, rebajar su soberbia, su vanagloria, humillarlos. El acicate de cierta injusticia facilita su expiación en este mundo y les ahorrará en el otro los peores suplicios. No tienen nada que perder. Bien mirado, el fuego de las hogueras les hacía antiguamente el mismo favor. El pecado sería obrar así por odio. Basta, pues, con que deseemos su salvación y nuestros teólogos afirmen que es posible, porque Dios murió por todos, este punto de la doctrina debe mantenerse. La indulgencia de los doctores solo puede hacer reflexionar al reducido número de fieles que leen sus libros. La mayoría de nuestros parroquianos siempre preferirá creer a pies juntillas que fue la lujuria lo que condenó a Lutero, y que los distinguidos colaboradores de *l'Ami du Clergé* derrocharon inútilmente, polemizando con el pobre Lamennais, las últimas reservas de su caridad. Es menos útil refutar a los falsos profetas que apartar de ellos

a nuestro rebaño. Tampoco se nos ocurre decir que los miles de españoles fusilados por nuestros cruzados eran asesinos de curas y monjas. ¿No es mejor hacer pasar a personas decentes descarriadas por asesinos, que aventurarse a que los asesinos pasen por personas decentes? En este caso no hay errores judiciales irreparables, porque todos los juicios se pueden revisar en el otro mundo.

—Pero, Eminencias, ¿el pecado irreparable no será precisamente fusilar a inocentes?

—Por eso nosotros, hombres de Iglesia, príncipes de la Paz, servidores de los servidores de un Dios servidor de todos, dada nuestra impotencia para asumir el control de una represión laica ferozmente brutal, preferimos dejar en la buena fe a nuestros hijos militares. ¿De qué serviría turbar sus conciencias, si sus jefes se lo ordenan y ellos deben obedecer bajo pena de muerte? Con vuestras teorías, la Cruzada habría acabado incurriendo en la ejecución legal, por indisciplina, de nuestros fieles más escrupulosos, en quienes la caridad de Cristo se habría conmovido con varios meses o semanas de antelación. ¿Qué tiene de malo dejarles un poco más de tiempo bajo el signo de la justicia? Después de evitar así los consejos de guerra, poco benévolo con los objetores de conciencia, volverán a encontrar la misericordia cuando tengamos necesidad de ellos, y nos facilitarán enormemente la tarea cuando los Reverendos Padres jesuitas demócratas consideren que ha llegado el momento de acercarse a las masas obreras. Esta política empírica parece desprovista de nobleza. En efecto, muy noble no es. A pesar de todo nos hemos prometido ir tirando con ella hasta el último día, porque creemos que este mundo es incurable, aunque no lo decimos claramente. Si el mundo tuviera curación, ya lo sabríamos desde hace dos mil años. El mundo pagano era duro, pero en él había un principio de sumisión temerosa a las fuerzas de la naturaleza, a sus leyes, al destino. La esperanza cristiana sacudió sus severos cimientos. Para derribar las viejas murallas, ¿no basta con que unas, flores silvestres hagan crecer sus raíces en cada fisura con la humedad de la tierra? Y vemos que la Esperanza, desviada de sus fines sobrenaturales, incita al hombre a la conquista de la Felicidad, infla nuestra especie con una especie de orgullo colectivo que volverá su corazón más duro que el acero de sus maquinarias. No somos únicamente los predicadores del Evangelio, también somos sus ministros. A medida que su espíritu va debilitándose, nos parecemos a esos embajadores de países demasiado vulnerables que nunca se atreven a hablar de pedir sus pasaportes por miedo a que les tomen la palabra. ¡Contra nosotros, los escritores católicos lo tienen fácil! Por desgracia ya no hacemos ni deshacemos reinos.

»Entramos por la puerta que tengan a bien abrirnos, pero entramos con la antigua pompa y, si nuestros anfitriones se descuidan un poco, les hacemos los honores de su propia mesa. ¿Es que los escritores católicos se saben el Evangelio mejor que nosotros? Ridiculizan nuestra Cruzada. Nos conminan a poner un jefe irreprochable al mando. ¡Que lo busquen, y si lo encuentran, que lo pongan ellos! Hasta entonces nos conformaremos con el que nos suele servir, sin necesidad de nombrarle. ¿Queréis

saber cómo se llama? Se llama el general Mal Menor. Lo preferimos al general Mejor, denunciado desde hace mucho por la sabiduría de las naciones como enemigo del Bueno. ¿Qué quieren? La sociedad humana está llena de contradicciones que nunca se resolverán. La revolución, por ejemplo, siempre se hizo con los pobres, aunque pocas veces los pobres sacaron un gran provecho de ella. La contrarrevolución siempre se hará contra ellos, porque están descontentos y a veces hasta desesperados. Y la desesperación es contagiosa. La sociedad se adapta muy bien a sus pobres mientras pueda absorber a los descontentos ora en los hospitales, ora en las cárceles. Cuando la proporción de descontentos aumenta peligrosamente, llama a los guardias y abre de par en par los cementerios. Me contestará que ya no hay sociedad: lo que se denomina así, en realidad, solo es una especie de compromiso, y el orden establecido, un estado de cosas. Un estado de cosas solo se mantiene gracias a cierto optimismo. Si no hay más remedio, el optimismo se restablece disminuyendo el número de descontentos. Son verdades amargas, lo reconocemos, y es mejor para nosotros que no se sepan. Además no son nuestras. ¡Que nos rehagan una sociedad cristiana, y nuestra política será bien distinta! La Iglesia también es una sociedad. Como tal, tiene trato con las sociedades humanas. ¿Por qué habríamos de estar siempre del lado de los descontentos? ¡Nuestro crédito temporal se agotaría enseguida! Por supuesto, nunca hemos dejado de respetar la pobreza ni de enseñar que merece honor y reverencia. Pero no solo hay pobreza, también están los pobres. Los únicos pobres verdaderos de los que nos hacemos responsables son los pobres voluntarios, nuestros frailes y nuestras monjas. Esos llevan el uniforme del ejército regular. Los otros pertenecen a las formaciones irregulares, algo así como los corsarios provistos de una patente que los poderes legítimos podían retirar cuando quisieran. Es totalmente cierto que el mundo moderno, al multiplicar sus necesidades, multiplica a los miserables, hace cada vez más difícil el apacible ejercicio de la pobreza. Los papas, con sus encíclicas, han llamado la atención de los gobiernos sobre este problema fundamental. ¿Qué más podemos hacer? El número de miserables es creciente y vemos cómo crecen proporcionalmente los presupuestos de guerra. Es una coincidencia alarmante. A fin de cuentas, destruir a cañonazos el excedente de miserables, quemar cosechas enteras de trigo y tirar al río toneladas de leche son medidas absolutamente idénticas. Si la sociedad materialista, por ejemplo, nos pidiera que aprobásemos solemnemente el exterminio de los desempleados, desde luego diríamos que no. Pero observe que este procedimiento tendría, sin embargo, unas consecuencias menos inhumanas que una abstención impotente, porque dejar que se multipliquen los miserables, es decir, los elementos asociales inasimilables, conduce fatalmente a represiones sangrientas que siempre sobrepasan su fin, llenan los cementerios, vacían las arcas del estado, son la causa de crisis económicas, generan más miserables, y así se cierra el círculo infernal. Da igual, el exterminio de los desempleados es en sí mismo censurable. Pero no podemos impedir que la sociedad se defienda contra los factores de desorden. Porque

además las primeras víctimas de ese desorden somos nosotros. Acaso esta última observación también le parecerá poco noble al señor Bernanos. Nos permitimos señalarle que a medida que la sociedad se endurece, nuestras obras son más valiosas, indispensables. Hay miserables cristianos, otros son impíos. Si se fusila a los segundos, no es que nos alegremos, pero en fin, tampoco nos disgusta si pensamos en nuestras iglesias y nuestros curas. ¿Qué quiere que les contestemos a quienes pretenden asumir la defensa de los verdugos y los incendiarios? Hacemos como que les creemos. A veces incluso les creemos, porque en esta época desdichada abundan las paradojas, los equívocos y las contradicciones. ¡Ganar unos años, siquiera unos meses, no es poca cosa! Porque llegará el momento, está al llegar el momento en que nos pongan, como se suele decir, entre la espada y la pared. La sociedad materialista todavía tiene miramientos con nosotros. Se ha dado el nombre de realista. El realismo es un apellido honorable, un buen apellido que nos recuerda las controversias de los buenos tiempos, como la de los universales. No desalentemos esa benevolencia. Es evidente que después de exterminar a los miserables pedirá autorización para diezmar, en nombre de los mismos principios realistas, a los incurables, los débiles mentales, los tarados o los que se presumen tales. Debemos oponernos necesariamente a esa lamentable práctica. Nos opondremos a ella con el menor riesgo posible, respaldados por una parte de la opinión universal. Porque esa categoría de miserables no puede equipararse a los otros factores de desorden. Por eso hemos salido en defensa de los judíos contra Hitler. Los judíos han rehusado tomar las armas. ¡Hitler no puede presentárnoslos como rebeldes! Eso los ha hecho más valiosos que los católicos vascos, cuya obstinación heroica compromete gravemente nuestra política. Además los judíos son poderosos en el mundo, y merece la pena tratarlos bien. No nos avergonzamos de decirlo. Dicha actitud sería censurable si esperásemos que los judíos sirviesen a nuestros intereses temporales. Pero les tratamos bien porque ellos hacen lo mismo con nosotros, es decir, tratan bien a la Iglesia, y hasta es posible que algún día entreguen una parte de lo que les sobra a los miserables que se hayan librado de las matanzas. Porque todo viene del pobre y todo vuelve al pobre. La pobreza es un pozo, lo traga todo, consume pacientemente las riquezas del universo. Lo sabemos. Sabemos que la paciencia del pobre no perecerá. *Patientia pauperum non peribit in aeternum*. La paciencia del pobre podrá con todo. Así debe entenderse el misterio de su advenimiento. El cetro del pobre es la paciencia. Son estas verdades que los hombres de gobierno, incluidos los eclesiásticos, deben abstenerse de predicar tanto a los ricos como a los pobres. Sabe Dios adonde les lleva su corazón, pero lo que no pueden es hacer suyas las maldiciones de León Bloy. Entre Ch. Maurras y Péguy, siempre preferiremos al primero. ¿Se ha visto alguna vez una ciudad opulenta dónde los pobres hayan saciado el hambre? Las flores más excelsas de la civilización humana han crecido en los muladares de la miseria. No debería ser así, de acuerdo. Por eso Nuestro Señor Jesucristo maldijo al mundo, pero nosotros debemos tratar con el mundo. La

costumbre acaba endureciendo el corazón. Si la Iglesia estuviera gobernada por las Hermanitas de los Pobres, los asuntos temporales no irían mejor, créanos. Irían bastante peor. A los amos les predicamos la obligación de la justicia, y a los esclavos el deber de la resignación. Cuando un esclavo empuña un fusil, ¿se le puede considerar resignado? En cambio, la injusticia del amo es un asunto de apreciación. No negamos en absoluto que la injusticia del amo, lamentablemente, le sale mucho más cara a la sociedad que ciertas violencias. No obstante, incluso a igualdad de perjuicios, la sanción será muy distinta, porque la justicia defiende a sus tribunales la injusticia del amo, mientras que la rebelión de los otros es asunto de la Guardia Civil. Y el juicio de las ametralladoras es inapelable, por desgracia. No nos cuesta nada admitir que hay malos patronos. Antaño los hubo peores. Para facilitarles las cosas a nuestros contradictores podríamos incluso remontarnos al siglo pasado, cuando no existía la legislación obrera. Imaginemos a uno de esos potentados de provincias que con su avaricia e inconsciencia diezaban generaciones enteras de mujeres y niños, agotados por un trabajo que superaba sus débiles fuerzas y pagados con un salario irrisorio que apenas les permitía no morir de hambre. Si el cuadro no fuese lo bastante sombrío, podríamos añadir que, con desprecio del sexto mandamiento, ese mal rico dispusiera de sus obreras más bonitas para sus prácticas reprensibles. Se han dado casos. Incluso a menudo. Supongamos ahora que un día de paga los obreros, después de cometer el pecado de emborracharse (el peor pecado de gula y el único que está al alcance de los que se mueren de hambre), se juntan para romper a pedradas las ventanas de su patrono. El prefecto (no diremos el alcalde, suponiendo que durante el reinado de Luis Felipe nuestro industrial desempeñaría también la magistratura municipal), el prefecto, decíamos, no dejará de intervenir con sus guardias. En circunstancias semejantes, a las que dio triste fama un librito de Édouard Drumont, como los amotinados y sus familias se negaban a obedecer, el agente responsable dio la orden de disparar contra la multitud. Hubo un número lamentable de víctimas. Pues bien, a excepción del canónigo Lemire y del conde Albert de Mun, los diputados bien pensantes aprobaron por unanimidad la actuación de dicho funcionario. Por legítima que fuese la indignación de los trabajadores, no podía, naturalmente, desembocar en desórdenes. Cualquier otro prefecto habría hecho lo mismo aunque fuese un buen católico y miembro de la Sociedad de San Vicente de Paúl.

—Comparto plenamente su opinión, Eminencias. Se podría llevar más lejos el argumento. Sería fácil, por ejemplo, imaginar que el industrial-alcalde había invitado a su mesa justamente ese día al cura párroco. No cabe duda de que mientras esperaban la llegada de los guardias, como siempre un poco tardía, el eclesiástico habría dado el visto bueno a su anfitrión para que disparase contra la chusma que amenazaba su propiedad.

—Su ironía no nos desconcierta en absoluto. A nadie se le puede negar que ejerza el derecho de legítima defensa.

—De acuerdo. ¿En qué medida se lo habrían reconocido ustedes a los pobres que acabamos de mencionar?

—En la misma medida, exactamente. Si el mal rico, acompañado de sus criados, hubiera asaltado las modestas y respetables chozas y hubiera roto los vidrios de sus ventanas...

—Eminencias, entonces no solía haber vidrios en las ventanas de las chozas. Por otro lado su hipótesis, si me lo permiten, es inverosímil. Pero dejemos a los muertos en paz. Según el testimonio de los Reverendos Padres jesuitas-sociales, ¿había o no en España muchos enclaves dónde desde hacía siglos la incuria de los terratenientes reducía a la población al hambre y la indigencia? El dictador Primo de Rivera decía que estas curiosas poblaciones eran la vergüenza de España.

—Nuestras Ilustrísimas lo deploran. Muchas veces alzaron su voz, la siguen alzando contra...

—Sírvanse volver a sentarse, Eminencias. Su gimnasia no sirve de nada. ¿Habrían respaldado la rebelión de esos desdichados, sí o no? ¿Habrían invocado, lo digo clara y solemnemente, invocado a su favor el derecho de legítima defensa?

—Su rebelión no habría sido más útil que nuestra gimnasia.

—Seguramente. Y les diré por qué: porque a la llamada de los terratenientes hambreadores habrían respondido casi todas las personas de orden, y entre ellas habría buenas personas, muchas buenas personas, casi tan flacas y no menos explotadas que los famélicos. Hay una solidaridad de las personas de orden. No la deploro. Lo que deploro es que se haya creado sobre un equívoco inhumano, sobre un concepto horrible del orden, el orden en la calle. Conocemos esa clase de orden desde la infancia. Es el orden de los vigilantes de colegio. Dos tunantes le clavan la pluma al alumno Gribouille en el muslo. Gribouille grita. «“Alumno Gribouille, cien líneas”. “¡Pero señor!”. “Alumno Gribouille, doscientas líneas; y si sigue usted molestando a sus estudiosos compañeros, le expulso de la clase”».

—Nosotros y nuestros venerados Hermanos hemos escrito muchas veces...

—Eminencias, Sus Ilustrísimas han definido perfectamente las condiciones del Orden Cristiano. Incluso, al leerles, se comprende perfectamente que los pobres se vuelvan comunistas. Porque es su manera de expresar que no están de acuerdo con el falso orden. La de ustedes, evidentemente, tiene un carácter más grave, más objetivo. Quizá porque el desorden solo subleva su celo o su razón. Los menesterosos serían incapaces de definirlo, lo experimentan en sus carnes. Un médico puede lamentar muy sinceramente que una mala política de higiene condene a la sífilis a unos jóvenes inocentes. Pero una cosa es deplorar la sífilis y otra contraerla.

—¿Nos está acusando de impostura?

—En absoluto, Eminencias. Lo que quiero decir es que ustedes no lo sufren en su propia carne, y menos aún en la carne de su carne. Y aunque así fuera, sus sentimientos religiosos les facilitarían el ejercicio de la santa paciencia.

—En efecto, somos hombres de paz.

—Sin duda. Pero a veces el desorden también les apremia. Entonces su actitud no difiere mucho de la de los violentos que matan para no morir. Bendicen en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo los argumentos de repetición que salen relucientes, bien engrasados, de las célebres bibliotecas del señor Hotchkiss. He visto, por ejemplo, a Su Eminencia el obispo-arzobispo de Palma agitar sus manos venerables sobre unas ametralladoras italianas. ¿Lo he visto o no?

—Lo ha visto. ¿Acaso debíamos dejar que nos mataran, privando a la católica España de sus pastores? ¿La vida de nuestros asesinos era más valiosa que la nuestra? ¿Debíamos perdonársela a costa de nuestra propia vida?

—Eminencias, les responderé de una vez por todas que para un hombre de honor matar es una necesidad dolorosa. Siempre preferiré encargarme personalmente. Pero como Sus Ilustrísimas se resignan a ejercer indirectamente, por persona interpuesta, su derecho a la legítima defensa (un derecho que cada vez parece más reservado a cierta categoría de ciudadanos e inseparable del derecho a la propiedad, hasta el extremo de que uno puede defender a tiros su casa, aunque tenga varias, pero no puede defender del mismo modo su salario, aunque no tenga nada más), habría sido preferible, después de tantos discursos sobre la desgraciada condición de los campesinos y obreros españoles, el egoísmo de los ricos y el pretendido carácter antisocial de la monarquía borbónica, que se hubieran contenido un poco antes de denunciar solemnemente al mundo, como únicos responsables de una variedad tan grande de desgracias, a unos hombres de quienes lo menos que puede decirse es que sufrían más que otros por los errores y desgracias que tanto denuncian ustedes. Si la única sanción de que disponen contra los malos ricos son sus inofensivos mandamientos de cuaresma, es un triste espectáculo ver cómo sus viejas manos, sus venerables manos donde brilla el anillo del Pastor, señalan temblando a los justicieros el pecho de los malos pobres. Aunque sean malos, esos pobres no se pueden considerar responsables, por ejemplo, de la crisis económica, ni de la furia de los armamentos. Han perdido a Dios, es verdad. ¿Les habían dado ustedes a Dios para que lo guardaran? Hasta ahora creía que de eso se encargaban Sus Ilustrísimas. Creo que nosotros, los otros padres, nos hacemos una idea bastante adecuada de las consideraciones debidas a su paternidad. Cuando sus hijos se descarrían, ¿por qué demonios iban a privarse de compartir la angustia natural de los padres? Esa angustia tiene nombre, la llamamos vergüenza. ¿Acaso no han recaído siempre sobre los padres los pecados de los hijos? Es un riesgo grave, que también asegura la dignidad de nuestro humilde ministerio temporal. Si los hijos no fuesen capaces de deshonar a sus padres, ¿cómo podrían honrarles? Estoy seguro de que al decir esto no causo ninguna sorpresa a Sus Ilustrísimas, porque sus predicadores no desperdician la ocasión de recordarnos nuestra responsabilidad en este terreno primordial. Es esta responsabilidad, por otro lado, la que nos hace padres. Sin ella no seríamos más que tutores o criadores. No tengo ninguna duda de que en el secreto de su oratorio los obispos españoles hacen un severo examen de conciencia. Sería un gran alivio para

los nuestros que en sus palabras se trasluciese de algún modo esta loable ansiedad. Nosotros compartiríamos gustosos su amargura. Porque a fin de cuentas, si Dios se retira del mundo, se retira ante todo de nosotros, los cristianos. No soy nada experto en teología, hablo, como de costumbre, ateniéndome a la letra y al espíritu del catecismo elemental, el único que estoy seguro de conocer. Desde los primeros siglos España es un país cristiano. Para librarlo de los moros, los judíos y la mayor herejía de Occidente, los eclesiásticos no escatimaron su carne y su sangre. Tuvieron en los Reyes Católicos unos colaboradores tan diligentes que a veces los propios papas se vieron en la necesidad de serenar la beatería recelosa de esos tremendos maniáticos, cuyos embajadores, según algunos de sus informes publicados por Champion, espían en la corte de Francia para el arzobispo de Toledo, mientras los esbirros de la Santa Inquisición prendían a los sospechosos al pasar la frontera. En resumen, no se podría citar en Europa un país donde la Iglesia haya contado con más aliados, por no decir cómplices. En pleno siglo XIX, mientras nuestro pobre clero arruinado por la revolución tenía grandes dificultades para renovar sus filas, Sus Ilustrísimas españolas no sabían literalmente qué hacer con tantos curas y monjas. Tampoco se me negará que nunca les faltaron recursos ni —salvo breves eclipses— favores del gobierno. Entonces, ¿no parece increíble que en esta nación existan hoy tantos fanáticos impíos? El ejemplo de mi propio país no me explica nada. El racionalismo del Renacimiento necesitó dos siglos para infectar a nuestras clases dirigentes, y nuestro pueblo tomó su anticlericalismo de la burguesía volteriana. El anticlericalismo, como la sífilis, empezó siendo entre nosotros una enfermedad burguesa. En 1789 el campesinado francés era fiel a sus curas. Lo seguía siendo en 1875. En resumen: Sus Ilustrísimas españolas no pueden acusar a la escuela laica, como hacen las nuestras.

—Evidentemente, en eso anda el diablo.

* * *

El argumento no me parece desdeñable. Pero, ya que estamos con el catecismo elemental, sería peligroso confesar que un país con unas reservas espirituales tan prodigiosas puede quedar asolado de repente por el odio a Dios, como por la peste. Sé que la Providencia a veces se complace en desconcertar nuestra lógica, pero pocas veces permite que los hombres de buena voluntad tengan que hacerse la pregunta sin respuesta, aquella que expresa la clase más insidiosa y temible de desesperación: «¿Para qué?». Contra el diablo, la Iglesia dispone de poderosos recursos sobrenaturales. Es verdad, y no lo ignoro, que Dios puede volverlos ineficaces durante un tiempo. Pero ustedes, hombres de Iglesia, hablan constantemente de las necesidades de su política temporal. De creerles, nosotros no apreciamos en absoluto su importancia y sus beneficiosos efectos en el mundo. No hay sacrificio de dinero, convicción o amor propio que no nos exijan en beneficio de esas infalibles

componendas. Cuando, en la época de los diplomáticos, firmaban un concordato ventajoso, ¿no reclamaban su parte de elogios y a falta de algo mejor, sin reproches, Eminencias, no la tomaban ustedes mismos gracias a la prensa religiosa, experta en hipérbolos? Si, como pretendían los Reverendos Padres jesuitas, Sus Ilustrísimas hubieran logrado fundar allende los Pirineos una república bien pensante, una democracia clerical fruto de un feliz compromiso entre el espíritu conservador y el vocabulario de izquierdas, ¡Dios mío... qué avalancha de turiferarios, qué revuelo de incensarios! Dado que su política temporal tiene tan altos designios, ¿por qué no podemos medir sus fracasos? No pretendo hacer alarde de sinceridad. Preferiría que fuera otro el que expusiera lo que me queda por decir. No ganaré nada con ello. No quiero que me vean como uno de esos hombres peligrosos a los que les perdonan fácilmente los excesos verbales, porque infunden temor. Sus Ilustrísimas de España o de otros lugares no tienen nada que temer de mí. Cualquiera de nosotros, aunque sea un príncipe o un obispo, puede encontrarse frente a la Santa Humanidad de Cristo, porque Cristo no está por encima de nuestras miserables disputas, como el Dios geómetra o físico, está dentro, se revistió con nuestras miserias, no podemos estar seguros de reconocerle a primera vista. Pero en fin, conmigo Sus Ilustrísimas, como se suele decir, lo tienen fácil. Saben que bajo ningún concepto quisiera escribir una sola palabra contra la Iglesia. No tengo inconveniente en admitir que mis razonamientos no gustan a todos, pero ¿quién puede hablar sin arriesgarse al escándalo? La mera expresión del pensamiento con palabras es un escándalo permanente en el mundo. ¿Y qué decir de la palabra escrita? La que es buena hoy, ¿no puede ser mala mañana? Algunas obras que resultaban benefactoras, liberadoras, en la época en que latía el pobre corazón que las había concebido, nos parecen hoy ancladas en una inmovilidad repulsiva, en una especie de mueca inhumana, como fantasmas. ¡El último privilegio, ay, del pobre era no saber leer! Se lo arrebataron junto con los demás, y ya no es analfabeto, ya solo es ignorante. El mundo vive de ilusión, es decir, de prestigios, y para muchos es una desgracia que al prestigio de las personas, o incluso de los uniformes, le haya sustituido el prestigio aún más mediocre de las palabras. Todo esto lo sé, lo sé tan bien como algunas Eminencias que me acusan de atentar contra el suyo. ¿Pero cómo? ¿No me habían predicado que uno debe vivir con su tiempo? ¿Puede bastar el silencio para mantener el prestigio en un mundo entregado a los charlatanes? No me corresponde pronunciarme sobre el principio mismo del prestigio, pero tengo derecho a apreciar sus métodos, pues pertenezco al público que se pretende cautivar. ¿Me está vedado preferirlos sinceros? La sinceridad es un deber que seguramente no se les exige de un modo tan estricto a los hombres públicos, aunque sean eclesiásticos. Admito que tengan que mentir, si hace falta. Pero la mentira es un mal menor, tiene que servir para algo. Y la experiencia de la vida nos enseña que las mentiras más inútiles son las que pretenden ocultar los errores o pecados cometidos, las mentiras de excusa, las que podríamos llamar mentiras de carambola. Al fin y al cabo los padres de familia también tienen

su política temporal, y esta política, en más de un aspecto, es una política de prestigio. Cuando apuntalamos con una mentira un error o un fracaso, pocas veces salimos ganando. No nos libramos del ridículo simulando gravedad. Conozco el caso de una gran dama, .una grandísima dama, una de las más grandes damas del mundo que, en presencia de su buen primo el rey de España, durante un almuerzo íntimo, dejó caer su dentadura postiza. La recogió discretamente, se llevó un momento la servilleta a los labios, miró uno a uno a todos los invitados, vio sus sonrisas furtivas y al advertir, en el extremo de la mesa, la palidez compasiva del preceptor eclesiástico, dijo: «Padre, me gustaría poder nombrarle arzobispo; usted y yo somos los únicos que no nos hemos reído».

* * *

Pueden replicarme que no soy un buen juez de la política temporal de los eclesiásticos. Dios me libre, en efecto, de imitar a esos polígrafos de derechas tan pelmazos que desde hace treinta años, la mayoría con acento marsellés, increpan a Europa, peroran gravemente sobre la paz y la guerra, sueñan con fabulosas alianzas latinas bajo el control, por supuesto, de una Internacional de profesores, y para resolver el problema alemán declaran delante de un grupito de viejas damas admiradoras y aterradas: «Es muy sencillo. Según el método cartesiano, dividamos la dificultad, es decir, Alemania, en tantos estados pequeños como sea menester». Y acto seguido llaman al secretario de redacción para que les traiga el pegamento y las tijeras.

* * *

No soy un buen juez de la política temporal de los eclesiásticos, no conozco sus archivos. Pero soy juez, como todo el mundo, de sus actuaciones públicas. Sus Ilustrísimas saben mejor que yo cuánto prestigio anhelan. Pero no se trata de anhelar, sino de obtener. Ahora bien, si el amor propio basta para conocer el grado de prestigio proporcional a la opinión, generalmente favorable, que tenemos de nosotros mismos, por esa misma razón, evidentemente, no puede avisarnos del ridículo. Es el prójimo quien puede hacerlo, solo él. Arriesgándome, pues, a hacer el ridículo, voy a denunciar las omisiones o las mentiras ya inútiles, porque solo satisfacen a un reducido número de fanáticos respetuosos que probablemente se conformarían igual con la verdad, pues se conforman con cualquier cosa. Por cada parroquiano que razona como si los eclesiásticos tuvieran siempre la mejor baza y solo perdieran en el juego por culpa de los hechizos de un diablillo escondido en su birreta, cien mil personas sensatas de mediana inteligencia, a las que se ha ponderado el legendario y sutil ingenio de los dignatarios eclesiásticos, y sabedoras, por otro lado, de que la

Iglesia no los escoge precisamente entre los religiosos contemplativos dotados de deslumbrantes cualidades místicas, se dicen que en todas las empresas humanas, o por lo menos en aquellas atribuidas al genio humano, los jefes son responsables de los fracasos. Repito que sería un error tomarme por un zelote, por un sectario. Probablemente resultaría peligroso destituir de un plumazo, por incapaces, a todos los obispos y superiores de órdenes religiosas españoles. Ahora supongamos por un momento que la Santa Sede me ha puesto al frente de la Acción Católica española desde hace diez años, con plena disposición de los caudales de esta poderosa sociedad. Pues bien, no me sorprendería que a estas alturas me relevaran de mis funciones. ¿Acaso la propaganda religiosa iba a ser la única empresa que no se juzgara por los resultados? Si falta este control, recomendaría que se pusieran los nombres de los candidatos a la sucesión en un sombrero y se sacara uno al azar, después de rezar una oración al buen Dios. Este procedimiento no me parece, ni mucho menos, más desdeñable que otro. Pero dudo que lo aprobaran las autoridades competentes. ¿Entonces? Está claro que los eclesiásticos razonan de un modo muy distinto. Las personas de derechas tampoco les van a la zaga en optimismo. Si *l'Action française* tuviese mañana tres millones de abonados, el señor Pujó, sin duda, se pondría muy contento. Pero si este periódico no tiene hoy más de doscientos, su jefe de redacción escribirá que las minorías son las que hacen la historia y que este fracaso es una prueba más de la saña de los enemigos internos, y por consiguiente de la necesidad, más acuciante que nunca, de apoyar al único periódico que nunca se ha equivocado. Del mismo modo, cuando la influencia de los jesuitas aumenta, los buenos padres ensalzan sus métodos. A eso lo llaman triunfo. Cuando todos los gobiernos les expulsan y el mismísimo Papa prohíbe la orden, como sucedió en el siglo XVIII lo llaman prueba, y declaran que la porfía de sus adversarios señala a su Compañía como la mejor de todas. Me lo temo. Me temo que si en España abundan hoy los rompecruces es porque el diablo hace más diabluras en un país donde hay demasiados curas virtuosos, devotos edificantes, celadores y celadoras. En tal caso, unos monasterios donde de pronto pulularan los frailes borrachos o lascivos deberían considerarse respetables fortalezas contra las que se ensañan los demonios. Es un punto de vista sobrenatural interesante. No creo que la Congregación del índice me permita desarrollarlo en una novela.

* * *

Mi opinión solo tiene importancia para unos cuantos amigos. Por eso la expreso con tanta libertad. Creo que de mis modestos antepasados he heredado, a falta de sus virtudes, cierto sentido de la vida cristiana del que antes no carecía ningún hombre de nuestro viejo pueblo bautizado. Reconozco que después de Auguste Comte es posible imaginar una nación positivista, tan respetuosa con las fuerzas espirituales como el autor de *La Politique positive*. Yo me ahogaría entre esa gente, aunque me trataran

muy bien, por falta de un aire familiar indispensable. Mil veces preferiría a los bandidos iconoclastas, cuya furia sacrílega me resulta más comprensible que el orgullo de los filósofos. ¿Habrá entre nosotros, en todas las clases sociales, cristianos que se me parezcan? No sabemos si las encuestas y las estadísticas confirmarían o no las reacciones espontáneas de nuestro instinto. Pero ni el testimonio del químico más experto podría prevalecer sobre el de un desdichado que, ahogándose, demuestra la mala calidad del aire aspirado por sus pulmones. El aire de España no es propicio para unos pulmones cristianos. Allí la sensación de sofoco es más insoportable si cabe porque, de entrada, no tiene explicación, dado que el peso del catolicismo se nota en todas partes. Después de pasar una temporada al otro lado de los Pirineos, el ilustre arzobispo de Malines, cardenal Mercier, al ser felicitado, según me contó su propio interlocutor, por haber podido admirar de cerca a la cristiana España, contestó después de un largo silencio: «¡Cristiana, España! ¿Usted cree?...». Valiéndome de esta observación, me permitiré escribir que antes de buscar explicaciones inaccesibles a las inteligencias medianas para un hecho ya histórico, convendría hacerse una simple pregunta: «¿En España no se habrá saboteado la instrucción, o más bien la educación cristiana, en pro de un puñado de supuestos beneficiarios de la devoción?».

De ser así, la condena solemne de todos los adversarios del pronunciamiento, aunque fuesen católicos, y la aprobación apenas matizada de los métodos militares aplicados a la conversión de los impíos, se considerarían irrisorias. ¿Qué más da, me dirán ustedes, una aprobación más o menos? Les contestaré, sopeso mis palabras. No creo que los obispos de España estén sedientos de sangre, como tampoco sus venerables colegas franceses que les aprueban. «Este Bernanos —piensan— se cree muy listo, nos juzga por lo que escribimos. ¿Nos ha tomado por simples literatos? Con todas sus bonitas frases, probablemente no salvará del paredón a un solo católico vasco. En cambio nuestra insistencia discreta ha arrancado varias veces al general Franco la promesa formal de cierta suavización de la represión». El argumento no es desdeñable. Incluso añadiré que Sus Ilustrísimas tienen una idea demasiado modesta de su augusto crédito ante el público católico, una modestia, ay, justificada por numerosas experiencias anteriores. Lamentablemente el realismo político, sea de derechas o izquierdas, acaba de darse cuenta de que la opinión católica, inexpugnable desde hace dos siglos, es una fuerza nada despreciable, incluso se puede decir que momentáneamente indispensable para los promotores de las próximas carnicerías. El realismo estalinista la trata con tino —por lo menos en Francia— y el realismo fascista le ofrece, en la Ciudad antigua reconstituida, una suerte de cargo honorario, un privilegio análogo al de los príncipes consortes. El realismo hitleriano, también, toma rehenes para negociar con ellos futuros pactos, según la más pura tradición de la diplomacia bismarckiana. En resumen, el mundo que se está formando padece una fuerte carencia de valores espirituales y anhela con fuerza los nuestros. Como todas las tesorerías en apuros, está dispuesto a aumentar el tipo de interés. Nosotros, simples laicos, no nos creemos en posesión de enormes capitales espirituales y, en

cierta medida, los pondríamos gustosos a disposición de nuestros pastores. Sin embargo, ¿no es legítimo pedir ciertas garantías antes de invertir en la especulación de las dictaduras los humildes ahorros de nuestros antepasados? Porque esos ahorros no son un bien abstracto, nuestra herencia espiritual se ha encarnado; no rendiremos cuentas a Dios de una biblioteca, nuestros hijos son una parte de esa herencia, la parte viva. Ahora bien, la carta pastoral de Sus Ilustrísimas españolas, evidentemente, es una más, pero tampoco es como las demás. No podemos ocultar a Sus Ilustrísimas que han sido incapaces de inculcar a nuestra generación el espíritu de grandeza, de heroísmo. Cada vez que intervenían, en nombre del Mal Menor, era para pedirnos que renunciáramos a algo. Lo único que nos predicaron fue la resignación, la aceptación, la obediencia al poder establecido. Todavía ayer la fidelidad a la Francia antigua se consideraba un acto de insubordinación deplorable, y los horribles curitas demócratas, amarillos de envidia como todos los advenedizos de la inteligencia, especie casi extinguida, por suerte, así como otra casi igual, la de los maestros de Jules Ferry, se reían en nuestras barbas cuando hablábamos de honor, del viejo honor que tachaban de reaccionario. Cuando estalló la guerra, después de tolerar que se enriqueciera el catecismo con un octavo pecado capital, el del derrotismo, dejaron prácticamente en manos de Poincaré y Clemenceau la tarea de resolver nuestros pequeños casos de conciencia, de nuestras conciencias militares, de nuestras conciencias movilizadas. Varios años después, cuando se impuso la necesidad de aplicar una doctrina de la paz —la que el mundo esperaba de nosotros, de Francia—, las mismas Ilustrísimas encomendaron oficiosamente la tarea a Aristide Briand. Tiempos famosos en que el padre La Brière era el observador de la Compañía en las Naciones Unidas, ¡oh, tiempos famosos, tiempos pasados! La voz de ese reverendo ha tenido que bajar de tono con Addis Abeba, y su ardor que apagarse con la última bomba de Guernica. A menos que, terminado su trabajo, espere a que sus superiores le encarguen otro. Qué le vamos a hacer. Quizá yo no tenga una idea muy ortodoxa de la obediencia. Dócil como un cadáver, de acuerdo. ¡Pero a un cadáver nadie puede obligarle a hablar!

* * *

Si traigo a colación estos recuerdos es para que se entienda mejor que el nuevo lenguaje de las Ilustrísimas ha resonado como un toque de trompeta en el corazón de nuestros hijos. ¿Acaso no dice la Sagrada Escritura que los padres comieron el agraz y los dientes de los hijos tienen la dentera? Es natural que nuestros sucesores sientan la necesidad de refrescarse el gaxnate. Pero también es natural que estén expuestos a equivocarse sobre la calidad del vino que les sirven. Sigo sopesando mis palabras. Cuando los eclesiásticos practicaban la política de concesiones y hablaban su lenguaje, agradaban a los duques liberales de la Academia Francesa y a una multitud de buena gente cuyas reacciones eran tanto menos de temer cuanto que hacían

profesión de detestar hasta la palabra misma «reaccionario». En esas condiciones, es evidente que los estados mayores eclesiásticos no se arriesgaban mucho. Pero si llaman a las armas, incluso en voz baja, creo que pondrán de pie a un pueblo que conocen mal, cuyo idioma hasta ahora han hablado pocas veces, ese pueblo de la juventud que sin embargo hizo la Edad Media y la cristiandad, en los benditos tiempos en que el mundo aún no estaba lleno de viejos, en que un hombre de mi edad, gracias a la ignorancia de los médicos, el abuso de carne y de los recios vinos del terruño, debía pensar en ceder pronto su puesto. Desde el siglo XVII la Iglesia recela de la juventud. ¡Sonrían si quieren! Su sistema educativo, deben admitirlo, hace más hincapié en la solicitud que en la confianza. Está muy bien eso de proteger a los hombrecitos de los peligros de la adolescencia, pero los jóvenes que presentan ustedes a oposiciones andan un poco flojos de temperamento, ¿no les parece? ¿Son más castos que sus antepasados del siglo XIII? No lo sé. Entre nosotros: me lo pregunto. También me pregunto si estos productos selectos de la formación humanista y moralista que pusieron de moda los jesuitas de la época clásica no acaparan toda su atención, hasta el extremo de hacerles perder el contacto con una juventud muy distinta y que no suele cruzar el umbral de sus casas. Sí, llamen a las armas a esta juventud, llámenla, y verán cómo se estremece la cristiandad como la superficie del agua a punto de hervir. A nuestras viejas razas militares les resulta más fácil luchar y morir que practicar la virtud de la castidad. El error de ustedes no era que pedían demasiado, sino, seguramente, que ya no pedían mucho, no lo pedían todo, hasta la vida. En el fondo, sus ingeniosos métodos parecen más inspirados en los moralistas que en el Evangelio, ¡el Evangelio es mucho más joven que ustedes! Al escucharles se diría que la juventud es una crisis desgraciadamente inevitable, una prueba que es preciso superar. Les imagino vigilando sus complicaciones, con un termómetro, como si se tratara de escarlatina o rubeola. Cuando baja la temperatura suspiran aliviados, como si el enfermo estuviese fuera de peligro, cuando en realidad lo que hace es ocupar su lugar entre los mediocres, los que se llaman a sí mismos hombres graves, o prácticos, o dignos. Pero la fiebre de la juventud es lo que mantiene al resto del mundo a una temperatura normal. Cuando la juventud se enfría, el resto del mundo castañetea los dientes. ¡Oh! Ya sé que el problema no es nada sencillo. Reconciliar la moral del Evangelio con la de La Fontaine en nombre del humanismo no parece tarea fácil. Cuando un ministro o un banquero pone a su progenie en sus manos, espera que la modelen a su imagen y semejanza, y no pueden defraudarle. No siempre le defraudan. La delicada flor del ateísmo enciclopédico salió de sus casas. «Les tratamos bien —dicen ustedes—. Les protegemos del mal, a nuestro lado no temen nada». ¡Sí, lástima que el barco se haya hecho a la mar! Si nunca hubiera salido de la grada aún lo veríamos recién pintado, lavado y adornado con lindos pabellones. «¡Alto ahí! ¿Acaso no les prevenimos contra el mundo?». Desde luego. Ellos conocían más o menos todas las concesiones que puede hacer un cristiano al espíritu del mundo sin condenarse al infierno eterno. Con semejantes

campeones de las Bienaventuranzas el mundo no tiene mucho que temer, puede esperar tranquilamente a que la maldición lanzada contra él se cumpla... «No podéis servir a Dios y al mundo, no podéis servir a Dios y al dinero...». Sosiéguese, no voy a comentar ese texto, puesto que me lo prohíben. Solo diré que si en veinte siglos hubieran derrochado tantos esfuerzos por justificarlo como ingenio, sutileza y psicología, no tanto en desvirtuarlo —Dios no lo habría permitido— como en prevenir a sus parroquianos de una interpretación demasiado literal, acaso la cristiandad estaría un poco más viva. Poco importa que formaran jóvenes cristianos medios, porque el mundo moderno ha caído tan bajo que «cristiano medio» ni siquiera significa ya hombre decente. Es inútil que formen cristianos medios, llegarán a serlo con los años. Es verdad que solo Dios penetra en nuestros corazones. Pero entre un mediocre y otro, si solo tenemos en cuenta el rendimiento, cualquier jefe responsable les dirá que un cristiano medio tiene todos los defectos de la especie común, con una dosis suplementaria de orgullo e hipocresía, por no hablar de una lamentable capacidad para resolver a su favor los casos de conciencia. «No podemos hacerlo mejor», contestan ustedes. Seguramente. Pero nos tememos que han caído en la misma ilusión que los autores de los programas universitarios. Por quererlo todo un poco, al final no han querido lo suficiente. Sus productos responden, por desgracia, a la idea que los profesores de letras se hacen del genio francés: ponderado, medido, moderado. De sobra sé lo peligroso que sería alentar la rebeldía natural de la juventud frente a una sociedad organizada al margen de ella y que aún no tiene un lugar para ella. Deben educar ciudadanos que den a César lo que es de César e incluso un poco más. Ese suplemento es de importancia variable, una cifra discutible, una prenda valiosa, base de provechosas negociaciones con el poder establecido. Si creen que ese cambalache me escandaliza están muy equivocados. Como César dispone de sus establecimientos y los abre o cierra a su antojo, ¿por qué no iban a negociar con él? Lo malo es que después les costará reavivar la llama que su prudencia había mantenido en el hogar.

* * *

Pido disculpas por remover esas cenizas. Están ya tan frías que nadie podría acostarse encima sin morir. ¡A nuestra generación no la colmaron de esplendor, no! El campo de nuestras fidelidades temporales se reducía poco a poco hasta convertirse en un punto en el mapa, como los Estados de la Iglesia, ese famoso legado de Carlomagno por el que nuestros abuelos creyeron morir. Dudamos de todo, dudamos sobre todo de nosotros. Los moralistas creen que la juventud es presuntuosa. Mas su presunción y su insolencia solo son expresiones apenas distintas de una timidez profunda, porque teme al ridículo más que a la muerte, como bien saben los hombres maduros que la manipulan. Supongamos que en torno a 1905 hubiera visitado con varios compañeros a todos los obispos de Francia y les hubiéramos dicho esto: «Eminencia, todos los

años, al llegar la cuaresma, nos participa la angustia que le causa el espectáculo de la cristiandad decadente. La audacia de los malvados no tiene freno. La era de las persecuciones va a empezar, muchos piensan que ya ha llegado. Estamos dispuestos a resistir por las armas. No le pedimos a Su Eminencia que se ponga al mando, por supuesto. Pero llegado el momento, simplemente imploramos su bendición». Sus Eminencias habrían reaccionado con una sonrisa condescendiente y paternal. No se nos ha presentado la ocasión, pero llevamos esa sonrisa grabada en el corazón. ¿Así que lo que entonces les parecía una chiquillada, una bobería, no era tan descabellado? ¿Cuándo pensábamos sacrificarnos a los demonios de lo novelesco, en realidad hacíamos gala de previsión política? ¿No tendríamos derecho, por este motivo, a discutir sus iniciativas? ¿Quién merece más la confianza de nuestros hijos, ustedes o nosotros? Con la amargura de nuestras desilusiones pasadas apreciamos mejor que nadie el entusiasmo de nuestros hijos que, a la edad en que ustedes les invitaban a pacíficos pasatiempos —huertos obreros, círculos parroquiales de estudio y recreativos, propagación de *La Croix* y *Le Pèlerin*—, son llamados a filas. Por mi parte, una vez más, hablo de lo que sé. Digo lo que experimento o he experimentado. Si no fuera un hecho público —en la medida en que un hecho tan fútil merezca semejante epíteto— no me permitiría recordar que mi hijo sirvió con el uniforme de la Falange. Hablaré de él si cabe con más libertad porque en el momento en que escribo estas líneas —una melancólica noche de Navidad— está navegando frente a las costas de Dahomey; lo cual demuestra, después de todo, que no pertenece a la especie de los sedentarios. Por supuesto, declino en su nombre el elogio excesivo que le dedicó una vez desde el púlpito Su Eminencia el cardenal Baudrillart, pues nunca mereció —como tampoco yo en mi tiempo— que le pusieran como ejemplo para la juventud francesa. Pero luchó, eso sí. Luchó en nuestra pequeña isla y también en las trincheras de Madrid. Para mí la Falange es perfectamente honorable, y no se me ocurriría comparar a un magnífico jefe como Primo de Rivera con los generales taimados que desde hace dieciocho meses chapotean con sus grandes botas en uno de los pudrideros más repugnantes de la historia. Aunque mi opinión hubiera sido distinta, no se me habría ocurrido censurar la lealtad de Yves a sus compañeros y a su bandera. El honor de un muchacho de diecisiete años es una cosa demasiado frágil, demasiado peligrosa de manejar con unas manos viejas. Por eso mismo les pedimos que reflexionen antes de aprobar o desaprobar, porque es más fácil convertir, con una solemne carta pastoral, a un general cualquiera en una especie de Godofredo de Bouillon, que a un Godofredo de Bouillon fallido en un general cualquiera. Cuando nuestra juventud se ponga en pie, sus consejos llegarán demasiado tarde, y nosotros no somos de esos —no, de verdad, nosotros, sus padres— que retienen tirándoles de los faldones a unos valientes muchachos cuando ya han recibido el bautismo de fuego enemigo. No nos reprochen nuestra desconfianza. No es irrespetuosa. No desconfiamos en absoluto, por ejemplo, del señor Claudel, porque no damos ningún valor a sus palabras de aliento.

* * *

Pedimos para nuestros hijos un general que no sea el general Mal Menor. Si la sociedad moderna ha alcanzado tal grado de injusticia que hasta los hombres pacíficos piensan que debería permitirse llevar armas, es menester que nos entendamos. ¿Tendrán que morir nuestros hijos para retrasar su inevitable disolución? Anarquistas, comunistas, socialistas, radicales, parlamentarios, de Indalecio Prieto a Gil Robles: valiente revoltijo forman los rojos españoles. Pero en esto los blancos no se quedan atrás. ¿Quién va a creer que el multimillonario Juan March, enriquecido, como toda España sabe, gracias al fraude y la extorsión, encarcelado por la monarquía y hoy gran tesorero del Movimiento, tiene los mismos fines políticos o sociales que el jefe de la Falange, quién prometió públicamente en 1936 llevarle al paredón? ¿Qué diantres pueden tener en común los campesinos de Fal Conde con esos aristócratas híbridos de judío, que deben a su doble origen las formas más exquisitas de la lepra o la epilepsia, y cuyo absurdo egoísmo causó la perdición de la monarquía? La tragedia española, prefiguración de la tragedia universal, pone en evidencia la miserable condición del hombre de buena voluntad en la sociedad moderna que lo elimina poco a poco, como si fuera un subproducto inservible. El hombre de buena voluntad ya no tiene partido, y me pregunto si mañana tendrá una patria. Desde luego no me parece nada recomendable una colaboración de católicos y comunistas, pero ¿acaso la alianza de los excombatientes de Cathelineau con los emigrados volterianos tenía más posibilidades de fundar una sociedad nueva, o incluso de restaurar la antigua? El que parte de un equívoco por fuerza tiene que llegar a un compromiso. En el mundo moderno, ¿siguen prevaleciendo los buenos sobre los malos, como para que debamos considerarnos solidarios de todos aquellos que los defienden, aunque sean los injustos privilegiados? Por ejemplo, veo claramente la ayuda que prestan los hombres de buena voluntad a los hombres de dinero en tiempos de guerra civil. Ponen el heroísmo a su servicio. Pero una vez restablecida la paz —o por lo menos lo que la policía llama con ese nombre— lo más probable es que el hombre de dinero haga que sea su secretario quien reciba al hombre de buena voluntad. «Ya se ha restablecido el orden. ¿Qué más quiere usted?». Si el otro insiste, le considerarán un indisciplinado. Mientras puso la violencia al servicio de sus amos, la magistratura y la policía estaban de su lado. Si luego la usa en beneficio de otra categoría de ciudadanos, dejará de ser un hombre de buena voluntad para convertirse en un alborotador, carne de consejo de guerra. No me atrevería a prometerle, en esas circunstancias, el respaldo del episcopado.

* * *

Hoy mismo publican los periódicos una protesta de la Santa Sede. Es difícil

permanecer insensibles ante el espectáculo de ese anciano que, con un pie en la tumba, sacando fuerzas de flaqueza, invoca a Dios ante una acusación injusta y defiende hasta el último aliento el honor de su pontificado. Pero bueno, pónganse en el lugar de un joven cruzado italiano. Le han hecho cruzado contra los negros, le han hecho cruzado contra los rojos, ¿le harán ahora cruzado contra los rojos y negros de Hitler, proclamado enemigo de la Iglesia lo mismo que Indalecio Prieto? Aunque para ocuparse de esta última depuración no le hará falta emprender un largo viaje hasta las orillas del Spree. Si combate su guerra santa en España, podrá emplearse a fondo contra los nazis voluntarios del ejército del general Franco. Estoy perplejo.

* * *

Nuestra actuación solo ha sido religiosa, proclama Pío XI. Al Papa le resulta fácil limitarse a esa actuación. Pero a un propagandista armado con un fusil ametrallador no le resultará nada fácil distinguir al guerrillero del misionero que hay en él. En el campo de batalla ambos se funden en uno. La confusión me parece inevitable y no tendré la hipocresía de escandalizarme. Tampoco me cansaré de repetir que esta clase de apostolado no puede ejercerse siempre con la conciencia absolutamente tranquila. ¿No tienen las autoridades religiosas el deber de definir claramente un fin, ya que por desgracia ven imposible el nombramiento de los jefes responsables? Los cruzados se juntaron para liberar la tumba de Cristo. Henri Massis asegura que defendemos la esencia de la civilización occidental. Es una fórmula vaga, parecida a la de la guerra del Derecho. También se habla de las libertades indispensables. ¿Nos hemos puesto de acuerdo sobre estas libertades? Para un cristiano solo conozco una: la de practicar su fe. Ninguna sociedad humana, a juzgar por las luchas seculares entre la Iglesia y el poder civil, ha permitido que los católicos hagan un uso absoluto de esta libertad tan valiosa. Por lo tanto, es un asunto de más o de menos. ¿Cómo lo plantean ustedes? A mi entender, para practicar libremente mi fe con arreglo al espíritu evangélico —me disculparán— no solo es preciso que me permitan practicarla, sino que no me obliguen. No se puede amar a Dios bajo amenaza. A veces los eclesiásticos lo han olvidado. ¿Me explico con claridad? ¿Qué decir de los guardias de la Iglesia? Hace dos mil años se pronunció contra los fariseos la frase evangélica más dura, de una dureza sobrecogedora, y esa mala ralea no acaba de extinguirse. ¿Quién de nosotros puede decir que no tiene en sus venas una sola gota de sangre de esas víboras? Si ustedes no han sabido defender contra ellos sus parroquias —ni sus conventos y monasterios—, podemos temer que hagan la ley en sus ejércitos. Más les vale, y a ustedes, que no haya tal cosa. La libertad de Cristo está intacta en nosotros, y a salvo también nuestro honor. Me gustaría decírselo con palabras más sencillas. No dejaremos la espada de la Francia cristiana en tales manos. Nos enfrentaremos a ellos, aunque sea al lado de las mujeres descarriadas, los samaritanos, los publicanos, los ladrones y los adúlteros, siguiendo el ejemplo que nos dio el Señor a quien servimos.

Dudo que los especialistas se hayan ocupado mucho de este problema. A esos sacerdotes que se pasan la vida exhibiendo en librillos ineptos su apacible desconocimiento del doloroso corazón de los hombres, del hombre —porque han debilitado aún más, prodigiosamente, su imagen convencional heredada de los insípidos humanistas del siglo XVIII—, les resultará muy fácil condenar mis fantasías. No le harán a Dios, ni tampoco a su propio sacerdocio, el honor de suponer que el sacramento del bautismo, por ejemplo, debe marcar a un ser con fuerza suficiente como para dar a su perversión, llegado el caso, un grado de malicia proporcional a la gracia recibida. No son, desde luego, verdades para ser pronunciadas desde el púlpito ante unos feligreses impacientes, cinco minutos antes de la colecta. «¿Por qué se entromete?, —me dirán, una vez más, esos pastores—. En lo que escribe hay cosas que son verdad, pero al divulgarlas, ¿no estará usted dando alas a los infieles? ¿No sacarán de sus razonamientos sobre la corrupción de los mejores, *corruptio optimi*, la conclusión de que somos nosotros quienes les corrompemos, de que ellos son las primeras víctimas de nuestra infidelidad?». Dios mío, la tesis puede defenderse. Aunque no les servirá de mucho a los impíos que la invocan, porque revela, contra ellos, cierto conocimiento profundo de las fuentes mismas de lo sobrenatural, que también es una gracia de Dios de la que abusan estos discutidores. Pero sin duda vale para quienes nunca habían pensado en una interpretación tan sutil. Creo que un día, lo creo con todas las fuerzas de mi alma, la escucharán, para su enorme sorpresa, de labios del Juez Justo, con la sentencia de piedad.

La teología moral tiene una gran ventaja sobre otras ciencias conjeturales: las verdades que sostiene se rigen más por la conciencia que por la razón. Además, una vez reducidas a lo esencial, creo que están al alcance de cualquiera. A medida que nos adentramos en ellas nos justifican poco, cada vez menos. Las que trato de expresar me condenan, lo sé. Siempre lo he sabido. ¿Quién fue el primero que me enseñó que la fe es un don de Dios? No lo sé. Mi madre, seguramente. Entonces, ¿me la podía quitar?... Desde ese momento conocí la angustia de la muerte, porque después de tantos años no puedo separar una angustia de otra, el doble espanto se coló por la misma brecha en mi corazón de niño. De modo que la fe nunca me ha parecido una obligación. Nunca pensé en tener que defenderme de mí mismo. Es ella la que me defiende, es la parte de libertad que yo no podría ceder sin morir. Para que un día nos enfrentáramos como dos extraños tendría que producirse el desdoblamiento misterioso, incomprensible, que debe preceder al acto del suicidio y es el único que puede explicarlo. No se suicida el que quiere. Pienso que la muerte solo atrae a cierto número de predestinados en los que el reflejo del espanto parece actuar en sentido contrario, por una rareza vagamente análoga a ciertas aberraciones sexuales. Pues bien, yo me siento tan libre de la tentación del suicidio como de la tentación de la duda. Dicho de otro modo, el mismo instinto me defiende de ambas, y es el más

poderoso de todos, es el instinto de conservación. ¿No pretenderéis, sin embargo, que al vivir en una suerte de universo espiritual cuya existencia no sospechan tantos hombres, me sienta culpable de los mismos pecados que ellos, solo porque estos pecados tienen el mismo nombre en el diccionario? La terrible y suplicante confesión del salmo: «hice el mal en Tu presencia» no tiene, por supuesto, gran significado para una multitud de buenas personas que en una situación delicada preferirían mil veces la presencia de Dios a la de un guardia. No es preciso ser doctor en teología para comprender que el mal hecho en tal presencia debe alcanzar cierto grado de concentración capaz de volverlo mortal no solo para nosotros, sino para el prójimo, incluso en una dosis sumamente débil. Dar mal ejemplo está al alcance de cualquiera. El mal ejemplo de los cristianos se llama escándalo. Somos nosotros los que propagamos por el mundo este veneno; se destila en nuestros alambiques. Los buenos padres cartujos, que aconsejan prudentemente el uso y no el abuso de su licor aunque no pueden ignorar que no se limita a estimular las inocentes funciones digestivas, se sorprenderían mucho si supieran que proporciona a los seductores, en el secreto de sus alcobas, una ayuda preciosa y a veces decisiva. Pero bueno, los religiosos podrían contestarme que también reconforta a los enfermos y los afligidos. Mientras que el escándalo no puede hacer ninguno de esos favores.

* * *

Dios mío, nos gustaría expresar estas verdades tan sencillas en el idioma de la infancia. Así será. Así se hará. Pero no hay por qué alegrarse. Los devotos y las devotas que hacen el viaje a Lisieux suelen volver muy sosegados. Lo que vieron allí es una basílica como las demás solo que algo más fea, y una bonita muñeca de cera vestida con un terciopelo de seda que simula un sayal. A falta de ideas concretas, se traen por lo menos una fotografía ingenuamente trucada por las monjitas y absolutamente conforme al tipo de belleza estándar, popularizado por el cine. Para mí esta superchería no tiene ninguna importancia. Sea quien sea el pastelero a quien debemos esa imagen, se han difundido miles de ejemplares de ella, desde hace mucho ya no pertenece a las pobres manos que la modelaron, que hoy se secan bajo tierra o se secarán allí mañana. Tan solo pienso en los desdichados que le confiaron su pena, en los agonizantes que habrán posado en ella su última mirada. Al fin y al cabo, puede que la intención de esa muchacha misteriosa fuera proporcionar al pobre mundo un supremo descanso, dejarle respirar un momento al amparo de su mediocridad familiar, porque aquí abajo, con sus manitas inocentes, con sus terribles manitas expertas en recortar flores de papel, pero también roídas por el cloro de las lejías y por los sabañones, sembró una semilla cuya germinación ya nada detendrá. Ella está allí bajo tierra, y los piadosos papanatas miran con ternura el minúsculo tallo apenas verde aún, color de miel. Se dicen unos a otros: «El espíritu de la infancia, sí, señora. Parece una planta, pero no es una planta, es una idea, señora, una idea

encantadora, poética, una idea de mujer, eso es, mi marido encontró la forma de decirlo. Porque además del trabajo y las cosas serias, en la vida hace falta poesía. Los jóvenes ya no saben divertirse agradablemente. Cuando se lo digo a mi hija, me contesta que ha cenado la florecita azul, que ya solo se come en ensalada, que patatín, que patatán. Pero la Santa nos da la razón, ¿verdad que sí? Además es nuestra contemporánea, solo tendría diez años más que yo, bien pude haberla conocido».

* * *

Se habla siempre de la victoria de los santos, de su triunfo. Como pertenecen a la Iglesia triunfante solo pueden triunfar, eso está claro. Un día al año la Iglesia militante me invita a regocijarme por ese triunfo o incluso a unirme a él humildemente. Obedezco. Después me quedan 364 días para pensar en los fracasos terrenales de cada uno de esos capitanes aventureros. En 1207, por ejemplo, un hombrecillo empezaba a correr los caminos de la Umbría. Anunciaba a los hombres una noticia muy sorprendente, el advenimiento de la Pobreza. Era su propio advenimiento, *Poverello*, lo que anunciaba sin saberlo. Los devotos son personas astutas. Mientras el santo se paseó por el mundo al lado de la santa Pobreza a la que llamaba su Señora, no se atrevían a decir gran cosa. Pero una vez muerto el santo, ¿qué os parece? Estaban tan ocupados en honrarle que la Pobreza se perdió entre la muchedumbre festiva. Hasta olvidó su corona, la corona reservada para la consagración, que colocaron solemnemente en la cabeza del santo, entre los aplausos de los ricos, sorprendidos de lo bien parados que habían salido. Creo que el más sorprendido de todos era el santo, que no había pedido nada, ni cetro ni corona, y probablemente no sabía qué hacer con esos atributos. ¡No importa! De buena se había librado la chusma del oro y la púrpura. ¡Uf!... Después, como se suele decir, el negocio estuvo boyante. Nunca había dado tanto la venta de indulgencias. ¿No os llama la atención esa bacanal del Renacimiento, los rufianes abigarrados, príncipes, ministros, astrólogos, cardenales, pintores y poetas, vestidos de oro o recubiertos de hierro, todos devorados por el mal napolitano formando un corro infernal, entre relinchos, alrededor de la tumba del pobre de los pobres, descubridor de Américas invisibles, muerto a la entrada de esos jardines encantados?

(Es verdad que, por una delicada atención, el superior de los franciscanos, nombrado Grande de España por los Reyes Católicos, recibió como asilo uno de los palacios más suntuosos de Madrid).

¿Y después? Después, nada. La hazaña se tenía que intentar, y luego, sin duda, tenía que fracasar. Nadie, a excepción del santo, creyó seriamente en el Advenimiento de la Pobreza, nadie, salvo el seráfico, esperó nunca rendirle honores en presencia de las naciones. De sobra sé que mi insistencia sobre este particular puede resultar insufrible. «Muchos santos sirvieron a los pobres. Nosotros honramos a los santos. ¿Acaso el honor dispensado a los servidores no recae también sobre los pobres a los

que sirvieron? Podemos, debemos incluso lamentar que los pobres no tengan pan, pero ¿y honor? Eso es literatura». Hay un modo de arreglarlo todo: organizad el culto al Pobre Desconocido. Lo enterráis en la plaza de la Bolsa y a partir de entonces no habrá rey del acero, de la hulla o del petróleo de visita en París que no considere un deber colocar una corona sobre la lápida sagrada.

Comprendo que estéis cansados de mi literatura, es vuestro derecho. Yo estoy cansado de la vuestra. Cada vez que se presenta la ocasión, llenáis páginas y páginas sobre el movimiento franciscano, y el más desvergonzado de vosotros no se atrevería a afirmar sin reírse que la suerte de los pobres —habida cuenta del inmenso progreso material que ha alcanzado el mundo desde la muerte del Poverello— ha mejorado mucho. ¿Es por culpa del santo? No, Entonces es por culpa vuestra; vuestra y mía, en fin, es por nuestra culpa. No hace falta ser un gran sabio para comprender que sería imposible suprimir la historia de san Francisco sin mutilar la historia de la Iglesia, eso salta a la vista de cualquiera. Pues bien, siento un gran respeto por los franciscanos, quiero que sean excelentes religiosos. Pero entre nosotros, con la mano en el corazón: supongamos que mañana todas esas buenas personas se calzan, se hacen jesuitas, dominicos, redentoristas y hasta chantres. ¿Creéis que este acontecimiento sería capaz de estremecer a la cristiandad? ¿Habría luto en las chozas? ¡No! Pues entonces, tregua de elocuencia. Dejados respirar un poco, ¿queréis?

III

El mundo será juzgado por los niños. El espíritu de la infancia juzgará al mundo. Evidentemente, la santa de Lisieux no escribió nada parecido, es posible que no tuviera una idea muy precisa de la maravillosa primavera que anunciaba. Quiero decir que seguramente no esperaba que un día se extendiera por toda la tierra, recubriera con su flujo perfumado, con su blanca espuma, las ciudades de acero, los caparzones de cemento, los campos inocentes aterrorizados por los monstruos mecánicos, e incluso el suelo negro de los pudrideros. «Haré caer una lluvia de rosas», decía ella veinte años antes de 1914. No sabía qué rosas.

* * *

El mundo será juzgado por los niños. No pretendo dar a estas palabras ningún significado propiamente místico. Paul Claudel tiene sus *Vacqueries*^[8], como su viejo maestro Hugo. Los *Vacqueries* de Paul Claudel han conseguido que pierda el interés si no por la mística, al menos por Paul Claudel, pues no hay nada como un ingenuo y ferviente plagio para revelar que un prodigioso don de inventiva verbal siempre va acompañado de alguna necedad congénita. La palabra necedad, aplicada al visionario de *La leyenda de los siglos*, ya no le choca a nadie tras la muerte del llorado Paul Souday. Cuando la pronunció por primera vez, Barbey d'Aurevilly solo cosechó abucheos. Pueda yo también, por indigno que sea del viejo maestro de mi juventud, cosechar, recoger en mis manos la indignación de los imbéciles. Ciertamente, las circunstancias no favorecieron al profeta de Guernesey. Solo acertó a poner en versos inmensos la filosofía de *Le Constitutionnel*, la ciencia del señor Raspail; Paul Claudel se inspira en *La Revue thomiste* para los suyos.

* * *

Por otro lado, el *Vacquerie* que hay en Paul Claudel seguramente no habría bastado para apartarme de las vulgarizaciones poéticas de san Juan de la Cruz. Por suerte la tosquedad de mi carácter me aleja instintivamente de unas lecturas que para mí son desmesuradas. Si existiera un diccionario de mística —a lo mejor existe y todo— evitaría abrirlo, como evito abrir los de medicina o arqueología, porque siento demasiado respeto por la pequeña porción de conocimientos que poseo, que tanto me costó adquirir, para introducir en ella elementos dudosos. De todas las anfibologías, la incongruencia sublime me parece la más ridícula. ¿Por qué arriesgarnos a rompernos la crisma buscando en las cumbres unas evidencias que están al alcance de

la mano? Me parece que, pese a mi incredulidad, la vida profunda de la Iglesia siempre me resultaría singularmente reveladora de las deficiencias secretas, de las alteraciones de la sustancia moral que transforman lenta y casi insensiblemente a los pueblos, y pasan inadvertidas hasta que de pronto estalla la crisis, por una combinación fortuita de circunstancias favorables que el historiador tomará sesudamente por causas. Cualquier observador de buena fe coincidirá conmigo en que la Iglesia es una sociedad espiritual de la que cabría esperar, a falta de una clarividencia sobrehumana, unas reacciones mucho más vivas y sensibles. Esta visión es incompleta, lo admito, pero no falsa. También tiene la ventaja de que se presta mal a arrebatos oratorios de Bourdaloues provincianos, cuyo noble estilo solo sirve para darse aires, capaces de sustituir la palabra por la modulación, como si tuviesen un acordeón en la barriga, sin que la audiencia soñolienta se percate de nada. Puedo imaginarme muy bien lo que diría un buen agnóstico de mediana inteligencia si, por alguna extraña razón, uno de estos charlatanes insoportables le cediera su puesto en el púlpito el día del año consagrado a santa Teresa de Lisieux.

* * *

Devotos y devotas —empezaría—, no comparto vuestras creencias, pero probablemente conozco mejor que vosotros la historia de la Iglesia, porque la he leído, y no hay muchos parroquianos que puedan decir lo mismo. ¡Si me equivoco, que levanten la mano los aludidos! Devotos y devotas, me parece muy bien que alabéis a los santos y me alegro de que el señor cura me haya permitido sumar mis alabanzas a las vuestras. Os pertenecen más que a mí, ya que adoráis al mismo Señor. Por eso encuentro muy natural que os felicitéis mutuamente por la gloria que alcanzaron con una vida sublime, pero, si me permitís la observación, me cuesta creer que hayan luchado y sufrido tanto solo para daros motivo de un júbilo al que, por otro lado, no pueden sumarse miles de pobres diablos que nunca oyeron hablar de esos héroes y que, para conocerlos, dependen por completo de vosotros. Es verdad que la administración de Correos pone en circulación todos los años unos calendarios en los que aparecen sus nombres, junto con las fases de la luna. Porque fue tal su prodigalidad que lo dieron todo, hasta sus nombres, que una administración vigilante, la del estado civil, pone a disposición de cualquiera, sea o no creyente, para servir de número de orden a los ciudadanos recién nacidos. Nosotros no conocemos a los santos, y me parece que vosotros tampoco los conocéis mucho mejor. ¿Alguno de vosotros sería capaz de escribir veinte renglones sobre su Patrón o su Patrona? Hubo un tiempo en que esta ignorancia me dejaba perplejo, pero ahora la encuentro casi tan natural como vosotros. Sé que no os preocupa demasiado lo que piensan las personas como yo. Incluso los más piadosos de vuestros hermanos evitan toda discusión con los impíos, por miedo, dicen, a perder la fe. Eso nos hace sospechar que no es una fe muy firme. Nos preguntamos cómo es la fe de los tibios, de los mediocres. Creemos

que están fingiendo, que son unos hipócritas, y esta conclusión nos entristece. Aunque vosotros no os interesáis por los incrédulos, ellos sí que se interesan, y mucho, por vosotros. Hay pocos descreídos que, en algún momento de su vida, no se hayan acercado a vosotros, solapadamente, aunque fuera para insultaros. Poneos en nuestro lugar. Si existiera una posibilidad, una pequeña posibilidad, una débil y pequeña posibilidad de que tuvierais razón, la muerte nos depararía una horrible sorpresa. ¿No resulta entonces tentador observaros de cerca, sondearos? Pues se supone que creéis en el infierno. Esa mirada de compañerismo que posáis en nosotros, ¿no revela algo de esa piedad que no negaríais a un condenado de la tierra? ¡Oh, no esperamos demostraciones ridículas de cariño, pero en fin, a fin de cuentas, la idea de que algunos de los compañeros con los que uno ha bailado, esquiado o jugado al *bridge*, quizá rechinen los dientes durante toda la eternidad mientras maldicen a Dios, debería cambiar a un hombre! En resumen, nos parecéis interesantes. Pero resulta que no lo sois, y nos duele este desengaño. Nos duele sobre todo la humillación de haber tenido esperanza en vosotros, es decir, de haber dudado de nosotros, de nuestra incredulidad. La mayoría de mis semejantes se atienen a esta primera experiencia. Pero no resuelve nada, porque entre vosotros, evidentemente, hay cierta cantidad de falsos devotos que se mueven por interés. Luego tenemos a los demás. Quien los observa advierte que la fe que profesan no cambia mucho sus vidas, pues practican, igual que nosotros, seis de los pecados capitales; pero esa fe envenena sus tristes placeres con la extrema importancia que da al séptimo, considerado mortal. Queridos hermanos: a falta de ese heroísmo sin el cual, según Léon Bloy, un cristiano no es más que un cerdo, el carácter ansioso de vuestra lujuria os haría reconocibles entre todos. Es verdad, entonces, que creéis realmente en el infierno. Lo teméis para vosotros, los fieles. Lo esperáis para nosotros. Es increíble que, en estas condiciones, estéis tan desprovistos de patetismo.

* * *

Devotos y devotas, si ahora os fotografiaran con una cámara, quedaríais muy sorprendidos al ver en la pantalla un personaje muy distinto de aquel cuya imagen inmóvil os devuelve el espejo. Es posible que el examen de conciencia os haya descubierto poco a poco unas cualidades que con el paso del tiempo han llegado a resultaros familiares, por lo que ingenuamente suponéis que todos las ven. ¡Pero nosotros no vemos vuestras conciencias! En cambio vuestro vocabulario, cuyo sentido, para vosotros, está debilitado por el uso, nos resulta más accesible que vosotros mismos y nos da que pensar. Por ejemplo, esa misteriosa expresión: «estado de gracia». Cuando salís del confesonario os halláis en «estado de gracia». El estado de gracia... qué queréis que os diga: no parece tal. Nos preguntamos qué hacéis con la gracia de Dios. ¿No debería irradiar de vosotros? ¿Dónde demonios escondéis vuestra alegría?

Me contestaréis que eso no me incumbe. Que si yo encontrara esa alegría no sabría qué hacer con ella. Es probable. Por lo general nos habláis con un tono agrio o vengativo, como si nos guardarais rencor por unos placeres de los que os priváis. ¿Tan importantes son para vosotros? No lo son, por desgracia, para nosotros. Se dirá que nos tomáis por animales que encuentran en el ejercicio de sus funciones digestivas o reproductivas una fuente inagotable de delicias, siempre nuevas, siempre frescas, porque las olvidamos enseguida. ¡Pero la vanidad de vanidades ya no tiene secretos para nosotros!... Los pasajes más amargos del Libro de Job o del Eclesiastés no nos enseñan nada nuevo, han inspirado a nuestros pintores y nuestros poetas. A poco que lo penséis, descubriréis que nos parecemos bastante a los hombres del Viejo Testamento. El mundo moderno es tan duro como el mundo judío, y el clamor incesante que surge de él es el que oían los profetas, el que arrojaban al cielo las ciudades enormes acurrucadas al borde del agua. El silencio de la muerte nos acosa como a ellas y, como ellas, a veces respondemos con gritos de odio o de espanto. Además, adoramos al mismo Becerro. Para los pueblos adorar a un becerro no es, creedme, señal de optimismo. Nos corroe la misma lepra cuya repugnante llaga arrastra a través de los siglos la imaginación semita, la obsesión por la nada, la impotencia física, por así decirlo, de concebir la resurrección. Incluso en el tiempo de Nuestro Señor, a excepción de la pequeña comunidad farisea, los judíos apenas creían en la vida futura. Supongo que la deseaban demasiado, con un deseo salido de las entrañas y que también devora las nuestras. La esperanza cristiana no apaga esta clase de sed, lo sabemos. La esperanza pasa a través de nosotros como por una criba. Me diréis que Israel esperaba al Mesías. Nosotros esperamos al nuestro. Como ellos, tampoco estamos seguros de que llegue y, por miedo a que nuestra última ilusión se vaya al cielo, la amarramos fuertemente a la tierra, soñamos con un Mesías carnal: la Ciencia, el Progreso, que nos harían dueños del planeta. Sí, somos hombres del Antiguo Testamento. Nos diréis que entonces nuestra ceguera es aún más culpable que la de los judíos contemporáneos de Tiberio. Perdón. Para empezar, no es cierto en absoluto que crucificáramos al Salvador. Por más vueltas que le deis, los deicidas pertenecían a la clase virtuosa. Por mucho que digáis o hagáis, el deicidio no puede incluirse en la lista de los crímenes ruines. Es un crimen distinguido, el más distinguido de todos, un crimen raro cometido por sacerdotes opulentos, aprobados por la gran burguesía y los intelectuales de aquella época, llamados escribas. Os parecerá divertido, queridos hermanos, pero ni los comunistas ni los sacrílegos pusieron a Cristo en la cruz. Ahora dejad que me divierta un poco yo también. Como es natural, creéis que el Evangelio es un texto inspirado y os guiais por cada párrafo de ese libro divino. ¿No os sorprende que el buen Dios insista tanto en dejar generalmente libres de acusación a unas personas de quienes lo menos que puede decirse es que no forman la sociedad habitual de los guardias, los notarios, los generales retirados, como tampoco de sus virtuosas esposas ni, entre nosotros, de los curas? ¿No os sorprende que el buen Dios reserve sus maldiciones más duras para

unos personajes que gozan de buena reputación, asisten a los oficios, cumplen rigurosamente el ayuno y conocen mucho mejor su religión —sin reproches— que la mayoría de los parroquianos actuales? ¿Este despropósito no os llama la atención? A nosotros sí, qué queréis que os diga. No me basta con que me digáis que Dios se ha puesto en vuestras manos. Las manos en las que se puso Cristo no eran manos amigas, eran manos consagradas. ¡Qué importa que hayáis sucedido a la Sinagoga, ni que la sucesión sea legítima! A nosotros, que solo esperamos de vosotros el reparto de un don que proclamáis inefable, no nos importa si Dios se puso en vuestras manos, sino lo que hacéis con Él.

* * *

Desde aquí, queridos hermanos, veo el perfil imperioso del coronel Romorantin. Cruza miradas indignadas con el registrador de la propiedad y con varios conocidos hombres de negocios de esta parroquia. «¡Estamos en nuestra casa, caray! A ese señor nunca me lo han presentado, no lo conozco y se atreve a decirnos cosas desagradables». Pero, querido coronel, ¡su Iglesia no es el Círculo de Oficiales! Espero que algún día tenga su sillón bajo la gran cúpula de la Iglesia triunfante, pero hoy por hoy usted es un simple candidato, como todo el mundo. ¿Celebramos la fiesta de santa Teresa o la de los parroquianos? Viendo cómo ocupaba su puesto en el coro creí que estaba asistiendo a la recepción de un nuevo académico por sus colegas uniformados. Cualquiera diría que el gran dogma de la Comunión de los Santos, cuya majestad nos maravilla, le concede un nuevo privilegio, entre otros muchos. ¿No es acaso su complemento el de la reversibilidad de los méritos? Solo respondemos de nuestros actos y de sus consecuencias materiales. La solidaridad que le une a los demás hombres es de una clase muy superior. Me parece que el don de la fe que ha recibido, en vez de emanciparle, le une a ellos con lazos más fuertes que los de la sangre y la raza. Sois la sal de la tierra. Cuando el mundo se vuelve desabrido, ¿a quién queréis que acuse? No os servirá invocar los méritos de vuestros santos, porque solo sois los administradores de esos bienes. A menudo oímos a los mejores de vosotros proclamar con orgullo que «no deben nada a nadie». Estas palabras no tienen absolutamente ningún sentido en vuestros labios, porque le debéis literalmente a todo el mundo, a cada uno de nosotros, a mí mismo. ¡Coronel, es posible que usted esté más cargado de deudas que un subteniente! Solo Dios conoce el secreto de nuestras tesorerías. De ser cierto, como afirman vuestros curas, que la suerte de un poderoso de la tierra quizá dependa, en este mismo momento, de la voluntad de un niño que se debate entre el bien y el mal y se resiste a la gracia con todas sus débiles fuerzas, tiene guasa oíros hablar de los asuntos de este mundo con el tono más normal. ¡Sois gente extraña! El coronel Romorantin seguramente dirá esta noche, mientras baraja las cartas: «¿Qué cuentos son esos? ¡En mi familia, canastos, todos tenemos la fe del carbonero!». Porque vuestra moral es la de todo el mundo, con una

pequeña diferencia: llamáis pecado a lo que los moralistas llaman de otro modo. ¡Oh, sí! ¡Sois unos personajes muy curiosos! Si oís proclamar que una pequeña carmelita tuberculosa, con el cumplimiento heroico de unos deberes tan humildes como ella misma, logró la conversión de miles de hombres o incluso —¿por qué no?— la victoria de 1918, no sentís ninguna emoción. Si, por el contrario, os señalan cortésmente, según vuestra lógica particular, que la corrupción de clero mexicano, por ejemplo, es la causa sobrenatural de las persecuciones en ese desdichado país, os encogéis de hombros. «¿Qué relación puede haber entre la rapacidad, la avaricia o el concubinato de esos pobres curas y los crímenes de sangre perpetrados por unos desalmados?». Este razonamiento es válido para mí, no para vosotros. Es el razonamiento de los jueces de este mundo que castigan el adulterio con una multa de veinticinco francos y meten seis meses en chirona a un mendigo acusado de comer sin pagar. Del mismo modo, os parece verosímil que un párroco de Ars lograra que sus vecinos fueran a misa llevando una vida tan miserable que sus propios colegas sopesaban la conveniencia de encerrarle. Pero si yo tuviera la desgracia de insinuar que un párroco de España, aunque esté totalmente en regla con los tribunales de este país, se puede considerar padre espiritual de una parroquia de asesinos y sacrílegos, seguramente me llamarán bolchevique. ¿Sois imbéciles, u os lo hacéis? Os disculparíamos fácilmente la fe sin las obras. Como no creemos en la eficacia de vuestros sacramentos, sería un abuso por nuestra parte reprocharos que no valéis mucho más que nosotros. Lo que no se entiende es que habitualmente razonáis sobre los asuntos de este mundo exactamente igual que nosotros. Porque, caramba, nada os obliga a ello. Que obréis según nuestros principios, o más bien según la dura experiencia de unos hombres que, al no tener puestas sus esperanzas en el otro mundo, se debaten en este como los animales o los vegetales, obedeciendo las leyes de la competencia vital, pase. Pero cuando vuestros padres profesaban la economía sin entrañas de Adam Smith, o cuando vosotros tributáis serias muestras de respeto a Maquiavelo, permitidme que os lo diga, no nos sorprendéis, sino que os vemos como unos tipos singulares, incomprensibles.

Esta declaración tan sincera no va a quebrantar, lo sé, ese sólido optimismo al que llamáis esperanza. El defecto de las virtudes sublimes es que deben practicarse con heroísmo. Ocurre con ellas como con los hombres que se crecen al encontrar resistencia, pero no por ello son menos fáciles de seducir. La humildad temple a los fuertes. Manejada con destreza puede ahorrar a los mediocres las afrentas de la humillación, o por lo menos suavizar su amargura. Cuando las circunstancias nos obligan a admitir que no valemos mucho, ¿podemos hacer algo más que cerrar los ojos ante esta dolorosa evidencia? No siempre lo conseguimos. A las personas de nuestra condición no nos reconforta mucho confesarnos que somos cobardes, mentirosos o patanes. En cambio, después de dedicarse a ese ejercicio, algunos de vosotros experimentan una especie de satisfacción que nos resulta algo cómica. A falta de la gracia de Dios, el acto de humildad que acaban de leer en su misal les ha

devuelto la estima en sí mismos. Una operación, a mi entender, demasiado ventajosa para ser realmente sobrenatural.

* * *

Queridos amigos, os parecerá que mi preámbulo es muy largo, pero la mala opinión que tenéis de nosotros me apena y trato de reformarla. Creo que no es una opinión meditada ni espontánea. Veis a los impíos tal como son y a los cristianos tal como deberían ser: un lamentable malentendido. O mejor dicho, nos veis tal como seríamos, en efecto, si vosotros fuerais cristianos con arreglo al espíritu del Evangelio y al deseo de Dios. Porque entonces sería legítimo que hablarais de nuestro endurecimiento. ¿Creéis que es agradable estar oyendo todo el santo día cómo te llaman enemigo de Dios unos personajes tan altamente sobrenaturales como Bailby o Doriot? El calificativo no era demasiado peligroso para nuestros padres o abuelos, en los tiempos en que vuestros oradores invocaban contra nosotros los derechos sagrados de la libertad de conciencia. Pero mañana puede volcar sobre nosotros el celo deplorable de un general de la Cruzada. No, queridos hermanos, muchos descreídos no están tan endurecidos como se piensa. ¿He de recordaros que el propio Dios se reveló al pueblo judío? Ellos le vieron. Le escucharon. Le tocaron con sus manos. Le pidieron señales. Él les dio esas señales. Sanó a los enfermos, resucitó a los muertos. Luego subió al cielo. Si le buscamos en este mundo, ahora ya os encontramos a vosotros, ¡solo a vosotros! ¡Oh! Rindo homenaje a la Iglesia, pero la historia de la Iglesia no revela su secreto al primero que llega. Está Roma, pero sabéis que allí, de entrada, no resplandece la majestad del catolicismo, y muchos de vosotros vuelven decepcionados. ¿Qué será de los nuestros? Vosotros, cristianos, a quienes la liturgia de la Iglesia declara partícipes de la divinidad, vosotros, hombres divinos, quienes desde la Ascensión de Cristo sois aquí en la tierra su persona visible. Confesad que no siempre se os puede reconocer a primera vista.

* * *

Mis observaciones os parecerán fuera de lugar en este recinto. Pero no lo son más que la presencia de la mayoría de vosotros. Ojalá os llamen la atención sobre los peligros que os acechan. Seguramente son muy indignas de la santa cuya fiesta celebramos, pero tienen la ventaja de ser sencillas; hasta pueriles; así me lo indica la sonrisa del señor registrador de la propiedad. Espero que a nuestra amiga celestial no le parezca mal que hable como un niño. No soy más que un viejo niño cargado de experiencia, de mí no tenéis mucho que temer. Temed a los que van a venir, que os juzgarán, temed a los niños inocentes, porque también son niños malcriados. La única decisión que os queda por tomar es la que os propone la santa: volved a ser niños, recuperad el

espíritu de la infancia. Porque ha llegado el momento en que las preguntas que os hagan desde todos los rincones de la tierra serán tan apremiantes y tan sencillas que apenas podréis contestar con algo más que un sí o un no. La sociedad en la que vivís parece más complicada que las demás porque se las arregla para complicar los problemas, o por lo menos para presentarlos de cien maneras distintas, lo que le permite inventar en cada caso soluciones provisionales que presenta como definitivas. Es el método de la medicina desde Moliere. Pero también el de los economistas y los sociólogos. Creo que en esta sociedad ocupáis una posición ventajosa, porque, como se declara materialista, os deja a buen precio el inmenso privilegio de criticarla en nombre del espíritu. Desgraciadamente para vosotros, superado cierto grado de astucia e impostura, las fraseologías más insolentes no pueden ocultar el vacío de los sistemas. Cuando el doctrinario oye un murmullo apenas perceptible que se eleva en la sala atenta, ya puede redoblar la importancia y gravedad de su discurso, que ese supremo esfuerzo acabará por perderle. Hemos podido leer, por ejemplo, en los últimos números de la *Revue de Paris*, con la firma de Paul Morand, estas líneas: «Me imagino muy bien a las autarquías de mañana prescribiendo el celibato en ciertas regiones pobres y fomentando, por el contrario, los nacimientos, mediante un ambicioso plan embriogénico, en zonas que merecen una atención especial... Después de regular la cantidad de nacimientos, el estado futuro se ocupará, sin duda alguna, de la calidad; porque no querrá ser menos que el estado actual, director de remonta». Paul Morand es miembro de la mejor sociedad, es miembro incluso de la carrera diplomática. Por lo tanto no podemos tomarle por un humorista. El señor Patenôtre, que yo sepa, tampoco es humorista, de modo que su reciente testimonio va dirigido a una audiencia tan seria como esta a la que tengo el honor de hablar:

«Imaginemos una colectividad rica como Estados Unidos, o incluso como Gran Bretaña o Francia, donde se haga tabla rasa de todos los prejuicios y se decida, un buen día, por acuerdo unánime, producir al máximo sin preocuparse de la demanda de la clientela. Enseguida las fábricas perfeccionan su maquinaria y trabajan, con turnos de obreros, día y noche. Lo mismo en el campo: el cultivo de cereales, las hortalizas y la ganadería amplían su rendimiento.

»¿Qué pasa entonces? Al cabo de X años el volumen de esta producción industrial y agrícola alcanza tal dimensión que ya puede afirmarse razonablemente que un reparto justo proporcionará a todos y cada uno una comodidad considerable y un gran bienestar.

»Entonces, ¿por qué la rutina de nuestros métodos, la camisa de fuerza de nuestros prejuicios, se oponen al progreso y detienen ese mayor bienestar al grito de “¡No pasarás!”? ¿Qué es lo que vicia nuestro sistema económico y lo encierra en un círculo infernal, dónde la producción está comprimida por la insuficiencia de un consumo solvente, mientras que este consumo, a su vez, se vuelve insuficientemente solvente, sobre todo por una producción poco desarrollada?».

No sé si apreciáis igual que yo el candor de esta declaración. ¡Tanto trabajo para

llegar a una sociedad materialista que ya no puede producir ni vender! Reconoceréis que en estas condiciones los hombres de orden, de ese orden, pueden vestirse de rojo, amarillo o verde, y los dictadores rechinar los dientes y poner los ojos en blanco; los chicos a quienes sus padres han llevado al teatro empezarán a mirarse unos a otros ante esa payasada y la sala estallará en carcajadas.

Cristianos que me escucháis, ese es el peligro. Es peligroso suceder a una sociedad que ha estallado en carcajadas, porque ni siquiera sus pedazos pueden aprovecharse. Tendréis que reconstruir. Tendréis que reconstruirlo todo delante de los niños. Volved, pues, a ser niños. Han encontrado las junturas de la armadura y solo desarmaréis su ironía a fuerza de sencillez, franqueza y audacia.

Solo les desarmaréis a fuerza de heroísmo.

* * *

Al hablar así creo que no estoy traicionando el pensamiento de santa Teresa de Lisieux. Tan solo la interpreto. Intento utilizarla humanamente para arreglar los asuntos de este mundo. Ella predicó el espíritu de la infancia. El espíritu de la infancia puede hacer el bien y el mal. No es un espíritu de aceptar la injusticia. No lo convirtáis en un espíritu de rebelión. Os barrería del mundo.

La hipótesis no es nada tranquilizadora, porque también nos barrería a nosotros.

Llamo vuestra atención sobre una singularidad de la historia desde la era cristiana. Cuando los judíos lapidaban a los profetas, los *goys*^[9] salían ganando. Dios les entregaba a ese pueblo de cabeza dura y ellos hacían un gran botín con sus tesoros, sus mujeres y sus hijas. Mientras que si vosotros hacéis oídos sordos a las advertencias de los santos, nosotros también nos la cargamos, igual o más que vosotros, si me permitís esta expresión familiar. Vista desde este ángulo, la cristiandad aún se mantiene.

Pues de entrada parece que vuestra historia, la historia de la Iglesia, solo añade un capítulo más a la Historia. Pero no es así. Aunque en ella se alternan la prudencia y la locura de los hombres, por sí solas no explican sus éxitos y fracasos. ¡Oh, no es algo que se descubra al primer vistazo! Y, por ejemplo, sería indiferente que se señalaran, página a página, todas las clases de errores conocidos, en una proporción sensiblemente igual. Creo que no se originan unos de otros según la ley común, que no siguen el mismo orden de sucesión. Estas singularidades las explicáis con una ayuda divina. No pienso contradeciros al respecto. Creo, por ejemplo, que hay que estar muy locos para permanecer insensibles a la extraordinaria calidad de vuestros héroes, a su incomparable humanidad. En realidad el nombre de héroe no es muy adecuado para ellos, como tampoco el de genio, porque son héroes y genios a la vez. Pero el heroísmo y el genio no suelen darse sin cierta pérdida de sustancia humana, mientras que la humanidad de vuestros santos es desbordante. Por lo tanto diré que

son héroes, genios y niños a la vez. ¡Prodigiosa fortuna! Desde luego, preferiríamos tratar con ellos antes que con vosotros. Por desgracia la experiencia nos enseña que es imposible un contacto directo. ¿Qué iban a hacer con una Teresa de Lisieux nuestros políticos y nuestros moralistas? Su mensaje, en boca de ellos, perdería todo significado o, por lo menos, toda posibilidad de ser eficaz. Se ha escrito en vuestro idioma y solo vuestro idioma puede expresarlo, a nosotros nos faltan las palabras necesarias para traducirlo sin traicionarlo, de modo que no hablemos más de ello. Mis queridos hermanos, os hago esta confesión con toda humildad, recibidla con el mismo espíritu. Porque si solo a vosotros os corresponde transmitir el mensaje de los santos, distáis mucho de haber cumplido ese deber a nuestra entera satisfacción. Lamento decirlo que estamos pagando cara vuestra negligencia.

¡No intentéis hacernos creer que esos hombres divinos solo dan unos retoques al cuadro! Si osara resumir, por ejemplo, el mensaje de san Francisco, pondría estas palabras en boca del santo: «Esto va mal, hijos míos, muy mal. Y peor irá. Me gustaría poder tranquilizaros sobre vuestra salud. Pero si solo necesitarais infusiones, me quedaría tranquilamente en casa, porque amaba tiernamente a mis amigos y les cantaba versos provenzales acompañándome con la mandolina. La salvación está a vuestro alcance. No tratéis de ir por cuatro caminos: hay uno solo, el de la Pobreza. En él no os sigo, hijos míos, voy delante, me adelanto, no tengáis miedo. Si pudiera sufrir solo, podéis estar seguros de que no habría venido a molestaros en vuestros placeres. Pero el buen Dios, ay, no me lo ha permitido. Habéis irritado a la Pobreza, qué queréis que os diga. La habéis sacado de sus casillas. Como es paciente, habéis acabado descargando sobre sus hombros, arteramente, toda vuestra carga. Ahora está ahí, tendida de bruces, tan silenciosa como siempre y llorando en el polvo. Decís: ya nada nos molesta, ahora podremos bailar. Pero no vais a bailar, hijos míos, sino a morir. Si la Pobreza os maldice estáis muertos. No hagáis que caiga sobre este mundo la maldición de la Pobreza. ¡Adelante!».

Este consejo, evidentemente, iba dirigido a todos vosotros. Pocos lo han seguido. Os parecéis a esos italianos legendarios que esperaban el momento del asalto. De pronto el coronel levanta el sable, salta el parapeto, se lanza a la carrera a través de la cortina de fuego gritando: *Avanti! Avanti!*, mientras sus soldados, acurrucados en la trinchera paralela y electrizados por tanta valentía, aplauden con los ojos llenos de lágrimas: *Bravo! Bravo! Bravissimo!*

* * *

Mis queridos hermanos, repito lo mismo porque siempre es lo mismo. Si hubierais seguido a ese santo en vez de aplaudirle, Europa no habría conocido la Reforma, ni las guerras de religión, ni la espantosa represión española. El santo os había llamado a vosotros, pero la muerte no escogió: atacó a todos. Hoy corremos un peligro semejante. Puede que incluso peor. Una santa, cuya carrera deslumbradora basta para

revelar el carácter trágicamente perentorio del mensaje que se le encomendó, os invita a que volváis a ser niños. Los designios de Dios, como vosotros decís, son insondables. Pero cuesta creer que no os están brindando aquí vuestra última oportunidad. La vuestra y la nuestra. ¿Sois capaces de rejuvenecer el mundo, sí o no? El Evangelio siempre es joven, los viejos sois vosotros. Incluso vuestros ancianos son más viejos que los otros. Van sacudiendo la cabeza mientras repiten «ni reacción ni revolución» con una voz baja tan cavernosa que a cada sílaba escupen un diente. La reacción es necesaria, la revolución no está de más. Reacción y revolución juntas no serían suficientes. ¡Dios! Olvidaos de vuestro viejo escrúpulo de cuidar un orden que se cuida tan poco que él mismo se va destruyendo. El orden universal, por otro lado, acaba de ceder su puesto a la movilización universal. Llamad a vuestros casuistas, no les vayan a movilizar a ellos también. Llamad a vuestros casuistas, o mejor lleváoslos. Porque esos infelices han hecho ejercicios de elasticidad tan complicados que tienen las piernas alrededor del cuello, los brazos metidos en los hombros y la cabeza a la altura de la última vértebra dorsal. Lleváoslos tal como están en camilla, porque no van a poder desenredarse solos. No se ha perdido nada, ya que a través de dos milenios de inútiles negociaciones, el Evangelio se ha transmitido intacto hasta nosotros: no falta ni una coma. De modo que ¿tan difícil es contestar sí o no a todas las preguntas que os hagan ahora? Así hablan las personas de honor. El honor también es una cosa de la infancia. Gracias a este principio de infancia, se libra del análisis de los moralistas, porque el moralista solo trabaja con el hombre maduro, animal fabuloso inventado por él para facilitar sus deducciones. No hay hombres maduros, no hay estados intermedios entre una edad y otra. El que no puede dar más de lo que recibe empieza a caer en la podredumbre. Lo que dicen al respecto la moral o la psicología carece de interés para nosotros, porque damos un sentido distinto a las palabras juventud y vejez. La experiencia de los hombres, y no del hombre, pronto nos enseña que juventud y vejez son cuestión de temperamento o, si se quiere, de alma. Yo advierto ahí una especie de predestinación. Estas opiniones, reconocedlo, no son nada originales. El observador más obtuso sabe perfectamente que un avaro es viejo a los veinte años. Hay un pueblo de la juventud. Ese pueblo es el que os llama, es el que debéis salvar. No esperéis a que el pueblo de los viejos acabe de destruirlo con los mismos métodos que antaño, en menos de un siglo, sirvieron para eliminar a los pieles rojas. ¡No permitáis que los viejos colonicen a los jóvenes! No creáis que habéis cumplido con los jóvenes con unos cuantos discursos, aunque estén impresos. En la época en que los fariseos de América diezmaban científicamente una raza mil veces más valiosa que su repugnante pandilla, ¿no compartían los indios de Chateaubriand y Cooper con los escoceses de Walter Scott las sabrosas distracciones de unas gatas novelescas que se relamen con la piedad como con la sangre fresca? Cristianos, el advenimiento de Juana de Arco en el siglo xx tiene el carácter de una advertencia solemne. La fortuna prodigiosa de una oscura y pequeña carmelita me parece una señal aún más grave. Daos prisa en volveros niños, para que nosotros lo

hagamos también. No debe de ser tan difícil como se cree. Por no vivir vuestra fe, vuestra fe ya no está viva, se ha vuelto abstracta, está como desencarnada. Es posible que la verdadera causa de nuestras desdichas sea esta desencarnación del Verbo. Muchos de vosotros recurrís a las verdades del Evangelio como un tema inicial, del que sacáis una especie de orquestación inspirada en la sabiduría de este mundo. En vuestro intento de justificar estas verdades ante los políticos, ¿no teméis que se vuelvan inaccesibles a los simples? ¿Y si por una vez intentarais contraponerlas, tal como son, a los sistemas complicados, para luego esperar tranquilamente la respuesta en vez de hablar todo el tiempo? Juana de Arco solo era una santa, y sin embargo se metió en el bolsillo a los doctores de la Universidad de París. ¿Y si cedierais la palabra al Niño Jesús? Me repetís que eso no es de mi incumbencia. Pero disculpad: para acabar con un orden casi tan petrificado como el nuestro no hicieron falta tantos doctores. Es un hecho histórico de gran alcance. Me parece perfectamente natural que os atengáis a vuestras bibliotecas. Os fueron de mucha utilidad contra los heresiarcas. Pero el mundo no solo está atormentado por los heresiarcas, también está obsesionado por la idea del suicidio. De un extremo a otro del planeta, está acumulando a toda prisa los medios necesarios para esta gigantesca tarea. No evitaréis que un infeliz se suicide presentándole la prueba de que el suicidio es un acto antisocial, porque el pobre diablo está pensando, precisamente, en desertar con la muerte de una sociedad que le asquea. A los hombres les decís repetidamente, en un idioma que apenas se distingue del de los moralistas, los obsesos de la moral, que dominen sus deseos. Pero es que ya no tienen deseos, no se marcan ninguna meta, no ven ninguna que merezca hacer un esfuerzo.

Devotos y devotas, llego al final de este largo discurso. Como soy un descreído, lamento no poder bendeciros. Pero tengo el honor de saludaros. Al sentirnos tan parecidos a vosotros, casi tan desconcertados como vosotros ante las terribles circunstancias, se nos encoge el corazón. Porque, y perdonad mi franqueza, no parecéis menos preocupados que nosotros por salvar el pellejo. La frase de los desesperados furiosos —lo que sea con tal de que me salve yo— parece a punto de brotar de vuestros labios, mientras miráis de reojo a las dictaduras. ¡Lo que sea, quien sea, demonios! Daos prisa en volver a ser niños, es menos peligroso. Hay que reconocer que no tenemos ninguna confianza en vuestras capacidades políticas. Un poco más de tiempo y vuestros excesos de celo acabarán poniéndoos en apuros incluso ante los nuevos amos. Acabar siendo la bestia negra de los hombres libres y los pobres, con un programa como el del Evangelio, reconoced que tiene bemoles. Volved a ser niños, refugiaos en la infancia. Cuando los poderosos de este mundo os hagan preguntas insidiosas sobre un montón de problemas peligrosos, la guerra moderna, el respeto a los tratados, la organización capitalista, no os avergüence confesar que sois demasiado brutos para contestar, que el Evangelio contestará por vosotros. Entonces la palabra divina quizá obre el milagro de unir a los hombres de buena voluntad, pues se pronunció para ellos. Al fin y al cabo, el *Pax hominibus*

bonae voluntatis no puede traducirse como «Primero la guerra, luego ya veremos», ¿no? Evidentemente, es paradójico que nosotros esperemos un milagro. Pero caramba, ¿no es más paradójico aún esperarlo de ustedes? De modo que tomamos precauciones. Creemos que son legítimas, porque, fíjense bien, no pretendemos interpretar el Evangelio sino que os conminamos a que lo cumpláis con arreglo a vuestra fe, con arreglo a la fe de vuestra Iglesia. No renegamos de vuestros doctores. Renegamos de vuestros políticos, porque han dado sobradas muestras de ser unos presuntuosos y unos necios. ¡El Evangelio! ¡El Evangelio! Cuando se llega a esperar todo del milagro, es conveniente exigir que el experimento esté bien hecho. Supongamos, mis queridísimos hermanos, que padezco tuberculosis y pido agua de Lourdes, y que los médicos me proponen mezclarla con una droga preparada por ellos. «Queridos doctores —les diría—, ustedes me han declarado incurable. Permitan, pues, que pruebe fortuna tranquilamente. Si en este asunto, que solo compete a la santa Virgen y a mí, necesito un intermediario, tengan por seguro que no acudiré al farmacéutico».

TERCERA PARTE

I

Empecé este libro en un suave invierno palmesano, repleto del jugo de los almendros en flor, jugoso como un fruto de otoño. Me temo que este detalle carece de interés para vosotros. Quiera Dios que el café Alhambra vuelva a ser lo que era entonces, por las mañanas, cuando desembarcaban del *Ciudad* los viajeros un poco cansados de una noche en el mar, cuando humean en las mesas de mármol el café de fuerte aroma y las ensaimadas doradas. Pero el *Ciudad* está en el fondo del mar, con su tripulación, y los peces nadan por el camarote donde dormí. No quisiera perjudicar al simpático dueño del Alhambra, pero con su permiso diré que su local no ofrece nada que pueda atraer multitudes. No obstante, es para mí una de las grandes etapas de mi pobre vida, seguramente la última. Porque ya el día declina, el viento refresca, el camino todavía es largo y no me detendré hasta que se cierre sobre mí la suave noche que espero, ¡oh reconciliadora, oh compasiva, oh serena!

* * *

La vida no da ninguna desilusión, la vida solo tiene una palabra, y la mantiene. Allá los que dicen lo contrario. Son impostores o cobardes. Los hombres, es verdad, decepcionan, solo los hombres. Allá los que se envenenan con esta decepción. Es porque su alma funciona mal, su alma no elimina las toxinas. A mí los hombres no me han decepcionado, y yo tampoco me he decepcionado a mí mismo. Esperaba algo peor, eso es todo. Lo que veo ante todo en el hombre, es su desgracia. La desgracia del hombre es la maravilla del universo.

* * *

Pase lo que pase, la última etapa de mi vida no me habrá decepcionado más que las otras. Como nunca esperé que la experiencia me proporcionara sabiduría, solo le pido que profundice mi piedad, que cave en mí bien hondo para que no se seque la fuente de las lágrimas. ¡Dios mío! Incapaz de saber amar según tu gracia, no me quites la humilde compasión, el pan basto de la compasión que podemos partir juntos, pecadores, sentados al borde del camino, en silencio, cabizbajos, como los viejos pobres. No hay nada aborrecible en el hombre, salvo su supuesta sabiduría, el germen estéril, el huevo de piedra que los viejos se pasan de generación en generación e intentan calentar cada vez entre sus muslos helados. En vano intenta Dios persuadirles, rogarles con dulzura que cambien ese objeto ridículo por el oro vivo de las Bienaventuranzas. Ellos le miran castañeteando los dientes, espantados,

exhalando horrorosos suspiros. Si es verdad, como dice el Evangelio, que la sabiduría es locura, ¿por qué, de entre tantas locuras, han escogido ese guijarro? Pero la sabiduría es el vicio de los viejos, y los viejos no sobreviven a su vicio, se llevan con ellos su secreto.

* * *

No he nacido para incubar un huevo de piedra. Por mucho que me digáis que pruebe, que quizá lo consiga mejor que los demás, ¡he dicho que no!

—De acuerdo. Pero no les niegue esa inocente distracción a unos respetables patriarcas que el Moralista le invita a honrar.

—Se la niego tajantemente. ¡Mejor harían corriendo detrás de las niñas!

—¡Las piernas ya no les responden!

—Pues entonces que lean la última novela de Léon Daudet.

—Ya no pueden leer.

—Entonces hacedles senadores y sentadles en un banco del [jardín de] Luxemburgo, a la orilla del estanque.

Creo que un hombre de mi edad puede hablar así sin temor al ridículo en que caen siempre los jóvenes irrespetuosos, porque no hay nada más cómico que la colérica gravedad del carcamal, como no sea la cándida, jactanciosa y discordante facundia del mozalbete. No tengo nada contra los viejos. Incluso, dicho sea entre nosotros, es posible que antiguamente merecieran ser reverenciados, y que entre muchas otras marionetas trágicas, el mundo moderno haya sido capaz de crear una nueva raza de Néstores. Cuando los hombres viven muy cerca de la tierra, como hechos y forjados por ella, su experiencia no es más que los méritos acumulados de su humilde afán diario. Es una suerte de santidad natural que se expresa con la indulgencia y la serenidad, una forma de prudencia inaccesible para los seres todavía enfrascados en la lucha por el pan y el vino, porque se inspira en un desprendimiento sin amargura, en una aceptación sencilla y solemne. ¿Qué pueden tener en común con un viejo campesino de la Francia antigua esos setentones tan ignorantes de los valores reales de la vida como un estudiante veinteañero de ingeniería, esos obsesos de fórmulas y sistemas que, aun presos en las redes de la parálisis senil, siguen alborotando, sentados en sus orinales, igual que cuando presidían conferencias económicas? Este orden es suyo. Lo mejor sería que reventasen juntos, ambos, muy tranquilos. Pero el caso es que empezamos a no entendernos, ellos y nosotros. No quieren.

Juro que adular a los jóvenes a costa de los viejos está lejos de mi pensamiento. Además, sería una pérdida de tiempo y esfuerzo. A finales del siglo pasado unas avariciosas sin edad, maceradas en perfumes, amarilleadas por todos los venenos de la menopausia, pintadas al huevo como los frescos antiguos, se dedicaban a sorber las herencias y los tuétanos de incontables individuos, carne de círculo social, los más «snob», los más «chic» del noble Faubourg. Esta singularidad psicológica irritaba a

Drumont. Era menos repugnante, sin embargo, que la afición de los jóvenes intelectuales de entonces por esos mismos aristócratas revenidos; debían conformarse con husmear en sus manos el olor de las alcobas licenciosas cuyas delicias nunca conocerían. Afirmo que la generación que vio la luz alrededor de 1870 fue consagrada desde su nacimiento a los demonios de la vejez, bautizada en esa sangre corrompida. Seguramente gracias a su protección pudo librarse, por los pelos, de dos guerras. Y creo que las generaciones salidas de ella están marcadas con el mismo signo maléfico. Las primeras trataron inútilmente de zafarse, no tanto de un enemigo cuya fuerza e intenciones desconocían ingenuamente, como del presentimiento fúnebre que ya se agitaba en su corazón. En este sentido la rebelión de Péguy contra la Sorbona, aquella requisitoria anhelante, balbuciente, de una ironía a veces escolar, entrecortada de gritos sublimes, el ansioso llamamiento a los antepasados muertos contra los Viejos aún vivos, es uno de los testimonios más trágicos de la historia. Siendo el jefe nato de tantos franceses —aunque la mayoría, desgraciadamente, ignoraban hasta su nombre—, Péguy tuvo que pagar muy caro su desafío sacrílego a las divinidades terrenales. La guerra les ha quemado y devorado juntos, a pedazos. Después, el espíritu de la vejez, desesperando de justificar con la sola fe democrática la matanza universal de los inocentes, se puso a hablar griego y latín, para regocijo de una parte de sus fieles. El busto de Bruto se erige frente al de César, una mitad de Renán figura en el Panteón revolucionario mientras que el Panteón reaccionario ha acogido devotamente la otra mitad, Jean-Jacques Rousseau llora sobre el pecho de Nicolás Maquiavelo, y el odio contra la Alemania de Weimar pasa bien caliente del regazo de los nacionales al de los internacionales, indignados con Hitler. En una palabra, las dos Francias, la Francia de derechas y la Francia de izquierdas, adoran al mismo dios sin saberlo, aunque no reverencien a los mismos santos.

* * *

Probablemente los jóvenes que lean estas páginas se encogerán de hombros. «¡Adorar a la vejez es una tontería! Nosotros nunca cedemos el asiento en el metro a las señoras mayores, practicamos deportes de invierno y para mantener la línea nos proponemos ir desnudos». No cabe duda de que sois chicos de aire libre, pero es vuestro pensamiento, amigos míos, el que huele a tisana y orines, como un dormitorio de hospicio. En realidad no tenéis pensamiento, vivís en el de vuestros ancestros sin abrir nunca las ventanas. Para unas setas de montaña, reconoced que la cosa es bastante rara. ¡Sí, sí, encogeos de hombros! Basta con leer vuestros periódicos: los periódicos donde entráis cada mañana, en pantuflas, a la hora del desayuno, no se han pintado ni tapizado desde hace treinta años, están llenos de pelos de barba. Apuesto a que si mañana se imprime, con un titular falso tomado de la prensa contemporánea, un número cualquiera de *La Libre Parole*, no os daréis ni cuenta, hijos míos. Si los viejos polemistas rojos, negros o blancos se pasaran la consigna, os aseguro que

veinticuatro horas después os harían patear el bulevar Saint-Michel a los gritos de «¡Viva Dreyfus!», y «¡Muera Dreyfus!», pobrecitos míos. Me he prometido hablar lo menos posible de *l'Action française*, porque no querría ser injusto. *L'Action française*, por increíble que hoy nos parezca, tuvo una juventud, algo que, me temo, no se podrá decir en el futuro de muchos de vosotros... Pero bueno, pero aun así, comprenderíamos perfectamente que a Maurras le aseguraseis una jubilación gloriosa. Lo extraño es que vuestra solicitud se extiende a todo el personal. ¡Caramba! Todos los días, desde hace años, os pasáis por esas oficinas, ¿y ninguno de vosotros ha sentido nunca la necesidad de cambiar por lo menos la decoración? Sobre las chimeneas sigue viéndose, fundidos en bronce barbediano^[10], a los señores Pujo, Delbecque, Pierre Tuc y otros —estos en yeso—, para quienes sería fatal el más ligero toque de plumero. ¿Nunca se os ha ocurrido soplar un poco encima, a ver qué pasa? Y cuando un príncipe de vuestra edad os invita a elegir, os parece normal darle esquinzazo, ir a sentaros en los mismos pupitres donde vuestros papás gastaron sus pantalones cortos, y reanudar la lección de doctrina vigilados por Máxime Real del Sarte, otro príncipe, antaño consagrado por las jovencitas monárquicas que hoy son abuelas: ¿Príncipe de la Juventud Francesa?

* * *

Hay una crisis de la juventud, y no se resolverá por sí sola. Vuestros métodos pueden agravarla. Los amos del mundo creen que la juventud se les escapa. A todos se les escapa, también ella se escapa de sí misma, su energía se expande poco a poco, como el vapor en el cilindro. La agobiante, tiránica, aplastante solicitud de las dictaduras la reducirá a la nada. Hoy se reclutan tan pocos niños de verdad como poetas, y los nuevos sistemas de educación solo consiguen adiestrar a unos homúnculos repugnantes, que juegan a propagandistas, soldados o ingenieros. Porque el espíritu de la juventud es una realidad tan misteriosa como la virginidad, por ejemplo. La mojigatería, la ignorancia o el miedo, aunque sea al infierno, no forman las vírgenes. O por lo menos esa clase de virginidad me parece tan boba como la castidad obtenida por castración.

* * *

Por supuesto me diréis que un castrado no es más que un desecho, mientras que la política realista puede considerar virgen y utilizar como tal a cualquier muchacha que los médicos hayan certificado como intacta. Asimismo, si las dictaduras de izquierda o derecha, con un gigantesco esfuerzo presupuestario, aumentan en cierto número de cabezas el ganado de los jóvenes machos impúberes, por mí pueden creer que tienen grandes reservas de infancia. El espíritu de la infancia no se ve, ¿verdad? No se ve,

las estadísticas no lo tienen en cuenta. Tampoco tienen en cuenta ya el espíritu militar, lo que a Mussolini le da motivo para pensar que si concentrara al pie de las alturas del Pratzen, conforme a los planes de Napoleón, un número de divisiones napolitanas o sicilianas igual al de las divisiones imperiales, seguramente ganaría la batalla de Austerlitz. A los fascistas españoles les oí muchas veces deplorar el prejuicio antisocial de los niños franceses, que disfrutaban viendo cómo Guiñol vapulea al guardia. Ahí tenemos, decían estos señores, una minúscula glándula de secreción anarquista que nuestros cirujanos extirparían fácilmente. ¡Sea! Los mismos doctores observan en el Evangelio una glándula revolucionaria y una glándula judía que también convendría sajar. No cabe duda de que una operación así habría bastado, alterando ligeramente el metabolismo de san Francisco de Asís, para convertir a aquel exaltado en un simpático canónigo, humanista y realista. Sin duda. A pesar de todo, desconfío mucho de semejante cirugía glandular. También desconfío de vuestros métodos de adiestramiento. Como la mayoría de las ciudades de España, la capital de Mallorca pertenecía a los niños. Seis semanas después de la llegada de los cruzados militares, se diría que les pertenecía aún más, pues, armados con fusiles, detrás de una banda militar, los jugadores de canicas movilizados desfilaban gravemente por las calzadas desiertas. Juegan a los soldados, me decía para mis adentros. Pero cuando los hermanos mayores vuelven cada noche de expediciones misteriosas y cualquiera puede encontrar en las cunetas, bajo las moscas, un cadáver con la cabeza reventada y la espalda apoyada en el talud, llevando gravemente sobre el vientre la mitad de su cerebro rosa, el héroe ya no es el soldado, sino el policía. De modo que los antiguos jugadores de canicas se convirtieron en guardias auxiliares, cambiaron sus fusiles de desfile por porras de caucho, lastradas con un poco de plomo. Pues sí, reíd si queréis. El terror es el terror, y si hubierais vivido en tiempos de Maximilien Robespierre como sospechosos, es decir, carne de calabozo, para quienes cualquier vaga denuncia era un peligro de muerte, acaso habríais temblado al paso de los carmañolas de trece años. No pretendo atacaros los nervios, solo me gustaría que reflexionarais, como tuve que hacer yo. Al principio no lo entendí. Si hubiera desembarcado en Barcelona en agosto de 1936 y hubiera visto desfilar por las calles de la ciudad una tropa de arrapiezos armados con cachiporras y cantando la *Internacional*, podéis imaginaros las palabras que me habrían brotado de los labios. En cambio, habría llamado traviesos a los mismos chicos blandiendo los mismos instrumentos, siempre que gritaran «¡Mueran los rojos!», en vez de «¡Mueran los curas!». ¿Qué queréis? No somos dueños de ciertos reflejos. Hoy me resulta fácil pensar en unos y otros con la misma piedad.

Siempre pensé que el mundo moderno pecaba contra el espíritu de la juventud y que moriría por este crimen. Es evidente que la máxima del Evangelio: no podéis servir a Dios y al dinero, tiene su equivalente naturalista: no podéis servir a la vez al espíritu de la juventud y al espíritu de la avidez. Se trata, evidentemente, de ideas generales.

No permiten calcular la duración de una evolución que al principio parece tener un curso muy lento. En Palma comprendí que el enorme esfuerzo de propaganda educadora de las dictaduras iba a precipitarla.

* * *

¡Oh, Dios mío, no es ninguna revelación celestial! Me siento incluso incómodo y un poco avergonzado por haber escogido estos hechos, aparentemente mediocres. Pero veamos: ¿hay algo más insignificante que un reflejo pupilar? ¿Y no le permite al médico diagnosticar a primera vista una parálisis general? En Mallorca vivía en un pueblecito a la orilla del mar, más bien un arrabal de Palma, a cinco kilómetros de la capital. En plena guerra civil Porto Pi no era un sitio muy animado que digamos. Los muchachos estaban alistados en uno u otro bando, o en ninguno de los dos, según el lugar del mundo donde les hubiera sorprendido el acontecimiento, porque los mallorquines son un pueblo viajero. Los que quedaban apenas se dejaban ver los domingos en misa, a la que naturalmente acudían todos. Recuerdo... Recuerdo... Había un viejo mendigo encargado del servicio de limpieza, con su estrafalaria carreta tirada por un fantasma de burro recubierto de una piel que probablemente había tomado de otro animal de su especie, pues era demasiado holgada para sus huesos. Aunque los militares habían matado al hijo único de este agente municipal, un tabernero caritativo le dejaba dormir en la cuadra, junto a su singular animal. Mi hijita Dominique les quería mucho a los dos. Una mañana de Pascua se encontró a su viejo amigo ahorcado —entre su cubo de basura y su burro—, una mañana de Pascua, una triunfal mañana de Pascua, llena de gaviotas blancas... Había una muchacha corpulenta, muy alegre, muy complaciente, amiga de todos, que comulgaba a mi lado los domingos. Un día, bajo su blusa mal abrochada, vi la placa de la policía, una placa nueva, reluciente... Y una cocinera muy querida también por mis niños, a la que un esbirro con cara de cura malas pulgas, que se doblaba hasta el suelo para saludarme, fue a buscar por la mañana: «Vístete. Volveré por ti a las cuatro de la tarde». Ella se puso el vestido de seda negra que se le había quedado estrecho y le reventaba por las costuras. Hizo el hatillo y se pasó el día llorando a moco tendido, todo aquel interminable día. Me la encontré por el camino, correteando detrás de su amo, y me hizo el saludo fascista, ¡qué miseria!... ¡qué miseria!... Recuerdo... Recuerdo... Pero qué más da. Solo quería que comprendierais que si no todas esas personas eran alegres, también pasaban sus buenos ratos. Entonces iban a sentarse a la orilla, los papás fumaban en pipa. Ese lugar de la costa no está muy concurrido por los bañistas, que prefieren el lujoso Terreno. No sin sorpresa, pues, la gente del pueblo vio aparecer una docena de «balillas», pero naturalmente nadie dijo nada, como podéis imaginaros. Uno de esos monicacos se bañó desnudo. Republicanos o no, los palmesanos son pudibundos, y una abuela creyó llegado el momento de soltar la lengua. Llamó desvergonzado al chiquillo. Avisados por el silbato del jefe llegaron

los guardias y, con desgana, detuvieron a la sacrílega. Sus comadres protestaron mientras los hombres, sin intervenir, seguían mirando al horizonte, pero dejaron que se apagaran sus pipas. En ese momento los pequeños policías decidieron despejar el terreno a porrazo limpio. Podéis imaginaros el espectáculo: los viejos, rojos de ira, renqueando delante de esos críos y sin atreverse a tirarles de las orejas, y luego, a causa de las mujeres, tratando de mantener un porte digno, de aminorar el paso, y volviendo a brincar cada vez que el cilindro de caucho les azotaba las nalgas. Algunos lloraban de rabia. Así es como la fuerza se sujetó a la ley.

* * *

Unos chicos valientes, diréis. ¡Dios mío, sí, muy valientes! Eran unos niños valientes antes de que les convirtieran en enanos, en hombres enanos, con los odios del hombre maduro en un cuerpo de enano. Pero estoy convencido de que la empresa va a seguir adelante, no tanto por la perversidad de los seres como por la lógica de las cosas. Raro sería que los nacionalistas autárquicos no explotasen la infancia como si de una materia prima se tratara. Los maestrillos execrables, los apestosos bebedores de tinta con entrañas de papel secante, les soplan al oído que un hombrecito, dejado a su ser, muestra inclinaciones de independencia que una sociedad previsora debería cortar por lo sano, en vez de perder un tiempo precioso en educarle. Es menester inculcarle cuanto antes el sentido realista de las jerarquías, incluso en su forma elemental, esa afición por el orden y la disciplina que distingue, por ejemplo, al suboficial corso. La mentalidad infantil, dirían estos doctores en su idioma siniestro, presenta tendencias contradictorias. Es natural que un niño quiera más a un perro sarnoso que a un animal de buena raza. También es natural que se líe a pedradas con el perro sarnoso. La primera tendencia corresponde a la mística celta, que se expresa con el absurdo axioma: «Gloria a los vencidos». La segunda es ya un esbozo del genio político latino, porque un perro sarnoso no sirve para nada y es lícito destruirlo, si bien hay que llamar un momento la atención del ejecutor sobre el carácter inútil y por consiguiente poco social de ciertos refinamientos crueles, señalándole que podría matar limpiamente a diez perros sarnosos en el tiempo que invierte en martirizar a uno solo: obtiene el mismo placer, y es provechoso para la comunidad.

* * *

No razonan mal estos doctores. Pues repito que es muy cierto que el hombrecito nace refractario y vive el mayor tiempo posible en un mundo afectivo hecho a su medida, donde caben cómodamente, al lado de un papá y una mamá sublimados, otros seres apenas más imaginarios, los ogros, las hadas, los caballeros, las reinas por las que se matan gigantes, y los jóvenes príncipes que mueren de amor. Cuando está poseído por

los fantasmas, un chiquillo cualquiera, aun sometido a un régimen adecuado o desarrollado por el ejercicio deportivo, podría convertirse en poeta, o más bien en anarquista, en el sentido exacto de la palabra, es decir, incapaz de ejecutar en versos una orden de los servicios de propaganda del estado. Conozco bien, conozco íntimamente a un joven francés que al principio de la cruzada episcopal española, cuando se vio obligado a participar en una expedición punitiva, volvió fuera de sí, desgarró su camisa azul de falangista mientras repetía con una voz entrecortada por sollozos contenidos, con su antigua voz, su voz recuperada de niño: «¡Los muy cerdos! ¡Han matado a dos pobres diablos, a dos campesinos viejos, muy viejos, que por lo menos tendrían cincuenta años!» (lo cual, dicho sea de paso, no resultaba muy halagador para su papá, que frisaba esa última etapa de la senilidad...). Un profesor de realismo le habría contestado: «Amigo mío, el hecho que acaba de presenciar, ante todo, es político. Además, esos dos individuos profesaban una opinión distinta de la que autoriza el estado. Si eran viejos y pobres, eso más bien debería calmar sus escrúpulos, si supiera reprimir los ciegos reflejos de su sensibilidad. Porque un viejo vale menos que un joven. Y como los pobres apenas disfrutaban de las alegrías de la vida, tampoco es tan grave arrebatarles un bien del que obtienen escaso provecho».

* * *

Este razonamiento vale lo que vale. Repito que no podréis con el realismo político, y que el día en que el pobre, el inválido o el idiota no tengan más protección en este mundo que la repulsión natural de las personas delicadas por el sufrimiento, habrá llegado el momento de aconsejar el suicidio a estos desdichados. La gente del pueblo tiene una expresión muy profunda para despertar la simpatía: «Pongámonos en su lugar», dice. Pero uno solo se pone fácilmente en el lugar de sus iguales. En cuanto hay cierto grado de inferioridad, real o imaginaria, la sustitución es imposible. Los delicados del siglo XVII no se ponían en el lugar de los negros, cuya trata enriquecía a su familia. Vittorio Mussolini ha publicado un libro sobre su campaña de Etiopía:

Nunca había visto un gran incendio, a pesar de que había seguido a menudo los coches de bomberos... Tal vez porque alguien había oído hablar de esta laguna en mi educación, un aparato de la 14.^a escuadrilla recibió la orden de bombardear la zona de Adi Abo exclusivamente con bombas incendiarias. Teníamos que incendiar las laderas cubiertas de bosque, los campos de cultivo y las aldeas. Todo eso era muy distraído... En cuanto las bombas tocaban el suelo estallaban con una nube blanca, y una llama gigantesca se elevaba mientras la hierba seca empezaba a arder. Yo me fijaba en los animales. ¡Dios mío, cómo corrían!... Cuando las bodegas de bombas se vaciaron empecé a tirar bombas de mano... Era muy divertido. Una gran «zariba» rodeada de grandes árboles no era fácil de alcanzar. Tuve que

apuntar muy bien y solo lo logré a la tercera. Los infelices que estaban allí saltaron fuera en cuanto vieron que el techo ardía y huyeron como locos... Rodeados de un círculo de llamas, entre cuatro mil y cinco mil abisinios murieron por asfixia. Aquello parecía el infierno: el humo se elevaba a una altura increíble y las llamas teñían de rojo todo el cielo negro.

Es evidente que a Vittorio Mussolini no se le ocurrió ponerse en el lugar de los etíopes. Si un día su papá le manda al frente francés, colmará otra laguna de su educación. Verá lo que son hombres, y supongo que volverá con los pies por delante a contar esta experiencia a su familia. ¡No importa! —Remitido al señor Brasillach para la oración fúnebre—. Los sederos de Lyon que mataban de hambre a sus obreros durante el reinado de Luis Felipe no se ponían en el lugar de esos hermanos suyos inferiores, como tampoco Cavaignac, que pronunció estas famosas palabras en la Cámara tras la insurrección de Lyon: «Los obreros deben saber que no hay más remedio para ellos que la paciencia y la resignación». Palabras contra las que el episcopado francés de la época no elevó ninguna protesta. En resumen: la piedad no es muy de fiar. El legislador no puede contar con ella como, por ejemplo, con el espíritu de lucro y el interés. La piedad no puede justificarse en política, o al menos solo proporciona al realista una ayuda precaria en casos excepcionales. La usa porque está ahí, pero preferiría prescindir de ella. Por otro lado, no podéis juzgar la piedad, porque desde hace veinte siglos ya no sabéis lo que es exactamente. Desde hace veinte siglos el Ángel de la Caridad de Cristo la retiene, apretándola contra su pecho, al calor de su corazón sublime. Cuando el Ángel se harte de vosotros, hijos míos, ya podrán vuestros doctores en política positiva mandar a los casuistas fuera de uso, espolvoreados de naftalina, a proponerle una transacción ventajosa. «Tened vuestra piedad», contestará el Ángel. Y veréis en el suelo un mísero animalillo ciego, todo rosado, sin pelo ni plumas, que morirá de frío a los cinco minutos.

* * *

No pretendo decir que el espíritu de juventud y el de caridad sean lo mismo; no soy teólogo. Pero la experiencia me ha enseñado que nunca encontramos el uno sin el otro, ¿qué diantres queréis que os diga? Sí, las virtudes del Evangelio son un poco locas —¿qué tiene de malo, en realidad, ponerse a bailar delante del arca, como el rey David?—. Ay de los sacerdotes que, seguramente con la esperanza de desarmar la ironía de los filósofos, les ponen a las virtudes un bonete de doctor y unas gafas en la nariz. En su afán por justificar la castidad ante los obsesos de la moral, los higienistas, los economistas, los médicos y los profesores de cultura física, la han convertido en algo ridículo. Creo que a ellos les debemos el nombre de «continente» —disculpad si me equivoco. Con seguridad les debemos el de Personas del Sexo, que tampoco está mal—. Ningún feligrés francés querrá que le llamen continente, como

África u Oceanía. Los maestrillos políticos también consiguen, con los mismos métodos, que el nombre de libertad resulte odioso. Cuando se articulan estas tres sílabas en presencia de un joven realista, algo se desata en su laringe y replica con voz de polichinela: «La libertad no existe. Solo conocemos las libertades». Tal es la máxima que ha recogido piadosamente de las encías de sus maestros centenarios, y jamás se preguntará de qué servirán las libertades cuando haya desaparecido el espíritu de libertad que las fecundaba. Por último, en cuanto a la palabra justicia, si por un descuido la llego a escribir, aunque la pronuncie *usticia* —por temor a que me acusen de escribirla con mayúscula, pecado imperdonable para los Maquiavelos seniles—, es el hazmerreír de todos. La justicia es algo así como la Sociedad de Naciones, un chiste. Mis pobres hijitos, creéis que así os mostráis como verdaderos hombres libres. Pero los viejos magistrados desvergonzados tampoco creen en la justicia, y los viejos financieros menos aún. A este respecto, el escepticismo de los enchironados y las enchironadas iguala o supera al vuestro. La justicia os trae al fresco, hijos míos, muy bien. ¡Qué atrevimiento! Entonces sed consecuentes. Los hampones alardean de desconocer la justicia, pero tampoco les gustan nada los hombres de la justicia, mientras que a vosotros siempre se os ve al lado de los guardias, preciosos. Es muy bonito eso de asombrar a mamá con paradojas incendiarias acerca de la fuerza que prevalece sobre el derecho y otras majaderías. La buena mujer, en sus adentros, se alegra de vuestra buena cara, porque sabe muy bien que el gentil autócrata, después de una carrera honorable, irá tranquilamente a cobrar su retiro a las ventanillas del estado. ¡Quiera Dios conservar este valioso producto frente a los rigores de la crisis amenazadora! Cuando el barco se hunde hay que tirar lastre, y ¿qué es lo que más pesa en las calas de la sociedad moderna, aunque sin valor real? Los escrúpulos. Porque el estado siempre será lo bastante poderoso y rico como para garantizar la protección del orden y la propiedad si las jóvenes clases dirigentes le ayudan a descargarse de agobiantes responsabilidades morales, heredadas del régimen cristiano, y que las democracias aún simulaban asumir, por pudor. Recitáis vuestro papel de maravilla, queridos farsantes. Por lo demás, es un papel muy fácil; lo único que tenéis que hacer es pasároslo en grande. Así de sencillo. No valéis ni más ni menos que vuestros abuelos, y cuando se trata de asuntos serios, de defender vuestro dinero, por ejemplo, os inspiráis, como ellos, en los principios de un fariseísmo moderado. Solo hablaré, pues, de vuestra actitud pública, del personaje que come fuera de casa, juega al *bridge*, perora en su círculo social, preside consejos de administración, en una palabra, del personaje al que un grupo de señores encorbatados de negro llevarán ceremoniosamente un día al cementerio, y que pocas veces es el mismo con el que se acuesta todas las noches una pobre mujer, o el que Dios juzgará. Al cabo de varios años de entrenamiento, este personaje eminentemente social consigue adquirir una especie de automatismo que le permite participar sin cansarse en las conversaciones cuando se extravían, es decir, cuando se elevan hacia las ideas generales, las cumbres. Es el mismo automatismo de vuestros abuelos, y

tiene el mismo mecanismo. Algunos vocablos provocan de inmediato el reflejo correspondiente. El reflejo es lo único que varía. Vuestros abuelos abusaban, debo confesarlo, de la mano en el corazón y la lágrima en el ojo. Bastaba, por ejemplo, con pronunciar las palabras «papel mojado» para hacer que estallara en sollozos una concurrencia de tiburones de las letras, del comercio o de las finanzas, o incluso de ordenanzas. Hoy esas mismas palabras provocan en los deportivos ciudadanos salidos de sus genitales un espasmo irresistible de la garganta, rematado en risa histérica. ¡Y el despacho de Ems, y los puñetazos en la mesa! Antes, al mencionarlos, el ordenanza patriota, abrumado por la desesperación, acababa sonándose los mocos en el mantel. Ahora, el producto de ese hombre de leyes, cada vez que un diplomático recibe un puntapié en el culo, grita: «¡Qué broma más buena! La diplomacia no hace falta para nada. ¡Son bobadas!». También estaba la guerra submarina, ¡caray! El artillero alemán que, desde ciento veinte kilómetros, se las arreglaba para matar a los niños cantores de Saint-Gervais, y el bombardeo de Estrasburgo, y el incendio de Lovaina, y las ejecuciones de civiles, ¡perrerías de alemanes que no respetaban ni a las mujeres! Desde que horrores como esos se observan en España, Etiopía o Shanghai, ¡oh, hijos míos!, si un desdichado osara pronunciar la más tímida protesta en nombre de la humanidad —¡ja, ja, ja!—, oiría cómo le llamaban bobalicón e impotente unas señoras gordas, terriblemente opulentas, dispuestas a acabar de una vez con los obreros que desde la aparición del capitalismo no han parado de hacerles faenas a los desdichados patronos y se han engrasado con su sudor, los muy cerdos. Para empezar, esos etíopes no son más que unos negros, unos salvajes. ¿Y los chinos? Los chinos llevan demasiado tiempo civilizados, ¡paso a los jóvenes! ¿Y Francia? ¿Qué Francia? Ya no nos atrevemos a mostrarla, les da mucho asco a los dictadores virtuosos. Si en la época en que a Jaurès le llamaban abogado de Alemania en el Parlamento francés, el emperador Guillermo hubiera pretendido decidir cuál era la verdadera Francia, la Francia auténtica, habría que haber oído a los oradores patriotas. Hoy el general Franco, entre dos bombardeos de Madrid, da a los monárquicos degenerados que le tiran respetuosamente de la lengua su dictamen sobre el pasado, el presente y el futuro de mi país. Los monárquicos franceses dan esquinazo a sus príncipes porque sospechan que han perdido el sentido del interés nacional, pero creen a pies juntillas que Mussolini se preocupa desinteresadamente por nuestra grandeza y nuestro honor. En efecto, salta a la vista que todas las noches reza por nosotros una oración a san Nicolás Maquiavelo, pues no os quepa duda de que le resultará más fácil hacerse con el imperio colonial de una Francia unida y poderosa que de una Francia desgarrada por las facciones. Nuestras juventudes dirigentes no admiten ninguna discusión sobre este punto capital. Las dictaduras desean la salvación de Francia, la Sociedad de Naciones desea su ruina. En la época en que la prensa bien pensante dirigía contra esta última una campaña de eslóganes semejante a la de los cantantes cabareteros de Montmartre contra Cécile Sorel, aunque yo no sintiera ninguna simpatía por esa Academia, me preguntaba: «¿Qué les pasa a estos cada mañana? ¿Qué mosca les ha

picado? De creerles, Europa no tiene más enemigo que ese Instituto. Si el Tratado de Versalles nos perjudicara y Ginebra se hubiera encargado de garantizar su ejecución íntegra, todavía se podría entender, pero el *statu quo* nos favorece, no ganamos nada con ridiculizar lo firmado». ¿Qué queréis que os diga? Ignoraba que el futuro imperio estaba preparando a la opinión pública para la conquista de Abisinia; no se puede estar en todo... Cuando Mussolini acumulaba a orillas del mar Rojo un material enorme, innumerable —dos cañones por cabeza de negro—, los jóvenes realistas franceses se relevaban para representar día y noche: «¡El derecho internacional, buuu! ¡Jèze al paredón!». De vez en cuando oíamos un ruido argentino. Era el señor Laval haciendo caja. ¡Vaya puntos están hechos estos nacionales! Siempre se las arreglan para divertirnos. René Benjamín cruza los Alpes. ¿Qué descubre allí nuestro observador? Autopistas floridas, escuelas, inscripciones, fuentes y mujeres bonitas, todo al más puro estilo fascista. También descubrió al Encantador, a quien pidió perdón para Francia; el otro le prometió que tendría un poco más de paciencia y sujetaría su diestra poderosa. Por delicadeza, Mussolini no quiso decir nada de las pretensiones imperialistas de mi país sobre Niza, Córcega, Marruecos y Túnez, al que, por otro lado, su Armada Invencible defendería sobradamente de los esbirros de Thorez. Es curioso, sin embargo, que se paseara por un país movilizado hasta el último hombre sin mencionar ni una sola vez la guerra, ¿no os parece? A mí me lo parece. ¡Oh, sí, menudos puntos están hechos estos nacionales! Con ellos la diversión está asegurada. Cuando el Kronprinz hablaba en 1914 de la guerra fresca y alegre, le llamaban Koño el Príncipe. No obstante, si el jefe del Nuevo Imperio Pacífico y Civilizador repite lo mismo en un lenguaje de maestro soreliano, patalean de gusto. No sé si la guerra de Mussolini será alegre pero, dado el alistamiento de niños «balillas», seguro que será fresca, se hará con ganado fresco. ¡Menudos puntos están hechos estos nacionales, siempre con un chiste para reír, siempre con un chiste para morir!

II

Ni soy, ni he sido, ni seré nacional, aunque el gobierno de la república me dispense un día funerales con ese nombre. No soy nacional porque me gusta saber exactamente lo que soy, y la palabra nacional, por sí sola, es absolutamente incapaz de enseñármelo. Ni siquiera sé quién la inventó. ¿Desde cuándo se llaman nacionales las personas de derechas? Es asunto suyo, pero si me lo permiten les diré que así se adelantan al juicio de la historia. Bastantes palabras hay ya en el vocabulario a las que un hombre pueda encomendar lo que más aprecia, para que a esta la convirtáis en una especie de piso de alquiler o establecimiento abierto a todos. «¿Entonces prefiere la palabra internacional?». De ninguna manera. No tengo nada valioso que encomendar a la palabra internacional. Se formó en el último siglo y me parece muy bien que les sirva a los socialistas que, por haberla inventado, son sus primeros ocupantes. Me basta con universal, y católico tampoco está mal. ¿No os da vergüenza utilizar contra otros franceses, por descarriados que estén, un nombre que nos pertenece a cada uno de nosotros? No lo tomaré de vuestras manos. ¿De quién es esta mano que me lo da? Del señor Tardieu. No, gracias. ¡Oh! Naturalmente, una palabra no puede defenderse. Pero a veces se venga, se venga con retruécanos. Desde que decidisteis cambiar la palabra patriota —que vuestra propaganda de guerra, en 1914, había ridiculizado a más no poder— por nacional, os resulta imposible usarla sin ofender, junto con la razón, el espíritu de la lengua. Victor Hugo, por ejemplo, es un poeta nacional. Pero si tomamos el término en su nueva acepción, Pestour y Pierre Tuc son escritores nacionales. Nosotros, los nacionales... Es como para hacer reír a los niños. ¡Desgraciadamente, ya no hay niños! Fueron necesarios dos o tres siglos para justificar ante los franceses la política de Luis XI, para que todos los franceses reconocieran su carácter nacional. En cambio la política de los nacionales, por definición, solo puede ser nacional, y así se ahorra tiempo, es muy cómodo. Y tenemos, por ejemplo, al señor Recouly. El señor Recouly explicaba ayer gravemente a los lectores de *Gringoire* que los estados que amenazan la paz no son los que se privan de trigo para comprar hierro, y completan la enseñanza del catecismo elemental con un curso sobre manejo de armas automáticas. La perturbadora es Francia, que por otro lado se ha convertido en «el ilota borracho del que hablaba con tanto desprecio Bismarck». Os pregunto: ¿para qué repetir en francés lo que se escribe todos los días en alemán o italiano? Cuando las dictaduras hayan librado a Europa de mi despreciable país, es poco probable que deban justificarse ante un tribunal. Pero suponiendo que así fuera, les bastaría con llamar a declarar a una docena de escritores nacionales, quienes de buena gana demostrarían que la vieja furcia, sorda a todas las advertencias, se la había buscado. «Se trata de un accidente debido a la embriaguez —explicará probablemente Recouly—. La víctima, como de

costumbre, se había emborrachado abominablemente con la vodka de Stalin. Cayó sobre la navaja que usaba Mussolini para cortar la mortadela. Si la herida se infectó, haremos constar que la desdichada tenía sífilis». ¡Oh! Naturalmente me objetarán que las conciencias elevadas solo sienten asco, como Franco, por una Francia degenerada. Desde luego. Pero ¿cuál es la Francia de los nacionales? En el mismo artículo, Recouly la define así: «esta tierra de libertad, el país de Voltaire, de Rousseau, de la Enciclopedia y la Declaración de los Derechos del Hombre». ¡Cáspita! ¿De modo que los estados fascistas van a movilizarse para salvar la Francia de Voltaire y los Derechos del Hombre? Bien es cierto que en una columna vecina André Tardieu exclama: «El radicalismo solo tiene una idea, descristianizar Francia». Cuántos males ha traído esto, concluye el antiguo profesor de optimismo, lloriqueando. No creáis, sin embargo, ni por un momento, que estos dos escritores nacionales defienden aquí una opinión. Se trata de argumentos, que no es lo mismo. Recouly piensa que al esgrimir los Derechos del Hombre contra el Frente Popular, cerrará el pico a los radicales. Pero ¡tranquilos!, la próxima vez echará mano de otra, de la Francia, por ejemplo, que acaba de servir a Tardieu. Porque vamos a ver: si estos señores honran con sus favores hasta a la Francia de los Derechos del Hombre, ¡cuántas Francias, Señor, cuántas Francias!, —a excepción, por supuesto, de la del Frente Popular—. La Francia de Rabelais, de Pascal, de Bossuet, de Calvino, la Francia clásica, neoclásica, romántica, naturalista, claudeliana y valeriana, latina, grecolatina, imperial y democrática, derouledista y clemencista, gorda o flaca, mística o pechugona, muchas, muchas Francias... ¡Todas las Francias al salón! «Puede escoger a su gusto, a condición de esperar unos minutos, porque en este momento las pobres chicas están acostadas aquí y allá con un nacional encima. Si la espera se le hace larga no se quede estorbando en la antesala, vaya a dar una vuelta por la ciudad». Caramba, parece un buen consejo, de modo que camináis hacia el Pont-Neuf para estirar las piernas. Si allí os encontráis con un joven, de pie en medio de la noche, junto a la estatua de Enrique IV, no le preguntéis, porque os contestaría: «Me llamo Enrique de Francia y soy el único que no tiene Francia. Charles Maurras acaba de quitármela, con el derecho a llamarme nacional».

III

Releo, no sin melancolía, la primera página de mi prólogo. «Iré hasta el final de mi tarea», decía. Pues bien: es cierto, ya he llegado. Ya he llegado al final de mi libro. Estoy contento.

El secreto de esta satisfacción seguramente les resultará incomprensible a muchos. Me habría gustado no hablar de quienes a lo largo de estas páginas solo han creído oír un grito de ira o desafío. El juicio de estas personas no puede ocuparme mucho, porque no pienso en su juicio, les veo a ellos. Les veo. No me apetece meterme con ellos. Todos pertenecen a esa parte de la humanidad que hace dóciles a los ciudadanos. En un mundo realmente organizado, a excepción de su familia, sus superiores y sus subordinados, nadie les ve. Pasan completamente inadvertidos. Solo son ridículos en un tiempo como el nuestro, porque no han nacido para estas circunstancias trágicas. La brusquedad del contraste es lo que mueve a risa. Si un domingo, junto al templete de la música de Brignoles o Romorantin, veis a un anciano señor con chaqueta de alpaca, pantalón de cuadros y sombrero de paja, no experimentáis ninguna emoción. Transportadle, después de un último cepillado, en medio de las ruinas de Shanghai, y el pobre tipo os parecerá grotesco o siniestro, según vuestro humor. Las ligas patriotas están repletas de funcionarios militares o civiles a los que unos periodistas bribones incitan todos los días para que salven a Francia. Antes estos inocentes se exaltaban contra los alemanes. El obrero sindicado ocupa hoy el lugar del alemán. ¿Qué demonios queréis que piensen de las reformas sociales más legítimas unos personajes inofensivos que se han pasado la vida temblando delante de su jefe de oficina, su coronel o su inspector, y que ostentan en el ojal con orgullo ingenuo, como pago por cuarenta años de cólicos, la misma Legión de Honor que el más grande guerrero, en el campo de Boulogne, otorgaba antaño a sus viejos soldados, en el casco de Francisco I? Si no son sensibles a esta payasada colosal, ¿cómo íbamos a esperar que tuvieran, siquiera en su grado más bajo, sentido del honor, de la justicia y de la historia? Para estos infelices el obrero descontento «se equivoca» porque reclama. El que se atreva a socavar el prestigio de los comerciantes y propietarios ofende mortalmente a Dios. El escándalo de mi vida ha sido, sin duda alguna, ver cómo cierto número de estos respetuosos crónicos se hacían monárquicos. Y todo porque a esos cabezas de chorlito les habían dicho una y otra vez que la monarquía era bien pensante. Gracias a Dios, hoy consideran que los príncipes son socialistas. Todo hace esperar que acabarán haciéndose republicanos.

Insisto en que no quiero que desaparezca esta clase de hombres. Solo me gustaría apartarlos de nuestros debates por un momento, el tiempo necesario para la

reconciliación de los franceses. Puede que ellos también anhelan de buena fe esta reconciliación. Pero son incapaces no ya de lograrla, sino de concebirla siquiera. No es el desorden lo que reprueban, sino el ruido que hace el desorden, y gritan: ¡silencio!, ¡silencio!, con sus vocecitas ora quejumbrosas, ora amenazadoras. Si las reivindicaciones obreras les sacan de quicio es porque les alteran los nervios. El director de una poderosa industria que practica desde hace cinco años el ajuste de salarios me confesaba hoy que a cada aumento del cinco por ciento, los detallistas respondían de inmediato con un enriquecimiento del diez por ciento del precio de los productos. Es así como esas ventosas repugnantes chupan la sangre a nuestro pueblo, pero la prensa de derechas se confabula para callar un hecho de todos conocido. Esta reserva puede tener varios motivos. Solo mencionaré el principal: las ventosas obran en silencio. Basta con eso para las personas de orden. En cambio, piden que se reprima a los vocingleros. El que grita mientras le desangran es un anarquista que no merece el perdón.

Cuando se tienen los nervios tan sensibles lo mejor es quedarse en casa. Es absurdo pretender ser árbitros. Comprendo perfectamente que el obrero sindicado ponga a prueba su paciencia. ¡Que dejen a otros la tarea de negociar con él! Los muy infelices se encuentran en tal estado, que al primer intercambio de palabras caen en trance. Se parecen a esas mujeres incomprendidas que lo aceptarían todo, incluso una paliza, siempre que entre golpe y golpe les dijese que tienen razón, razón, razón. Estoy hablando de un fenómeno psicológico muy fácil de comprobar. Os reto a mostrar la más discreta, la más tímida aprobación de un artículo cualquiera del programa obrero: veréis cómo esos afeminados se encogen ante vosotros como la flor llamada sensitiva. ¡Vaya, vaya! ¡Así que es usted comunista!, exclaman con la misma voz con que las protagonistas de Courteline replican: ¿Así que soy una imbécil?... ¿Cómo es posible que algunos jóvenes franceses todavía escuchen los argumentos de esos pusilánimes, de esos angustiados? No seré yo quien niegue el peligro que supone el comunismo totalitario para Francia. Pero aunque fuera más inminente de lo que creo, razón de más para librar a la guarnición de unos infelices deprimidos, cuyo lugar está en el sótano. Repito que ni la misma Casa de Francia está a salvo de sus sospechas históricas. ¿Tendré que pedir una patente de monárquico al señor Pozzo di Borgo o al señor Taittinger? ¿Por qué iba a hacer caso de unas campañas de prensa de carácter convulsivo, que solo conducen a rotundos fracasos? Nunca he escrito nada sobre el proceso del coronel La Rocque. Simplemente me permito considerar ridículo que las mismas personas que darían su aprobación, si se atrevieran, al atentado provocador de la Étoile, pongan ahora el grito en el cielo porque un Coronel Nacional (por decirlo en su ridículo lenguaje) haya aceptado de un Ministro Nacional una Subvención Nacional para una Organización Nacional. ¡Cómo! En la época del asunto Dreyfus estos patriotas no habrían soportado que se acusara a un capitán de intendencia, ¡y ahora deshonran públicamente a un coronel y le denuncian al

extranjero como un estafador que ha robado hasta sus medallas de guerra! ¡Conciencia! ¡Conciencia! ¿Hay alguno de estos fulanos que, al ser preguntado sobre el único capítulo de la historia contemporánea capaz de emocionarle, la guerra de Abisinia, no esté dispuesto a difamar, por amor a Mussolini, nuestras campañas coloniales? «¡Sí señor, nosotros hemos matado a muchos más negros que el Duce! Por otra parte, ¿qué son los negros? ¡Mueran los negros!».

¡Conciencia! ¡Conciencia! ¡Conciencia! Cuando hay imbéciles con tan poco honor como para comparar la obra de un Gallieni o de un Lyautey con la destrucción masiva de Etiopía lograda a costa de miles de millones, puedo decirles que desconfío de su concepto particular de la defensa social, y que, hablando en plata, prefiero la muerte antes que vivir protegido por sus ametralladoras sustraídas de los arsenales. ¿Tengo derecho a decir esto, sí o no? ¿Se le negará la calidad de nacional a quien rehúse confundir a los obreros franceses —nacidos de padre y madre francesa, por cuyas venas, gracias a una combinación de parentescos desconocidos, corre una sangre mucho más preciada que la de tantos aristócratas ajudiados— con unos *mujiks* embrutecidos por mil años de servidumbre, so pretexto de que prefieren el marxismo al capitalismo, cuando el segundo no es más que una forma de marxismo; sí o no? ¿Deja uno instantáneamente de ser francés porque no quiere ser cómplice de la vil maniobra de declarar a los obreros franceses únicos responsables de la quiebra de un régimen económico y social que ya estaba muerto mucho antes de Johuaux y en 1914 condujo a una guerra equívoca que hoy nadie osa justificar ni defender, y de la que lo menos que puede decirse es que sus promotores fueron tanto el pangermanismo como el paneslavismo, y que solo Francia entró en ella con las manos limpias, Francia —hablo de Francia—, incluida la Francia obrera y campesina? ¿Perderé mi nacionalidad porque os digo a la cara que probablemente no habría hablado nunca del general Franco si no hubierais pretendido convertir a un Galliffet de pesadilla en una suerte de héroe cristiano para uso de los jóvenes franceses? En una reciente conferencia, el señor Benjamín tuvo la osadía de decir que había ido a Burgos en busca de una lección de grandeza. Reconoceréis mi derecho a proveerme de grandeza en una fuente que no sea el autor de *Gaspard*. ¡Pues vaya! Supongamos que mañana voy a ver a un rey exiliado, ya sea monseñor el duque de Guisa, Alfonso XIII, el príncipe Otto de Habsburgo o el emperador Guillermo, y le digo: «Señor, llegado el caso, ¿aceptaría una restauración de la monarquía según los métodos que Benjamín, de acuerdo con el episcopado español, considera excelentes?». Esas majestades se reirían en mis barbas. ¿Por qué demonios iban a exigirme que admire a una especie de general cuya idea de la legitimidad personal es tan feroz y obtusa que él mismo ha sido capaz de perjurar dos veces ante sus superiores? ¡Oh, sí, ya lo sé! Me contestaréis: «Johuaux o Gignoux, hay que elegir». ¡Pues bien, ni Johuaux ni Gignoux! De creeros, el mundo obrero es el único que tiene sus politiqueros desaprensivos y su prensa asalariada. Qué curioso. El régimen capitalista vive de la publicidad, pero qué va: la Unión de Intereses Económicos, o cualquier empresa semejante, se avergonzaría de ejercer la menor

presión sobre *El Eco de los Buenos Ricos*. Incluso podemos imaginar el diálogo:

—Señores —diría el director—, he decidido apoyar cierto número de reformas sociales a las que se opone su egoísmo.

—Muy bien, señor director, no seremos un obstáculo para sus elevados propósitos. Es más: para alentar la virtud, duplicamos nuestra subvención.

Evidentemente, la guerra de clases tiene sus necesidades, lo mismo que la otra. No os echo en cara que la hagáis, simplemente les niego tanto a Gignoux como a Jouhaux el papel de árbitros. «¡Nosotros rechazamos la violencia!». Sí, claro. Pero la evasión de capitales es un chantaje tan eficaz contra mi país como las huelgas. «¡Qué dice usted! ¿Acaso no tenemos derecho a poner a salvo el patrimonio de nuestros hijos?». Entonces no lo hagáis en nombre de la Patria. Todos vuestros patrimonios juntos todavía no hacen la Patria.

Puedo hablar así porque no soy demócrata. El demócrata, y particularmente el intelectual demócrata, me parece la especie de burgués más odiosa. Incluso entre los demócratas sinceros, estimables, se advierte esa farsa inconsciente que hace insoportable a Marc Sangnier: «Voy al Pueblo, me enfrento con su mirada, con su olor. Le escucho con paciencia. Tengo que ser cristiano... Es cierto que Nuestro Señor me dio el ejemplo». ¡Pero no fue este el ejemplo que le dio Nuestro Señor! Si se juntó con mucha gente pobre —no todos irreprochables— supongo que era porque prefería su compañía a la de los funcionarios. Las personas distinguidas podrán, si quieren, atenerse a la hipótesis, desde luego más halagadora, de una mortificación voluntaria del Divino Maestro. Yo, por mi parte, desearía sentarme todos los días a la mesa de unos viejos frailes o unos jóvenes oficiales amantes de su oficio. La conversación de un buen noble rural tampoco me desagrade, porque me gustan los perros, la caza, el acecho de las becardas en primavera. En cambio los señorones del gran comercio que hablan del último Salón del Automóvil o de la situación económica mundial, me dan risa. ¡Largo, largo! El hombre distinguido, como se dice hoy, es precisamente el que no se distingue en nada. ¿Cómo demonios podemos distinguirlo? Después de quince días de vida en común, por ejemplo a bordo del *Normandie*, y con tal que en su juventud hayan amaestrado convenientemente al animal, no hay modo de saber si su papá era vendedor ambulante de corbatas o administraba Le Creusot. En resumen, cualquier buen hombre, obrero o campesino, que ose ser quien es, hable con franqueza y se calle si no tiene nada que decir, me parece mucho más digno de llamarse distinguido que esas pobres sombras que se saben su papel al dedillo, pero no podrían cambiar una palabra sin ganarse un par de bofetones. En vano los viejos pedantes tratarán de convencerme de que eso es una humanidad preciosa, cuyo refinamiento forma parte del legado nacional, como la poesía de Jean Racine. Pobres pedantes... Antes consideraban que Anatole France era un genio y Gabriele d'Annunzio un señor del Renacimiento, ¡Ay, Virgen santísima! Las verdaderas aristocracias son lo que son. Sería inútil discutir al

respecto, porque ya no están. Nadie pone en duda que una u otra clase cuentan con individuos notables. Debemos trabajar para unirlos. Todo lo demás es vano.

No cabe esperar que la prensa de derechas o la prensa de izquierdas propicien esta empresa. Lo más tremendo de los síntomas sociales es que las clientelas de esas dos prensas rivales acaban siendo las únicas que cuentan. La lucha es entre dos clientelas. De modo que ni siquiera se trata de prejuicios de clase, sino de una enemistad mucho más profunda, profundizada cada día, y no solo profundizada, ampliada cada día a la dimensión del universo, que se encuentra así asociado a los malentendidos más ridículos. Es así como la vil competencia de las hojas impresas controla el destino de los grandes pueblos. ¿Para qué hablar de luchas sociales? El espumarajo de odio es demasiado pegajoso, demasiado espeso, huele a su producto. Si los franceses segregan esa baba es porque están enfermos, ni más ni menos. Esta mañana me enteraba de la entrada del ejército de Hitler en Viena. «La derecha estará contenta», me dice el vendedor de *Ce Soir*. Cinco minutos después un buen hombre me para por la calle: «¡Mire a lo que nos está llevando el Frente Popular!...». Los dos veíamos desfilar, como una corte de los milagros, a unos viejos y viejas que reclamaban la jubilación tantas veces prometida y aplazada. «¡Cabrones!», grita mi acompañante, blandiendo el puño contra esos desechos humanos. ¡Oh, mi país!

* * *

Ya no hay clases. Una clase viva elimina sus venenos, sus odios. Nuestros partidos ya no eliminan nada. Con una clase viva, organizada, se puede tratar, porque sus propios intereses están vivos y a veces sacrifica sus rencores por ellos. ¿Qué posibilidad hay de oír, en medio de este desbarajuste, una palabra libre? De creer a los bien pensantes, el obrero francés, ahíto, revienta de bienestar. Les aconsejo que lean el artículo publicado hace poco por Louis Gillet en *Paris-Soir*. Louis Gillet, yerno de académico y él mismo académico, no es precisamente un bolchevique.

¿Sabían ustedes que el dieciocho por ciento de las familias francesas, es decir, UNA de cada CINCO familias, vive amontonada en un solo cuarto? Naturalmente son las más pobres, o lo que es lo mismo, las más numerosas. Un solo cuarto donde ocho o diez personas tienen que revolverse para comer, guisar, fregar los cacharros y todo lo demás, para vestirse y para dormir. Un solo cuarto que por lo general únicamente recibe luz de la escalera, ese tubo que le sirve a toda la casa de aparato respiratorio, donde se mezclan los olores de todas las cocinas y donde, por falta de sitio, cada familia, durante el día, coloca en su pasamanos las sábanas y los jergones para orearlos.

A los jovenzuelos engreídos de la nueva generación realista seguramente les

parecerá muy normal. También encontrarán perfectamente natural que en la guerra que viene estos ilotas paguen con sus miserables pellejos los desvelos maternos que les ha prodigado siempre la nación. Probablemente estas líneas les parecerán un sacrilegio. Sin embargo, ¡bien sabe Dios cómo hablan de Francia los papás de estos señores desde que «los negocios van mal»! La tratan exactamente igual que los rufianes a la chica que ya no les renta. La propaganda enemiga saca un partido enorme de estos tartamudeos de imbéciles aterrorizados. Hace varios meses la prensa argentina, untada por el general Franco, anunciaba que los comunistas franceses habían volado la gruta de Lourdes. Poco antes de la visita a Francia del legado Pacelli, monseñor Pizzardo, de paso por París, se asombró públicamente cuando unos eclesiásticos con sotana fueron a recibirle a la estación: «¡Qué valor, señores, pero qué imprudencia! ¡Se están jugando la vida!». Esas tenemos. El error de los moderados es su pretensión de hacer una política de las clases medias. La clase media tiene sus virtudes, pero no puede tener una política. Arrojada a la oposición, ha perdido allí la seguridad que para ella es inseparable de la obediencia al poder establecido, sea cual sea. Bastará una seña de un amo extranjero para que se tumba de espaldas y separe las piernas: «¡Tómame, hazme feliz!». Yo todavía espero otro final para mi país.

Mientras escribo estas páginas las tropas de Hitler desfilan por Viena y los nacionales andan diciendo: «¿Por qué no hemos cedido a Mussolini?». ¿Ceder quién? ¿Ceder qué? En el Mediterráneo no hay sitio para dos imperios. Desde que se disparó el primer cañonazo en Etiopía sabíamos lo que tramaba Mussolini; el alarde que hizo en el Brennero solo pretendía apoyar la campaña de los periódicos de Laval, fue una exigencia suya. ¡Que la sangre francesa le ahogue mañana!

Los nazis se han apoderado del legado de los Habsburgo en nombre del orden europeo amenazado por los comunistas. Pero ¿no vimos ese legado sacrificado en Italia en 1917? El emperador Carlos ofrecía la paz. Prolongamos la guerra por una especie de entidad geográfica, una nación paradójica, una nación sin tradición nacional, la más pura creación, en el siglo XIX, de la masonería universal. La opinión que expongo aquí no es solo mía, sino también de los curas que me instruyeron. A todos los niños cristianos de mi generación les enseñaron, con el catecismo, que la confiscación de los Estados Pontificios era una amenaza para la libertad de la Iglesia. Hoy la opinión católica acepta gozosamente que entre los hijos y el Padre se levante un bosque de bayonetas. Observad que no tengo nada contra el Soberano Pontífice, que solo ante Dios responderá de sus actos de gobierno. Lo tengo contra los impostores que lloriquean o se tranquilizan a la voz de mando. A estos hombres no les costará mucho cumplir el voto de castidad.

* * *

«¡No llegaréis a viejos, jóvenes franceses!». Eso escribía yo al final de *La Grande Veur*. Ahora lo que temo es que hayan llegado a viejos. Temo que hayan vivido ya demasiado. Los vastos cementerios de la primera guerra vieron sus primeros pasos, sus primeros juegos. A veces los supervivientes se asomaban a la verja para verles, sacudían la cabeza y volvían discretamente a sus casas, con el ramillete que no se habían atrevido a dejar en las tumbas para no entristecer a esos niños alegres. Ponían el ramo a refrescar en una palangana y lo miraban morir, también él... Año tras año, los niños crecieron. Nosotros envejecíamos, que no es lo mismo. Las calamidades nos habían vuelto humildes. Es verdad que muchos héroes, de 1914 a 1918, fueron cornudos. Pero bueno, esos eran infortunios individuales. La jugera vil de la posguerra, que arrastraba, a la cola de la inmensa farándula, a los mancos, los cojitrancos, los lisiados, los gaseados de mejillas encendidas que, entre dos bailes, iban a escupir los pulmones al lavabo, nos marcó a todos con el mismo signo sganarelliano^[11]. ¡Era Francia la que nos ponía los cuernos, no es ninguna deshonra! Pero bueno, nos sentíamos un poco ridículos y ya no nos acercábamos a los cementerios. Tan solo nos llegaba de lejos, desde esos paisajes austeros, un zumbido de colmena laboriosa. «¿Qué estarán haciendo allí dentro los chicos?». Qué más da. ¿Acaso los muertos no estaban muertos para ellos? «Se estarán divirtiendo —pensábamos—. Es propio de su edad. Ahora que los camaradas están bien secos, bien mondos en la tierra, el lugar es salubre, y como esos chicos siempre han sido aficionados al aire libre, es mejor que se refocilen allí que en los burdeles». «No se refocilan —decían los rezongones—. Por la noche oímos rechinar las palas y los picos. Parece que están trabajando duro». Pues sí, esos rezongones tenían razón. Los chicos trabajaban duro, en efecto. Un buen día fuimos a verles, un buen día, un día de fiesta. ¡Demonio de chicos! Habían arreglado las cosas a su manera. Ya no quedaba ni rastro de las tumbas que conocíamos. No quedaban árboles, ni flores, ni una brizna de hierba, solo tierra fresca que nos evocaba la ofensiva del Somme, ¿os acordáis? Dos enormes túmulos, frente a frente, como dos colinas de barro. Sí, todos los compañeros amontonados en dos pilas, la de la izquierda y la de la derecha: Frente Popular y Frente Nacional, separadas por alambradas.

* * *

¡Pobres chicos! Creyeron que habían hecho bien y tuvieron que sudar de lo lindo. Hacer esa lúgubre selección, acarrear todos esos huesos, ¡ahí es nada! Pero al final lo consiguieron. Aunque ellos solos no habrían podido, por supuesto. Pusieron sus brazos al servicio de odios implacables, inexpiables, impotentes, odios de viejo. La Francia de 1918, frenada en seco cuando más boyante estaba la producción industrial de guerra, se encontró atestada de un material inútil y con enormes reservas de odio. De 1914 a 1918, los hombres de la vanguardia experimentaron el honor, y los de la

retaguardia el odio. Con pocas excepciones, todo el que no había combatido estaba podrido, podrido sin remedio al cabo de aquellos cuatro años sangrientos. ¡Todos podridos, os digo! No hablo por hablar. Hay testigos. Lanzo este desafío a cualquier chico normal: a ver si es capaz de escribir, sin caer de inmediato en la desesperación, una tesis sobre la clase de textos de donde aquellos desdichados sacaban la sustancia de su patriotismo sedentario. Mentira y odio. Odio y mentira. La opinión pública de este noble pueblo que ha batallado con distinta fortuna a lo largo de los siglos, ha caído en manos de una banda de charlatanes más o menos latinizados, hijos de esclavos griegos, judíos o genoveses, para quienes la guerra siempre fue un pillaje o una *vendetta* y nada más. Tan mal nacidos que el respeto al enemigo les parece un prejuicio absurdo, capaz de desmoralizar a los soldados. ¡Vosotros sí que nos habríais desmoralizado, perros!, si por lo menos nos hubiéramos dignado a leerlos. ¡Más habría valido que a la vuelta os hubiéramos cerrado a estacazos esas bocas inagotables! Pero gritabais tan fuerte, echabais tantos espumarajos, que nos sentimos un poco avergonzados con nuestras muletas y nuestras cruces, tuvimos miedo de parecer menos patriotas que vosotros, impostores. Vuestra tremenda impudicia podría explicar, cuando no justificar, la timidez de los excombatientes. ¡Pues sí, nos habría dado vergüenza tender la mano a un enemigo leal después de haber intercambiado tantos disparos con él, y repetíamos vuestras consignas, y sufríamos vuestros elogios! Porque el armisticio no os hizo callar, y la paz aún menos. Tan grande había sido vuestro miedo de perder el pellejo, ¡fanfarrones! Sí, juro que nada nos habría satisfecho más, una vez asegurado el precio legítimo de nuestra victoria, que rendir honores a un pueblo hambriento; habríamos recordado que se había enfrentado a todos sacrificando incluso a su miserable infancia, criada sin leche. Habríamos pensado en todas esas mujeres alemanas, mujeres de soldados, muertas un día, con los pechos secos, junto a un recién nacido espectral, alimentado con pan negro y viscoso. Habríamos dicho: «Dejadlo ya, fanfarrones... Les hemos vencido, no les humilléis. Basta ya de contar historias de ametralladores encadenados a su pieza, de alemanes llevados a palos hasta la línea de fuego. Basta ya de frases sobre los bárbaros. No mantendréis a sesenta millones de hombres bajo la perpetua amenaza de una ocupación preventiva, detrás de unas fronteras abiertas». Lamentablemente, solo paraban de injuriar para sudar de espanto. Gritaban: Seguridad... Seguridad... con una voz tan chillona que la Europa envidiosa, ya secretamente enemiga, simulando que se tapaba las orejas, hablaba con tristeza de nuestras obsesiones morbosas. Pero nosotros no estábamos obsesionados. Habríamos dado mucho —hasta la legendaria parte del combatiente— con tal de parar el flujo de vuestras tripas. Pero nada detiene las diarreas seniles. Deberíamos haber previsto que a medida que Alemania se levantara —primero una rodilla, luego la otra— la supuración de odio no cesaría, sino que refluiría poco a poco hasta el centro del país. Los maniáticos que no tuvieron piedad con la Alemania vencida, exangüe, ahora la honran. Acabarán amándola, sin duda. El temible Oriente que ayer mismo empezaba en Sarrebruck, se ha plantado en

el centro de París, en la calle Lafayette^[12]. ¿Qué queréis? Aquellos viejos han seguido envejeciendo. Prefieren tener la vanguardia cerquita, a una etapa de silla de ruedas. Así se facilita mucho la defensa de Occidente. La guerra entre los partidos prosigue con los antiguos métodos de la guerra del Derecho. Ahora ya no sirve el chantaje del «derrotismo», porque el mismo día en que Mussolini echó el ojo a Etiopía, la llave de África, todos los guerreros honorarios se volvieron pacifistas. El chantaje del «comunismo» sucede al otro. Miles de buenas personas que desearían conocer los motivos antes de arrojar fuera de la comunidad nacional a una parte importante del proletariado francés, ya no se atreven a abrir la boca, por miedo a que les acusen de debilidad con Jouhaux, igual que antes les convencieron de complicidad con Joseph Caillaux, hoy campeón senatorial de los Buenos Ricos.

Es poco probable que un joven pierda hoy el tiempo releendo los periódicos de la guerra. Además no sabe nada de la guerra, ni quiere saber nada. Por lo tanto, nunca sabrá que entonces Francia se dividió en dos bandos, que el heroísmo prodigado en el frente no logró compensar sobrenaturalmente la desmoralización acelerada de la retaguardia, su avaricia, su vileza, su cinismo, su necedad. Es como si el 11 de noviembre la Francia guerrera hubiese caído de bruces, mientras que la otra —pero ¿se le puede dar el nombre de Francia?—, con los bolsillos llenos, el corazón vacío y los nervios destrozados, detrás de sus politiqueros, periodistas, financieros, efebos fúnebres, farsantes y plumíferos por encargo, se hubiese apoderado de nuestra opinión pública. Se ha quedado con ella.

* * *

Los dictadores usan la fuerza como único instrumento de grandeza. El uso sistemático de la fuerza siempre va acompañado de la crueldad. El heroísmo y el desprendimiento de las nuevas juventudes no tardarán en convertir la crueldad en una virtud viril. Entonces la misericordia les parecerá tan boba como antes a nuestros jóvenes burgueses franceses la virtud de la castidad. Solo la enorme frivolidad de los bien pensantes puede hacer creer que los particulares seguirán honrando sus firmas mientras los amos del mundo reniegan de las suyas. ¿De qué sirve tratar de reprimir la anarquía política y social si los métodos empleados, con su total falta de escrúpulos, fomentan una clase de anarquía moral de la que tarde o temprano surgirá una anarquía política y social peor que la anterior? Ya sabemos lo que es la guerra total. La paz total se le parece, o mejor dicho, no se distingue en absoluto de ella. En ambas los gobiernos se muestran, literalmente, capaces de todo. ¿Es eso lo que De Jouvenel llama «la escuela de la Fuerza», a la que «ha despertado Europa»? «En el próximo siglo —concluye este caballero siguiendo a Nietzsche— el estado de Europa tendrá que seleccionar las virtudes viriles, porque vivirá en un perpetuo sobresalto». Evidentemente, como los tratados no tienen ningún valor, resultará difícil darles una

rebanada de pan a tus hijos sin preguntarte ansiosamente si los servicios de preparación de la guerra bacteriológica no lo habrán sembrado con bacilos de la parálisis infantil. Cuando nuestros abuelos querían encontrar unas condiciones de vida parecidas, se alejaban prudentemente de sus familias e iban a pasar una temporada con los caníbales. Como no lo encuentro de mi gusto, me acusarán de falta de virilidad. Es posible. Todo es posible. Todo llega, incluso recibir lecciones de virilidad de ciertos periodistas expertos cuyo nombre está bajo mi pluma.

Ningún equívoco, ninguna mentira puede prevalecer sobre la evidencia. Si las naciones se arman furiosamente es por una razón muy sencilla: YA NO PUEDEN TRATAR ENTRE ELLAS, porque sus firmas carecen de valor. No creo que una sociedad humana haya conocido jamás esta vergüenza. Los anarquistas estarán contentos, pero ¿y las personas de orden? No les interrumpáis. Todavía no han terminado de aplaudir ante el ridículo fracaso de la Sociedad de Naciones. Cada vez que en China, Abisinia, España u otro lugar se oye el ruido de papeles rasgados y la descarga de agua que los arrastra a la fosa séptica, los muy infelices se carcajean y patalean de gusto. Si les explicáis que al realismo de los hombres de estado se sumará el de los hombres de guerra, que de ahora en adelante serán posibles todas las formas de guerra, por muy atroces que se imaginen, y que estas guerras engendrarán un monstruoso sentimiento de emulación en el horror, se pondrán aún más contentos. Cuando los dictadores, en nombre del interés nacional y para ahorrar, hagan que sus soldados se coman a los prisioneros, un noble muchachote como De Jouvenel dirá: «¡Vamos, querido camarada, sé hombre!». Y leeremos en el *Osservatore Romano* una nota prudente y mesurada con la invitación a los eminentes jefes de estado católicos para que, en un gesto de deferencia filial hacia la Santa Sede, prohíban por lo menos el consumo de esas conservas en Viernes Santo. ¡Sed hombres! ¡Sed hombres! Decidme una cosa: ¿lo sois más que yo, farsantes? Después de todo, veo entre vosotros algunos personajes tan viriles como patriotas, y no vais a obligarme a gritar ¡viva Francia!, cada vez que un Mariquita Nacional se aplique un apósito tricolor en el trasero. No son vuestros principios lo que aborrezco, personas de orden. El partido del orden — ¿hubo alguna vez un partido del orden?— aún está por hacer. Lo que llamáis con ese nombre no es más que un batiburrillo. Es que no puede ser otra cosa, decís. Lamentablemente, haría falta que sus jefes, que tantas veces se han acusado mutuamente de traidores o imbéciles, estuvieran muertos. Disculpad si escribo siempre los mismos nombres, pero caramba, ¿Doriot, Taittinger, Jean Renaud, Tardieu, Laval, Flandin? A su lado Waldeck-Rousseau parecería todo un señor.

—¿Qué legitimidad representan ustedes?

—No representamos ninguna legitimidad.

—Entonces, ¿qué doctrina?

—No tenemos doctrina. ¡Muera lo peor! Ese es el lema que nos une.

—Lo que me temía, contraponen la Mediocridad a lo Peor, esa es su razón de ser. ¡Pues bien! Francia no quiere mediocres.

—Nuestros adversarios no son menos mediocres que nosotros, pero son más peligrosos.

—Precisamente. Francia los prefiere peligrosos.

Con ellos, sigue esperando que esto cambie; conmovedora ilusión, por cierto, pues los mediocres nunca cambiarán nada. Oíd, personas de orden: el pueblo no es tan fácil de embaucar como los inocentes parroquianos de vuestras ligas. Cuando habláis de orden a las clases medias ellas lo entienden enseguida, porque desde hace ciento cincuenta años, en cualquier régimen burgués, esta palabra siempre significó para ellas la prosperidad del comercio y la industria. Pero no suena igual en los oídos populares. Decís: «Nos corresponde a nosotros mantener el orden». ¿Qué orden? El orden liberal era un orden. Reinó en Francia durante más de un siglo. En aquellos benditos tiempos, los obreros normandos, según la Cámara de Comercio de Ruán, «no ganaban lo suficiente para alimentar a sus familias aunque trabajaban dieciocho horas diarias». Achille Tenot, el barón de Morogues y Alban de Villeneuve Bargemont cuentan que la mayoría de los obreros vivían de quince o veinte céntimos de pan y veinte céntimos de patatas. En las hilanderías había niños de ocho años que pasaban dieciséis horas de pie devanando tramas o acarreado bobinas. Los informes de Augustin Cochin a la Academia de Ciencias Morales en 1862 y 1864 confirman lo que acabo de tener el honor de escribir. En Mulhouse, lo mismo que en Lyon, el promedio general de la vida humana para los hijos de fabricantes y comerciantes era de veintiocho años, y para los hijos de tejedores y obreros de hilanderías, de año y medio. ¡Oh sí, ya lo sé! No queréis restablecer ese orden. Las clases medias de la época tampoco lo llamaban EL ORDEN. Los generales, los funcionarios e incluso los eclesiásticos hablaban de él con trémolos en la voz, lamentando que estuviera amenazado. En estas condiciones, la desconfianza de los obreros hacia las personas de orden es perfectamente natural, ya que las segundas nunca han sido proclives a las reformas sociales, confesadlo. Debéis vencer ese recelo a toda costa, y para vencerlo, primero tenéis que reformaros, deshaceros de vuestros dirigentes. Son dirigentes políticos. Vuestros jefes son politiqueros de la peor de las políticas, la de oposición. La costumbre de estar en la oposición les ha calado hasta la médula. Piensan, sienten y obran oponiéndose siempre. El vicio crítico ha destruido en ellos la sinceridad profunda, la imaginación creadora. «¡Da igual estos que otros!», diréis. Y puede que os diera la razón, en efecto, si a cada competición electoral no os hubierais proclamado el orden y Francia, la Francia del orden e incluso Francia sin más. De modo que cualquier francés tiene derecho, por nacimiento, a pedir os cuentas por una pretensión tan asombrosa. Os lo digo como lo pienso. No soy miembro de ninguna liga. No ambiciono ningún sillón de academia, ni en la Goncourt ni en ninguna otra. Si de alguna manera pertenezco a la clase dirigente, no es como capitalista, ¡por Dios! La condición actual de un escritor francés se parece mucho a la de un proletario. Evidentemente, el valor mercantil de una obra no informa sobre su valor real. ¿Acaso no se vende muchísimo Georges Ohnet? Por eso no puedo decir, sin caer

en el ridículo, que soy uno de los escritores franceses que más debe a la benevolencia del público. A pesar de todo, de 1926 a 1936, mis libros, traducidos a todas las lenguas, solo me han proporcionado un promedio de treinta y cinco mil francos anuales. Como aun así he conseguido criar a seis hijos, me considero en paz con mi clase e incluso con mi país. Y como no poseo rigurosamente nada en el mundo, ni siquiera un lecho para morir en él, espero que no me quiten el título codiciado de persona de orden. ¡Pues bien, personas de orden! Conocí un tiempo en que os quejabais de vuestra impotencia. No teníais prensa, decíais. «¡Ah, si tuviéramos prensa!». Ya la tenéis. La gran prensa os pertenece casi por completo. Millones de pobres diablos, que dudan de Francia y solo conocieron su historia en los manuales escolares, donde cada página destila odio partidista, tan ignorantes que son incapaces de apreciar el valor de una cultura con la que comulgan sin saberlo, que nunca leerán a Corneille ni a Rabelais, oyen cada día los potentes altavoces de vuestros periódicos repitiendo en todas las esquinas: «¡Aquí Francia! Quien quiera ver a Francia no tiene más que mirar al Frente Nacional». Afirmo que este equívoco, consciente o no, es un crimen contra la Patria. No tenéis ningún derecho a imponer a mi país este ultimátum insolente: «¡El comunismo o nosotros!». Cincuenta años de experiencia han demostrado sobradamente que nunca le hablaréis al pueblo en un idioma digno de él, de su pasado. Del antiguo Partido Clerical, felizmente fenecido, habéis conservado el vocabulario, los métodos y hasta el soniquete de insoportable condescendencia, de unción rancia, de entusiasmo oratorio, todo lo que más repugna a nuestro ánimo. No tenéis sentido del ridículo. Cuando el señor Briand presidía la Sociedad de Naciones, en pleno fervor de desarme, denostabais a los obreros que gritaban «¡No a la guerra!». Hoy, cuando Francia se limpia todos los días los salivazos de los dictadores, pregonáis un pacifismo utilitario y os creéis muy listos. Después de haber ridiculizado la «pactomanía», pretendéis tranquilizarnos acerca del futuro de España porque os traéis piadosamente de Burgos, como un caniche la botella de leche de su amo, una declaración del general Franco por la que ningún hombre sensato daría ni diez céntimos. No deseo una intervención en Cataluña. Simplemente digo que el movimiento de solidaridad de los obreros franceses hacia sus compañeros españoles en la desgracia, aunque esté cínicamente manipulado por la propaganda rusa, obedece a un sentimiento noble, y hacéis mal escarneciéndolo con tonterías. Esas tonterías son precisamente las que el pueblo no perdona. En los buenos tiempos de la Acción Católica española, las señoronas de Palma, por consejo de sus confesores, escogían sistemáticamente a sus pobres entre los sospechosos de pertenecer a los partidos progresistas. «Nosotras no hacemos política —decían estas damas—. ¡Nada de política! Hemos venido a verles en nombre de Cristo... Cristo no distingue entre rojos y blancos... (una risita)... ¡Aquí tiene, como siempre, tabaco para su pipa!». Meses después, cuando le pedí a una de aquellas caritativas visitadoras noticias sobre sus protegidos: «No hablemos de eso. No me atrevo a averiguar. Han debido de fusilarlos a todos».

IV

Es preciso expiar por los muertos. Es preciso reparar por los muertos, para que ellos nos liberen a su vez. La reconciliación de los vivos solo es posible después de la reconciliación de los muertos. Lo que envenena nuestra vida nacional no son tanto los errores o los pecados de los muertos, como los rencores y las animadversiones que les sobreviven y son aprovechados por unos cuantos jefes de partido que podríamos contar con los dedos de la mano. Una vez más miramos a la cara, antes de dejarlos para otro libro, a estos enemigos de la patria. ¡No morirá en sus manos!

Léon Daudet seguramente fue el único que llamó por su verdadero nombre a la revolución hitleriana. La llamó Segunda Reforma alemana. El autor de *Le voyage de Shakespeare* nació bajo el signo del más grande de los trágicos, único heredero legítimo de Esquiles y Sófocles, frente a la pesada, rastrera, feroz y poderosa latinidad. En el destino de este hombre extraño hay algo de Calibán y de Ariel. Digo el destino —no la persona ni el genio—, el destino, *fatum*, la existencia sobrenatural. Sus injusticias son incontables, pero al menos las lleva grabadas en la cara, están allí marcadas como las cicatrices en el torso de un viejo gladiador. Desde luego, quien haya amado el rostro humano no puede mirar sin estremecerse esa cara terrible cuya enorme sensualidad devoraría hasta las lágrimas y que, en una de las audiencias del proceso La Rocque, surgió de pronto embadurnada de escarlata, como la máscara de un actor griego. Qué importa. No es esa la cara del fariseo. Es todo lo que se quiera, salvo un sepulcro y aún menos un sepulcro encalado. Más que ninguna de las nuestras, al contrario, está hecha para el sudor de angustia, para esa otra clase de lágrimas purificadoras, más íntimas y más profundas, las que vieron derramarse los olivos proféticos, una noche entre las noches. La sed de algunos seres insaciables no puede apagarse con el agua viva prometida a la samaritana, necesita la hiel y el vinagre de la Agonía Total.

Tenéis perfecto derecho a decir que es pretencioso o ridículo hablar en estos términos de Léon Daudet. Hablo del señor Daudet como si llevara muerto mucho tiempo, eso es todo. ¿Estará muerto, en realidad? ¿No habrá vivido nunca, en el sentido que dan a esta palabra los imbéciles que le empapan de saliva e intentan deglutirlo inútilmente? Por mucho que nos hable del vino, de las mujeres, de las flores, que escriba novelas imposibles en las que solloza quedamente una lujuria todavía impúber bajo las canas, a veces parece que cierta palabra grave escapada de repente, su voz relinchadora, su mirada ardiente y helada, nos traen el mensaje de otro mundo. ¡Qué pintará en la Academia Goncourt, Dios mío!

Es probable que Mussolini lea todos los días *l'Action française*. Incluso que allí se sienta como en su casa, lo mismo que un antiguo príncipe extranjero en su entresuelo parisino. Los muebles son de su gusto, agradablemente anticuados. En el recibidor puede colgar su púrpura imperial, ponerse las zapatillas de un realismo moderado, acercar sus manos consulares a la suave hoguera de una sensatez cuyos leños de Champaña, junto con los caldos de los viñedos de Château-Thierry, se guardan en la bodega de La Fontaine. Total, que abre las puertas, incluso de noche, sin aprensión, seguro de que no va a encontrarse con ningún espectro shakespeariano. Debió de quedar muy sorprendido cuando, al final de una comida íntima, Léon Daudet, inspirado por el vino blanco, le dijo con su voz más cordial mientras posaba su vaso: «La Segunda Reforma alemana quiere tener las almas y los cuerpos, y lo cierto es que en este mundo no se hace nada duradero cuando solo se tienen los cuerpos, pero todas las sociedades deportivas del mundo no pesan ni pueden nada contra los escritos del filósofo que murió loco y en Sils María sentaba las bases del Eterno Retorno – *Wiederkunft des Glückes*».

Al final del mismo artículo —«La cruz gamada contra la Cruz»—, Léon Daudet habla de «la extraña profundidad del movimiento hitleriano». Días antes, un joven fraile de origen austríaco me decía también: «Varios siglos después de la muerte de Lutero sabemos lo que es el espíritu luterano. Dentro de otros tantos siglos nuestros sucesores probablemente conocerán mucho mejor que nosotros la verdadera naturaleza del espíritu hitleriano».

No espero que los pequeñoburgueses franceses tengan la menor idea de uno u otro espíritu. Para esos imbéciles, Hitler, Stalin o Mussolini son unos tunantes, sin más, «unos Doriot que han tenido suerte». Esta gran conmoción de la conciencia occidental que ya no puede asimilar un cristianismo degenerado, que lo elimina poco a poco como si fuera un veneno, a los nacionales solo les evoca imágenes frívolas, acordes con sus monótonas preocupaciones. Didier Poulain relataba el otro día en *Candide* su conversación con un católico austríaco: «Ustedes tienen su Führer y nosotros, ay, tenemos el nuestro: es el señor Blum, y en la sonrisa dolorosa de mi interlocutor —añade— vi que pensaba que un infeliz siempre encuentra a otros más infelices que él». Estas personas no tienen remedio. Creen que pueden «utilizar» a Hitler contra Stalin, sin pensar ni por un momento que la rivalidad de los dos reformadores está justificada por la identidad de sus métodos; el primero explota la mística racial y el otro la de clase, con fines comunes: la explotación racional del trabajo y el ingenio humano puestos al servicio de valores puramente humanos. Reforma inmensa, de un alcance incalculable, si se piensa que la búsqueda, la defensa y la propagación de los valores espirituales han absorbido hasta ahora lo mejor del esfuerzo común. Millones de hombres se han matado entre sí por unas metafísicas a las que miles de hombres dedicaron su inteligencia y su voluntad. Una pequeña parte

del heroísmo derrochado para alcanzar la vida eterna habría bastado para fundar cien imperios. Es verdad que mucha gente aún no está acostumbrada a ver las cosas de este modo, pero en cuanto empiecen a cundir ejemplos, el punto de vista se propagará con la rapidez del rayo. Baste recordar que los éxitos de la ciencia experimental, a fin de cuentas modestos y sobre todo parciales, han debilitado enormemente el instinto religioso. Aun así, el materialismo puramente utilitario del último siglo repugnaba a las almas nobles. Nuestros modernos reformadores le añadieron la idea de sacrificio, grandeza y heroísmo. Así los pueblos se alejan de Dios sin angustia y casi sin darse cuenta, con un fervor semejante al de los santos y los mártires. Nada les avisa de que al final de esa experiencia está el odio universal.

Mientras vemos surgir del suelo a esos monstruos todavía vacilantes sobre sus piernas, entre la vibración del inmenso bosque de bayonetas que está a punto de cubrir la tierra, los imbéciles furiosos deliberan sobre el modo de amansar al elefante fascista para que una vez domado, y entrado en razón el monstruo hitleriano, los dos juntos vayan a someter al tercer elefante, el solitario rabioso que galopa y barrita de Moscú a Vladivostok, haciendo volar la nieve bajo sus pies enormes. No exagero nada. Los pocos bien pensantes a quienes mantenía despiertos un presentimiento oscuro del peligro que corremos todos, vuelven a dormirse diciéndose que en el peor de los casos Maurras, provisto de su *Diccionario*, irá a puntualizar las ideas políticas del Duce, y si no basta con Maurras, a ese refractario habrá que mandarle al autócrata portugués cuyo nombre, qué demonios, sigo sin poder recordar, el distinguido profesor vegetariano que ha redactado, como Dolfuss, la constitución de un inofensivo estado corporativo y sin duda va a correr tarde o temprano la misma suerte que su pobrecito compadre...

De modo que la Nueva Reforma solo provoca en las élites francesas una turbia y ridícula excitación nerviosa, desagradable de ver. Notan que el suelo tiembla y juntan sus últimas fuerzas para protestar contra la semana de cuarenta horas, causa de todos los males. «¡Si Hitler y Mussolini no son bien pensantes como nosotros, no lo digáis! ¡Sería darle una alegría al Frente Popular!». Hay que admitir que esos payasos han representado bien el modesto papel que les habían adjudicado, a la medida de su inteligencia y su brío. Ladran contra el dictador rojo y así cubren el ruido que hacen los otros dos. Denuncian la alianza franco-soviética y atribuyen a la de Hitler y Mussolini motivos puramente sentimentales. Estos señores se rigen por sus caprichos, eso es todo. Si hubiéramos sido más amables con el general Franco, este militar seguramente se habría opuesto al *Anschluss*. En vez de buscar apoyos en Berlín, el Duce habría unido sus valientes soldados a los nuestros, y juntos habrían conquistado Córcega y Túnez. En resumen, todos estos autócratas venderían su gran sable a Francia a cambio de un besazo.

* * *

Jóvenes que leáis este libro, os guste o no, miradlo con curiosidad. Porque este libro es el testimonio de un hombre libre. Tal vez, antes de que vuestros cabellos se vuelvan blancos, elevar la voz contra los Amos parecerá algo insensato. Digo insensato, no heroico, ni siquiera honorable. Las libertades que no se usan durante mucho tiempo acaban siendo ridículas. Dicen que un químico rumano acaba de descubrir un gas que, mezclado con el aire, aunque sea en proporciones insignificantes, es capaz de dormir a cualquiera que lo respire. No me cuesta nada imaginarme a los amos del futuro con una canalización perfeccionada de dicho gas a su disposición en cada ciudad. Se abren unos grifos y ya tenemos a toda la población dormida. La policía solo tendrá que escoger a los descontentos, que se despertarán en la silla eléctrica. Evidentemente, el loco que, en esas condiciones, pretenda oponer su voluntad a la voluntad totalitaria, solo inspirará piedad.

Los reformadores se desentienden de mí, y tienen toda la razón. Así puedo observarles tranquilamente, a contraluz, desde el fondo de mi oscuro destino. Les observo sin odio. Quien no les vea como los instrumentos conscientes de una política, está ciego. ¡Cuántos malentendidos se aclararían con solo sustituir el nombre absurdo de dictadores por el de reformadores! La Primera Reforma, la de Lenin, ejecutada en las condiciones más desfavorables, malograda por la neurosis judía, pierde poco a poco su carácter. La de Mussolini, de entrada unanimista y soreliana, tan versátil como el poderoso obrero que había buscado durante mucho tiempo sus oropeles de antigüedad de bazar en los manuales elementales de sociología, historia y arqueología, con su aire de farsa heroica, su gentileza popular entrecortada por accesos de ferocidad, su aprovechamiento cínico y supersticioso de un catolicismo tan vacuo y suntuoso como la basílica de San Pedro, probablemente no era más que la reacción de un pueblo demasiado sensible ante los primeros síntomas de la crisis inmediata. Varios años antes, a través de leguas y leguas, la tempestad rusa ya la había convulsionado. La tormenta wagneriana que se formaba en el centro de Europa excitó aún más sus nervios. ¿Qué puede hacer un Erasmo frente a un Lutero? ¿Qué hombre sensato habría apostado por los girondinos humanistas, o incluso por Danton, frente a Robespierre y Saint-Just? El comportamiento de la Italia nueva ante el terrible Encantador es exactamente igual que el del invertido frente al macho. Se advierte hasta en la adopción del paso de la oca, por ejemplo, que recuerda irresistiblemente ciertas formas de mimetismo freudiano. ¿Qué puedo decir? Lenin y Trotski no fueron más que los profetas judíos, los nuncios de la revolución alemana, todavía en las nubes del Devenir. Mussolini le abre las puertas doradas del Mar. Con el estruendo de los camiones y los tanques, toda la niñez de Europa acaba de morir en Salzburgo, con el niño Mozart. Solo hay una Reforma y un Reformador: el semidiós germánico, el más grande de los héroes germanos, en su casita de las montañas, rodeado de su virgen alemana, sus flores y sus perros fieles.

No se puede despreciar la grandeza de este hombre, pero no es una grandeza bárbara, tan solo es impura, la fuente de esta grandeza es impura. Ha nacido de la humillación alemana, de la Alemania envilecida, descompuesta, licuada de 1922. Tiene el rostro de la miseria alemana, transfigurado por la desesperación, el rostro de la disolución alemana, de cuando los innumerables, los intocables reporteros de los dos mundos se permitían, por un luis, el repugnante placer de ver bailar entre ellos, maquillados, empolvados, perfumados, meneando las caderas y el vientre vacío, a los hijos de los héroes muertos, mientras Poincaré, el abogadillo de entrañas de estopa y corazón de cuero, mandaba extender copias a los ordenanzas. Es el pecado de Alemania, y también el nuestro. No se ha dignado limpiarse los salivazos en su cara de arcángel sin perdón. Nuestro viejo odio brilla en sus ojos, nuestras viejas injurias dan a su frente esa sombra ardiente. No ha olvidado nada. No olvida nada. Ni sus crímenes ni los nuestros. Su orgullo lo asume todo. ¡Ojalá se hubiera inspirado en el espíritu de venganza! Pero no hay venganza tan profunda como para enterrar en ella el secreto de su vergüenza pasada. Ha conocido todas las formas del oprobio, hasta la piedad. Esta fuerza alemana que el mundo maldice pretende redimir al mundo. Cree que la tarea inmensa está hecha a su medida, la encuentra mil veces menos pesada que el olvido.

Este afán no es nada extraño. La única redención carnal es la redención por el sufrimiento. «Te obligo a sufrir —dice la Raza Elegida—, pero sufro contigo. Me pertenecerás si sé sufrir mejor que tú, si sufro durante más tiempo que tú. Tal es el sentido de la palabra conquista, que horroriza a los pueblos bastardos, porque solo aspiran a gozar. Uno de nuestros grandes hombres, un santo de la patria alemana, Bismarck, dijo que la Fuerza crea el Derecho. Es justo que lo cree, pues lo ha pagado con la inmolación del débil y su propia inmolación: el vencedor y el vencido confundidos en el mismo holocausto. Es el fuego del cielo el que baja para herir a la víctima aún sangrante en la piedra sagrada, propiciatoria. Por atrevernos a contraponer esta noción alemana del derecho a la de vuestros leguleyos y sacerdotes, nos llamáis bárbaros. Nosotros os llamamos degenerados. La más venerable de las tradiciones humanas testifica a nuestro favor. Dos mil años de cristianismo os han degradado tanto que seguís estando a favor del esclavo contra el Amo, a favor de la víctima contra el Sacrificador de manos consagradas. La gran Alemania no discute con vosotros. Os brinda, con fraternidad viril, el estanque de sangre y azufre del que saldréis purificados».

* * *

Simpáticos patanes de la nueva generación realista, estas consideraciones no van dirigidas a vosotros. La palabra paganismo solo os evoca recuerdos escolares. Os

tiene completamente sin cuidado la cristiandad, y pese a todo ella sigue velando por vosotros, por vuestras mezquinas existencias. Ella ha formado vuestro juicio. Vuestra imaginación es cristiana. Por eso recreáis a Hitler a vuestra imagen, como el hombre enérgico con el que soñaban inocentemente vuestros padres. Poco os falta para compararle con Georges Clemenceau. De la terrible sinfonía cuyo ritmo se acelera cada día, arrastrando a los pueblos con su irresistible crescendo, no oís gran cosa. Por lo demás, si la oyerais no la comprenderíais mejor que vuestros abuelos la de Wagner. Sus temas no arrebatan vuestra imaginación. Es porque son imaginaciones cristianas, insisto. No reconocéis algunas voces que sin embargo son la voz de la tierra, de los dioses de la tierra que el cristianismo solo ha acallado por un momento, veinte siglos apenas, una insignificancia. Las voces de la tierra también proclaman sus Bienaventuranzas, pero esas Bienaventuranzas no son las que advertís en vuestros parroquianos. Las voces dicen: «¡Ay de los débiles! ¡Malditos sean los inválidos! ¡Los fuertes poseerán la tierra! Los que lloran son unos cobardes y nunca recibirán consuelo. Quien solo tenga hambre y sed de justicia pesca la luna y paca el viento». Es fácil dar un sesgo cínico a estas máximas. El milagro es que casi sin daros cuenta, aunque las apliquéis más o menos en vuestra vida social, sublevan vuestra conciencia. Porque vuestra conciencia es cristiana. Os parece natural que Dios no haya bendecido la sabiduría del mundo, la que otorga honores, fortuna y riqueza. Olvidáis que en el transcurso de los siglos los hombres han considerado legítima la conquista de estos bienes, aunque sea por la fuerza, la injusticia o el engaño, y su posesión, un favor del Altísimo. La mayoría de los grandes reyes de Israel, empezando por Salomón, tenían una idea del poder semejante a la que hoy tiene el doctor Rosenberg. También por eso los pueblos totalitarios eliminarán fatalmente a sus judíos, pues cada uno de ellos se cree elegido y no hay sitio en el mundo para dos pueblos elegidos. Un hecho, un simple hecho debería abrirnos los ojos: durante mucho tiempo se consideró que el sacrificio del débil, del inocente, era el más grato a Dios. En todo tiempo y lugar, durante miles de siglos, la idea de plegaria, de gracia, de purificación, de perdón, ha estado siempre unida a la imagen repulsiva de unos animales degollados por sacerdotes humeantes de sangre lustral. Los hombres de la Edad Media no eran muy piadosos ni muy castos, pero a ninguno se le habría ocurrido honrar la lujuria o la crueldad como hacían los Antiguos, ni erigirles altares. Saciaban sus pasiones, pero no las divinizaban. Pocas veces eran capaces de imitar a san Luis, ni siquiera al buen señor de Joinville, pero el más tosco de ellos, por duro que fuera su corazón, no habría dudado de que un rey justo era superior a un rey poderoso, de que el servicio al estado no podía justificar la vulneración de la ley del honor, común a los caballeros y los príncipes, ni de que solo había un miserable que, debido a su vil e indispensable oficio, gozara de una especie de inmunidad ruin: el verdugo. En serio, no se ve muy bien qué sitio correspondería a un san Luis o un Joinville en la Europa totalitaria. Ni a Francia.

«Yo tampoco lo veo —contestará seguramente Hitler—. Si nuestra ley todavía es demasiado dura para ella, dejaremos que primero la romanice un nuevo César. Las circunstancias no son menos favorables que hace dos mil años. La Galia, dividida por las facciones, espera a su señor. Igual que entonces, las clases dirigentes, atormentadas por el populacho, desean ardientemente que se restablezca el orden, aunque sea a ese precio, pues están seguras, o creen estarlo, de que absorberán a su vencedor. No faltarán contratiempos, por supuesto. El Pacificador, llegado para meter en cintura a la chusma en nombre del interés general, desvelará tarde o temprano sus intenciones. Acaso algún día se encuentre delante de un nuevo Vercingetórix, de un joven príncipe francés que, llorando de rabia, lanzará contra los ejércitos motorizados del conquistador a los hombres de a pie reclutados en pueblos y suburbios. Pero la paz del Pacificador ya habrá echado raíces profundas en el suelo dispuesto a recibirle. Los sabios dirán una vez más que en política la desesperación es una necedad absoluta. A este Vercingetórix, como al otro, los ricos le dejarán sin recursos, y quizá sea, como el otro, tan cándido como para dejarse apresar vivo por el vencedor. Algunas mujeres llorarán por él, algunos patriotas, en secreto, pondrán a su hijo, inscrito en el registro civil como César Augusto, el nombre del héroe muerto. A estas tímidas protestas de fidelidad, del honor, responderá la insurrección de los pedantes, ebrios de lo antiguo, como aquellos bonachones de 1793 que, untados de pomada contra el reuma, con los pies bien calientes, orinaban Plutarco día y noche. ¡Quiera el dios de la Gran Alemania que la Romanidad os mande esta vez no solo un puñado de funcionarios, sino el excedente de su pueblo bullicioso, cientos de miles de colonos! ¡Quiera ese dios que exporte también a sus curas, a sus pequeños prelados fascistas, a sus predicadores de ópera cómica y a sus casuistas depilados, perfumados, semejantes a crupiers de casino! La tradición cristiana todavía es tan fuerte entre vosotros que veinte años de este régimen os dejarán maduros para una Segunda Reforma, y esa no os dejará escapar, como la primera. Mis servicios de propaganda encontrarán a algún nuevo Calvino capaz de ganarle al futuro luteranismo vuestras cabezas frívolas de moralistas incorregibles. Los hombres de armas que queden entre vosotros, avergonzados de servir a las órdenes de generales fanfarrones de pelo rizado, vendrán a arrojarse en brazos de los nobles jefes germánicos. Nos darán a sus mujeres y tomarán del vientre de las nuestras, para sus hijos, la sangre de los reitres sajones. Y durante veinte siglos el nombre del César alemán, de la Cultura alemana, del Orden alemán, de la Paz alemana, colmará vuestros corazones de la misma gratitud que todavía sentís por la Romanidad. Entonces habremos logrado nuestro propósito. El genio helénico que desesperábamos de someter nunca, siendo vuestro pueblo su depositario, aunque sin dar muestras de saberlo, no volverá a hacerle al mundo una pregunta que habéis dejado sin respuesta. La gran ala de la Victoria dejará de batir, henchida al viento de las cumbres, donde la libertad griega volvió durante tanto tiempo su rostro encendido hacia el Dios Desconocido. La encerraremos en un

caparazón de cemento, como un peligroso ídolo extranjero conquistado por las armas al que nuestros sacerdotes no podrán corromper ni tampoco aplacar. Encima construiremos un templo colosal y entonces habrá un solo pueblo y un solo amo en Europa».

* * *

Estimado señor Hitler, estamos escuchando estas graves palabras. Creemos que entendemos su sentido. Por eso reconfortan enormemente nuestros corazones. La Paz con la que sueña solo podrá lograrse, como la Paz Romana, en la unidad, y esta unidad, en la sangre de los pueblos libres. E incluso, quiéralo o no, cualquier otro designio sería ahora quimérico, porque las conciencias que usted está formando se han liberado de la noción cristiana del derecho. Puede que usted se hubiera dado menos prisa en confesarlo, porque su raza no carece de pudor. Pero las dictaduras latinas, demasiado sensibles y enardecidas, hacen gala de cinismo como una puta de sus caderas. ¡Qué levanten la mano los que todavía creen en la palabra de un dictador! Estimado señor Hitler, es verdad que los gráficos y las estadísticas no ponen obstáculos a sus orgullosos planes. Para tener alguna posibilidad, con nuestros cuarenta millones de franceses, de conservar nuestras libertades, primero tendríamos que sacrificarlas a algún semidiós parecido a usted, y nuestras viejas tierras humanas, nuestras tierras cristianas, no producen esa clase de monstruos. Ni san Luis ni Enrique IV fueron semidioses. Es posible que la sangre española se le subiera por un momento a la cabeza a nuestro Luis el Grande, esa sangre negra, ese veneno. Pero el Rey Sol pecó toda su vida como un hombre, como un hombre sencillo que no presume de talento, que conoce su debilidad. Murió humildemente, y su Versalles se le parece, humano, demasiado humano, sin la menor pretensión de eternidad, hecho para destruirse poco a poco como un simple mortal, noblemente, entre los árboles nobles y las aguas nobles. Estimado señor Hitler, nosotros nunca conocimos semidioses, pero aun así les esperábamos, sabíamos que algún día llegarían. Ningún hombre vivo ha tenido la experiencia de la muerte, y sin embargo la muerte no le sorprende nada, en realidad. Por muy cauta que haya sido la enseñanza de las Escrituras que nos han dado, por muy poco imaginativos que sean la mayoría de nuestros curas, no hay uno solo de nosotros, cristianos franceses, que desde niño no haya aprendido algo sobre el escándalo universal que deberá marcar los últimos días y el probable advenimiento de los semidioses.

Poca cosa tenemos para oponernos a los semidioses. A excepción de un reducido número de traidores o cobardes, no esperamos seriamente ser capaces de rivalizar en fuerza y ferocidad con unos pueblos movilizadas, que acabarán armando hasta a sus niños de pecho. Además, Dios ha tenido a bien ahorrarnos esa tentación. Nos faltan hombres, como sabéis, nos faltan hombres para las máquinas. La amenaza que se

cierno sobre nuestras cabezas no es la derrota, sino la aniquilación. Al fin y al cabo, lo que escribo aquí habría podido escribirlo en la época de Pericles un ciudadano de Atenas dotado del don profético. Aunque su testimonio no habría tenido el mismo sentido que el mío.

Estimado señor Hitler, se acerca el momento en que seremos los únicos custodios del nombre de cristiano. No digo de la Verdad cristiana, que pertenece a la Iglesia. Sabemos que un nuevo Borgia, peor que el primero, podría volver mañana al trono de san Pedro —al estar todo el colegio cardenalicio formado por Borgias—; pues bien, la palabra de Cristo seguiría estando segura en sus manos. Digo el nombre de cristiano, digo el honor de Cristo, porque hay un honor cristiano. Se equivocaría si le pidiera la definición de este honor, por ejemplo, al episcopado de Austria. Por otro lado, no tiene definición... Es humano y divino a la vez, y para darle ese gusto vamos a definirlo de todos modos. Es la fusión misteriosa del honor humano y la caridad de Cristo. La Iglesia, por supuesto, no lo necesita para perdurar. No por ello le resulta menos indispensable. La experiencia le habrá enseñado desde hace tiempo, estimado señor Hitler, que frente a un usurpador cualquiera las conclusiones del teólogo no son, al menos en apariencia, muy distintas de las del realista. Para ambos el Amo verdadero es el vencedor. ¿Entre los negros de Etiopía? Sí. En Viena también. Los eclesiásticos han suprimido prácticamente el principio de legitimidad, pensando, probablemente, que lo confiscarían en su beneficio. Desgraciadamente, su esperanza parece vana. Su legitimidad temporal experimenta la suerte común. Son sus personas las que están hoy en peligro, y para defender estos bienes esenciales buscan con la vista la vieja espada del honor, la espada encantada que no se ajusta a todas las manos. Cuando se ha predicado la vanidad de las grandezas humanas y rebajado la soberbia de los reyes consagrados, es triste acabar tirando humildemente de la manga al primer general que se presente, aunque sea el general Franco...

No importa. Nunca hemos sido tan libres de reclamar un honor, pues nadie nos disputa su herencia. Es un honor más valioso para el género humano que la tradición helénica, así que tiene más posibilidades de sobrevivir a su vencedor. Vuestras acometidas no acabarán con esta tradición. Más peligrosas son para ella las iniciativas solapadas de un nuevo Renacimiento italiano que, como el primero, hará que sus legistas socaven en nombre del orden los fundamentos mismos del derecho. El poder de vuestras máquinas puede disponer de nuestras vidas, pero son nuestras almas las amenazadas por los humanistas tráfugas, eternos alcahuetes, precursores de la nueva barbarie. Estimado señor Hitler, seguramente cuenta con ellos para conquistar tarde o temprano la Roma cristiana, para separarnos a los franceses de la catolicidad, para triunfar allí donde fracasaron los hombres del Sacro Imperio. ¡Ya puede emplear todas sus fuerzas en tal empresa! Desde Henao hasta la antigua Provenza, la de san Francisco, la vieja caballería franca empezará a removerse bajo tierra. La palabra

libertad, tantas veces oscurecida por las frívolas disputas de nuestros padres, recuperará el sentido religioso que le dieron nuestros antepasados celtas. Entonces la libertad francesa será la libertad del género humano. Estimado señor Hitler, la clase de heroísmo que usted está fraguando en sus fraguas es de buen acero, no lo negamos. Pero es un heroísmo sin honor, porque lo es sin justicia. Todavía no lo parece porque usted está gastando las reservas del honor alemán, del honor de los hombres libres alemanes. Todavía son hombres libres los que sirven libremente a la idea totalitaria. Sus nietos ya solo conocerán la disciplina totalitaria. Entonces los mejores de los suyos volverán sus ojos hacia nosotros y nos envidiarán, aunque estemos vencidos y desarmados. Esto no es en absoluto una simple teoría, estimado señor Hitler. Usted está justamente orgulloso de sus soldados. Se acerca el momento en que ya solo tenga mercenarios que trabajen a destajo. La guerra vil, la guerra impía con que pretende dominar el mundo ya no es una guerra de guerreros. Envilecerá tan profundamente las conciencias que en vez de ser escuela de heroísmo lo será de cobardía. ¡Oh! Por supuesto, usted presume de que la Iglesia le dará todas las dispensas que le pida. Desengáñese. Cualquiera día de estos la Iglesia dirá que no a sus ingenieros y sus químicos. Y a su llamada, verá salir de su propio suelo —sí, de su suelo alemán—, de su propio suelo y del nuestro, de nuestras viejas tierras libres, de la renaciente cristiandad, una nueva caballería, la que estamos esperando, la que domará la barbarie política lo mismo que domó la otra, y que como la otra nacerá de la sangre vertida a raudales por los mártires.

No, no es a usted a quien más tememos, estimado señor Hitler. ¡Les venceremos, a usted y a los suyos, si hemos sabido proteger nuestra alma! Y sabemos muy bien que dentro de poco seguramente tendremos que defenderla de los doctores artificiosos a su sueldo. Esperamos la ofensiva de esos sucesores de los grandes catedráticos del siglo xv, verdaderos padres del mundo moderno, que pretenderán exigirnos la sumisión al vencedor, esa retractación, penitencia y satisfacción que obtuvieron por un momento de Juana de Arco. Luego la quemaron. Y creían que con ella quemaban y destruían para siempre la flor maravillosa cuya semilla parece esparcida por los ángeles, ese genio del honor al que nuestra raza dio un carácter tan sobrenatural que estuvo a punto de convertirlo en la cuarta virtud teologal, ¡oh padres nuestros! ¡Oh muertos nuestros! ¡Oh cadáveres queridos, del Sena a las orillas del Nilo, del Éufrates, del Indo, en todos los caminos del mundo, oh corazones sencillos, oh manos cruzadas, oh polvo, nombres que solo Dios conoce, padres nuestros, padres nuestros, padres nuestros!... Porque incluso a un san Luis, el rey caballero, el rey franciscano, la mediocridad puede tratar de abordarlo con rodeos —el rodeo del interés profesional, del deber de estado, qué sé yo—. Resoplan, husmean, distinguen, argumentan, y al final lo justifican. Es cierto que el santo lleva mucho tiempo fuera de su alcance, en el seno triunfante de la Iglesia, pero aquel grande y hermoso joven francés de cabellos rubios, ojos claros y valor infantil, también era un príncipe, un

príncipe que batía moneda, que hacía justicia, en una palabra, un administrador de lo temporal. En este sentido, al menos, acaso les pertenezca. En cambio la sabia lorenese, la lorenese irrefutable, cayó un día entre ellos, sin nombre, sin herencia y sin título, toda heroísmo, toda pureza, la mismísima caballería caída del cielo, como una pequeña espada brillante. Hija rebelde, que abandonó la casa paterna, desvergonzada andariega, vestida de hombre, de los caminos reales a cielo abierto bajo el aguacero y de las carreteras huidizas colmadas de contiendas y aventuras, capitán adusto y soliviantado. ¿Y qué más? Paje, paje por cierto, a quien gustaban tanto los caballos, las armas, los estandartes, un paje limosnero, pródigo, espléndido (cuando se me queda vacía la arquilla, el rey vuelve a llenarla, decía), paje por cierto, con sus airosos sombreros redondos y su túnica de paño dorado, y después, al final, durante unas pocas semanas, entre aquellos viejos zorros, aquellos «profesores de moral», aquellos casuistas, en el aire viciado de la sala del tribunal, paradójico aprendiz de teólogo que pone por testigos a Dios, a sus santos, a su Iglesia Invisible mientras todas las preguntas taimadas la hieren en pleno pecho, la arrojan al suelo chorreando sangre sagrada, nuestra sangre, nuestras lágrimas, ¡oh tutelar, oh bienamada!

¿He osado hablar de retractación? ¿Retractarse de qué? Siempre obedeció una ley muy sencilla, tanto que solo se le encontraría un nombre en el idioma de los ángeles: lanzarse hacia delante. No, en su vida la victoria no era un acontecimiento maravilloso, un milagro, sino su propia vida, el ritmo inocente de su vida, ¿cómo iba a renegar de ella?... La llama sibilante fue su mortaja.

Notas

[1] Reclutas de los reemplazos de 1814 y 1815, llamados a filas por decreto de la regente María Luisa de Austria para las campañas de Napoleón. (*N. del T.*). <<

[2] Comité Secret d'Action Révolutionnaire, liga de extrema derecha. (*N. del T.*). <<

[3] Aristide Briand. (*N. del T.*). <<

[4] Anuario del comercio. (*N. del T.*). <<

[5] Sigla de la Ligue des Droits du Religieux Ancien Combattant (Liga de los Derechos del Religioso Excombatiente). <<

[6] Alusión irónica a una expresión de Claudel en su obra *Partage de midi*, Acto II, cuando Mesa le dice a su amada Ysé: *Ô chère chose qui n'est pas le bonheur!* (¡Oh, querida cosa que no es la felicidad!). (N. del T.). <<

[7] Probablemente *con*, «idiota», «pendejo»... (*N. del T.*). <<

[8] Auguste Vacquerie, epígono de Victor Hugo. (*N. del T.*). <<

[9] Nombre hebreo que significa «paganos». (*N. del T.*). <<

[10] De Ferdinand Barbedienne, dueño de una conocida fundición de bronce donde se reproducían obras artísticas en serie. (*N. del T.*). <<

[11] De Sganarelle, protagonista de *El cornudo imaginario* de Molière. (N. del T.). <<

[12] Donde estaba la sede del Partido Comunista. (*N. del T.*). <<